

Edith Wharton

La edad de la inocencia

LIBRO PRIMERO

Capítulo I

ERA una tarde de enero de comienzos de los años setenta. Christine Nilsson cantaba Fausto en el teatro de la Academia de Música de Nueva York. Aunque ya había rumores acerca de la construcción —a distancias metropolitanas bastante remotas, «más allá de la calle Cuarenta»— de un nuevo Teatro de la Ópera que competiría en suntuosidad y esplendor con los de las grandes capitales europeas, al público elegante aún le bastaba con llenar todos los inviernos los raídos palcos color rojo y dorado de la vieja y acogedora Academia. Los más tradicionales le tenían cariño precisamente por ser pequeña e incómoda, lo que alejaba a los «nuevos ricos» a quienes Nueva York empezaba a temer, aunque, al mismo tiempo, le simpatizaban. Por su parte, los sentimentales se aferraban a la Academia por sus reminiscencias históricas, y a su vez los melómanos la adoraban por su excelente acústica, una cualidad tan problemática en salas construidas para escuchar música.

Madame Nilsson debutaba allí ese invierno, y lo que la prensa acostumbraba a llamar «un público excepcionalmente conocedor» había acudido a escucharla, atravesando las calles resbaladizas y llenas de nieve en berlinas particulares, espaciosos *landós*^[1] familiares, o en el humilde pero práctico *coupé Brown*. Ir a la ópera en este último vehículo era casi tan decoroso como hacerlo en carruaje propio; y retirarse de igual manera tenía la inmensa ventaja de permitir (con una alusión jocosa a los principios democráticos) trepar en el primer transporte *Brown* de la fila, en vez de esperar hasta que apareciera la nariz congelada por el frío y congestionada por el alcohol del cochero particular reluciendo bajo el pórtico del Teatro. Una de las mejores intuiciones del cochero de alquiler fue descubrir que los norteamericanos desean alejarse de sus diversiones aún con mayor prontitud que llegar a ellas.

Cuando Newland Archer abrió la puerta del palco del club, recién subía la cortina en la escena del jardín. No había ningún motivo para que el joven llegara tarde, pues cenó a las siete, solo con su madre y su hermana, y después se quedó un rato fumando un cigarro en la biblioteca gótica con estanterías barnizadas en nogal negro y sillas coronadas de *florones*^[2], que era la única habitación de la casa donde Mrs. Archer permitía que se fumara. Pero, en primer lugar, Nueva York era una metrópolis perfectamente consciente de que en las grandes capitales no era «bien visto» llegar temprano a la ópera; y lo que era o

no era «bien visto» jugaba un rol tan importante en la Nueva York de Newland Archer como los inescrutables y ancestrales seres terroríficos que habían dominado el destino de sus antepasados miles de años atrás.

La segunda razón de su atraso fue de carácter personal. Se le pasó el tiempo fumando su cigarro porque en el fondo era un gozador, y pensar en un placer futuro le daba una satisfacción más sutil que su realización, en especial cuando se trataba de un placer delicado, como lo eran la mayoría de sus placeres. En esta oportunidad el momento que anhelaba era de tan excepcional y exquisita calidad que incluso si hubiera cronometrado su llegada con el director de escena no podría haber entrado en el teatro en un momento más culminante que cuando la *prima donna* comenzaba a cantar: «Me quiere, no me quiere, ¡me quiere!», dejando caer los pétalos de una margarita entre notas tan diáfanas como el rocío.

Ella decía, por supuesto «¡Mama!» y no «me quiere», ya que una ley inalterable e incuestionable del mundo de la música ordenaba que el texto alemán de las óperas francesas, cantadas por artistas suecas, debía traducirse al italiano para mejor comprensión del público anglo-parlante. Esto le parecía muy natural a Newland Archer, igual que todas las demás convenciones que moldeaban su vida, como tener que usar dos escobillas con mango de plata y su monograma esmaltado en azul para hacer la raya de su cabello, y la de jamás aparecer en sociedad sin una flor en el ojal (de preferencia una gardenia).

«Mama... non mama...» cantaba la *prima donna*, y «¡Mama!» con un estallido final de amor triunfante, en tanto apretaba en sus labios la deshojada margarita y levantaba sus ojos hacia el sofisticado semblante del pequeño y moreno Fausto-Capoul, que trataba en vano, enfundado en su estrecha casaca de terciopelo púrpura y con su sombrero emplumado, de parecer tan puro y verdadero como su ingenua víctima.

Newland Archer, apoyado contra la pared del fondo de su palco, quitó sus ojos del escenario y examinó el otro lado del teatro. Justo frente a él estaba el palco de la anciana Mrs. Manson Mingott, cuya monstruosa obesidad la imposibilitaba, desde hacía tiempo, de asistir a la ópera, pero que en las noches de gala estaba siempre representada por los miembros más jóvenes de la familia. En esa ocasión, el palco estaba ocupado, en primer lugar, por su nuera, Mrs. Lovell Mingott, y su hija, Mrs. Welland; detrás, y un tanto retirada de aquellas matronas vestidas de brocado, se sentaba una joven con traje blanco, que miraba extasiada a los amantes del escenario. Cuando el «¡mama!» de *Madame Nilsson* hizo vibrar el teatro silencioso (en los palcos siempre se dejaba de hablar durante el aria de la margarita), un cálido color rosa tiñó las mejillas de la joven, que se ruborizó hasta las raíces de sus rubias trenzas; el rubor se extendió por la juvenil curva de su pecho hasta donde se juntaba con un sencillo escote de tul adornado con una sola gardenia. Bajó los ojos hacia el inmenso ramo de lirios silvestres que tenía en su regazo, y Newland Archer vio que las yemas de sus dedos, cubiertos por blancos guantes, tocaban suavemente las flores. Sintiendo su vanidad satisfecha, Archer suspiró y volvió los ojos al escenario.

No se había ahorrado gastos en la escenografía, que fue calificada de bellísima aun por quienes compartían con Archer su familiaridad con la Opera de París y de Viena. El primer plano, hasta las candilejas, estaba cubierto con una tela verde esmeralda. A media distancia, algunos montículos simétricos de un verde musgo de lana cercado por argollas de *croquet*^[3] hacía de base para arbustos que parecían naranjos y estaban salpicados de enormes rosas rosadas y rojas. Gigantescos pensamientos, muchísimo más grandes que las rosas y muy parecidos a los limpiaplumas florales que hacían las señoras de la parroquia para los clérigos elegantes, sobresalían del musgo bajo los rosales; y aquí y allá una margarita injertada en una rama de rosa florecía con la exuberancia profética de los remotos

prodigios de Mr. Luther Burbank.

En medio de este jardín encantado, *Madame Nilsson*, vestida de cachemir blanco con incrustaciones de satín azul pálido, un pequeño bolso que colgaba de un cinturón azul y gruesas trenzas amarillas colocadas cuidadosamente a cada lado de su blusa de muselina, escuchaba con ojos bajos los apasionados galanteos de Mr. Capoul, y asumía un aire de ingenua incompreensión a sus propósitos cuando éste, con palabras o gestos, indicaba persuasivo la ventana del primer piso de la pulcra casa de ladrillo que sobresalía en forma oblicua desde el ala derecha.

«¡Qué adorable!» —pensó Newland Archer, cuya mirada había vuelto a la joven de los lirios silvestres—. «No tiene idea de qué se trata todo esto». Y contempló su absorto rostro juvenil con un estremecimiento de posesión en que se mezclaba el orgullo de su propia iniciación masculina con un tierno respeto por la infinita pureza de la joven. «Leeremos Fausto juntos... a orillas de los lagos italianos...», pensó, confundiendo en una nebulosa el lugar de su planeada luna de miel con las obras maestras de la literatura que sería su privilegio varonil enseñar a su novia. Fue recién esa tarde que May Welland le dejó entender que a ella «le importaba» (la consagrada frase neoyorquina de aceptación que dice una joven soltera), y ya su imaginación, pasando por el anillo de compromiso, el beso en la fiesta y la marcha nupcial de Lohengrin, la ponía a su lado en algún escenario embrujado de la vieja Europa.

No deseaba por ningún motivo que la futura Mrs. Newland Archer fuera una inocentona. Quería que ella (gracias a su esclarecedora compañía) adquiriera tacto social y un ingenio rápido que le permitieran hacer frente a las mujeres casadas más admiradas del «mundo joven», en el que se acostumbraba atraer el homenaje masculino y rechazarlo en medio de bromas. Si hubiera escudriñado hasta el fondo de su vanidad (como casi lo hacía algunas veces), habría descubierto el deseo de que su esposa fuera tan avezada en las cosas mundanas y tan ansiosa de complacer, como aquella dama casada cuyos encantos dominaron su fantasía durante dos años bastante agitados; por supuesto que sin una pizca de la fragilidad que casi echó a perder la vida de ese ser infeliz, y que trastornó sus propios planes durante todo un invierno.

Cómo crear aquel milagro de fuego y hielo y que perdurara en un mundo tan cruel, era algo que nunca se dio el tiempo de pensar; pero se alegraba de mantener este punto de vista sin analizarlo, ya que sabía que era el de todos aquellos caballeros cuidadosamente peinados, de chaleco blanco, flor en el ojal, que se sucedían en el palco del club, que intercambiaban amistosos saludos con él y volvían sus anteojos de teatro para mirar críticamente el círculo de damas. En asuntos intelectuales y artísticos, Newland Archer se sentía claramente superior entre esos escogidos especímenes de la antigua aristocracia neoyorquina; probablemente había leído más, pensado más, e incluso visto mucho más del mundo que cualquiera de los hombres del numeroso grupo. Por separado, éstos dejaban traslucir su inferioridad, pero agrupados representaban a Nueva York, y el hábito de solidaridad masculina hacía que Archer aceptara su doctrina en todos los aspectos llamados morales. Instintivamente sentía que al respecto sería fastidioso —y hasta de mal gusto— correr con colores propios.

—¡Vaya, no puedo creerlo! —exclamó Lawrence Lefferts apartando abruptamente del escenario sus anteojos de teatro.

Lawrence Lefferts era, por sobre todo, la máxima autoridad en cuestiones de «formalidades» de toda Nueva York. Probablemente dedicaba más tiempo que nadie al estudio de esta intrincada y fascinante materia; pero el solo estudio no explicaría su

absoluta maestría y facilidad. Bastaba, mirarlo desde la amplia frente y la curva de su hermoso bigote rubio hasta los largos zapatos de charol al otro extremo de su esbelta y elegante silueta, para sentir que el conocimiento de las «formalidades» debía ser congénito en alguien que sabía usar ropa tan buena con tanta soltura y lucir tal estatura con una gracia tan lánguida. Como dijo una vez un joven admirador suyo: «Si hay alguien que pueda decirle a otro cuándo debe usar corbata negra con traje de etiqueta y cuándo no, ése es Larry Lefferts». Y en la controversia que hubo entre el uso de *escarpines*^[4] y zapatos Oxford de charol, su autoridad jamás fue discutida.

—¡Dios mío! —suspiró, y en silencio le pasó los anteojos al anciano Sillerton Jackson.

Newland Archer, siguiendo la mirada de Lafferts, vio con sorpresa que su exclamación era ocasionada por la entrada de una nueva persona al palco de Mrs. Mingott. Era una mujer joven y delgada, un poco más baja que May Welland, de cabello castaño peinado en rizos pegados a las sienes y sujeto por una fina banda de diamantes. El estilo de su peinado, que le daba lo que entonces se llamaba «estilo Josefina», se repetía en el corte de su traje de terciopelo azul oscuro que se ceñía en forma bastante teatral bajo el busto con un cinto adornado con una enorme y anticuada hebilla. La mujer que llevaba este inusual vestido, y que parecía absolutamente inconsciente de la atención que atraía, se quedó parada un momento en medio del palco hablando con Mrs. Welland sobre la conveniencia de tomar un lugar en el rincón frontal de la derecha; luego renunció con una sutil sonrisa y se sentó junto a la cuñada de Mrs. Welland, Mrs. Lovell Mingott, instalada al otro extremo del palco.

Mr. Sillerton Jackson había devuelto los anteojos a Lawrence Lefferts. Todos los miembros del grupo se volvieron instintivamente a él, esperando escuchar lo que el anciano diría, pues Mr. Jackson era toda una autoridad en «familias», así como Lawrence Lefferts lo era en «formalidades». Conocía todas las ramificaciones de los parentescos neoyorquinos, y no sólo podía esclarecer cuestiones tan complicadas como los lazos entre los Mingott (por los Thorley) con los Dallas de Carolina del Sur, y la relación de la rama mayor de los Thorley de Filadelfia con los Chivers de Albany (que jamás deben confundirse con los Manson Chivers de University Place), sino que también podía enumerar las características principales de cada familia, como, por ejemplo, la fabulosa mezquindad de los descendientes más jóvenes de los Lefferts (los de Long Island); o la fatal tendencia de los Rushworth a los matrimonios disparatados; o la locura recurrente que sufrían cada dos generaciones los Chivers de Albany, con los cuales sus primos de Nueva York siempre rehusaron casarse, con la desastrosa excepción de la pobre Medora Manson, quien, como todos saben..., bueno, pero su madre era una Rushworth.

Además de esta selva de árboles genealógicos, Mr. Sillerton Jackson mantenía entre sus estrechas y cóncavas sienes, y bajo la suave pelusa de sus canas, un registro de la mayoría de los escándalos y misterios que ardieron bajo la superficie inalterable de la sociedad neoyorquina durante los últimos cincuenta años. Realmente, su información era tan amplia y su memoria tan perfectamente retentiva, que pasaba por ser el único hombre que podía decir quién era realmente Julius Beaufort, el banquero, y qué fue del distinguido Bob Spicer, padre de la anciana Mrs. Manson Mingott, que desapareció misteriosamente (con una gruesa cantidad de dinero en fideicomiso) apenas un año después de su matrimonio, el mismo día que una hermosa bailarina española, que había deleitado a inmensas multitudes en el viejo Teatro de la Opera en Battery, se embarcaba rumbo a Cuba. Pero tales misterios, así como muchos otros, permanecían guardados bajo llave en el pecho

de Mr. Jackson; pues no sólo su alto sentido del honor le prohibía repetir cosas tan privadas, sino que estaba perfectamente consciente de que la reputación de su discreción le daba mayores oportunidades de enterarse de lo que quería saber.

Por eso, el grupo del palco esperaba con visible suspenso mientras Mr. Sillerton Jackson devolvía los anteojos de teatro a Lawrence Lefferts. Por un segundo escrutó al atento grupo con sus diáfanos ojos azules casi tapados por los párpados venosos; luego, retorciendo cuidadosamente su bigote, dijo simplemente:

—Jamás pensé que los Mingott se atrevieran a pretender hacernos tragar el anzuelo.

Capítulo II

DURANTE este breve incidente, Newland Archer cayó en un curioso estado de turbación.

Era muy incómodo que el palco que atraía la compacta atención masculina de Nueva York fuera justo aquél en que se sentaba su novia entre su madre y su tía. Además, hasta ahora no identificaba a la dama del traje Imperio, ni menos podía imaginar por qué su presencia creaba tal conmoción entre los miembros del club. De pronto lo comprendió todo, y sintió una momentánea acometida de indignación. No, realmente, nadie habría pensado que los Mingott pretendieran hacerlos tragar el anzuelo.

Pero lo hicieron; no había la menor duda de que lo hicieron, pues los comentarios en voz baja que se hacían a su espalda le dieron la certidumbre de que aquella joven era la prima de May Welland, a la que la familia siempre se refería como la «pobre Ellen Olenska». Archer sabía que había llegado sorpresivamente de Europa hacía un par de días; oyó decir incluso a *Miss* Welland (y no lo desaprobaba) que había ido a visitar a la pobre Ellen, que estaba alojada en casa de la anciana Mrs. Mingott. Archer aplaudió de corazón aquella solidaridad familiar, y una de las cualidades que más admiraba en los Mingott era su resuelta campaña en favor de las pocas ovejas negras que su intachable linaje había producido. No había una gota de mezquindad ni avaricia en el corazón del joven y se alegraba de que su futura esposa no se sintiera impedida, por falsas prudencias, de ser bondadosa (en privado) con su desgraciada prima; pero recibir a la condesa Olenska en el círculo familiar era algo muy diferente a presentarla en público, nada menos que en la Opera, y en el mismo palco con la joven cuyo compromiso con él, Newland Archer, se anunciaría dentro de pocas semanas. No, sintió lo mismo que el viejo Sillerton Jackson: ¡jamás pensó que los Mingott se atrevieran a pretender hacerlos tragar el anzuelo!

Sabía, por supuesto, que Mrs. Manson Mingott, la matriarca de la familia, tenía la osadía del varón más atrevido (dentro de los límites de la Quinta Avenida). Siempre admiró a esa anciana arrogante que, a pesar de haber sido sólo Catherine Spicer de Staten Island, con un padre misteriosamente desprestigiado y sin dinero ni posición suficiente para lograr que la gente lo olvidara, se unió en matrimonio con quien era la cabeza de la acaudalada familia Mingott, casó a dos de sus hijas con «extranjeros» (un marqués italiano y un banquero inglés), y coronó sus audacias construyendo una enorme casa de piedra color crema pálido (cuando el pardo arena parecía ser el único color que se podía usar, al igual que la levita por la tarde) en una inaccesible tierra virgen cercana a Central Park.

Las hijas extranjeras de Mrs. Mingott se convirtieron en una leyenda. Nunca volvieron a visitar a su madre, y como ella era —al igual que muchas personas dominantes

y de mente activa— corpulenta y de hábitos sedentarios, con gran filosofía se quedó en su casa. Pero la casa color crema (supuestamente copiada de mansiones privadas de la aristocracia parisina) era una prueba visible de su valentía moral; y en ella reinó, plácidamente, entre muebles de antes de la Revolución y recuerdos de las Tullerías de tiempos de Luis Napoleón (donde brillara en su edad madura) como si no hubiera nada de peculiar en vivir más allá de la Calle Treinta y Cuatro, o en tener ventanas francesas que se abrían como puertas en lugar de las que se abrían hacia arriba.

Todos (incluso Mr. Sillerton Jackson) coincidían en que la anciana Catherine nunca fue una beldad, un don que a ojos de Nueva York justificaba cualquier éxito y excusaba algunos defectos. La gente menos condescendiente decía que, como su tocaya imperial, había ganado su camino al éxito con fuerza de voluntad y dureza de corazón, y con una especie de altanera insolencia que en cierta medida se justificaba por la extremada decencia y dignidad de su vida privada. Mr. Manson Mingott murió cuando ella tenía sólo veintiocho años, y tuvo «amarrado» el dinero con la cautela nacida de la desconfianza general que provocaban los Spicer. Pero su intrépida viuda siguió su camino sin vacilar, se mezcló libremente con la sociedad extranjera, casó a sus hijas en Dios sabe qué círculos corruptos y mundanos, se codeó con duques y embajadores, se asoció familiarmente con papistas, recibió a cantantes de ópera, y fue íntima amiga de Mme. Taglioni. Y sin embargo (Sillerton Jackson fue el primero en proclamarlo) jamás hubo el menor rumor sobre su reputación; el único aspecto, agregaba siempre Jackson, en que difería de la anterior Catherine.

Mrs. Manson Mingott hacía tiempo que había logrado «desamarrar» la fortuna de su marido, y vivió en la opulencia durante medio siglo. No obstante, el recuerdo de sus pasadas penurias económicas la volvieron excesivamente ahorrativa y, aunque cuando compraba un vestido o un mueble procuraba que fuera de la mejor calidad, no se permitía gastar mucho en los transitorios placeres de la mesa. En consecuencia, y por razones totalmente diferentes, su comida era tan pobre como la de Mrs. Archer, y sus vinos dejaban mucho que desear. Sus amistades consideraban que la penuria de su mesa desacreditaba el nombre de los Mingott, que siempre estuvo asociado con el buen vivir; pero la gente seguía visitándola a pesar de los platos tan poco atractivos y del pésimo *champagne*. En respuesta a las reprimendas de su hijo Lovell (que trataba de recuperar el honor familiar contratando al mejor chef de Nueva York), acostumbraba decirle, riendo: «¿De qué sirve tener dos buenos cocineros para una sola familia, cuando ya casé a las niñas y no puedo comer salsas?».

Mientras reflexionaba en estas cosas, Newland Archer volvió otra vez la mirada al palco de los Mingott. Advirtió que Mrs. Welland y su cuñada enfrentaban su semicírculo de críticos con el aplomo Mingottiano que Catherine inculcara a su tribu. Notó que sólo May Welland dejaba entrever, por un intenso color en sus mejillas (tal vez debido a la conciencia de que él la estaba observando), que resentía la gravedad de la situación. En cuanto a la causante de la conmoción, estaba sentada graciosamente en el rincón del palco, con los ojos fijos en el escenario, y mostraba al inclinarse hacia adelante un poco más de hombro y pecho que lo que Nueva York solía ver, al menos en damas que tenían razones para desear pasar inadvertidas.

Pocas cosas importaban tanto a Newland Archer como una ofensa al «buen gusto», aquella distante divinidad de la que las «formalidades» eran meros representantes y delegados visibles. El semblante pálido y serio de *madame* Olenska llamó su atención y le pareció adecuado a la ocasión y a su triste situación, pero le chocó y lo perturbó bastante

que su traje (de amplio escote) dejara ver sus hombros. Le molestaba profundamente que May Welland estuviera expuesta a la influencia de una mujer que no acataba los dictados del buen gusto.

—Pero después de todo —oyó decir a uno de los jóvenes que estaban detrás de él (todo el mundo conversaba durante las escenas de Mefistófeles y Marta)—, ¿qué fue exactamente lo que sucedió?

—Bueno, ella lo abandonó, nadie pretende negarlo.

—Él es una bestia espantosa, ¿no es así? —continuó el joven de las preguntas, un Thorley cándido que evidentemente se aprestaba a engrosar las filas de los defensores de la dama.

—El peor animal; lo conocí en Niza —dijo Lawrence Lefferts con la autoridad del conoedor—. Un tipo casi paralítico, canoso y burlesco, bien parecido, con ojos de tupidas pestañas. Les diré la clase de hombre que era: cuando no estaba con mujeres, coleccionaba porcelana. Pagaba el precio que fuera por cualquiera de las dos, según dicen.

Hubo una carcajada general, y el joven paladín preguntó:

—¿Y qué pasó entonces?

—Entonces, ella se escapó con su secretario.

—Ah, entiendo —dijo el joven, demudado.

—Pero tampoco duró mucho; supe pocos meses después que ella estaba viviendo sola en Venecia. Creo que Lovell Mingott fue a buscarla; dijo que sufría mucho. Eso está muy bien, pero exhibirla en la ópera es cosa muy diferente.

—Tal vez estaba demasiado desconsolada para dejarla sola —se atrevió a insistir Thorley.

Su argumento recibió una irreverente risotada. El joven se ruborizó intensamente y trató de hacer creer que había pretendido insinuar lo que la gente instruida llama *double entendre*^[5]

—Bueno, en todo caso es raro que hayan traído a *Miss Welland* —dijo alguien en voz baja, lanzando una mirada de soslayo a Archer.

—Oh, eso es parte de la campaña; sin duda son órdenes de la abuela —repuso riendo Lefferts—. Cuando la anciana hace algo, lo hace a la perfección.

El acto terminaba y se produjo un alboroto generalizado en el palco. Newland Archer se sintió súbitamente impulsado a actuar con decisión. El deseo de ser el primero en entrar al palco de Mrs. Mingott, de proclamar al mundo expectante su compromiso con May Welland, y de acompañarla en cualquiera dificultad en que la anómala situación de su prima la pusiera, fue el impulso que borró en forma abrupta todos sus escrúpulos y vacilaciones y lo hizo precipitarse por los rojos pasillos hasta el otro extremo del teatro.

Al entrar al palco, su mirada se cruzó con la de *Miss Welland* y supo que ella había comprendido al instante los motivos que lo hicieron ir allá, aunque la dignidad familiar, que ambos consideraban la mayor virtud, no le permitiera decírselo. La gente de su mundo vivía en una atmósfera de vagas complicidades y tenues susceptibilidades, y el hecho de que ellos se entendieran sin palabras le pareció al joven que los acercaba mejor que la más clara de las explicaciones. Los ojos de May Welland decían: «Ya ves por qué mamá me hizo venir». Y los de Archer contestaron: «Por nada en el mundo habría evitado yo que vinieras».

—¿Conoce a mi sobrina, la condesa Olenska? —preguntó Mrs. Welland al saludar a su futuro yerno.

Archer se inclinó sin extender la mano, como se acostumbraba al ser presentado a

una dama. Y Ellen Olenska inclinó ligeramente su cabeza, apretando entre las manos enguantadas su enorme abanico de plumas de águila. Después de saludar a Mrs. Lovell Mingott, una robusta rubia vestida de crujiente raso, se sentó al lado de su prometida, y le dijo en voz baja:

—¿Le dijiste a *madame* Olenska que estamos comprometidos? Quiero que todo el mundo lo sepa. Me gustaría que me permitieras anunciarlo esta noche en el baile.

El rostro de *Miss* Welland se sonrojó como una aurora, y lo miró con ojos radiantes.

—Si logras persuadir a mamá —dijo—. Pero ¿por qué cambiar lo que está ya fijado?

Él respondió sólo con los ojos, y ella agregó, con una sonrisa confiada:

—Dilo tú mismo a mi prima, te doy permiso. Dice que jugaba contigo cuando eran niños.

Le hizo lugar retirando hacia atrás su silla, y de inmediato y con cierta ostentación, deseando que todo el teatro viera lo que hacía, Archer se sentó junto a la condesa Olenska.

—¿Te acuerdas que jugábamos juntos? —preguntó ella volviendo hacia él sus ojos serios—. Eras un niño espantoso, y una vez me besaste detrás de una puerta. Pero yo estaba enamorada de tu primo Vandie Newland, que nunca me miró —su mirada recorrió la herradura de palcos—. ¡Cuántos recuerdos me trae todo esto! Los veo a todos de pantalón corto los niños y calzones largos las niñas —murmuró con su acento arrastrado y ligeramente extranjero, mientras sus ojos volvían a posarse en la cara de Archer.

Por muy agradable que fuera la expresión de aquellos ojos, el joven se escandalizó de que reflejaran una imagen tan impropia del augusto tribunal ante el cual, en ese mismo momento, se juzgaba su caso. No había nada de peor gusto que la impertinencia fuera de lugar. Respondió en tono bastante seco:

—Así es, has estado ausente mucho tiempo.

—Siglos y siglos; tanto tiempo —dijo ella— que me parece estar muerta y enterrada y que este viejo y querido teatro es el cielo.

Por razones que no logró definir, a Newland Archer le chocaron estas palabras; le parecieron un modo aún más irrespetuoso de describir a la sociedad neoyorquina.

Capítulo III

SIEMPRE era igual.

La noche de su baile anual, Mrs. Julius Beaufort jamás dejaba de asistir a la ópera. En realidad, daba su baile en una noche de ópera para demostrar que estaba absolutamente por encima de las preocupaciones domésticas, y que poseía un equipo de sirvientes competentes que atendían todos los detalles en su ausencia.

La casa de los Beaufort era una de las pocas en Nueva York que tenía un salón de baile (anterior incluso a la de Mrs. Manson Mingott y a la de los Headly Chivers). Y en una época en que se comenzaba a pensar que era de provincianos poner un tapete protector encima del piso del salón y llevar todos los muebles al piso alto, el hecho de tener una sala de baile que se usara para ese solo propósito y que pasara los restantes trescientos sesenta y cuatro días del año cerrado en la oscuridad, con sus sillas doradas apiladas en un rincón y la araña de luces cubierta por una bolsa, daba a los Beaufort una indudable superioridad que compensaba cualquiera situación deplorable en su pasado.

A Mrs. Archer le gustaba vaciar su filosofía social en axiomas. Una vez dijo: «Todos tenemos nuestros preferidos en la clase baja», y aunque la frase era atrevida, su veracidad fue secretamente admitida en el fondo del corazón por gran parte de lo más distinguido de la sociedad. Pero los Beaufort no eran exactamente clase baja; algunos decían que eran bastante peor. Mrs. Beaufort pertenecía realmente a una de las familias más consideradas de Norteamérica. De soltera fue la encantadora Regina Dallas (de la rama de Carolina del Sur), una beldad sin un centavo presentada a la sociedad neoyorquina por su prima, la desatinada Medora Manson, que siempre hacía lo indebido con buenas intenciones. Cuando alguien está emparentado con los Manson y los Rushworth tiene un *droit de cité*^[6] en la sociedad neoyorquina (como decía Mr. Sillerton Jackson, que había frecuentado las Tullerías); pero ¿no pierde el derecho al casarse con un Julius Beaufort?

Había un problema: ¿quién era Mr. Beaufort? Se le tenía por inglés, era agradable, bien parecido, cascarrabias, sociable e ingenioso. Llegó a Estados Unidos *premunido*^[7] de cartas de recomendación del banquero inglés yerno de la anciana Mrs. Manson Mingott, y con rapidez se hizo una buena posición en el mundo de los negocios; pero sus costumbres eran libertinas, su lengua mordaz, sus antecedentes misteriosos, y cuando Medora Manson anunció el compromiso de su prima con él, pareció ser una nueva locura en la larga lista de desatinos de la pobre Medora.

Pero con el tiempo el producto de la locura es a menudo considerado sabiduría, y dos años después del matrimonio de la joven Mrs. Beaufort, todos admitían que su casa era la más distinguida de Nueva York. Nadie sabía exactamente cómo se había operado el milagro. Ella era indolente, pasiva, los cáusticos la consideraban incluso aburrida. Pero vestida como un ídolo, llena de collares de perlas, viéndose cada año más joven, más rubia y hermosa, reinaba en el recargado palacio de piedra color pardo de Mr. Beaufort, y atraía a su alrededor a todo el mundo sin mover su enjoyado dedo meñique. Los perspicaces decían que era Mr. Beaufort quien entrenaba a la servidumbre, enseñaba nuevos platos al chef, decía al jardinero qué flores debía cultivar en el invernadero para adornar la mesa del comedor y los salones, seleccionaba a los invitados, preparaba el ponche para después de la cena, y dictaba las notas que su esposa escribía a sus amigos. Sí, era verdad que lo hacía. Cumplía estas actividades domésticas en privado y ante el mundo aparentaba ser un millonario despreocupado y amable paseándose por sus salones con la indiferencia de un invitado más, y decía:

—¿No es cierto que las gloxíneas de mi mujer son una maravilla? Creo que las trae de Kew.

Todos coincidían en que el secreto de Mr. Beaufort era la manera de llevar tan bien las cosas. Qué importaba que se rumoreara que había sido «ayudado» a salir de Inglaterra por la institución bancaria donde trabajaba; llevaba auestas ese rumor con la misma facilidad que muchos otros, a pesar de que la conciencia neoyorquina en cuanto a los negocios no era menos sensible que su código moral. Vencía todos los obstáculos, tenía a todo Nueva York en sus salones, y por más de veinte años la gente decía que iba a casa de los Beaufort con la misma tranquilidad que si dijera que iba donde Mrs. Manson Mingott, y además con la satisfacción de saber que comería pato silvestre y bebería los mejores vinos, en vez del Veuve Clicquot tibio de menos de un año y croquetas de Filadelfia recalentadas.

Como de costumbre, Mrs. Beaufort apareció en su palco justo antes del aria de las joyas; y cuando, también según su costumbre, se levantó al finalizar el tercer acto, se puso su capa de noche alrededor de sus lindos hombros y desapareció, Nueva York supo que eso significaba que dentro de media hora más comenzaría el baile.

La casa de los Beaufort era la que los neoyorquinos se enorgullecían de mostrar a los extranjeros, especialmente la noche del baile anual. Ellos fueron de los primeros en tener su propia alfombra de terciopelo rojo y sus propios lacayos para colocarla, bajo su propio toldo en vez de alquilarlo junto con la cena y las sillas del salón de baile. También iniciaron la costumbre de permitir que las damas se quitaran las capas en el vestíbulo, en lugar de que subieran arrastrándolas hasta el dormitorio de la dueña de casa y se encrespaban el cabello con ayuda del mechero de gas. Se rumoreaba que Beaufort había dicho que él suponía que todas las amigas de su mujer tenían doncellas que se preocupaban de que salieran de casa adecuadamente *coiffées*^[8].

Por tanto la casa entera fue diseñada audazmente con una sala de baile de modo que, en vez de apretujarse a través de un estrecho pasillo de acceso (como en casa de los Chivers) se caminara hacia aquélla con toda comodidad entre una doble hilera de salones (el verde mar, el carmesí y el *bouton d'or*^[9]), desde donde se vislumbraba a la distancia el resplandor de las luces de la araña de numerosas velas reflejado en el pulido *parquet*, y más allá la penumbra de un jardín de invierno donde las camelias y los helechos arqueaban su suntuoso follaje sobre bancos de bambú negro y dorado.

Newland Archer, como convenía a un joven de su posición, hizo su entrada algo tarde. Dejó su abrigo con el lacayo de medias de seda (una de las pocas necesidades de Beaufort), se entretuvo un rato en la biblioteca tapizada en cuero español y amueblada con Buhl y malaquita, donde algunos caballeros charlaban mientras se ponían los guantes de baile; finalmente se unió a la fila de invitados que Mrs. Beaufort recibía en el umbral del salón carmesí.

Archer estaba notoriamente nervioso. No había vuelto a su club después de la ópera (como solían hacerlo los jóvenes elegantes como él) sino que, como hacía una hermosa noche, había caminado bastantes cuadras por la Quinta Avenida antes de dirigirse a casa de los Beaufort. La verdad era que temía que los Mingott fueran demasiado lejos, y que, en realidad, hubieran recibido orden de la abuela Mingott de llevar a la condesa Olenska al baile.

Por el tono usado en el palco del club se daba cuenta del grave error que eso sería; y, aunque estaba más decidido que nunca a «ir hasta el final», ya no se sentía tan quijotesca ansioso por declararse defensor de la prima de su prometida como antes de su breve conversación en la ópera.

Paseando por el salón *bouton d'or* (donde Beaufort tuvo la osadía de colgar el discutido desnudo de Bouguereau llamado «Amor victorioso»), Archer se encontró con Mrs. Welland y su hija cerca de la puerta del salón de baile. Ya había parejas bailando en la pista; la luz de las velas de cera caía sobre faldas de tul que revoloteaban, sobre cabezas juveniles adornadas con simples capullos de flores, sobre vistosos *aigrettes*^[10] y adornos en las *coiffures*^[11] de las jóvenes casadas, y sobre el brillo de pecheras perfectamente planchadas y guantes recién almidonados.

Miss Welland, sin duda ansiosa por unirse a los bailarines, permanecía en el umbral, con sus lirios silvestres en la mano (no llevaba otro ramo), el rostro algo pálido, los ojos brillantes de ingenua emoción. La rodeaba un numeroso grupo de jóvenes y muchachas, y se escuchaban muchos aplausos, risas y bromas que Mrs. Welland, ligeramente apartada de ellos, aprobaba ocultando un destello de alegría. Era evidente que Miss Welland anunciaba en ese momento su compromiso, mientras su madre adoptaba la actitud de paternal oposición que se consideraba apropiada a ese momento.

Archer se detuvo. Era su expreso deseo que se hiciera el anuncio, y sin embargo no

era ése el modo en que hubiera querido que se diera a conocer su dicha. Proclamarla en medio del calor y ruido de un repleto salón de baile era restarle la delicada frescura de la privacidad que debe enmarcar los asuntos sentimentales. Su felicidad era tan profunda que esta mancha superficial no tocó su esencia; pero le habría gustado mantener la superficie igualmente pura. Fue una gran satisfacción para él comprobar que May Welland compartía sus sentimientos. Los ojos de la joven volaron suplicantes en busca de los suyos, con una mirada que parecía decir: «Recuerda que hacemos esto porque es lo que hay que hacer».

Ningún otro mensaje hubiera tenido una respuesta más inmediata en el corazón de Archer; pero prefería que el motivo de su decisión hubiera sido inspirado por alguna razón sublime y no simplemente por la pobre Ellen Olenska. El grupo que rodeaba a *Miss Welland* le abrió camino en medio de sonrisas maliciosas y después de recibir su cuota de felicitaciones, condujo a su novia al medio del salón de baile y la tomó por la cintura.

—Ahora no tendremos que hablar —dijo con una sonrisa que se reflejaba en los ingenuos ojos de May, mientras bailaban entre las suaves olas del Danubio Azul.

Ella no contestó. Sus labios temblaron al sonreír, pero sus ojos permanecieron distantes y graves, como si contemplaran una visión maravillosa. «Querida», susurró Archer, estrechándola contra su pecho. Comprendió que las primeras horas del compromiso, aunque se vivieran en un salón de baile, tenían algo muy solemne y sacramental. ¡Qué nueva vida se abría a sus ojos, con aquella pureza, resplandor, bondad a su lado!

Al terminar la pieza, como verdaderos novios, se fueron a pasear al invernadero. Sentados tras un alto abanico de helechos y camelias, Newland besó la enguantada mano de *Miss Welland*.

—Ya ves que hice lo que me pediste —dijo ella.

—Sí, ya no podía esperar —respondió él sonriendo, y al cabo de un instante agregó—: Pero me habría gustado que no tuviera que ser en un baile.

—Ya sé —dijo May con una mirada comprensiva—. Pero después de todo, aquí podemos estar juntos y solos, ¿no es cierto?

—¡Sí, querida mía, para siempre! —gritó Archer. Estaba claro que ella siempre lo entendería; siempre diría lo correcto. Este descubrimiento rebalsó la copa de su dicha, y añadió alegremente:

—Lo peor de todo es que quiero besarte y no puedo.

Mientras decía esto lanzó una rápida mirada por el invernadero, se aseguró de su momentánea intimidad, y acercándola a él puso un fugitivo beso en sus labios. Para contrapesar la audacia de su proceder la condujo a un sofá de bambú situado en una parte menos apartada del jardín de invierno, y al sentarse a su lado rompió uno de los lirios de su ramo. Ella se quedó en silencio, y el mundo se tendió a los pies de los novios como un valle soleado.

—¿Se lo dijiste a mi prima Ellen? —preguntó ella de pronto, como si hablara en sueños.

Él pareció despertar, y recordó que no lo había hecho. La invencible repugnancia que sentía ante la idea de decírselo a la extraña desconocida había frenado las palabras en su boca.

—No, no tuve ocasión de hacerlo —dijo, inventando rápidamente una mentira.

—Ah. —May estaba desilusionada, pero resuelta a salir con la suya del modo más dulce—. Entonces tienes que hacerlo, porque yo tampoco se lo dije. Y no me gustaría que ella pensara...

—Claro que no. Pero ¿no eres tú más bien la persona adecuada para decírselo?
Ella reflexionó.

—Si lo hubiera hecho de inmediato, sí; pero ahora que han pasado unas horas, creo que eres tú quien debe explicarle que te pedí que se lo dijeras en la ópera, antes de que lo supiera nadie más. De otra forma podría pensar que me olvidé de ella. Lo que pasa es que ella es parte de la familia pero ha estado ausente tanto tiempo que está un poco... sensible.

Archer la miró deslumbrado.

—¡Ángel mío adorado! Por supuesto que se lo diré —miró con cierta aprensión hacia el atestado salón de baile—. Pero todavía no la he visto. ¿Habrás venido?

—No, a último minuto decidió no venir.

—¿A último minuto? —repitió él como en un eco, traicionando su sorpresa de que May pensara que podía venir.

—Sí. A ella le encanta bailar —contestó la joven con sencillez—. Pero de súbito decidió que su vestido no era lo suficientemente elegante para un baile, aunque todos opinamos que era precioso, y entonces mi tía tuvo que llevarla de vuelta a casa.

—Entonces... —dijo Archer con indiferencia, pero muy complacido.

Nada le gustaba más en su novia que su resuelta determinación a llevar hasta su límite aquel ritual en que ambos habían sido educados: ignorar lo «desagradable».

«Ella sabe tan bien como yo —reflexionó para sí— la verdadera razón de la ausencia de su prima; pero jamás le mostraré el menor signo de que estoy perfectamente consciente de que hay una sombra de mancha en la reputación de la pobre Ellen Olenska».

Capítulo IV

AL día siguiente se intercambiaron las acostumbradas visitas de compromiso. En Nueva York el ritual era preciso e inflexible en dicha materia. Por tanto, Newland Archer fue primero con su madre y hermana a visitar a Mrs. Welland, después de lo cual él y Mrs. Welland y May se dirigieron a casa de la anciana Mrs. Manson Mingott para recibir la bendición de aquel venerable miembro de la familia.

A Newland le resultaba siempre muy entretenido visitar a Mrs. Manson Mingott. La casa en sí ya era un documento histórico, aunque no tan venerable, por supuesto, como algunas otras antiguas casas familiares en University Place y en la parte baja de la Quinta Avenida. Aquéllas eran del más puro estilo 1830, con la severa armonía de las alfombras bordadas con guirnaldas y rosetones de coles, consolas de palo de rosa, chimeneas de arco redondeado con repisas de mármol negro, e inmensas y lustrosas estanterías de caoba. En cambio, la anciana Mrs. Mingott, que construyó su casa más tarde, eliminó enteramente los pesados muebles de su juventud y mezcló las reliquias heredadas por los Mingott con la frívola tapicería del Segundo Imperio. Acostumbraba sentarse frente a la ventana de su salita del primer piso, como si esperara plácidamente que la vida y la moda fluyeran hacia el norte, hacia sus puertas solitarias. Parecía no tener prisa de que llegaran, pues su paciencia igualaba a su confianza. Estaba segura de que dentro de poco las cercas divisorias, las canteras, las cantinas de un piso, los invernaderos de madera en jardines mal cuidados, y las rocas desde las cuales las cabras inspeccionan el panorama, desaparecerían ante el avance de residencias tan majestuosas como la suya; tal vez (era una mujer imparcial) incluso más majestuosas. Y pensaba que los adoquines sobre los cuales corrían

ruidosos los viejos buses serían reemplazados por un suave asfalto, como mucha gente decía haber visto en París. Por ahora, como todos los que ella quería ver la visitaban (y podía llenar sus salones con la misma facilidad que los Beaufort, y sin tener que añadir un solo elemento al menú de la cena), no sufría en absoluto por su aislamiento geográfico.

En su madurez, el descomunal aumento de carnes que la arrollaba como un río de lava sobre una ciudad condenada, la hizo cambiar y de ser una gorda activa con pie y tobillo bien torneados se transformó en una cosa tan enorme e imponente como un fenómeno natural. Aceptó este aluvión con la misma filosofía con que enfrentó otras pruebas, y ahora, en su extrema ancianidad, recibía el premio de presentar al espejo una extensión casi sin arrugas de carne firme, sonrosada y blanca, en medio de la cual sobrevivían las huellas de una cara pequeña que parecía esperar la excavación. Una cascada de blandas papadas caía en las tambaleantes profundidades de un pecho todavía blanco, velado por albas muselinas que sujetaba una miniatura con el retrato del difunto Mr. Mingott; y, tanto a su alrededor como bajo ella, olas tras olas de seda negra rebasaban los bordes de un amplio sillón, a la vez que dos pequeñas manos blancas se posaban como gaviotas en la superficie del oleaje.

Hacía tiempo que el peso de la carne impedía a Mrs. Manson Mingott subir y bajar escaleras, por lo cual, con su característica independencia, habilitó en el piso alto sus salas de recepción y ella se instaló en el piso bajo de la casa (en flagrante violación a los cánones sociales neoyorquinos). Por esta razón, si uno se sentaba con ella junto a la ventana de su salita, podía gozar (a través de una puerta permanentemente abierta y de una cortina de damasco amarillo sujeta por una lazada) del inesperado espectáculo que ofrecía un dormitorio con una inmensa cama baja tapizada como un sofá, y una mesa de tocador adornada con frívolos volantes de encaje y un espejo en marco dorado.

Sus visitantes se sorprendían y a la vez se fascinaban con lo exótico de esta decoración, que les recordaba escenas de novelas francesas e inmorales incentivos arquitectónicos que los ingenuos norteamericanos jamás soñaron. Era la forma en que vivían las mujeres con sus amantes en las antiguas sociedades pervertidas, en departamentos con todas las habitaciones en un piso, y con todas las indecentes promiscuidades que se describían en sus novelas. Newland Archer (que en su interior situaba las escenas amorosas de *Monsieur de Camors* en el dormitorio de Mrs. Mingott) se divertía pensando cómo transcurría su intachable vida en aquel escenario de adulterio; pero se decía, con gran admiración, que si algún amante hubiera sido lo que ella aspiraba, la intrépida mujer no habría dudado en aceptarlo.

Para alivio de todos, la condesa Olenska no se presentó en el salón de su abuela durante la visita de los novios. Mrs. Mingott dijo que había salido, lo cual en un día de mucho sol y a la «hora de las compras» parecía algo poco recomendable para una mujer de discutida reputación. Como fuera, les evitó el desagrado de su presencia y ahuyentó la leve sombra que su triste pasado pudiera hacer caer en el radiante futuro de la pareja. La visita fue muy agradable, como era de esperarse. Mrs. Mingott estaba encantada con el futuro matrimonio que, previsto hacía largo tiempo por los parientes más observadores, había sido cuidadosamente discutido en consejo de familia. También el anillo de compromiso, un enorme y grueso zafiro engastado en garfios invisibles, le produjo una profunda admiración.

—Es un engaste moderno —explicó Mrs. Welland, con una indulgente mirada de soslayo hacia su futuro yerno—. Es cierto que realza maravillosamente la piedra, pero puede parecer un tanto desnuda a los ojos acostumbrados a los anillos pasados de moda.

—¿Pasados de moda? Espero que no te referirás a los míos, querida. Me encantan todas las novedades —exclamó la anciana, acercando la piedra a sus pequeñas pupilas brillantes, que ningún lente había afeado—. Preciosa —añadió, devolviendo la joya—, magnífica. En mi época nos bastaba con un camafeo rodeado de perlas. Pero es la mano la que embellece el anillo, ¿no es así, mi querido Mr. Archer? —E hizo un ademán con una de sus pequeñas manos de uñas puntiagudas y rollos de grasa que la edad colocara rodeando la muñeca cual brazaletes de marfil—. El mío fue modelado en Roma por el gran Ferrigiani. Debería encomendarle el de May; sin duda se lo hará, querido. Mi nieta tiene la mano grande por esos deportes que ensanchan las coyunturas, pero su piel es blanca. Y, ¿cuándo es la boda? —dijo abruptamente, interrumpiéndose y fijando los ojos en el rostro de Archer.

—Oh... —murmuró Mrs. Welland.

Pero el joven, dedicando una sonrisa a su novia, respondió:

—Lo más pronto posible, si usted me apoya, Mrs. Mingott.

—Debemos darles tiempo para que se conozcan un poco más, mamá —intercaló Mrs. Welland, fingiendo la debida oposición.

—¿Conocerse más? —repitió la anciana—. ¡Qué tontería! En Nueva York todos nos conocemos desde siempre. Deja que este joven haga las cosas a su manera, querida; no esperen hasta que el vino pierda sus burbujas. Que se casen antes de Cuaresma; cualquier invierno me pesco una neumonía, y quiero ofrecerles el banquete de bodas.

Los sucesivos argumentos fueron recibidos con discretas expresiones de hilaridad, incredulidad y agradecimiento. La visita concluía en un ambiente de suave alegría cuando se abrió la puerta para dar paso a la condesa Olenska, que entró con sombrero y capa, seguida de la inesperada figura de Julius Beaufort.

Hubo un murmullo de alborozo entre las mujeres, y Mrs. Mingott extendió el modelo de Ferrigiani hacia el banquero.

—¡Ah, Beaufort, éste es un acontecimiento único!

Seguía la curiosa costumbre extranjera de tratar a los hombres por sus apellidos.

—Gracias. Me gustaría que sucediera más a menudo —dijo el visitante con su arrogante aire de sencillez—. Estoy tan ocupado por lo general; pero me encontré con la condesa Ellen en Madison Square y ella tuvo la gentileza de permitirme acompañarla en su camino a casa.

—¡Espero que la casa sea más alegre ahora que Ellen está aquí! —exclamó Mrs. Mingott con increíble desfachatez—. Siéntese, siéntese, Beaufort, acerque el sillón amarillo. Ahora que lo tengo aquí, quiero que me cuente los últimos chismes. Supe que su baile fue magnífico, y escuché que había invitado a Mrs. Lemuel Struthers. Tengo una gran curiosidad por ver a esa mujer con mis propios ojos.

Se había olvidado de sus parientes, que salían al vestíbulo guiados por Ellen Olenska. La anciana Mrs. Mingott siempre profesó gran admiración a Julius Beaufort, y había una especie de similitud en el frío tono dominante de ambos y en su manera de salirse de las convenciones por cualquier atajo. Ahora moría de curiosidad de saber qué impulsó a los Beaufort a invitar (por primera vez) a Mrs. Lemuel Struthers, la viuda del «Betún Struthers», que había regresado el año anterior de un largo viaje de iniciación por Europa para poner sitio a la cerrada y pequeña ciudadela de Nueva York.

—Claro que si usted y Regina la invitan, se da por terminado el asunto. Bien, necesitamos sangre nueva y dinero nuevo, y se dice que ella sigue siempre muy hermosa —declaró la implacable anciana.

En el vestíbulo, mientras Mrs. Welland y May se colocaban sus abrigos de piel,

Archer notó que la condesa Olenska lo miraba con una sonrisa un tanto inquisitiva.

—Ya veo que sabes acerca de May y yo —dijo respondiendo a su mirada con una sonrisa tímida—. Me reprendió por no haberte dado la noticia anoche en la ópera; tenía órdenes tuyas de contarte que estábamos comprometidos, pero no pude hacerlo en medio del gentío.

La sonrisa de la condesa Olenska pasó de sus ojos a sus labios, lo que la hizo verse más joven, más parecida a la audaz y morena Ellen Mingott de su infancia.

—Sí, ya lo sé, y me alegro mucho. Pero, claro, uno no da tales noticias entre tanta gente.

Tendió la mano a las dos mujeres paradas en el umbral.

—Adiós, vengan a verme uno de estos días —dijo, con los ojos clavados en Archer.

En el carruaje, mientras bajaba por la Quinta Avenida, conversaron con entusiasmo acerca de Mrs. Mingott, de su edad, su ánimo y todos sus maravillosos atributos. Nadie hizo alusión a Ellen Olenska; pero Archer sabía lo que Mrs. Welland estaba pensando: «Es un error que Ellen se muestre al día siguiente de su llegada, paseándose por la Quinta Avenida, a la hora más concurrida, y en compañía de Julius Beaufort». Y el joven agregaba mentalmente por su parte: «Y debería saber que un hombre que acaba de comprometerse no gasta su tiempo en visitar a mujeres casadas. Pero sabemos que en el medio en que ha vivido todos lo hacen, más bien no hacen otra cosa». Y a pesar de que se enorgullecía tanto de sus opiniones cosmopolitas, Archer dio gracias al cielo de ser neoyorkino, y de estar a punto de unirse a alguien de sus mismas ideas.

Capítulo V

LA noche siguiente, Mr. Sillerton Jackson fue a cenar con los Archer.

Mrs. Archer era una mujer tímida que vivía apartada de la sociedad, pero le gustaba estar enterada de todo lo que pasaba. Su viejo amigo Sillerton Jackson dedicaba al afán de investigar los asuntos de sus amigos la paciencia de un coleccionista y la ciencia de un naturalista; y su hermana, *Miss Sophy Jackson*, que vivía con él y era agasajada por todos los que no podían lograr la presencia de su demasiado solicitado hermano, aportaba algunos chismes menos importantes que completaban espléndidamente los vacíos del informe de Sillerton.

Entonces, cuando sucedía algo que Mrs. Archer quería saber, invitaba a Mr. Jackson a cenar; y como favorecía a muy poca gente con sus invitaciones y como ella y su hija Janey eran un excelente auditorio, Mr. Jackson concurría por lo general en persona en lugar de enviar a su hermana. Si hubiera podido poner sus condiciones, elegiría las noches en que Newland no estaba en casa; no por no congeniar con el joven (tenían una magnífica relación en el club) sino porque el anciano reseñador de anécdotas intuía a veces en Newland una tendencia a dudar de sus datos, lo que las mujeres de la familia jamás hacían.

Si fuera posible alcanzar la perfección en la tierra, Mr. Jackson también pediría que la comida que ofrecía Mrs. Archer fuera un poquito mejor. Pero Nueva York, hasta donde la mente de un hombre podía recordar, se dividía entre los dos grandes grupos fundamentales de los Mingott y los Manson y sus clanes aficionados a comer y vestir bien y a tener dinero, y la tribu de los Archer-Newland-van-der-Luyden, que amaban los viajes, la horticultura y las buenas novelas, pero que despreciaban los demás placeres vulgares.

Pero desgraciadamente no se puede tener todo. Si se cena en casa de los Lovell Mingott habrá pato y tortuga marina y vinos de buenas cosechas; en casa de Adeline Archer se hablará del paisaje alpino y de «*El Fauno de Mármol*^[12]»; y, con suerte, su Madeira alcanzará para todos. Por lo tanto, cuando recibía una amable invitación de Mrs. Archer, Mr. Jackson, que era realmente ecléctico, decía a su hermana:

—La última comida en casa de los Lovell Mingott me ha dejado bastante *gotoso*^[13], me hará mucho bien ayunar donde Adeline.

Mrs. Archer era viuda desde hacía muchos años y vivía con su hijo y su hija en la calle Veintiocho Oeste. El piso alto era ocupado por Newland, y las dos mujeres se apretujaban en las estrechas habitaciones de la planta baja. En medio de una serena armonía de gustos e intereses, madre e hija cultivaban helechos en macetas, hacían encaje *macramé*^[14] y bordados de lana en lino, coleccionaban loza vidriada de la época de la revolución americana, estaban suscritas a Good Words, y leían las novelas de Ouida por su ambiente italiano. (Preferían aquellas sobre la vida campesina, por sus descripciones del paisaje y la calidad de los sentimientos, aunque generalmente les gustaban las novelas acerca de la gente de sociedad, cuyas motivaciones y costumbres les eran más comprensibles; criticaban severamente a Dickens, que «nunca describió a un caballero», y consideraban que Thackeray^[15] estaba fuera de su elemento entre el gran mundo en comparación con Bulwer, a quien, sin embargo, se empezaba a considerar pasado de moda).

Mrs. Archer y su hija eran amantes del paisaje. Era lo que más buscaban y admiraban en sus ocasionales viajes al extranjero; consideraban la arquitectura y la pintura más apropiadas para hombres, especialmente para personas letradas que leían a Ruskin. El apellido de soltera de Mrs. Archer era Newland, y madre e hija, que parecían hermanas, eran, como decía la gente, «verdaderas Newland»: altas, pálidas, de hombros ligeramente encorvados, nariz larga, sonrisa dulce y una cierta distinción lánguida como en algunos descoloridos retratos de Reynolds. El parecido físico sería completo si no fuera que la *embonpoint*^[16] propia de la edad que hacía estirarse el brocado negro de Mrs. Archer, mientras que las popelinas café y púrpura colgaban cada vez con mayor soltura del cuerpo virginal de Miss Archer a medida que pasaban los años.

Pero Newland estaba convencido de que, mentalmente, la similitud entre ambas era menor de lo que a menudo sus idénticos amaneramientos permitían creer. El largo hábito de vivir juntas en una intimidad de mutua dependencia les dio el mismo vocabulario y la misma costumbre de empezar las frases diciendo: «mamá piensa» o «Janey piensa», según una u otra quería dar una opinión propia. Pero en realidad, en tanto que la serena falta de imaginación de Mrs. Archer se atenía con facilidad a lo aceptable y conocido, Janey era propensa a sobresaltos y extravíos de la fantasía que surgía de fuentes de reprimido romanticismo.

Madre e hija se adoraban entre ellas y veneraban a su hijo y hermano. Y Archer las amaba con una ternura incondicional y llena de remordimientos a causa de la exagerada admiración de ellas, y de la íntima satisfacción que ésta le hacía sentir. Después de todo, pensaba que era bueno para un hombre que su autoridad fuera respetada en su propia casa, aun cuando a veces su sentido del humor le hacía cuestionarse la fuerza de tal autoridad.

En esta oportunidad, el joven estaba totalmente seguro de que Mr. Jackson prefería que él cenara fuera; pero tenía buenos motivos para no hacerlo.

Naturalmente, Jackson quería hablar de Ellen Olenska, y naturalmente Mrs. Archer y Janey querían escuchar lo que iba a decir. Los tres se sentían un poco molestos por la

presencia de Newland, ahora que se conocía su futura relación con el clan Mingott; y el joven esperaba, con curiosidad y ganas de divertirse, ver cómo soslayarían la dificultad.

Empezaron en forma indirecta hablando de Mrs. Lemuel Struthers.

—Fue una lástima que los Beaufort la invitaran —dijo suavemente Mrs. Archer—. Lo malo es que Regina hace siempre lo que él dice; y Beaufort...

—A Beaufort se le escapan algunos *nuances*^[17] —dijo Mr. Jackson, inspeccionando cautelosamente el sábalo a la parrilla, mientras se preguntaba por enésima vez por qué el cocinero de Mrs. Archer siempre quemaba los huevos de pescado en las cenizas.

(Newland, que compartía por años esta incógnita, pudo detectarla en la melancólica desaprobación que se retrataba en el rostro del anciano).

—Cierto, no hay duda de que Beaufort es un hombre vulgar —dijo Mrs. Archer—. Mi abuelo Newland siempre le decía a mi madre: «Por ningún motivo permitas que le presenten a ese tal Beaufort a las niñas». Pero al menos ha tenido la suerte de asociarse con caballeros; en Inglaterra también, dicen. Todo es muy misterioso.

Miró a Janey e hizo una pausa. Ambas conocían hasta el último resquicio del misterio Beaufort, pero en público Mrs. Archer seguía aparentando que el tema no era conveniente para una soltera.

—Pero esta Mrs. Struthers —prosiguió Mrs. Archer—, ¿qué dijo usted que era, Sillerton?

—Salió de una mina, o más bien de la cantina cercana a la cantera. Después hizo un tour por Nueva Inglaterra con un espectáculo de figuras de cera en vivo. Cuando la policía acabó con eso, dicen que vivió...

Mr. Jackson miró a su vez a Janey, cuyos ojos parecían saltar bajo sus prominentes párpados. Todavía había sorpresas para ella en el pasado de Mrs. Struthers.

—Luego —continuó Mr. Jackson (y Archer supo que se preguntaba por qué nadie dijo al mayordomo que no cortara los pepinos con un cuchillo de acero)—, apareció Lemuel Struthers. Dicen que su publicista utilizaba la cabeza de la joven para la propaganda del betún de zapatos, por su pelo intensamente negro, como ustedes saben, al estilo egipcio. Lo cierto es que..., finalmente..., se casó con ella.

Había una fuerte insinuación maliciosa en esa manera de espaciar la palabra «finalmente», recalcando la importancia de cada sílaba.

—Bueno, pero al paso que vamos hoy día, eso ya no importa —dijo Mrs. Archer con tono indiferente.

A las damas no les interesaba en realidad Mrs. Struthers; el tema de Ellen Olenska era demasiado novedoso y demasiado absorbente para ellas. A decir verdad, Mrs. Archer mencionó el nombre de Mrs. Struthers sólo para permitirse decir:

—¿Y la nueva prima de Newland, la condesa Olenska? ¿También fue al baile?

Había un leve toque de sarcasmo en la referencia a su hijo, y Archer lo advirtió, y lo esperaba. Hasta Mrs. Archer, que rara vez se interesaba gran cosa en los eventos humanos, se había alegrado enormemente con el compromiso de su hijo. («Sobre todo después del estúpido asunto con Mrs. Rushworth», había comentado con Janey, aludiendo a lo que fuera para Newland una tragedia de la cual creyó que su alma guardaría por siempre las cicatrices). No había mejor partido en Nueva York que May Welland, desde todo punto de vista. Por supuesto que tal matrimonio era lo que se merecía Newland, pero los jóvenes son tan tontos e impredecibles —y algunas mujeres tienden tan bien sus trampas y son tan inescrupulosas— que era casi un milagro ver a su único hijo pasar sin sucumbir frente a la Isla de las Sirenas e instalarse en el paraíso de una inocente vida doméstica.

Era lo que sentía Mrs. Archer y su hijo lo sabía; pero también sabía que estaba perturbada por el apresurado anuncio de su compromiso, o más bien por su causa; y por ese motivo —pues en el fondo era un amo tierno e indulgente— se quedó en casa esa noche.

—No es que desaprobe el *esprit de corps*^[18] de los Mingott, pero no entiendo por qué el compromiso de Newland tiene que mezclarse con las idas y venidas de la Olenska —refunfuñó al oído de Janey, único testigo de esas leves caídas en su perfecta dulzura.

Se había comportado a la perfección —y en cuanto a buen comportamiento nadie la sobrepasaba— durante la visita a Mrs. Welland; pero Newland sabía (y su novia sin duda lo adivinaba) que durante toda la visita ella y Janey estuvieron nerviosas temiendo una posible intrusión de *madame* Olenska. Y cuando salieron de la casa, se permitió decir a su hijo:

—Me alegro de que Augusta Welland nos haya recibido a solas.

Estos indicios de trastornos internos influyeron más aún para que Archer también pensara que los Mingott habían ido un tanto demasiado lejos. Pero como atentaba contra todas las reglas del código familiar que madre e hijo hicieran alusión a sus más íntimos pensamientos, sólo replicó:

—Bueno, siempre cuando uno se compromete hay que pasar por una serie de reuniones familiares, y cuanto más pronto se haga, mejor.

A lo que su madre respondió con un simple fruncimiento de labios bajo el velo de encaje que caía de su sombrero de terciopelo gris bordeado de frutas artificiales.

Archer presintió que aquella noche la venganza de su madre, su legítima venganza, sería «arrastrar» a Mr. Jackson al tema de la condesa Olenska. Y, como ya había cumplido públicamente su deber de futuro miembro del clan Mingott, el joven no tuvo objeción a que se hablara de la dama en privado, aunque el tema ya comenzaba a aburrirlo.

Mr. Jackson se había servido una rebanada del filete tibio que le presentara el taciturno mayordomo con una mirada tan escéptica como la suya, pero rechazó la salsa de *callampas*^[19] después de olerla en forma imperceptible. Se sentía frustrado y hambriento, y Archer pensó que probablemente terminaría por comerse a Ellen Olenska.

Mr. Jackson se echó atrás en su silla, y miró hacia los Archer, Newland y Van der Luyden iluminados por candelabros que colgaban dentro de oscuros marcos sobre las oscuras paredes.

—¡Cuánto le gustaba la buena comida a tu abuelo Archer, mi querido Newland! —dijo fijando los ojos en el retrato de un hombre joven y regordete de alzacuello y chaqueta azul, frente a una casa de campo con columnas blancas—. ¡Vaya, vaya, vaya, me pregunto qué habría dicho de estos matrimonios con extranjeros!

Mrs. Archer pasó por alto la alusión a la ancestral *cuisine*^[20] y Mr. Jackson continuó, enfatizando sus palabras:

—No, ella no estaba en el baile.

—Ah —murmuró Mrs. Archer, en un tono que quería decir: «Por lo menos tuvo la decencia de no ir».

—Tal vez los Beaufort no la conocen —sugirió Janey, con su ingenua malicia.

Mr. Jackson hizo un vago ademán de beber, como si probara un invisible Madeira.

—Puede que Regina no —dijo—, pero Beaufort sí la conoce, porque toda Nueva York la vio esta tarde paseando con él por la Quinta Avenida.

—¡Dios mío! —gimió Mrs. Archer, que evidentemente percibía la inutilidad de tratar de atribuir a un sentido de delicadeza las actitudes de los extranjeros.

—No sé si usa sombrero o capota por la tarde —especuló Janey—. Sé que a la ópera fue de terciopelo azul oscuro, totalmente simple y liso, como una camisa de dormir.

—¡Janey! —exclamó su madre ruborizada y, tratando de adoptar una actitud de audacia, agregó—: En todo caso, fue de mejor gusto no ir al baile.

Un espíritu perverso indujo a su hijo a replicar:

—No creo que haya sido cuestión de buen gusto de su parte. May dijo que pensaba ir, pero después decidió que su vestido no era lo suficientemente elegante.

Mrs. Archer acogió con una sonrisa esta confirmación de sus deducciones.

—Pobre Ellen —dijo con sencillez, y agregó compasiva—: No debemos olvidar la excéntrica educación que le dio Medora Manson. ¿Qué se puede esperar de una muchacha a la que se permite usar raso negro en su baile de estreno en sociedad?

—¡Ah, no voy a recordarla con ese vestido! —dijo Mr. Jackson, y agregó—: ¡Pobrecita! —En el tono de quien, disfrutando con el recuerdo, en su momento había entendido perfectamente lo que aquel espectáculo auguraba.

—Es raro —hizo notar Janey— que haya conservado un nombre tan feo como Ellen. Yo lo habría cambiado por Elaine —recorrió la mesa con la vista para ver el efecto de su opinión.

—¿Por qué Elaine? —preguntó su hermano, riendo.

—No sé, suena mejor, más polaco —repuso Janey, enrojeciendo.

—Suena más llamativo, y no es eso lo que ella desea —dijo Mrs. Archer en tono distraído.

—¿Por qué no? —Atacó su hijo, con un súbito impulso discutidor—. ¿Por qué no puede ser llamativa si quiere? ¿Por qué tiene que vivir ocultándose como si fuera ella la que se deshonoró? Es la «pobre Ellen», de acuerdo, porque tuvo la mala suerte de hacer un mal matrimonio; pero no veo razón para que esconda la cabeza como si fuera la culpable.

—Supongo que ésa es la línea que piensan tomar los Mingott —comentó Mr. Jackson, pensativo.

El joven se sonrojó.

—No tuve que esperar su veredicto, si es lo que quiere decir, señor. *Madame Olenska* ha tenido una vida desgraciada, lo que no la hace una descastada.

—Hay rumores... —empezó a decir Mr. Jackson, lanzando una mirada a Janey.

—Ya sé, el secretario —le interrumpió Archer—. Qué importa, madre, Janey ya está grande^[21]. Dicen, ¿no es cierto? —continuó—, que el secretario la ayudó a escapar de aquella bestia de marido que la tenía prácticamente prisionera. Bueno, ¿y qué importa que lo hiciera? Espero que no haya entre nosotros un hombre que no hubiera hecho lo mismo en ese caso.

Mr. Jackson se dirigió al mayordomo por encima del hombro:

—Después de todo, tomaría tal vez un poco de esa salsa, sólo un poco —y después de servirse, añadió—: Me dijeron que ella está buscando una casa. Entonces, se queda a vivir aquí.

—Yo escuché que piensa obtener el divorcio —dijo Janey con gran audacia.

—¡Espero que lo logre! —exclamó Archer.

La palabra cayó como una bomba en la pura y serena atmósfera del comedor de los Archer. Mrs. Archer arqueó sus finas cejas con ese particular movimiento que significa: «Está el mayordomo...». Y el joven, también consciente del mal gusto de discutir asuntos tan íntimos en público, rápidamente cambió el tema iniciando un relato de su visita a la anciana Mrs. Mingott.

Acabada la cena, siguiendo una costumbre inmemorial, Mrs. Archer y Janey subieron al salón arrastrando sus largos drapeados de seda, y, mientras los caballeros se

quedaban fumando en la planta baja, se sentaron junto a una lámpara Carcel con globo grabado al buril, una frente a otra separadas por una mesa de trabajo de palo de rosa, debajo de la cual había una bolsa de seda verde, y comenzaron a bordar en ambos extremos de una tapicería floreada destinada a adornar alguna «silla para casos de necesidad» en el salón de la joven Mrs. Newland Archer.

Mientras se realizaba este ritual arriba, Archer instaló a Mr. Jackson en un sillón junto al fuego en la biblioteca gótica y le pasó un cigarro. Mr. Jackson se hundió con satisfacción en el asiento, encendió su cigarro con toda confianza (porque los había comprado Newland), y estirando sus viejos y delgados tobillos hacia las brasas, dijo:

—¿Dices que el secretario sólo la ayudó a escapar, querido muchacho? Bueno, entonces quiere decir que seguía ayudándola un año después, pues alguien se encontró con ellos cuando vivían juntos en Lausanne.

Newland enrojeció.

—¿Vivían juntos? Bueno, ¿y por qué no? ¿Quién más que ella tenía derecho a rehacer su vida? Estoy harto de la hipocresía que enterraría viva a una mujer de su edad si su marido prefiere vivir con rameras.

Se detuvo y se volvió furioso a encender su cigarro.

—Las mujeres deben ser libres, tan libres como lo somos nosotros declaró, descubriendo que estaba demasiado irritado para medir sus terribles consecuencias.

Mr. Sillerton Jackson acercó más a las brasas sus piernas y emitió un sardónico silbido.

—Bueno —dijo después de una pausa—, aparentemente el conde Olenski era de tu misma opinión, pues jamás escuché que moviera un dedo para llevarse a su mujer de vuelta.

Capítulo VI

AQUELLA noche, una vez que Mr. Jackson hubo partido y que las mujeres se retiraron a su dormitorio con cortinas de *chintz*^[22], Newland Archer subió pensativo a su estudio. Una mano solícita había, como de costumbre, mantenido encendido el fuego y nivelada la mecha de la lámpara; y la habitación, con sus hileras e hileras de libros, las estatuillas de bronce y acero de «Los Espadachines» encima de la chimenea y las numerosas fotografías de cuadros famosos, era singularmente agradable y acogedora.

Al arrellanarse en el sillón junto al fuego, sus ojos se fijaron en una gran fotografía de May Welland que la joven le regalara el primer día de su romance, y que había desplazado todos los demás retratos de la mesa. Con renovada sensación de admiración contempló la amplia frente, los ojos serios y la alegre boca inocente de la joven de cuya alma él iba a ser el guardián. Aquel aterrador producto del sistema social al cual pertenecía y en el que creía, la jovencita que no sabía nada y lo esperaba todo, le devolvía la mirada de una desconocida en las facciones familiares de May Welland; y una vez más tuvo que aceptar que el matrimonio no era un anclaje en puerto seguro, como le habían enseñado, sino un viaje por mares que no figuran en los mapas.

El caso de la condesa Olenska removió viejas convicciones establecidas y las dejó navegando a la deriva entre sus pensamientos. Su propia exclamación: «las mujeres deben ser libres, tan libres como nosotros», tocaba la raíz de un problema que su propio mundo

había decidido considerar inexistente. Una mujer «decente», aunque hubiera sido agraviada, jamás podría reclamar la clase de libertad de que él hablaba, y los hombres de corazón generoso como el suyo estarían caballerosamente dispuestos —en el calor de la discusión— a concedérsela. Tales generosidades verbales no eran de hecho más que un engañoso disfraz de las inexorables convenciones que ataban una cosa con otra y encerraban a todos dentro de los viejos moldes. Pero en este caso se veía comprometido a defender, por la prima de su novia, una conducta que, si se tratara de su propia esposa, lo obligaría a invocar contra ella todo el rigor de la Iglesia y del estado.

Claro que se trataba de un dilema meramente hipotético; al no ser él no era un noble polaco y sinvergüenza, era absurdo especular acerca de cuáles serían los derechos de su esposa, si lo hubiera sido. Pero Newland Archer tenía demasiada imaginación como para no pensar que, en el caso suyo con May, la cuerda se cortaría por razones muchísimo menos vulgares y evidentes. ¿Qué podían saber uno del otro, si era su deber de muchacho «decente» ocultarle su pasado, y el de ella, como joven casadera, no tener pasado que esconder? ¿Qué pasaría si, por cualquiera de las razones más sutiles, se cansaban uno del otro, no se comprendían o se irritaban mutuamente? Pasó revista a los matrimonios de sus amigos —a los supuestamente más felices— y no vio ninguno que respondiera, ni remotamente, a la apasionada y tierna camaradería que él soñaba como relación permanente con May Welland. Se daba cuenta de que tal imagen presuponía en ella la experiencia, versatilidad, libertad de juicio que la educación recibida se había empeñado cuidadosamente en negarle; y con un escalofriante presentimiento vio su matrimonio igual al de la mayoría de los que lo rodeaban: una monótona asociación de intereses materiales y sociales que se mantenía por la ignorancia de una de las partes y la hipocresía de la otra.

Le pareció que Lawrence Lefferts era el marido que mejor había hecho realidad este envidiable ideal. Como llegó a ser el sumo sacerdote de las formalidades, formó a su esposa tan a su exclusiva conveniencia que, en los momentos más evidentes de sus frecuentes amoríos con las esposas de otros hombres, ella demostraba su sonriente ignorancia diciendo: «Lawrence es tremendamente estricto»; y se la vio ruborizarse indignada y bajar la mirada cuando alguien mencionaba en su presencia el hecho de que Julius Beaufort (como todo «extranjero» de origen dudoso) tuviera lo que se llamó en Nueva York «otra residencia».

Archer trató de consolarse pensando que no era tan demasiado necio como Larry Lefferts, ni May tan tontona como la pobre Gertrude; pero finalmente la diferencia era sólo de inteligencia y no de normas morales. En realidad, todos vivían en una especie de mundo de acertijos, donde lo verdadero nunca se decía ni se hacía ni se pensaba. Mrs. Welland, que sabía perfectamente por qué Archer la había presionado para que anunciara el compromiso con su hija en el baile de los Beaufort (y en realidad esperaba que así lo hiciera), se sintió obligada no obstante a simular desaprobación y a fingir que le habían torcido la mano, tal como la novia salvaje es arrastrada entre alaridos de la tienda de sus padres en los libros sobre el hombre primitivo, que la gente de mayor cultura ya empezaba a leer en esa época.

Naturalmente, el resultado de todo esto era que la joven que constituía el centro de su elaborado sistema de mistificación, seguía siendo la más inescrutable por su misma franqueza y seguridad. La pobrecita era franca porque no tenía nada que esconder, y era segura porque no sabía que hubiera algo que la amenazara; y sin otra preparación iba a sumergirse de la noche a la mañana en lo que la gente llamaba en tono vago «las cosas de la vida».

Archer estaba enamorado sinceramente, pero con gran placidez. Le encantaba la radiante belleza de su novia, su buena salud, sus dotes de equitadora, su gracia y viveza en los juegos, y el tímido interés en libros e ideas que comenzaba a desarrollar guiada por él. (Había avanzado bastante como para ridiculizar juntos los *Idilios del Rey*^[23], pero no tanto como para captar la belleza de Ulises^[24] y los Indolentes^[25]). Era sincera, leal y valiente; tenía sentido del humor (como lo probaba al reírse con los chistes de su novio). El joven entreveía en las profundidades de su alma cándida un fervor emocional que sería una delicia despertar. Pero al término de este breve examen se sintió decepcionado pensando que tanta franqueza e inocencia eran sólo un producto artificial. La inexperta naturaleza humana no era franca ni inocente; estaba llena de dobleces y defensas de una instintiva astucia. Se sintió oprimido por esta creación de pureza ficticia, elaborada con tanta habilidad por madres, tías, abuelas y antepasadas enterradas hacía muchos años, porque se suponía que era lo que él deseaba y a lo que tenía derecho para que pudiera darse el señorial gusto de destruirla como a un muñeco de nieve.

Había algo de frivolidad en estas reflexiones, que eran las que se hacían habitualmente los jóvenes al acercarse el día de su boda. Pero generalmente iban acompañadas por un sentimiento de arrepentimiento y humillación totalmente desconocido para Newland Archer. No podía lamentarse (como hacían los héroes de Thackeray que tanto lo exasperaban) por no tener una página en blanco que ofrecer a su novia a cambio de la hoja inmaculada que ella le entregaría. No ponía en duda el hecho de que si lo hubieran educado como a ella no estarían en mejores condiciones para encontrar su camino cual Hansel y Gretel perdidos en el bosque. Tampoco encontraba —en todas sus ansiosas meditaciones— ninguna razón legítima (ninguna, claro está, que no estuviera ligada a su propio placer momentáneo y la pasión de la vanidad masculina) por la que su novia no tuviera derecho a la misma libertad que él gozaba.

Era lógico que en su interior surgieran este tipo de interrogantes; pero tenía plena conciencia de que su incómoda persistencia y precisión eran debidas a la inoportuna llegada de la condesa Olenska. Allí estaba él, en el momento mismo de su compromiso una instancia de pensamientos puros y esperanzas sin nubes, envuelto en un bullado escándalo que hacía emerger todos los problemas personales que habría preferido dejar en el olvido.

—¡Maldita Ellen Olenska! —gruñó apagando el fuego y comenzó a desvestirse.

No entendía por qué el destino de la condesa debiera tener alguna relación con el suyo. Sin embargo, intuyó vagamente que recién ahora empezaba a medir los riesgos de la posición de paladín que su compromiso con May lo obligara a asumir.

Pocos días más tarde estalló la bomba.

Los Lovell Mingott habían enviado invitaciones para lo que se conocía como una «cena formal» (o sea, tres sirvientes más de lo normal, dos platos para cada guiso y, entremedio, ponche a la romana), y encabezaron las tarjetas con las palabras: «Para presentar a la condesa Olenska», según la usanza de hospitalidad norteamericana, que trata a los extranjeros como si fueran reyes, o al menos sus embajadores.

Se seleccionó a los invitados con una osadía y discriminación en que los entendidos reconocieron la mano firme de Catherine la Grande. Al lado de aquellos con que siempre se contaba, como los Selfridge Merry que eran invitados a todas partes porque siempre lo fueron, los Beaufort, que podían ser considerados de la familia, y Mr. Sillerton Jackson y su hermana Sophy (que iba donde su hermano le ordenara), estaban algunos de los más elegantes e incluso los más irreprochables dentro del destacado grupo de los «jóvenes casados»: los Lawrence Lefferts, Mrs. Lefferts Rushworth (la encantadora viuda), los Harry

Thorley, los Reggie Chivers y el joven Morris Dagonet y su mujer (que era una Van der Luyden). Los asistentes fueron perfectamente bien elegidos, ya que todos pertenecían al pequeño grupo íntimo que la larga temporada social neoyorquina obligaba a divertirse juntos día y noche, aparentemente con inalterable entusiasmo.

Cuarenta y ocho horas más tarde lo increíble había sucedido; todos, excepto los Beaufort y Mr. Jackson y su hermana, rehusaron la invitación. Este intencional acto de descortesía se vio enfatizado por el hecho de que hasta los Reggie Chivers, que pertenecían al clan Mingott, se contaran entre los demás, y que fuera exactamente igual la redacción de las notas, en las que todos «lamentaban no poder aceptar», sin agregar la típica disculpa que la mínima educación prescribía: «por tener un compromiso anterior».

La sociedad neoyorquina era en aquellos días muy reducida y no habían tantos eventos como para que sus integrantes (incluidos los mozos de la caballeriza, mayordomos y cocineros) no supieran con precisión qué noches libres había. Por lo tanto, los invitados de Mrs. Lovell Mingott pudieron, con gran crueldad, dejar en claro su determinación de no conocer a la condesa Olenska.

El golpe fue inesperado, pero los Mingott, como era su hábito, lo tomaron con señorío. Mrs. Lovell Mingott habló en privado con Mrs. Welland, que a su vez habló con Newland Archer, quien, indignado por el ultraje, apeló con apasionamiento y autoridad a su madre. Ésta, después de un penoso proceso de resistencia interna y de un intento externo por contemporizar, sucumbió ante la insistencia de su hijo (como siempre), y, venciendo su previa vacilación, abrazó con redoblada energía su causa, se puso su sombrero de terciopelo verde y dijo:

—Voy a ver a Louisa van der Luyden.

Nueva York en los tiempos de Newland Archer era una pequeña y resbaladiza pirámide a la que, hasta entonces, nunca se le hizo una fisura ni se le puso el pie encima. Su base era el firme cimiento que Mrs. Archer llamaba «la gente común», una honorable pero oscura mayoría de familias respetables que (como en el caso de los Spicer o de los Lefferts o de los Jackson) había elevado sus niveles de clase casándose con alguien de las clases dominantes. La gente, decía siempre Mrs. Archer, ya no era tan exigente como antes; y con la anciana Catherine Spicer reinando en un extremo de la Quinta Avenida, y Julius Beaufort en el otro, no se podía esperar que las viejas tradiciones duraran mucho más.

Subiendo estrecha y firmemente desde su substrato adinerado pero discreto, se encontraba el grupo compacto y dominante representado activamente por los Mingott, Newland, Chivers y Manson. Muchos los veían como el ápice mismo de la pirámide; pero ellos (al menos la generación de Mrs. Archer) tenían plena conciencia de que, a ojos de los genealogistas, sólo un pequeñísimo número de familias podían apelar a tal distinción.

—No me den —decía Mrs. Archer a sus hijos— esa basura de los periódicos modernos acerca de la aristocracia neoyorquina. Si existe, ni los Mingott ni los Manson pertenecen a ella. No, ni siquiera los Newland o los Chivers. Nuestros abuelos y bisabuelos fueron sólo respetables comerciantes ingleses y holandeses venidos de las colonias a hacer fortuna y se quedaron por lo bien que les fue. Uno de tus bisabuelos firmó la Declaración, y otro fue general del Estado Mayor de Washington y recibió la espada del general Burgoyne después de la batalla de Saratoga. Son cosas que nos enorgullecen, pero no tienen nada que ver con rango o clase. Nueva York ha sido siempre una comunidad comercial, y no hay más de tres familias de origen aristocrático en el verdadero sentido de la palabra.

Mrs. Archer y sus hijos, como cualquiera en Nueva York, sabían quiénes eran esos seres privilegiados: los Dagonet de Washington Square, procedentes de una antigua familia

de un condado inglés emparentada con los Pitt y los Fox; los Lanning, que se casaron con descendientes del conde de Grasse, y los Van der Luyden, descendientes directos del primer gobernador holandés de Manhattan, y relacionados antes de la Revolución, por medio de matrimonios, con varios miembros de la aristocracia francesa y británica.

Los Lanning sobrevivían en la persona de las dos *Miss Lanning*, muy ancianas pero llenas de vivacidad, que vivían alegremente en medio de sus reminiscencias y rodeadas de los retratos de familia y los muebles Chippendale. Los Dagonet eran un clan muy numeroso, relacionado con los mejores nombres de Baltimore y Filadelfia. Pero los Van der Luyden, que estaban por encima de todos los demás, habían caído en una especie de crepúsculo subterrenal, del que emergían solamente dos figuras impresionantes: las de Mr. y Mrs. Henry van der Luyden.

Mrs. Henry van der Luyden se llamó de soltera Louisa Dagonet, y su madre fue la bisnieta del coronel du Lac, de una antigua familia de Channel Island, que combatió bajo Cornwallis y se estableció en Maryland después de la guerra con su novia, *Lady Angélica Trevenna*, quinta hija del conde de St. Austrey. El lazo entre los Dagonet, los du Lac de Maryland, y su aristocrática parentela, los Trevenna, fue siempre estrecho y cordial. Mr. y Mrs. van der Luyden más de una vez hicieron largas visitas a quien era en la actualidad la cabeza de la casa Trevenna, el duque de St. Austrey, en su propiedad campestre en Cornwall y en St. Austrey en Gloucestershire. Y su Gracia había anunciado varias veces su intención de devolver algún día dichas visitas (sin la duquesa, que le temía al viaje por el Atlántico).

Mr. y Mrs. van der Luyden repartían su tiempo entre Trevenna, su casa en Maryland, y Skuytercliff, la enorme propiedad junto al Hudson que fuera una de las concesiones coloniales del gobierno holandés al famoso primer gobernador, y del cual Mr. van der Luyden todavía era «Protector». Su elegante gran residencia en Madison Avenue se abría rara vez, y cuando llegaban a la ciudad recibían allí sólo a sus amigos más íntimos.

—Me gustaría que vinieras conmigo, Newland —dijo su madre, deteniéndose de pronto ante la puerta del *coupé Brown*—. Louisa te quiere mucho. Es por mi querida May que doy este paso, y también porque, si no permanecemos unidos, no quedará nada de lo que llamamos sociedad.

Capítulo VII

MRS. van der Luyden escuchó en silencio el relato de su prima Mrs. Archer.

Es conveniente recordar de antemano que Mrs. van der Luyden era siempre muy callada, y que, aunque reservada por naturaleza y educación, era muy cariñosa con la gente que de veras le gustaba. Pero ni siquiera la experiencia personal de esta realidad era siempre una buena protección contra el frío que parecía envolver al visitante en el salón de techo alto y paredes blancas de la mansión de Madison Square, con los sillones tapizados en pálido brocado que obviamente habían sido desenfundados para la ocasión, y la gasa que aún cubría los adornos de bronce dorado encima de la repisa de la chimenea y el hermoso antiguo marco tallado de «*Lady Angélica du Lac*» pintado por Gainsborough.

El retrato de Mrs. van der Luyden hecho por Huntington (vestida de terciopelo negro y encaje veneciano) estaba colocado frente al de su hermosa antepasada. Se le consideraba generalmente «tan excelente como un *Cabanel*» y, aunque habían transcurrido

veinte años desde su ejecución, todavía tenía «un parecido perfecto». En realidad, la Mrs. van der Luyden que se sentaba debajo del retrato a escuchar a Mrs. Archer podría ser la hermana gemela de la mujer de cabellos rubios y aire juvenil reclinada en lánguida postura en un sillón dorado junto a una cortina de *reps*^[26] verde. Mrs. van der Luyden todavía usaba terciopelo negro y encaje veneciano cuando salía a algún evento social, o más bien (ya que nunca cenaba fuera) cuando abría sus puertas para recibir amistades. Peinaba su pelo rubio, que se descoloraba sin encanecer, dividido en dos mitades lisas entrecruzadas sobre la frente; y la nariz recta que separaba sus ojos azul pálido tenía apenas unas pocas líneas más alrededor de los orificios nasales que cuando se pintó el retrato. A Newland Archer siempre le daba la impresión de alguien horrendamente conservado en la atmósfera sin aire de una existencia perfectamente irreprochable, como los cadáveres atrapados en los glaciares guardan por años una sonrosada vida en la muerte.

Como toda su familia, estimaba y admiraba a Mrs. van der Luyden, pero su gentil y sumisa dulzura le parecía menos accesible que la severidad de algunas de las viejas tías de su madre, solteronas rabiosas que decían no, como principio, antes de saber qué se les iba a pedir.

La actitud de Mrs. van der Luyden no era negativa ni afirmativa, pero siempre parecía inclinarse por la clemencia hasta que sus finos labios, esbozando una sonrisa vacilante, daban la casi invariable respuesta:

—Tendré que hablar con mi marido primero.

Era tan exactamente parecida a Mr. van der Luyden que Archer a menudo se admiraba de ver cómo, después de cuarenta años de estrecha vida conyugal, dos identidades tan amalgamadas jamás disentían en algo tan controversial como era la discusión de un asunto. Pero como ninguno tomaba una decisión sin realizar el misterioso cóncilave, Mrs. Archer y su hijo, habiendo presentado su caso, esperaron resignadamente la frase acostumbrada.

Sin embargo, Mrs. van der Luyden, que raras veces sorprendía a alguien, ahora los sorprendió a ellos al extender su larga mano hacia el tirador de la campana.

—Creo que me gustaría que Henry escuchara lo que acabas de decirme.

Apareció un lacayo, al que ordenó:

—Si Mr. van der Luyden ha terminado de leer el periódico, por favor pídale que tenga la bondad de venir.

Dijo «leer el periódico» en el mismo tono en que la esposa de un ministro diría «presidir una reunión de gabinete», no por arrogancia sino porque el hábito de una vida y la actitud de sus amistades y relaciones le habían llevado a adjudicar al más mínimo gesto de Mr. van der Luyden una importancia casi sacerdotal.

La rapidez de esta acción demostró que daba al caso la misma urgencia que Mrs. Archer; pero, temiendo que se pensara que se había comprometido de antemano, agregó, con su mirada más dulce:

—A Henry le encanta verte, querida Adeline; y también querrá felicitar a Newland.

Las puertas dobles se abrieron solemnemente y por ellas apareció Mr. Henry van der Luyden, alto, parsimonioso, vistiendo levita, de cabello claro y descolorido, nariz recta como la de su mujer y la misma mirada de fría gentileza en sus ojos gris pálido en lugar de azul pálido.

Saludó a Mrs. Archer con familiaridad, dio en voz baja sus felicitaciones a Newland, expresadas en el mismo lenguaje de su mujer, y se sentó en uno de los sillones de brocado con la sencillez de un soberano reinante.

—Recién terminé de leer el Times —dijo, uniendo las yemas de sus largos dedos—. Mis mañanas son tan ocupadas en la ciudad que prefiero leer el periódico después del almuerzo.

—Hay buenos argumentos para adoptar ese sistema —replicó Mrs. Archer—. Recuerdo que mi tío Egmont decía siempre que encontraba más tranquilizante leer los diarios de la mañana después de almuerzo.

—Así es, mi padre aborrecía la prisa. Pero ahora vivimos en constante movimiento —dijo Mr. van der Luyden en tono mesurado, mirando con complacida lentitud la enorme y tenebrosa sala que a Archer le parecía la perfecta imagen de sus dueños.

—Espero que ya habrás terminado tu lectura, Henry —interrumpió su esposa.

—Totalmente, totalmente —la tranquilizó su marido.

—Entonces me gustaría que Adeline te dijera...

—Oh, en realidad es cosa de Newland —dijo la madre de éste sonriendo; y procedió a repetir el grotesco relato del oprobio infligido a Mrs. Lovell Mingott.

—Y por supuesto —terminó diciendo—. Augusta Welland y Mary Mingott piensan, especialmente teniendo en cuenta el compromiso de Newland, que tú y Henry debían saberlo.

—Ah —dijo Mr. van der Luyden, exhalando un profundo suspiro.

Hubo un silencio durante el cual el tictac del monumental reloj de bronce sobre la chimenea de mármol resonó como una salva de cañonazos. Archer contempló con espanto las dos delgadas figuras descoloridas, sentadas una junto a la otra con una especie de rigidez virreinal, portavoces de alguna remota autoridad ancestral que el destino los obligaba a ejercer, cuando preferirían mil veces vivir en simplicidad y aislamiento, arrancando invisibles malezas en los perfectos céspedes de Skuytercliff, y jugando solitarios por las tardes.

Mr. van der Luyden fue el primero en hablar.

—¿Crees realmente que esto se debe a alguna... interferencia personal de Lawrence Lefferts? —preguntó volviéndose hacia Archer.

—Estoy seguro, señor. A Larry se le ha pasado la mano últimamente, con el perdón de prima Louisa por mencionar el asunto, al mantener una relación bastante seria con la esposa del administrador de correos en su pueblo, o alguien por el estilo. Y cada vez que la pobre Gertrude Lefferts empieza a sospechar algo y él teme que haya problemas, suscita una alharaca de esta clase, para hacer ver cuán inmensamente moralista es, habla a voz en cuello acerca de la impertinencia que es invitar a su mujer con gente que no desea que ella conozca. Simplemente está usando a *madame* Olenska como pararrayos. Varias veces lo he visto hacer lo mismo.

—¡Los Lefferts! —exclamó Mrs. van der Luyden.

—¡Los Lefferts! —repitió como un eco Mrs. Archer—. ¿Qué habría dicho el tío Egmont al oír a Lawrence Lefferts opinando sobre la posición social de alguien? Esto demuestra a lo que ha llegado la sociedad.

—Esperemos que no haya llegado a tanto —dijo Mr. van der Luyden con firmeza.

—¡Ah, si tú y Louisa salieran un poco más! —suspiró Mrs. Archer.

Pero al instante se dio cuenta de su error. Los Van der Luyden eran enfermizamente sensibles a cualquiera crítica que se hiciera a su enclaustrada existencia. Eran los árbitros de la moda, el tribunal de última instancia, y ellos lo sabían, y se rendían a su sino, pero como eran personas tímidas y retraídas y no sentían una inclinación personal a desempeñar tal papel, vivían el mayor tiempo posible en la silvestre soledad de Skuytercliff, y cuando

se trasladaban a la ciudad, rechazaban todas las invitaciones con la disculpa de la mala salud de Mrs. van der Luyden.

Newland Archer fue en rescate de su madre.

—En Nueva York todo el mundo sabe lo que usted y prima Louisa representan. Por eso a Mrs. Mingott le pareció que no podía dejar pasar este desaire a la condesa Olenska sin consultar con ustedes.

Mrs. van der Luyden miró a su marido, quien la miró a su vez.

—Lo que me desagrada es el principio —dijo Mr. van der Luyden—. Si un miembro de una conocida familia es respaldado por ella, no hay nada más que hablar.

—Yo pienso lo mismo —dijo su esposa, como si propusiera una opinión nueva.

—No tenía idea —continuó Mr. van der Luyden— de que las cosas hubieran llegado a tal punto. —Hizo una pausa y volvió a mirar a su esposa—. Me parece, querida, que la condesa Olenska es algo pariente nuestra, por el primer marido de Medora Manson. De todas formas, lo será cuando Newland se case. —Se volvió hacia el joven—. ¿Leíste el Times esta mañana, Newland?

—Sí, señor —contestó Archer, que comúnmente devoraba media docena de periódicos con su desayuno.

Marido y mujer se miraron otra vez. Sus pálidos ojos mantuvieron la mirada como en una prolongada y seria consulta; luego una leve sonrisa revoloteó en el rostro de ella. Era evidente que había adivinado y estaba de acuerdo.

Mr. van der Luyden se dirigió a Mrs. Archer.

—Me gustaría que le dijeras a Mrs. Lovell Mingott que, si la salud de Louisa le permite cenar fuera, estaremos encantados de... ocupar el lugar de Lawrence Lefferts en su comida. —Se detuvo un momento para que la ironía calara profundo—. Como ustedes bien lo saben, eso es imposible.

Mrs. Archer expresó su asentimiento con una sonrisa de comprensión.

—Pero Newland me dice que ha leído el Times esta mañana; por lo tanto es probable que viera que un pariente de Louisa, el duque de St. Austrey, llega la próxima semana en el Rusia. Viene a participar con su nuevo balandro, el Guinevere, en la regata de la Copa Internacional del próximo verano; y también a cazar algunos patos silvestres en Trevenna. —Mr. van der Luyden hizo una nueva pausa, y continuó con creciente benevolencia—: Antes de llevarlo a Maryland hemos invitado a algunos amigos a reunirse con él aquí, una cena sencilla seguida de una recepción. Estoy seguro de que Louisa tendría un gran placer, igual que yo, si la condesa Olenska nos permitiera incluirla entre nuestros invitados.

Se levantó de su asiento, inclinó con fría amabilidad su larga silueta hacia su prima, y agregó:

—Creo tener la autorización de Louisa para decir que ella misma llevará la invitación a la cena cuando salga en el coche dentro de poco; con nuestras tarjetas, por supuesto, con nuestras tarjetas.

Mrs. Archer, que comprendió la insinuación de que los caballos de gran alzada que no estaban acostumbrados a esperar estaban ya a la puerta, se levantó a su vez murmurando unas rápidas palabras de agradecimiento. Mrs. van der Luyden le sonrió con la sonrisa de Ester intercediendo ante Asuero; pero el marido levantó una mano en señal de protesta.

—No tienes nada que agradecer, querida Adeline, absolutamente nada. Esta clase de cosas no deben suceder en Nueva York; no sucederán mientras yo pueda evitarlo —dijo con soberana gentileza acompañando a su prima hasta la puerta.

Dos horas después, todo el mundo sabía que el mullido y enorme birlocho en que Mrs. van der Luyden tomaba aire en todas las estaciones, había sido visto frente a la puerta de Mrs. Mingott, donde se entregó un ancho sobre cuadrado; y esa noche en la ópera, Mr. Sillerton Jackson pudo afirmar que el sobre contenía una tarjeta invitando a la condesa Olenska a una cena que los van der Luyden ofrecían la semana venidera en honor de su primo, el duque de St. Austrey.

Algunos de los miembros más jóvenes del palco del club intercambiaron sonrisas ante esta noticia, y miraron de reojo a Lawrence Lefferts, sentado negligentemente en la primera fila del palco. Alisando su largo mostacho rubio, éste aprovechó una pausa de la soprano para comentar, con el tono de una autoridad en la materia:

—Nadie más que la Patti debería atreverse a cantar *La Sonámbula*.

Capítulo VIII

TODA Nueva York concordaba en que la condesa Olenska había perdido gran parte de su belleza. La primera vez que apareció en la ciudad, durante la infancia de Newland Archer, era una preciosa niña de nueve o diez años de quien la gente decía que «debía pintársele un retrato». Sus padres habían vagado por toda Europa continental y, después de una niñez errante, ellos murieron y Ellen quedó a cargo de su tía, Medora Manson, otra gran viajera, que volvía a Nueva York para «echar raíces».

La pobre Medora, varias veces viuda, siempre regresaba para radicarse (cada vez a una casa más económica), acompañada de un nuevo marido o de un niño adoptado. Pero al cabo de algunos meses, abandonaba invariablemente al marido o se querellaba con su pupilo y, deshaciéndose de la casa con una considerable pérdida, recomenzaba sus vagabundeos. Como su madre fue una Rushworth y su último matrimonio la había relacionado con uno de los locos Chivers, Nueva York tomaba con indulgencia todas sus excentricidades. Pero cuando volvió con su pequeña sobrina huérfana, cuyos padres fueron muy queridos a pesar de su lamentable afición a los viajes, la gente se conholió de que la linda niña estuviera en tales manos.

Todos estaban dispuestos a ser bondadosos con la pequeña Ellen Mingott, aunque sus sonrojadas mejillas morenas y sus apretados rizos le daban un aspecto tan alegre que parecía inapropiado para una niña que debía llevar luto por sus padres. Ésta fue una de las muchas erradas peculiaridades de Medora: se mofó de las inalterables leyes que regulaban el duelo americano; y, cuando descendió del barco, su familia se escandalizó al ver que el velo negro que usaba por su hermano era siete pulgadas más corto que los de sus cuñadas, en tanto la pequeña Ellen estaba vestida de lana roja adornada de mostacillas de ámbar, como una gitanilla abandonada.

Pero hacía tanto tiempo que Nueva York se había resignado a Medora, que sólo algunas señoras de edad movieron la cabeza por la llamativa vestimenta de Ellen, mientras los demás parientes se rendían ante el encanto de su color moreno y su alegría. Era una niña intrépida y sencilla, que hacía preguntas desconcertantes y comentarios precoces, y que sabía cosas tan extravagantes como bailar la danza española del mantón y cantar canciones napolitanas de amor acompañada de una guitarra. Dirigida por su tía (cuyo verdadero nombre era Mrs. Thorley Chivers pero que, como recibiera un título papal, retomó al apellido de su primer marido y se hacía llamar marquesa Manson, porque en Italia lo podía

transformar en Manzoni) la niña recibió una educación muy costosa pero bastante incoherente, que incluyó «dibujo con modelo vivo», algo que jamás se había soñado antes, y tocar el piano en quintetos con músicos profesionales.

Es evidente que de esto no podía salir ningún bien; y cuando pocos años después el pobre Chivers murió finalmente en un asilo de locos, su viuda (en extraño ropaje de luto) hizo nuevamente sus maletas y partió con Ellen, que había crecido convirtiéndose en una niña alta y huesuda de preciosos ojos. No se supo de ellas durante algún tiempo. Luego llegó la noticia del matrimonio de Ellen con un noble polaco inmensamente rico y de legendario renombre, al que conoció en un baile en las Tullerías, y de quien se decía que tenía residencias principescas en París, Niza y Florencia, un yate en Cowes, y muchas millas cuadradas de terrenos de caza en Transilvania. Ellen desapareció en una especie de apoteosis infernal. Y cuando pocos años más tarde Medora volvió otra vez a Nueva York, deprimida, empobrecida, vistiendo luto por un tercer marido, y buscando una casa aún más pequeña, la gente se extrañó de que su adinerada sobrina no hubiera hecho algo por ella. Después llegaron noticias de que el matrimonio de Ellen también había terminado en un desastre, y que ella regresaría igualmente en busca de reposo y olvido entre sus parientes.

Todas estas cosas pasaban por la mente de Newland Archer una semana más tarde, mirando a la condesa Olenska entrar en el salón de los van der Luyden la noche de la trascendental cena. La ocasión era solemne, y se preguntaba un poco nervioso si Ellen saldría airosa. Ella llegó un poco tarde, una mano todavía sin guante, y abrochando un brazalete en su muñeca; sin embargo entró sin aparentar prisa ni turbación en un salón en que se había reunido sumisamente el grupo más selecto de Nueva York.

Se detuvo en la mitad de la sala, miró a su alrededor con la boca seria y los ojos sonrientes; y en aquel instante Newland Archer rechazó el veredicto general acerca de su belleza. Era cierto que había perdido su esplendor de antaño.

Las sonrosadas mejillas habían palidecido; estaba delgada, cansada, envejecida para su edad, unos treinta años. Pero tenía la misteriosa autoridad de la belleza, una seguridad en la postura de la cabeza y el movimiento de los ojos que, sin ser para nada teatral, le llamó la atención por ser extremadamente diestro y consciente de su poder. Al mismo tiempo, sus modales eran más sencillos que los de la mayoría de las señoras presentes, y mucha gente (según le oyó decir después a Janey) se desilusionó de que su apariencia no tuviera más «estilo»... pues el estilo era lo que Nueva York más valoraba. Era quizás, reflexionó Archer, porque había desaparecido su vivacidad de la infancia; porque era tan serena, en sus movimientos, en las tonalidades de su voz baja. Nueva York esperaba algo muchísimo más resonante en una mujer joven con semejante historia.

La cena fue algo formidable. Cenar con los van der Luyden no era algo que se pudiera tomar a la ligera, y además cenar allí con un duque, su primo, era casi una solemnidad religiosa. Archer se entretenía pensando que sólo un viejo neoyorquino podía percibir la sutil diferencia (para Nueva York) entre ser simplemente un duque y ser el duque de los van der Luyden. Nueva York aceptaba sin inmutarse a los nobles descarriados, e incluso (excepto en el grupo de los Struthers) con cierta desconfiada *hauteur*^[27], pero cuando presentaban credenciales como éstas, los recibían con una cordialidad tan pasada de moda que ellos cometerían un grave error si la atribuían únicamente a su categoría social en Debrett. Justamente por estas distinciones, Archer adoraba su vieja Nueva York, aunque se riera de ella.

Los Van der Luyden se habían esforzado por dar la máxima importancia a la ocasión. Salieron a relucir sus Sèvres de los Du Lac y la vajilla George II de los Trevenna;

también el servicio Lowestoft de los Van der Luyden (East India Company) y el Crown Derby de los Dagonet. Mrs. van der Luyden parecía más que nunca una *Cabanel*, y Mrs. Archer, luciendo las perlas y esmeraldas de su abuela, le recordó a su hijo una miniatura de Isabey. Todas las damas se habían puesto sus mejores joyas, pero era una característica de la casa y de la ocasión que dichas joyas fueran en su mayoría de engaste pesado y anticuado. La anciana *Miss Lanning*, a quien convencieron para que asistiera, llevaba el camafeo de su madre y un chal de blonda español.

La condesa Olenska era la única mujer joven en esa cena; sin embargo, al escudriñar Archer las suaves caras rollizas de aquellas damas entradas en años y adornadas con gargantillas de diamantes e imponentes plumas de avestruz, le parecieron curiosamente inmaduras en comparación con Ellen. Le asustó pensar qué sería lo que había causado esa expresión en sus ojos.

El duque de St. Austrey, sentado a la derecha de la anfitriona, era naturalmente la figura principal del evento. Pero si la condesa Olenska lucía menos llamativa de lo que se esperaba, el duque era casi invisible. Como hombre bien educado, no se presentó a la cena (como un reciente visitante ducal) en chaqueta de montar; pero su traje de noche era tan usado, le quedaba tan suelto y lo llevaba con tal aire de comodidad, que (junto con su manera de sentarse inclinado hacia adelante, y la larga barba que cubría su pechera) difícilmente se podía decir que estaba vestido de etiqueta. Era de baja estatura, encorvado de hombros, tostado por el sol, de nariz ancha, ojos pequeños y sonrisa amistosa; pero hablaba raras veces, y cuando hablaba lo hacía en tono tan bajo que, a pesar de los frecuentes silencios de expectación que se producían en la mesa, sus vecinos eran los únicos que lograban oír sus comentarios.

Cuando los caballeros se reunieron con las señoras después de la cena, el duque se dirigió en línea recta hacia la condesa Olenska, y ambos se sentaron en un rincón y se sumergieron en una animada charla. Ninguno de los dos pareció percatarse de que el duque debía primero haber presentado sus respetos a Mrs. Lovell Mingott y a Mrs. Headly Chivers y que la condesa debía haber conversado con aquel simpático hipocondríaco, Mr. Urban Dagonet de Washington Square, quien, por tener el placer de conocerla, rompió su regla fija de no cenar fuera entre enero y abril. Conversaron durante unos veinte minutos; luego la condesa se levantó y atravesó sola el amplio salón para ir a sentarse junto a Newland Archer.

No se acostumbraba en los salones de Nueva York que una dama se alejara de un caballero para buscar la compañía de otro. La etiqueta requería que esperara, inmóvil como un ídolo, a que se le acercaran los hombres que deseaban conversar con ella. Pero, al parecer, la condesa no sabía que estaba quebrantando una regla. Se sentó tranquilamente en un rincón del sofá al lado de Archer, y lo miró con gran cariño.

—Quiero que me hables de May —dijo.

En lugar de contestarle, él preguntó a su vez:

—¿Conocías al duque de antes?

—Oh, sí, solíamos verlo todos los inviernos en Niza. Es muy aficionado al juego, venía frecuentemente a casa —dijo de la manera más simple, como si hubiera dicho que le encantaban las flores silvestres; después de un momento agregó con franqueza—: Creo que es el hombre más insulso del mundo.

Esta opinión agradó tanto a su compañero que olvidó el ligero sobresalto que le produjera su anterior comentario. No había duda de que era excitante encontrar a una mujer que pensara que el duque de los Van der Luyden era aburrido, y que se atreviera a decirlo.

Ansiaba interrogarla, saber más de esa vida de la cual, con sus descuidadas palabras, ella le había dado un luminoso atisbo; pero temía remover angustiosos recuerdos, y antes de que alcanzara a pensar en algo que decir, ella volvió a su tema del comienzo.

—May es encantadora; no he visto en Nueva York una muchacha tan bonita y tan inteligente. ¿Estás muy enamorado de ella?

Newland Archer enrojeció y se echó a reír.

—Como puede estarlo un hombre.

Ella seguía mirándolo pensativa, como para no perder ningún matiz de sus palabras.

—¿Piensas, entonces, que hay un límite?

—¿Para estar enamorado? ¡Si lo hay, no lo he encontrado!

Ella irradió comprensión.

—Ah —dijo—, ¿es real y verdaderamente un romance?

—¡El más romántico de los romances!

—¡Qué encantador! ¿Y lo descubrieron ustedes solos?, ¿no fue arreglado por nadie?

Archer la miró con incredulidad, y le preguntó sonriendo:

—¿Te olvidas de que en nuestro país no permitimos que nadie arregle nuestros matrimonios?

Un encendido rubor cubrió las mejillas de la condesa, y Archer lamentó al instante sus palabras.

—Sí —repuso ella—, lo había olvidado. Tienes que perdonarme si a veces cometo estos errores. No siempre me acuerdo de que todo lo que era malo allá donde vivía, aquí es bueno.

Bajó la mirada y la fijó en su abanico vienes de plumas de águila, y él vio que sus labios temblaban.

—Lo siento —le dijo impulsivamente—, pero ahora estás entre amigos, no olvides eso.

—Sí, ya lo sé. Lo advierto en todas partes donde voy. Por eso regresé. Quiero olvidar todo lo demás, ser una verdadera americana otra vez, como los Mingott y los Welland, y tú y tu encantadora madre, y toda esta gente cariñosa que veo aquí esta noche. Ah, allá viene May, y querrás correr a su lado —agregó, pero sin moverse; y sus ojos se apartaron de la puerta y se posaron en el rostro del joven.

Los salones comenzaban a llenarse con la llegada de los invitados a la recepción después de la cena; siguiendo la mirada de *madame* Olenska, Archer vio entrar a May Welland con su madre. Con su vestido blanco plateado, con una corona de capullos plateados en el pelo, la esbelta muchacha parecía una Diana en el ardor de la cacería.

—Oh —dijo Archer—, tengo demasiados rivales, ya la tienen rodeada. Le están presentando al duque.

—Entonces, quédate conmigo un poquito más —dijo *madame* Olenska en tono bajo, rozando la rodilla del joven con su abanico de plumas.

Fue un roce muy leve, pero lo emocionó como si fuera una caricia.

—Sí, permíteme quedarme —respondió él en el mismo tono, casi sin saber lo que decía.

Pero justo en ese momento se acercó Mr. van der Luyden, seguido de Mr. Urban Dagonet. La condesa los acogió con su sonrisa seria, y Archer, sintiendo la mirada admonitoria de su anfitrión clavada en él, se levantó y cedió su asiento. *Madame* Olenska retuvo su mano como si se despidiera de él.

—Mañana, entonces, después de la cinco, te estaré esperando —dijo, y luego se

volvió para hacer lugar a Mr. Dagonet.

—Mañana —se oyó repetir Archer, aunque no había ninguna cita, y durante la charla ella no le dio la menor muestra de que deseaba verlo otra vez.

Al retirarse vio a Lawrence Lefferts, alto y resplandeciente, que conducía a su mujer para ser presentados; y escuchó que Gertrude Lefferts decía a la condesa con su sonrisa insensible:

—Pero creo que solíamos ir a clase de baile juntas cuando éramos pequeñas.

Detrás de ella, esperando su turno para presentarse a la condesa, Archer vio a varias de las parejas que de manera más recalcitrante habían declinado la invitación a conocerla en casa de Mrs. Lovell Mingott. Como comentó Mrs. Archer, cuando los van der Luyden querían dar una lección, sabían cómo hacerlo. La lástima era que esto sucedía tan pocas veces.

Archer sintió que lo tomaban de un brazo y vio a Mrs. van der Luyden a su lado, con su sencillo traje de terciopelo negro adornado con los diamantes de la familia.

—Fue muy bondadoso de tu parte, querido Newland, dedicarte con tanta generosidad a *madame* Olenska. Le dije a tu primo Henry que debía rescatarte.

Le pareció haberle sonreído vagamente, y ella agregó, como si comprendiera la natural timidez del joven:

—Nunca vi a May más adorable. El duque dice que es la más bonita del salón.

Capítulo IX

LA condesa Olenska había dicho «después de las cinco»; y a las cinco y media Newland Archer llamaba a la puerta de una casa de estuco descascarado con una gigantesca glicina que invadía el débil balcón de hierro fundido, situada muy abajo en la calle Veintitrés Oeste, que Ellen había arrendado a la vagabunda Medora.

Era en realidad un barrio bastante extraño para instalarse a vivir. Modistillas, disecadores de pájaros y «gente que escribe» eran sus vecinos más próximos; y un poco más allá de la descuidada calle, en un sendero pavimentado, Archer reconoció una ruinosa casa de madera donde sabía que vivía un escritor y periodista llamado Winsett, con quien solía conversar de vez en cuando. Winsett no invitaba a nadie a su casa; pero una vez se la mostró a Archer durante un paseo nocturno. Al verla, se había preguntado, sintiendo escalofríos, si los seres humanos vivirían tan miserablemente en otras capitales.

La casa de *madame* Olenska se diferenciaba de esa vivienda sólo porque los marcos de las ventanas estaban mejor pintados. Y pasando revista a la modesta fachada, Archer se dijo que el conde polaco debía haberle robado a Ellen toda su fortuna junto con sus ilusiones.

El joven había tenido un día desagradable. Almorzó con los Welland, con la esperanza de llevar después a May a pasear por el parque pues quería estar a solas con ella, decirle lo bonita que se veía la noche anterior y lo orgulloso que se sintió de ella, y presionarla para apresurar su matrimonio. Pero Mrs. Welland le recordó con firmeza que todavía no terminaban la ronda de visitas a la familia y, cuando insinuó adelantar la fecha de la boda, levantó las cejas con aire de reproche y dijo suspirando:

—Doce docenas de todo... bordadas a mano...

Acomodados estrechamente en el *landó* familiar rodaron de un umbral de la tribu al

otro, y cuando terminó el recorrido de la tarde, Archer se despidió de su novia con la sensación de que lo habían exhibido como un animal salvaje atrapado con gran destreza. Supuso que fueron sus lecturas de antropología las que lo motivaron para dar un punto de vista tan truculento a lo que, por último, era sólo la simple y natural demostración de un sentimiento familiar. Pero al recordar que los Welland no querían que la boda se realizara hasta el próximo otoño, e imaginando lo que sería su vida hasta entonces, se sintió profundamente abatido.

—Mañana —gritó Mrs. Welland cuando se alejaba— haremos los Chivers y los Dallas.

Advirtió que recorría las dos familias en orden alfabético, y que por lo tanto se hallaban sólo en la cuarta parte de la lista.

Tuvo la intención de contarle a May de la invitación de la condesa Olenska —más bien dicho su orden— y que la visitaría esa tarde, pero en los breves momentos que estuvieron solos tenía cosas mucho más urgentes que decirle. Por lo demás, le pareció un poco absurdo hacer alusión al asunto. Sabía que May deseaba que fuera amable con su prima; ¿no fue ese deseo lo que apresuró el anuncio de su compromiso? Sentía una sensación rara al pensar que si no fuera por la llegada de la condesa él sería, si no un hombre totalmente libre, al menos un hombre no tan irrevocablemente comprometido. Pero May lo quiso así, y él también se sintió bastante desligado de responsabilidades y por lo tanto libre, si prefería, de visitar a la prima de su novia sin decírselo.

Mientras esperaba en el umbral de *madame* Olenska, el principal sentimiento que lo embargaba era la curiosidad. Le intrigaba el tono en que ella lo había convocado y sacó por conclusión que era menos simple de lo que parecía.

Le abrió la puerta una doncella de tez morena, aspecto de extranjera y pecho prominente bajo una vistosa pañoleta que Archer asoció vagamente con Sicilia. Le dio la bienvenida mostrando sus dientes blancos y, respondiendo a sus preguntas con movimientos de cabeza que demostraban su desconocimiento del idioma, lo condujo por el estrecho vestíbulo hasta un salón de techo bajo donde ardía el fuego de una chimenea. La habitación estaba vacía y la doncella lo dejó solo durante largo tiempo sin que él pudiera saber si había ido a buscar a su patrona, o si no había entendido por qué estaba allí, o si pensó tal vez que venía a darle cuerda a los relojes, a propósito de lo cual advirtió que el único espécimen visible se había detenido. Archer sabía que las razas sureñas se comunican entre ellas con el lenguaje de la pantomima, y se sentía mortificado ante sus ininteligibles encogimientos de hombros y sonrisas. Al rato regresó con una lámpara y Archer, que en el intervalo había construido una frase tomada de Dante y Petrarca, recibió por fin una respuesta:

—*La signora é fuori, ma verrà subito*^[28].

Lo que Archer tradujo como:

—La señora salió, pero la verá pronto.

Lo que vio mientras tanto, con la ayuda de la lámpara, fue el desvanecido y sombrío encanto de una habitación muy distinta a todas las que conocía. Sabía que la condesa Olenska había conservado algunas de sus posesiones —restos del naufragio, las llamaba ella—, las que consistían, supuso, en algunas pequeñas mesas de madera oscura, un delicado bronce griego de formato pequeño sobre la chimenea, y un pedazo de damasco rojo clavado sobre el descolorido papel de la pared detrás de algunos cuadros italianos en marcos antiguos.

Newland Archer se enorgullecía de sus conocimientos del arte italiano. Su niñez

estuvo saturada de Ruskin, y había leído todos los últimos libros: John Addington Symonds, el Euphorion de Vernon Lee, los ensayos de P. G. Hamerton, y un maravilloso volumen nuevo llamado El Renacimiento de Walter Pater. No tenía problemas para hablar de Botticelli, y opinaba de Fra Angelico con cierta condescendencia. Pero estos cuadros lo embujaron, porque no eran como los que estaba acostumbrado a mirar (y por tanto capaz de ver) cuando viajaba por Italia; y quizás también su poder de observación resultaba perjudicado por el extravagante hecho de encontrarse en esta rarísima casa vacía, donde aparentemente nadie lo esperaba. Lamentaba no haberle hablado a May Welland de la solicitud de la condesa Olenska, y se sentía también un poco perturbado al pensar que su novia pudiera visitar a su prima en ese momento. ¿Qué pensaría si lo encontraba sentado allí, con la intimidad que implicaba el hecho de esperar solo en la penumbra junto a la chimenea en casa de una dama?

Pero ya que había ido, esperaría; se hundió en un sillón y estiró un pie hacia los leños.

Era muy raro convocarlo de esa manera, para luego olvidarse de él; pero Archer sentía más curiosidad que enfado. La atmósfera de la sala era tan diferente de cuantas había respirado antes que la timidez dejó paso al ansia de aventuras. Ya había estado antes en salones con colgaduras de damasco rojo, con cuadros de la «escuela italiana»; lo que llamaba su atención era la manera en que la destartada casa arrendada a Medora Manson, con su ruinoso ambiente de pasto de las pampas y estatuillas de Rogers, se hubiera, por el toque de una mano y la apropiada distribución de algunos muebles, transformado en un lugar íntimo, «extranjero», con sutiles sugerencias de antiguas escenas y sentimientos románticos. Trató de analizar el truco, de descubrir la clave en la manera en que estaban agrupadas mesas y sillas, en el hecho de que en el esbelto florero había sólo dos rosas Jacqueminot (de las que nadie compraba menos de una docena), y en el perfume que impregnaba todo y que no era el que se pone en los pañuelos sino más bien el aroma de algún bazar lejano, el olor a café turco, a ámbar gris y a rosas secas.

Su mente empezó a vagar y a preguntarse a qué se parecería el salón de May. Sabía que Mr. Welland, que se estaba portando con gran generosidad, tenía vista una casa recién construida en la calle Treinta y Nueve Este. El barrio era en realidad bastante alejado, y en la construcción de la casa se había utilizado esa espantosa piedra amarillo-verdosa que los arquitectos jóvenes comenzaban a emplear en protesta contra la piedra parda cuyo matiz uniforme revestía la ciudad como una salsa fría de chocolate; pero la instalación sanitaria estaba perfecta. A Archer le hubiera gustado viajar, aplazar el asunto de la casa; pero, aunque los Welland aprobaban una larga luna de miel en Europa (incluso hasta un invierno en Egipto), estaban firmes en la necesidad de una casa para el regreso de la pareja. El joven sintió que su destino estaba sellado: para el resto de su vida subiría cada noche entre las barandillas de hierro fundido de aquel umbral color amarillo-verdoso, atravesaría un recibidor pompeyano y entraría en el vestíbulo con zócalo de madera amarilla barnizada. Pero su imaginación no podía ir más allá. Sabía que el salón de arriba tenía una ventana saliente, pero no podía imaginarse a May decorándolo. Aceptaba feliz el raso púrpura y las borlas amarillas del salón de los Welland, sus copias de mesas Buhl y sus vitrinas doradas llenas de Saxe moderno. No veía razón alguna para suponer que querría tener algo distinto en su propia casa, y su único alivio era pensar que, probablemente, ella lo dejaría arreglar la biblioteca a su gusto, que sería, por supuesto, con «verdaderos» muebles Eastlake, y sencillos estantes modernos, sin puertas de cristal.

La doncella de pecho voluminoso entró en la sala, corrió las cortinas, empujó un

tronco, y dijo en tono de consuelo:

—*Verrà... verrà*^[29].

Cuando salió, Archer se levantó y comenzó a preguntarse qué hacer. ¿Debía seguir esperando? Su situación era bastante ridícula. Tal vez entendió mal y *madame* Olenska nunca lo invitó a su casa.

Por los adoquines de la tranquila calle resonó un ruido de cascos; se detuvieron delante de la casa y escuchó que se abría la puerta de un carruaje. Apartando las cortinas, miró a través del naciente crepúsculo. Frente a él había un farol, cuya luz iluminó la compacta berlina inglesa de Julius Beaufort tirada por un gran caballo ruano. El banquero descendió y dio su mano a *madame* Olenska para ayudarla a bajar.

Beaufort permaneció a su lado, sombrero en mano, diciendo algo que su compañera pareció rechazar; se dieron la mano y él subió al carruaje mientras ella se dirigía a la escalera.

Cuando entró en la sala, no demostró sorpresa al ver a Archer allí; la sorpresa era una emoción a la cual era muy poco adicta.

—¿Te gusta mi casa, la encuentras divertida? —le preguntó—. Para mí es el paraíso.

Al hablar iba desatando su pequeño gorro de terciopelo, se lo quitó junto con la larga capa, y se quedó mirando a Archer con ojos pensativos.

—La has arreglado con un gusto delicioso —replicó el joven, consciente de la futilidad de las palabras, pero aprisionado en lo convencional por su ardiente deseo de ser simple pero capaz de sorprenderla.

—Oh, es sólo una casita. Mis amigos la desprecian. Pero de todas maneras es menos lóbrega que la de los Van der Luyden.

Estas palabras le hicieron el efecto de un golpe eléctrico, pues eran escasos los espíritus rebeldes que se hubieran atrevido a llamar lóbrega la majestuosa mansión de los Van der Luyden. Aquellos que tenían el privilegio de visitarla sentían escalofríos, y la describían como «una hermosura». Pero de pronto se alegró de que ella hubiera expresado tan bien ese escalofrío generalizado.

—Me encanta lo que has hecho aquí —repitió Archer.

—A mí me gusta esta casita —admitió ella—; pero supongo que lo que me gusta es la felicidad de estar aquí, en mi propio país y en mi propia ciudad; y también de estar sola aquí.

Habló tan suavemente que Archer apenas oyó la última frase; pero en su turbación, no la dejó pasar.

—¿Te gusta mucho estar sola?

—Sí, siempre que tenga amigos que impidan que me sienta sola —dijo Ellen; se sentó junto al fuego y continuó—: Nastasia nos traerá el té dentro de poco. —Y le indicó que volviera a su sillón, agregando—: Ya veo que escogiste tu rincón. Echándose hacia atrás, cruzó los brazos detrás de la cabeza y miró el fuego con los párpados semicerrados.

—Ésta es mi hora preferida, ¿te gusta a ti también?

Un adecuado sentido de su dignidad lo motivó a contestar:

—Me temo que has olvidado la hora que es. Beaufort debe haber sido muy absorbente.

Al parecer esto la divirtió mucho.

—¿Por qué? —dijo—. ¿Esperaste mucho rato? Mr. Beaufort me llevó a ver una cantidad de casas, ya que parece que no se me permite quedarme en ésta —pareció borrar

de su mente tanto a Beaufort como a Archer, y prosiguió—: Nunca estuve en una ciudad donde hubiera tanto rechazo a vivir en *quartiers excentriques*^[30]. ¿Qué importa dónde viva uno? Me han dicho que esta calle es respetable.

—Pero no está de moda.

—¿De moda! ¿Todos ustedes piensan tanto en la moda? ¿Por qué no hacer cada uno su propia moda? Pero supongo que yo he vivido con demasiada independencia; en todo caso, quiero hacer lo que hacen todos, quisiera sentirme querida y cuidada.

Archer se emocionó, como la noche anterior cuando ella habló de su necesidad de que la aconsejaran.

—Eso es lo que tus amigos quieren que sientas. Nueva York es un lugar espantosamente seguro —agregó con un dejo de sarcasmo.

—Sí, ¿no es cierto? Y uno lo siente —repuso ella, sin entender la burla—. Estar aquí es como... como... que te lleven de vacaciones porque has sido una niña buena y porque hiciste todas tus tareas.

La analogía era acertada, pero a él no le gustó demasiado. No le importaba hablar de Nueva York con impertinencia, pero no le agradaba que los demás usaran el mismo tono. Se preguntaba si acaso ella no empezaba a ver qué poderosa máquina era esa ciudad, y lo cerca que estuvo de aplastarla. La cena de los Lovell Mingott, arreglada *in extremis*^[31] con toda clase de cachivaches sociales, debió enseñarle la estrechez de su escapada; pero o bien nunca se dio cuenta de que había bordeado el desastre, o bien lo olvidó, deslumbrada por el triunfo de la noche en casa de los Van der Luyden. Archer se inclinó por la primera teoría; se imaginaba que para ella Nueva York todavía era algo completamente indiferenciado, y esta conjetura le dio bastante rabia.

—Anoche —dijo—, Nueva York se te dio entera. Los Van der Luyden no hacen las cosas a medias.

—Así es, ¡qué cariñosos son! Fue una fiesta muy simpática. Me pareció que todos los estiman mucho.

No eran las palabras más apropiadas; se adecuaban más a la descripción de un té en casa de la anciana *Miss Lannings*.

—Los Van der Luyden —dijo Archer, sintiendo que usaba un tono pomposo al hablar—, son la más poderosa influencia en la sociedad de Nueva York. Desgraciadamente, debido a la mala salud de Mrs. van der Luyden, reciben en muy raras ocasiones.

Ella descruzó los brazos detrás de su cabeza y lo miró con expresión meditativa.

—¿No será ésa la razón?

—¿La razón...?

—De su gran influencia; porque se hacen tanto de rogar.

Él se sonrojó un poco, la miró con atención, y de pronto comprendió la profundidad de su observación. De un golpe Ellen dio un picotazo a los Van der Luyden y los hizo derrumbarse. Archer se rió, y los sacrificó.

Nastasia llevó el té, en tazas japonesas sin asas y pequeños platillos, y colocó la bandeja en una mesa baja.

—Pero tú me explicarás estas cosas, me dirás todo lo que debo saber —continuó *madame Olenska*, inclinándose para darle su taza.

—Eres tú la que debe enseñarme a mí, abrirme los ojos a cosas que están delante mío desde hace tanto tiempo que ya no las veo.

Ellen sacó una pequeña cigarrera de oro desde una de sus pulseras, le ofreció un cigarrillo y tomó otro para ella. En la chimenea había largas astillas para encenderlos.

—Bien, entonces podemos ayudarnos mutuamente. Pero yo quiero mucha ayuda. Tienes que decirme lo que debo hacer.

Archer tuvo en la punta de la lengua la respuesta: «Que no te vean por las calles paseando en coche con Beaufort», pero estaba demasiado atrapado en la atmósfera de la habitación, que era la atmósfera de ella, y darle un consejo de esa clase era como decirle a alguien que está regateando para comprar aceite de rosas en Samarkanda que siempre hay que proveerse de botas de goma para el invierno neoyorquino. Nueva York se encontraba muy lejos de Samarkanda, y si decidían realmente ayudarse uno al otro, ella ya aportaba lo que podría ser la primera prueba de su servicio mutuo al hacerlo mirar su ciudad natal con objetividad. Vista de este modo, como por el revés de un telescopio, parecía desconcertantemente pequeña y distante; pero era normal, si se mira desde Samarkanda.

Estalló una llamarada en los troncos y ella se inclinó hacia el fuego, acercando tanto sus delgadas manos que un tenue halo brilló alrededor de sus uñas ovaladas. La luz dio un color bermejo a los rizos oscuros que escapaban de sus trenzas, y empalideció aún más su pálido rostro.

—Hay muchas personas que pueden decirte qué hacer —replicó Archer, sintiendo una oscura envidia de ellas.

—¿Mis tías? ¿Y mí querida abuela? —Consideró la idea con imparcialidad—. Están un poco enojadas conmigo por haberme venido a vivir sola, especialmente mi pobre abuela. Ella quiso que me quedara en su casa, pero yo necesitaba libertad.

Archer estaba impresionado con esa manera tan ligera de hablar de la formidable Catherine y, al mismo tiempo, compadecido al imaginar lo que le había causado a *madame* Olenska esta sed por la más solitaria clase de libertad. Pero el recuerdo de Beaufort lo torturaba.

—Entiendo lo que sientes —dijo—. Sin embargo, tu familia puede aconsejarte, explicarte las diferencias, mostrarte el camino.

Ella levantó sus delgadas cejas negras.

—¿Entonces Nueva York es un verdadero laberinto? Me parecía tan sencilla y recta, como la Quinta Avenida. ¡Y con todas las calles transversales numeradas! —Pareció entrever una leve desaprobación de su parte, y agregó, con esa sonrisa poco común que iluminaba todo su rostro—: Si supieras cuánto me gusta precisamente por eso, por lo vertical que es, y por esas enormes etiquetas que honestamente le ponen a todo.

Vio ante él su oportunidad.

—Puede que las cosas estén etiquetadas —dijo—, pero no así las personas.

—Puede ser. Tal vez yo simplifique demasiado, pero tú tienes que advertirme cuando lo haga —se alejó del fuego para mirar a Archer—. Aquí hay sólo dos personas que siento que comprenden lo que quiero decir y que me pueden explicar algunas cosas: tú y Mr. Beaufort.

Archer puso mala cara al oír los dos nombres juntos, pero luego con una rápida vuelta a la serenidad, comprendió, confraternizó y se apiadó.

Ella debió vivir tan cerca de los poderes del demonio que aún respiraba con mayor libertad en aquel aire. Pero ya que creía que él también la entendía, su estrategia consistiría en mostrarle a Beaufort tal como era, con todo lo que representaba, y que lo aborreciera.

Le contestó amablemente:

—Comprendo, pero no te alejes de las manos de tus viejos amigos; me refiero a las mujeres mayores, tu abuela Mingott, Mrs. Welland, Mrs. van der Luyden. Ellas te quieren y te admiran, y desean ayudarte.

Ella movió la cabeza y suspiró.

—Oh, ya lo sé, ya lo sé. Pero a condición de que no diga nada que les disguste. La tía Welland me lo dijo claramente cuando traté... ¿Nadie quiere saber la verdad aquí, Mr. Archer? ¡La verdadera soledad es vivir entre esta bondadosa gente que sólo invita a alguien para lucirse!

Se tomó la cabeza con las manos, y Archer vio que sus delgados hombros se estremecían en un sollozo.

—¡*Madame* Olenska! ¡No llores, Ellen! —gritó, saltando de su asiento e inclinándose hacia ella. Desligó una de sus manos, estrechándola y frotándola como si fuera la de un niño, y murmuró palabras tranquilizadoras. Pero de súbito ella retiró la mano, y lo miró con los ojos húmedos.

—¿Nadie llora aquí tampoco? Supongo que no lo necesitan en este paraíso —dijo enderezando entre risas sus trenzas sueltas, y luego se inclinó hacia la tetera.

A Archer le daba mucha rabia recordar que la llamó «Ellen» dos veces y que ella no se dio cuenta. Muy a lo lejos vio en el telescopio invertido la tenue silueta de May Welland, allá en Nueva York.

De súbito Anastasia asomó la cabeza y dijo algo en su sonoro italiano.

Madame Olenska, llevando otra vez una mano a su pelo, profirió una exclamación de asentimiento, un vivo *Giá, giá*, y entró en la habitación el duque de St. Austrey, guiando a una enorme dama de peluca negra y plumas rojas, cubierta de desbordantes pieles.

—Querida condesa, he venido a verla con esta vieja amiga mía, Mrs. Struthers. No fue invitada a la fiesta de anoche y desea conocerla.

El duque sonrió al grupo, y *madame* Olenska se acercó murmurando palabras de bienvenida a la singular pareja. Parecía no tener idea de lo absolutamente diferentes que eran, ni de la libertad que se había tomado el duque al traer a tal compañera; y para hacerle justicia al duque, Archer comprendió que éste tampoco parecía darse cuenta.

—Por supuesto que quiero conocerla, querida —exclamó Mrs. Struthers con una redonda voz vibrante que se adecuaba a sus atrevidas plumas y a su descarada peluca—. Quiero conocer a toda persona joven, interesante y encantadora. Y el duque me ha dicho que le gusta la música. Es pianista, ¿no es así? Bien, ¿quiere venir a mi casa mañana en la noche a oír tocar a Sarasate? Ya debe saber que organizo algo todos los domingos en la noche, porque es el día cuando nadie en Nueva York sabe qué hacer consigo mismo, y entonces yo les digo: Vengan a entretenerse. Y el duque pensó que tal vez usted se tentaría con Sarasate. Se encontrará con varios de sus amigos.

La cara de *madame* Olenska relució de placer.

—¡Qué amable! ¡Qué cariñoso de parte del duque pensar en mí! —Acercó un sillón a la mesa del té, donde Mrs. Struthers se zambulló con deleite—. Tendré el mayor placer en asistir.

—Me alegro, querida. Y traiga con usted a su joven caballero. —Mrs. Struthers extendió una mano cordial a Archer—. No logro ponerle nombre, pero estoy segura de conocerlo, conozco a todo el mundo, aquí o en París o Londres. ¿Es diplomático? Todos los diplomáticos vienen a mi casa. ¿Le gusta la música también? Duque, tiene que asegurarse de llevarlo mañana.

El duque dijo «sí, cómo no» desde las profundidades de su barba, y Archer se retiró con una rígida reverencia circular que lo hizo sentirse tan ridículo como un cohibido escolar entre la indiferencia de gente mayor que ni lo mira.

No lamentó el *dénouement*^[32] de su visita; únicamente sintió que no hubiera

sucedido antes evitándole cierto despilfarro de emoción. Cuando se adentraba en la noche invernal, Nueva York volvió a ser para él inmensa e inminente, y May Welland la mujer más adorable de la ciudad. Se dirigió donde su florista para encargar la diaria caja de lirios silvestres que, para su vergüenza, había olvidado mandar esa mañana.

Mientras escribía unas líneas en la tarjeta y esperaba que envolvieran el ramo, lanzó una mirada alrededor de la tienda escondida entre las flores y ramas, y sus ojos descubrieron un ramillete de rosas amarillas. Nunca había visto unas tan doradas como el sol, y su primer impulso fue enviárselas a May en lugar de los lirios. Pero no se parecían a ella, tenían algo demasiado vivo, demasiado fuerte en su ardiente belleza. En un súbito cambio de humor, y casi sin saber lo que hacía, le indicó a la florista que pusiera las rosas en otra caja larga, y deslizó adentro su tarjeta en un segundo sobre, en el que escribió el nombre de la condesa Olenska. Pero cuando ya se retiraba, sacó la tarjeta y dejó el sobre vacío en la caja.

—¿Saldrán de inmediato? —preguntó, señalando las rosas.

La florista le aseguró que sí.

Capítulo X

AL día siguiente persuadió a May de hacer una escapada al parque para dar un paseo después de almuerzo. Como era costumbre en la anticuada Nueva York episcopal, ella solía acompañar a sus padres a la iglesia los sábados por la tarde; pero Mrs. Welland permitió que *hiciera la cimarra*^[33], ya que esa mañana la había convencido de la necesidad de un noviazgo largo, con tiempo para preparar un *trousseau*^[34] bordado a mano con el número apropiado de docenas.

El día estaba delicioso. La bóveda de árboles desnudos a lo largo de la alameda estaba revestida de lapislázuli y formaba un arco sobre la nieve que brillaba como astillas de cristal. Era el tiempo que más resaltaba la radiante belleza de May, que estaba encendida como un arce nuevo en la escarcha. Archer se enorgullecía de las miradas que se volvían hacia ella, y la simple dicha de ser su dueño disipó sus anteriores perplejidades.

—¡Es tan delicioso despertar cada mañana y aspirar el perfume de los lirios silvestres dentro del dormitorio! —dijo May.

—Ayer llegaron tarde. No tuve tiempo en la mañana...

—Pero que te acuerdes cada día de enviarlas me hace amarlas mucho más que si hubieras ordenado mandarlas y que llegaran todas las mañanas a la misma hora, como el profesor de música; como supe que le pasaba a Gertrude Lefferts, por ejemplo, cuando ella y Lawrence estaban de novios.

—¡Ah, qué tontería! —dijo Archer riendo, divertido con su mordacidad.

Miró de soslayo sus mejillas frescas como una fruta y se sintió suficientemente contento y seguro como para agregar:

—Cuando te mandé tus lirios ayer por la tarde, vi unas maravillosas rosas amarillas y se las hice enviar a *madame* Olenska. ¿Hice bien?

—¡Qué adorable eres! Esa clase de cosas le encantan. Qué raro que no lo haya mencionado; almorzó con nosotros y contó que Mr. Beaufort le había mandado unas fantásticas orquídeas, y el primo Henry van der Luyden una cesta enorme de claveles de Skuytercliff. Le sorprende tanto recibir flores. ¿Los europeos no lo hacen? Ella dice que es

una linda costumbre.

—Oh, bueno, no es raro que las mías fueran eclipsadas por las de Beaufort —dijo Archer, irritado.

Entonces recordó que no puso tarjeta junto con las flores, y se sintió vejado por haber hablado de ellas. Quiso decir: «Visité a tu prima ayer», pero dudaba. Si *madame* Olenska no habló de su visita sería raro que él lo hiciera. Sin embargo, no hacerlo le daba al asunto un aire de misterio que no le gustaba. Para cambiar sus ideas, empezó a hablar de sus planes, de su futuro, y de la insistencia de Mrs. Welland de alargar el noviazgo.

—¡Tú lo encuentras largo! Isabel Chivers y Reggie estuvieron comprometidos durante dos años; Grace y Thorley casi año y medio. ¿No estamos bien tal como estamos?

Era la tradicional pregunta femenina, y se sintió avergonzado de sí mismo por encontrarla singularmente infantil. No cabía duda de que ella simplemente hacía eco de lo que le dijeron; pero ya se acercaba su cumpleaños número veintidós, y Archer se preguntó a qué edad las mujeres «decentes» comenzaban a hablar por sí mismas.

«Nunca, si no las dejamos, supongo», reflexionó, y recordó su loco arrebató ante Mr. Sillerton Jackson: «Las mujeres debieran ser tan libres como nosotros».

En el futuro sería su tarea quitar la venda de los ojos de esa muchacha, y hacerla mirar el mundo de frente. ¿Pero cómo tantas generaciones de mujeres entre sus ancestros habían descendido vendadas a la cripta familiar? Se estremeció al recordar algunas de las nuevas ideas en sus libros científicos, y el ejemplo tan citado del pez de la caverna de Kentucky, que dejó de desarrollar ojos porque no los usaba. ¿Qué pasaría si cuando él ordenara a May Welland que abriera los suyos, éstos solamente pudieran dirigir una mirada vacía hacia la nada?

—Seríamos mucho más felices. Estaríamos siempre juntos, podríamos viajar.

El rostro de May se iluminó.

—Sería fantástico —admitió. Le encantaría viajar. Pero su madre no entendería que quisieran hacer cosas tan diferentes.

—¡Como si el solo hecho de ser «diferentes» no las justificara! —insistió el novio.

—¡Newland, eres tan original! —exclamó ella, alborozada.

El joven sintió que se le iba el alma, a los pies, pues estaba diciendo todas las cosas que los jóvenes en su situación debían decir, y ella daba las respuestas aprendidas por instinto o por tradición, hasta el punto de llamarlo original.

—¡Original! Somos todos iguales como esas muñecas cortadas del mismo papel doblado. Somos como moldes multicopiados y pegados en una pared. ¿No podemos tú y yo tomar nuestros propios caminos, May?

Se detuvo en plena excitación de la discusión y la miró. Los ojos de May seguían clavados en él con una radiante admiración en que no había una sola nube.

—Pero por Dios... ¿me pides que nos escapemos? —dijo riendo.

—Si quieres...

—¡Entonces me amas de verdad, Newland! ¡Soy tan feliz!

—Y entonces, ¿por qué no ser más felices?

—Pero no podemos conducirnos como personajes de novela, ¿no es cierto?

—¿Por qué no, por qué no, por qué no?

Pareció un poco molesta con su insistencia. Sabía muy bien que no podían, pero era cansador tener que elaborar una explicación.

—No soy lo suficientemente inteligente como para discutir contigo. Pero este tipo de cosas son algo vulgar, ¿no crees? —sugirió, aliviada por haber dado con una palabra

que, con toda seguridad, iba a dar por terminado el asunto.

—¿Tanto miedo tienes, entonces, de ser vulgar?

Se sintió evidentemente desconcertada por esta pregunta.

—Naturalmente que me parece pésimo, igual que a ti —replicó, algo irritada.

Él guardó silencio, golpeando nervioso su bastón contra la parte alta de su bota. Ella, pensando que había encontrado finalmente la manera correcta de cerrar la discusión, dijo alegremente:

—¿Te conté que le mostré mi anillo a Ellen? Dijo que era el engaste más hermoso que había visto. No hay nada parecido en la rue de la Paix, dijo. ¡Te adoro, Newland, por ser tan artista!

Al día siguiente en la tarde, antes de la cena, cuando Archer fumaba taciturno en su estudio, Janey llegó a visitarlo. El joven no pasó a su club al regresar de la oficina donde ejercía la profesión de abogado con toda la calma que correspondía a un acaudalado neoyorquino de su clase. Estaba desanimado y de mal genio, y lo acosaba el horror de hacer todos los días lo mismo a la misma hora.

—¡Monotonía, monotónia! —murmuró y la palabra recorría su mente como una melodía agobiadora mientras recordaba las familiares siluetas de sombrero alto vagando perezosas detrás de la luna del espejo; y porque habitualmente pasaba por el club a esa hora, en vez de entrar en él, se fue a su casa esa tarde. No sólo sabía los temas acerca de los que probablemente conversarían, sino el partido que cada cual tomaría en la discusión. El duque sería, por supuesto, el tema principal; aunque la aparición en la Quinta Avenida de una dama de cabello rubio dorado en una pequeña berlina color amarillo canario tirado por dos potros negros (de lo que todo el mundo hacía responsable a Beaufort) sería sin duda ampliamente comentado. «Esas mujeres» (como se las llamaba) eran escasas en Nueva York, más aún las que conducían su propio carruaje, de modo que la aparición de *Miss Fanny Ring* en la Quinta Avenida a la hora de moda había remecido^[35] profundamente a la sociedad. Sólo el día anterior su carruaje había pasado por delante del de Mrs. Lovell Mingott, la que de inmediato hizo sonar la campanilla que estaba al alcance de su mano y ordenó al cochero que la condujera a casa. «¿Qué habría sucedido si esto le hubiera pasado a Mrs. van der Luyden?», se preguntaba la gente, estremecida. En ese mismo momento, a Archer le parecía oír a Lawrence Lefferts perorando acerca de la desintegración de la sociedad.

Levantó irritado la cabeza cuando su hermana Janey entró, y luego se sumergió en el libro que leía (*Chastelard* de Swinburne, recién publicado) como si no la hubiera visto. Ella miró el escritorio repleto de libros, abrió un volumen de los *Contes Drolatiques*, hizo una mueca de disgusto ante el francés arcaico, y suspiró:

—¿Qué libros tan cultos lees tú!

—¿Qué pasa? —preguntó al verla revolotear como Casandra a su alrededor.

—Mamá está furiosa.

—¿Furiosa? ¿Con quién? ¿Por qué motivo?

—*Miss* Sophie Jackson acaba de estar aquí. Nos dijo que su hermano vendrá después de comida; no pudo decir mucho porque él se lo prohibió; quiere dar él personalmente todos los detalles. Ahora está con la prima Louisa van der Luyden.

—Por Dios santo, querida mía, empieza de nuevo. Sólo una deidad omnisciente entendería de qué estás hablando.

—No seas profano, Newland. Mamá ya sufre bastante con que no vayas a la iglesia...

Con un gruñido, Archer volvió a su libro.

—¡Newland! Escúchame. Tu amiga *madame* Olenska fue a la fiesta de Mrs. Lemuel Struthers anoche, con el duque y Mr. Beaufort.

Al oír las últimas palabras del informe, Archer sintió que una insensata rabia estallaba en su pecho. Para sofocarla, lanzó una risotada.

—Bueno, ¿y qué? Yo sabía que ella pensaba ir.

Janey palideció y casi se le salieron los ojos.

—¿Quieres decir que sabías, y no se lo impediste? ¿No se lo advertiste?

—¿Impedirle? ¿Advertirle? —Se rió otra vez. ¡No estoy comprometido para casarme con la condesa Olenska!

Las palabras adquirieron un sonido fantástico en sus propios oídos.

—Te casas con alguien de su familia.

—¡Oh, la familia, la familia! —exclamó en tono burlón.

—Newland, ¿no te importa la familia?

—Ni un comino.

—¿Ni lo que pueda pensar la prima Louisa van der Luyden?

—Ni medio comino, si piensa estos disparates de vieja solterona.

—Mamá no es una solterona —dijo su virginal hermana, con los labios apretados.

Tuvo ganas de gritarle: «Sí, es una solterona, igual que los Van der Luyden, y que todos nosotros, cuando por casualidad nos roza la punta del ala de la Realidad». Pero vio su cara alargada y dulce contraerse en un sollozo, y se sintió avergonzado por la inútil pena que le estaba infligiendo.

—¡Al diablo la condesa Olenska! No seas boba, Janey, yo no soy su guardián.

—No, pero le pediste a los Welland que anunciaran tu compromiso antes para que tuviéramos que darle nuestro respaldo a ella. Y si no hubiera sido por eso la prima Louisa nunca la habría invitado a la cena en honor del duque.

—Bueno, ¿qué mal había en invitarla? Era la más hermosa del comedor; gracias a ella esa cena fue un poco menos fúnebre de lo que acostumbran ser los banquetes de los van der Luyden.

—Sabes de más que el primo Henry la invitó por hacerte un favor; él convenció a la prima Louisa. Y ahora están tan enfadados que decidieron regresar a Skuytercliff mañana. Creo, Newland, que es mejor que bajas ahora. Pareces no comprender lo que sufre mamá.

Newland encontró a su madre en el salón. Levantó la vista de su costura y lo miró con expresión de preocupación.

—¿Janey te lo dijo? —preguntó.

—Sí. —Newland trató que su tono fuera tan mesurado como el de ella—. Pero no me lo puedo tomar tan en serio.

—¿No tomas en serio el hecho de haber ofendido a la prima Louisa y al primo Henry?

—No tomo en serio el hecho de que ellos se ofendan por algo tan trivial como que la condesa Olenska vaya a la casa de una mujer que ellos consideran vulgar.

—¿Consideran!

—Bueno, que es vulgar; pero que tiene buena música y entretiene a la gente en las noches del domingo, cuando toda Nueva York se muere de aburrimiento.

—¿Buena música? Lo que yo sé es que una mujer se subió arriba de una mesa y cantó las canciones que cantan en los lugares que tú visitas en París. Y se fumaba y se bebía *champagne*.

—Bueno, esas cosas pasan en otros lugares también, y el mundo sigue girando.

—Supongo, querido, que no estarás realmente defendiendo el domingo francés.

—Te he oído mil veces, mamá, quejarte del domingo inglés cuando estábamos en Londres.

—Nueva York no es ni París ni Londres.

—¡Oh, no, no lo es! —gimió su hijo.

—¿Quieres decir que aquí la sociedad no es tan brillante? Puede que tengas razón; pero pertenecemos a este medio, y la gente debería respetar nuestras costumbres cuando viene acá. Especialmente Ellen Olenska. Ella ha vuelto para alejarse de esa clase de vida que la gente lleva en las sociedades brillantes.

Newland no le contestó, y pasado un momento su madre se atrevió a decir:

—Iba justo a ponerme el sombrero y pedirte que me llevaras a ver a la prima Louisa unos minutos antes de la cena.

Él frunció el ceño y ella continuó:

—Pensé que podrías explicarle lo que me acabas de decir: que la sociedad es diferente en el extranjero, que allá no es tan exigente, y que *madame* Olenska tal vez no conoce nuestra opinión ante ciertas cosas. Tú comprendes, querido —añadió haciéndose la inocente—, que lo harías por el bien de *madame* Olenska.

—Madre querida, no entiendo qué tenemos que ver nosotros en este asunto. Fue el duque quien llevó a *madame* Olenska a casa de Mrs. Struthers; en realidad, él fue a su casa con Mrs. Struthers a invitarla. Yo estaba allí cuando llegaron. Si los Van der Luyden quieren pelear con alguien, el verdadero culpable está bajo su propio techo.

—¿Pelear? Newland, ¿alguna vez supiste que el primo Henry se haya peleado con alguien? Por otra parte, el duque es su huésped; y además es extranjero. Los extranjeros no discriminan, ¿cómo podrían discriminar? La condesa Olenska es neoyorquina, y debería respetar el sentir de Nueva York.

—Bueno, si quieren una víctima, tienes mi autorización para lanzarles a *madame* Olenska —exclamó su hijo, exasperado—. No me veo a mí mismo, ni a ti tampoco, ofreciéndonos para expiar sus crímenes.

—Oh, claro que tú ves sólo el lado Mingott —repuso su madre, en el tono dolido que era su mejor arma en momentos de ira.

El pálido mayordomo abrió la mampara de la sala de estar y anunció:

—El Señor Henry van der Luyden.

La señora Archer dejó la aguja y empujó la silla hacia atrás con una mano agitada.

—Otra luz —gritó al sirviente que se retiraba, mientras Janey se inclinaba para arreglar el gorro de su madre.

La figura del señor Van der Luyden apareció en el umbral y Newland Archer se adelantó para saludar a su pariente.

—Justamente hablábamos de usted, señor —dijo.

El señor Van der Luyden pareció sorprendido por la afirmación. Se quitó los guantes para estrechar la mano de las damas, y se alisó el sombrero alto tímidamente, mientras Janey empujaba un sillón y Archer continuaba:

—Y de la condesa Olenska.

La señora Archer palideció.

—Ah... Una mujer encantadora. Acabo de ir a verla —dijo el señor Van der Luyden, con aire de haber recuperado la tranquilidad. Se hundió en la silla, dejó el sombrero y los guantes en el suelo, a su lado, a la antigua usanza, y continuó—: Tiene

realmente un don para distribuir las flores. Le había enviado varios claveles de Skuytercliff y he quedado sorprendido. En vez de acumularlos en grandes ramos tal como hace nuestro jefe de jardineros, los ha esparcido libremente aquí y allá... no puedo decir cómo. El duque me lo había dicho: «Ve a ver con qué habilidad ha arreglado el salón». Y lo ha hecho. Me gustaría de verdad llevar a Louisa a verla, si el barrio no fuera tan desagradable.

Un silencio profundo recibió este chorro inusual de palabras por parte del señor Van der Luyden. La señora Archer sacó su bordado de la cesta donde lo había estrujado nerviosamente, y Newland, apoyándose en la chimenea y retorciendo una pantalla de plumas de colibrí con la mano, vio como la cara boquiabierta de Janey se le iluminaba con la llegada de una segunda luz.

—El hecho es —continuó Mr. van der Luyden acariciando su larga pierna gris con una mano exangüe doblada bajo el peso del enorme anillo de sello del protectorado holandés— que pasé a visitarla para agradecerle la hermosa nota que me escribió por las flores; y también (pero esto es entre nosotros nada más, por supuesto) para advertirle amigablemente que no permita al duque llevarla con él a ciertas fiestas. No sé si ustedes saben...

Mrs. Archer le dedicó una sonrisa indulgente.

—¿El duque la ha llevado a algunas fiestas? —dijo.

—Tú sabes lo que son estos nobles ingleses. Son todos iguales. Louisa y yo queremos mucho a nuestro primo, pero es inútil esperar que gente que está acostumbrada a las cortes europeas se preocupe de nuestras pequeñas distinciones republicanas. El duque va a donde se entretiene. —Mr. van der Luyden hizo una pausa, pero nadie habló—. Sí, parece que la llevó anoche a casa de Mrs. Lemuel Struthers. Sillerton Jackson acaba de venir a contarnos esta tonta historia, y Louisa se perturbó muchísimo. De modo que pensé que lo más corto era ir derechamente donde la condesa Olenksa y explicarle, como una mera insinuación, por supuesto, lo que pensamos en Nueva York sobre ciertas cosas. Pensé que podría hacerlo, con toda delicadeza, porque la noche que cenó con nosotros ella sugirió, más bien me dejó entrever que agradecería que la aconsejáramos un poco. Y me lo agradeció.

La mirada de Mr. van der Luyden recorrió la habitación con lo que, en facciones menos desprovistas de las vulgares pasiones, podría ser una gran satisfacción personal; en su cara se convirtió en una ligera expresión de benevolencia, que se reflejó amablemente en el semblante de Mrs. Archer.

—¡Qué gentiles son siempre ustedes, querido Henry! Newland les agradecerá en el alma lo que han hecho por nuestra querida May y su familia.

Lanzó una mirada de advertencia a su hijo, que murmuró:

—Estoy inmensamente agradecido, señor. Pero estaba seguro de que le gustaría *madame* Olenksa.

Mr. van der Luyden lo miró con extrema bondad.

—Nunca invito a mi casa, mi querido Newland —dijo— a nadie que me disguste. Y así se lo dije recién a Sillerton Jackson.

Con una mirada al reloj, se levantó y añadió:

—Louisa está esperándome. Vamos a cenar temprano para llevar al duque a la ópera.

Una vez que la mampara se cerró solemnemente tras el visitante, el silencio cayó sobre la familia Archer.

—¡Por Dios, qué romántico! —explotó por fin Janey, como una bomba de tiempo.

Nadie supo qué fue exactamente lo que inspiró sus elípticos comentarios, y hacía mucho tiempo que su familia había desistido de tratar de interpretarlos.

Mrs. Archer movió la cabeza suspirando.

—Siempre que todo salga para bien —dijo, con el tono de alguien que está seguro de que no será así—. Newland, tienes que quedarte para cuando Sillerton Jackson venga esta noche: temo que yo no sabría qué decirle.

—¡Pobre mamá! Pero no vendrá —dijo su hijo, inclinándose a besarla para suavizar su ceño adusto.

Capítulo XI

UNAS dos semanas después, Newland Archer se hallaba sentado en abstracta ociosidad en su despacho privado de la oficina de los abogados Letterblair, Lamson y Low, cuando fue convocado por el director de la firma.

El anciano Mr. Letterblair, acreditado asesor jurídico de tres generaciones de la aristocracia neoyorquina, estaba entronizado tras su escritorio de caoba, en evidente estado de perplejidad. Cuando acarició sus blancos bigotes recortados y pasó su mano por los despeinados mechones grises que caían sobre su frente abombada, su irrespetuoso y joven colega pensó que se parecía al médico de familia enojado con un paciente cuyos síntomas no puede clasificar.

—Mi querido señor —siempre se dirigía a Archer llamándolo «señor»—, lo mandé llamar para tratar un pequeño asunto con usted; un asunto que, por el momento, prefiero no mencionar ni a Mr. Skipworth ni a Mr. Redwood.

Los caballeros de que hablaba eran otros socios mayores de la firma; porque, como sucedía siempre en el caso de sociedades jurídicas de gran categoría en Nueva York, todos los socios que daban su nombre a la oficina habían muerto hacía mucho tiempo; y Mr. Letterblair, por ejemplo, era, profesionalmente hablando, su propio nieto.

Se reclinó en su silla con el ceño fruncido.

—Por razones familiares... —continuó. Archer levantó los ojos.

—La familia Mingott —dijo Mr. Letterblair, con una sonrisa explicativa y una reverencia—. Mrs. Manson Mingott me citó ayer a su casa. Su nieta, la condesa Olenska, desea entablar juicio de divorcio contra su marido. Me han entregado algunos documentos. —Hizo una pausa y tamborileó sobre el escritorio—. En vista de su proyectada alianza con la familia, quisiera consultar con usted, estudiar el caso juntos, antes de dar nuevos pasos.

Archer sintió que la sangre se agolpaba a sus sienes. Había visto a la condesa Olenska una sola vez después de su visita, y luego en la ópera, en el palco de los Mingott. En ese intervalo, su imagen fue menos vívida e importuna, retirándose del primer plano que él le diera, mientras May Welland recuperaba su legítimo lugar. No oyó hablar de su divorcio desde la alusión hecha al azar por Janey, y había descartado el tema como un chisme sin fundamento. En teoría, la idea de un divorcio era casi de tan mal gusto para él como para su madre, y le molestaba que Mr. Letterblair (sin duda empujado por la anciana Catherine Mingott) planeara de manera tan evidente obligarlo a entrar en el juicio. Después de todo había muchos hombres de apellido Mingott para tales menesteres, y todavía él no era Mingott ni siquiera por lazos matrimoniales.

Esperó que el socio mayoritario continuara. Mr. Letterblair abrió un cajón con llave

y sacó un paquete.

—Le agradeceré dar una mirada a estos papeles.

Archer frunció el ceño.

—Perdóneme, señor, pero precisamente por la futura relación, preferiría que usted consultara el caso con Mr. Skipworth o con Mr. Redwood.

Mr. Letterblair pareció sorprendido y ligeramente ofendido. No era habitual que un profesional nuevo rechazara una oportunidad semejante. Incluyó la cabeza y dijo:

—Respeto sus escrúpulos, señor; pero en este caso creo que la verdadera delicadeza requiere que haga lo que le pido. En realidad la solicitud no es mía sino de Mrs. Manson Mingott y de su hijo. He hablado con Lovell Mingott, y también con Mr. Welland y todos ellos me han dado su nombre.

Archer sintió que aumentaba su rabia. Durante la última quincena lo único que había hecho era dejarse llevar por los acontecimientos, y permitir que la belleza de May y su radiante naturalidad suavizaran la molesta presión de las peticiones de los Mingott. Pero este mandato de la vieja Mrs. Mingott le hizo ver claramente lo que el clan creía que tenía el derecho de exigir a su futuro yerno; y tal rol le produjo una profunda irritación.

—Sus tíos deben encargarse de esto —dijo.

—Ya lo hicieron. El asunto ha sido examinado por la familia. Ellos se oponen a la idea de la condesa; pero ella está firme e insiste en tener asesoría jurídica.

El joven guardó silencio. No había abierto el paquete que tenía en sus manos.

—¿Desea volver a casarse?

—Creo que lo han sugerido, pero ella lo niega.

—Entonces...

—¿Me haría el favor, Mr. Archer, de mirar primero esos documentos? Después, cuando hayamos discutido el caso, le daré mi opinión.

Archer se retiró de mala gana con los indeseados documentos. Desde su último encuentro había inconscientemente colaborado con los acontecimientos para liberarse de la carga que representaba la condesa Olenska. La hora que pasó solo con ella junto al fuego los había colocado en una momentánea intimidad que fue providencialmente rota por la intrusión del duque de St. Austrey con Mrs. Lemuel Struthers, y la alegre acogida que la condesa les tributara. Dos días después Archer asistió a la comedia de su rehabilitación respaldada por los van der Luyden, y se había dicho, con un toque de acritud, que una dama que sabía, con tan buenos resultados, agradecer un ramo de flores a influyentes caballeros de edad madura, no necesitaba los consuelos privados o el quijotismo público de un joven tan insignificante como él. Mirar las cosas desde ese punto de vista simplificaba su propio caso y, de manera sorprendente, sacaba lustre a todas las opacadas virtudes domésticas. No podía imaginarse a May Welland, en cualquier emergencia, pregonando sus problemas personales ni prodigando sus confidencias a hombres desconocidos; y nunca le pareció más fina ni más hermosa que en esos días. Hasta se rindió a su deseo de tener un noviazgo más largo, porque ella opuso a su petición de adelantar la boda la única razón que lo podía desarmar.

—Tú sabes que, llegado el caso, tus padres siempre te dan el gusto, desde que eras una niña pequeña —había argumentado. Y ella le respondió, mirándolo con su ojos límpidos:

—Sí, y por eso me es tan difícil rehusarles la última cosa que me piden como su hija.

Ésa era la marca de la vieja Nueva York; era la clase de respuesta que siempre

quisiera estar seguro de escucharle a su mujer. Si uno está habituado a respirar el aire de Nueva York, a veces parece que cualquier otro menos cristalino se hace sofocante.

Los papeles que llevara para leer en realidad no le dijeron mucho; pero lo sumergieron en una atmósfera que lo hizo sentirse asfixiado y atragantado. Consistían principalmente en un intercambio de cartas entre los abogados del conde Olenksi y una firma jurídica francesa a quien la condesa acudiera para aclarar su situación financiera. También había una corta carta del conde a su esposa; después de leerla, Newland Archer se levantó de su asiento, puso desordenadamente los documentos dentro de su sobre, y volvió a entrar en la oficina de Mr. Letterblair.

—Aquí tiene las cartas, señor. Si lo desea, hablaré con *madame* Olenksa —dijo con voz forzada.

—Gracias, muchas gracias, Mr. Archer. Venga a cenar conmigo esta noche si está libre, y después examinaremos el asunto, en caso que quiera visitar a nuestra cliente mañana.

Esa tarde Newland Archer se fue otra vez directamente a su casa. Era un atardecer invernal de transparente claridad, con una inocente luna nueva que asomaba por encima de los tejados. Quería llenar los pulmones de su alma con ese puro resplandor, y no hablar con nadie hasta que se encerrara con Mr. Letterblair después de la cena. No podía haber tomado otra decisión: debía ver a *madame* Olenksa para evitar que revelara sus secretos a otros ojos. Una ola de compasión barrió su indiferencia y su impaciencia; la veía ante él como una figura desprotegida y digna de lástima, a la que debería salvar a cualquier costo para que no siguiera hiriéndose a sí misma en sus desatinadas luchas contra el destino.

Recordaba lo que ella le dijera sobre la solicitud de Mrs. Welland de que se eliminara todo lo que fuera «desagradable» en su historia, y con temor pensó que tal vez era esa actitud mental la que mantenía tan puro el aire de Nueva York. «¿No seremos más que unos fariseos, al final de cuentas?» se preguntó, desconcertado en su esfuerzo de reconciliar su instintivo disgusto por la vileza humana con su igualmente instintiva piedad por la fragilidad humana.

Por primera vez se daba cuenta de que sus principios habían sido siempre muy elementales. Aparentaba ser un joven que no temía arriesgarse, y sabía que su secreto amorío con la pobre tontuela de Mrs. Thorley Rushworth no había sido tan discreto como para no darle un cierto aire de aventura. Pero Mrs. Rushworth era de «esa clase de mujeres», alocada, vana, aficionada por naturaleza a lo clandestino, y se sentía mucho más atraída por el secreto y el peligro de la relación amorosa que por los encantos y cualidades de Archer. Cuando lo comprendió, casi se le rompió el corazón, pero ahora le parecía el factor redentor del caso. La relación, en resumen, fue igual a la que todos los jóvenes han vivido a esa edad, y de la cual emergen con la conciencia en paz y una serena creencia en la abismal distinción entre las mujeres que uno ama y respeta y aquellas de las cuales uno disfruta... y compadece. En este sentido, fueron diligentemente incitados por sus madres, tías y otras mujeres mayores de la familia, pues todas compartían el convencimiento de Mrs. Archer de que cuando «tales cosas suceden», sin ninguna duda el hombre ha cometido una tontería, pero la mujer siempre ha cometido un crimen. Todas las señoras de edad que Archer conocía consideraban que una mujer que se entrega con imprudencia al amor es necesariamente inescrupulosa y malintencionada, y que es un pobre ingenuo el hombre que cae impotente en sus garras. Lo único que había que hacer con un joven era convencerlo de que se casara, lo antes posible, con una niña buena a quien confiárselo para que lo cuidara.

Archer empezó a adivinar que en las antiguas y complicadas comunidades europeas

los problemas amorosos eran menos simples y no tan fáciles de clasificar. Las sociedades ricas, ociosas y ornamentales pueden producir muchas más situaciones de esta índole; y posiblemente hay alguna donde una mujer de naturaleza sensitiva y reservada puede, por la fuerza de las circunstancias, y por absoluta indefensión y soledad, ser atraída a una relación inaceptable para los criterios convencionales.

Al llegar a su casa escribió una nota a la condesa Olenska, preguntándole qué hora del día siguiente podría recibirlo, y la despachó con un mensajero, que retornó al poco rato con unas líneas en que le decía que iría a Skuytercliff la mañana siguiente a pasar el domingo con los van der Luyden, pero que la encontraría sola esa misma tarde después de cenar. Escribió la nota en una media hoja de papel bastante arrugada, sin fecha ni dirección, pero su escritura era firme y libre. Le divirtió la idea de aquel fin de semana en la total soledad de Skuytercliff, pero de inmediato sintió que allí, entre todos los lugares, ella iba a sentir la frialdad de esas mentes rigurosamente ajenas a lo «desagradable».

Llegó a casa de Mr. Letterblair a las siete en punto, contento de tener una excusa para retirarse temprano después de la comida. Se había formado su propia opinión acerca de los documentos que le confiaran, y no tenía especial interés en discutir el asunto con su superior. Mr. Letterblair era viudo, y cenaron solos, copiosa y lentamente, en una amplia habitación oscura decorada con amarillentos grabados de «La muerte de Chatham» y «La coronación de Napoleón». Sobre el aparador, entre alargados estuches de cuchillería Sheraton, había una garrafa de Haut Brion, y otra del viejo oporto Lanning (obsequio de un cliente), que el despilfarrador Tom Lanning había vendido en su totalidad un par de años antes de su misteriosa y vergonzosa muerte en San Francisco, un incidente menos humillante públicamente para su familia que la venta de la bodega.

Luego de una suave sopa de ostras, ofrecieron sábalos con pepinos, seguido de un pavo tierno a la parrilla con maíz frito, y de un pato silvestre con gelatina de grosella y mayonesa al apio. Mr. Letterblair, que sólo comía un *sandwich* al almuerzo y té, cenaba pausadamente y en abundancia, e insistió en que su huésped hiciera lo mismo. Finalmente, una vez cumplidos los últimos ritos, se retiró el mantel, se encendieron los cigarros, y Mr. Letterblair, echándose atrás en su silla y dejando a su lado el oporto, sintió en su espalda el agradable calor del carbón en la chimenea.

—Toda la familia se opone al divorcio —dijo. Y yo creo que tiene razón.

Archer se situó de inmediato al lado opuesto de la discusión.

—¿Pero por qué, señor? Si alguna vez hubo un caso...

—Bueno, ¿de qué sirve? Ella está aquí, él está allá; el Atlántico los separa. Ella no recuperará ni un dólar más de su dinero que lo que él ya le ha devuelto voluntariamente: las malditas cláusulas paganas de su matrimonio se cuidan bien de ello. Como van las cosas, Olenski ha actuado con generosidad: podía haberla dejado sin un centavo.

El joven lo sabía y guardó silencio.

—Entiendo, sin embargo —continuó Mr. Letterblair—, que ella no da ninguna importancia al dinero. Por lo tanto, como dice la familia, ¿por qué no dejar las cosas como están?

Archer llegó una hora antes a esa casa plenamente de acuerdo con el punto de vista de Letterblair; pero esta opinión expresada por aquel anciano egoísta, bien alimentado y supremamente indiferente se transformó súbitamente en la voz farisea de una sociedad totalmente absorta en defenderse contra lo que no le agrada.

—Pienso que es ella quien debe decidir.

—Mmmm, ¿ha pensado en las consecuencias si decide divorciarse?

—¿Se refiere a la amenaza en la carta de su marido? ¿Qué peso puede tener? No es más que el vago descargo de un sinvergüenza enojado.

—Sí, pero daría pie a desagradables comentarios si él decide seriamente defender el pleito.

—¡Desagradables...! —explotó Archer.

Mr. Letterblair lo miró por debajo de sus inquisitivas cejas, y el joven, consciente de lo inútil que era tratar de explicarle lo que tenía en su mente, se inclinó asintiendo mientras su superior proseguía:

—El divorcio es siempre desagradable. ¿No está de acuerdo conmigo? —añadió, después de esperar en silencio una respuesta.

—Naturalmente —dijo Archer.

—Bien, ¿entonces puedo contar con usted, los Mingott pueden contar con usted, para que influya contra tal idea?

Archer titubeó.

—No puedo comprometerme antes de ver a la condesa Olenska —dijo finalmente.

—Mr. Archer, no lo entiendo. ¿Desea entrar por su matrimonio en una familia vinculada a un escandaloso proceso de divorcio?

—No creo que eso tenga nada que ver con el caso.

Mr. Letterblair dejó en la mesa su copa de oporto y fijó en su joven colega una mirada cautelosa y aprensiva.

Archer comprendió que corría el riesgo de que le retiraran el mandato, y por alguna oscura razón no le gustó la perspectiva. Ahora que le habían asignado el caso, no se proponía renunciar a él; y, para evitar dicha posibilidad, pensó que debía dar seguridad a ese anciano falto de imaginación que era la conciencia legal de los Mingott.

—Puede estar seguro, señor, de que no me comprometeré antes de consultarlo con usted. Lo que quería decir era que prefiero no opinar hasta escuchar lo que *madame* Olenska tenga que decir.

Mr. Letterblair aprobó con la cabeza aquel exceso de cautela digna de la mejor tradición neoyorquina, y el joven, después de consultar su reloj, se excusó por tener que retirarse debido a un compromiso anterior, y se marchó.

Capítulo XII

EN la anticuada Nueva York se cenaba a las siete, y la costumbre de hacer visitas después de comida, aunque en el círculo de Archer se la ridiculizaba, aún prevalecía. Mientras el joven subía caminando por la Quinta Avenida desde Waverley Place, la larga calle se veía totalmente abandonada, salvo por un grupo de carruajes detenidos frente a la casa de Reggie Chivers (donde se ofrecía una cena en honor del duque), y la silueta ocasional de algún caballero mayor de abrigo grueso y bufanda que subía una escalera de piedra color pardo y desaparecía dentro de un vestíbulo iluminado con luz de gas. Cuando cruzaba Washington Square, Archer divisó al anciano Mr. du Lac que llegaba a visitar a sus primos los Dagonet, y doblando la esquina de la Calle Diez Oeste vio a Mr. Skipworth, de su misma firma, que seguramente iba a visitar a *Miss* Lannings. Un poco más arriba por la Quinta Avenida apareció Beaufort en el umbral de su casa proyectando su sombra contra un resplandor de luz, subió en su berlina privada, y se alejó hacia un destino misterioso y

probablemente innumerable. No era una noche de ópera, y nadie ofrecía fiesta, de modo que la salida de Beaufort era sin lugar a dudas de naturaleza clandestina. Archer la asoció en su mente con una casita más allá de Lexington Avenue en la que aparecieron recientemente jardineras y cortinas engalanadas con cintas en las ventanas y donde se veía con frecuencia estacionado en la puerta la berlina color canario de *Miss Fanny Ring*.

Más allá de la pequeña y resbaladiza pirámide que componía el mundo de Mrs. Archer, existía un barrio que casi no estaba en los planos, habitado por artistas, músicos y «gente que escribe». Estos dispersos fragmentos de la humanidad nunca mostraron el menor deseo de amalgamarse con la estructura social. A pesar de sus poco usuales costumbres se decía que eran, para la mayoría, muy respetables; pero preferían vivir a su manera. Medora Manson, en sus días de prosperidad, había inaugurado un «salón literario», que pronto fracasó debido a que los literatos se mostraron renuentes a acudir a él.

Otros hicieron la misma tentativa, y hubo toda una familia Blenker, una madre intensa y voluble y tres hijas de aspecto desaliñado que la imitaban, donde solía verse a Edwin Booth y Patti y William Winter, y al nuevo actor shakespeariano George Rignold, y algunos editores de revistas y críticos de música y literatura.

Tanto Mrs. Archer como sus amistades sentían algo de timidez respecto a esas personas. Eran raras, inconstantes, tenían en el fondo de sus vidas y de sus mentes cosas que uno no conocía. En el círculo que rodeaba a Archer existía gran respeto por el arte y la literatura, y Mrs. Archer se daba el trabajo de enseñar a sus hijos lo infinitamente más agradable y culta que había sido la sociedad en tiempos de personajes como Washington Irving, Fitz-Greene Halleck y el poeta de *The Culprit Fay*. Los autores más celebrados de aquella generación eran «caballeros»; quizás los desconocidos que los sucedieron tenían sentimientos caballerosos, pero su origen, su apariencia, su cabello, su intimidad con el teatro y la ópera, no permitía aplicarles los antiguos criterios neoyorquinos.

—Cuando yo era niña —decía siempre Mrs. Archer—, conocíamos a todo el mundo entre la Battery y Canal Street; y sólo la gente conocida tenía carruaje. Era facilísimo identificar a cualquier persona; ahora es imposible, y prefiero ni siquiera tratar.

Sólo la anciana Catherine Mingott, con su falta de prejuicios morales y su indiferencia casi advenediza ante las distinciones más sutiles, podía haber abierto un puente al abismo; pero nunca abrió un libro ni miró un cuadro, y sólo le gustaba la música que le recordaba sus noches de gala en *Les Italiens*, en sus días triunfales en las Tullerías. Probablemente Beaufort, que la igualaba en osadía, habría logrado la fusión, pero su elegante mansión y sus criados en medias de seda eran un obstáculo a la sociabilidad informal. Además, era tan iletrado como Mrs. Mingott, y consideraba a los «tipos que escriben» unos simples proveedores pagados de placeres para ricos; y jamás nadie lo suficientemente rico como para influenciar su opinión se lo había discutido.

Newland Archer tuvo conciencia de todo esto desde sus primeros recuerdos, y los aceptó como parte de la estructura de su universo. Sabía que había sociedades donde pintores y poetas y novelistas y científicos, e incluso grandes actores, eran tan solicitados como los duques; a menudo se planteaba cómo hubiera sido vivir en la intimidad de salones dominados por la conversación de *Mérimée* (cuyo libro *Lettres ú une inconnue*^[36] era uno de sus inseparables), de Thackeray, Browning o William Morris. Pero tales cosas eran inconcebibles en Nueva York, y perturbaba el solo pensar en ellas. Archer conocía a gran parte de las «personas que escriben», los músicos y pintores; los conoció en el *Century*, o en los pequeños clubes musicales y teatrales que empezaban a aparecer. Se entretuvo con ellos allí, y se aburría con ellos en casa de las Blenker, donde se mezclaban con mujeres

ardientes y desaseadas que se los pasaban de mano en mano como curiosidades; e incluso después de sus más fascinantes conversaciones con Ned Winsett, siempre se iba con la sensación de que si su mundo era reducido, también lo era el de ellos, y que el único modo de ampliar ambos mundos era alcanzar un nivel de cultura donde pudieran fusionarse en forma natural.

Se acordó de estas cosas al tratar de imaginarse la sociedad en la cual había vivido y sufrido la condesa Olenska, y también, por qué no, probado misteriosos placeres. Recordó con qué regocijo le contó que su abuela Mingott y los Welland se opusieron a que viviera en un barrio bohemio entregado a «los que escriben». Lo que disgustaba a su familia no era el peligro sino la pobreza; pero ella no captaba esa sutileza, y suponía que consideraban comprometedor la literatura.

Ella no le temía, y los libros esparcidos por su salón (un lugar dentro de una casa donde habitualmente se supone que los libros están «fuera de sitio»), aunque eran principalmente obras de ficción, habían despertado el interés de Archer con nombres tan nuevos como Paul Bourget, Huysman, y los hermanos Goncourt.

Rumiando esto al acercarse a la puerta de la condesa, una vez más tuvo conciencia del curioso modo con que ella revertía sus valores, y de que necesitaba tener seguridad en sí mismo para enfrentar condiciones increíblemente distintas a las que conocía si quería serle de utilidad en la dificultad que actualmente enfrentaba.

Nastasia abrió la puerta, sonriendo misteriosamente. Sobre el banco del vestíbulo vio un abrigo forrado en marta cibelina, un sombrero de noche con las iniciales J. B. doradas en el forro de seda, y una bufanda de seda blanca; no cabía la menor duda de que aquellos artículos pertenecían a Julius Beaufort.

Archer se puso furioso, tan furioso que estuvo a punto de garabatear unas palabras en su tarjeta y marcharse. Pero recordó que en su nota a *madame* Olenska había tenido el exceso de discreción de no decirle que deseaba verla en privado. Era absolutamente suya la culpa si ella recibía otros visitantes; entró, por tanto, en el salón con la tenaz determinación de hacer que Beaufort se sintiera incómodo, y quedarse más tiempo que él.

El banquero estaba de pie junto a la chimenea, cubierta por un antiguo encaje sujeto por candelabros de bronce con cirios de iglesia de cera amarillenta. Sacaba pecho con los hombros apoyados en la repisa, descansando el peso del cuerpo en sus grandes pies calzados con zapatos de charol. Al entrar Archer sonreía mirando a su anfitriona, que estaba sentada en un sofá a la derecha de la chimenea. Una mesa atiborrada de flores formaba una especie de pantalla detrás del sofá, y con ese marco de orquídeas y azaleas, en las que el joven reconoció una ofrenda de los invernaderos de Beaufort, *madame* Olenska se reclinaba con la cabeza apoyada en una mano y la amplia manga mostraba el brazo desnudo hasta el codo.

Era costumbre entre las señoras que recibían de noche usar lo que se llamaba un «sencillo vestido de cena», que era una apretada armadura de seda color hueso de ballena, ligeramente rebajada en el cuello, con volantes de encaje que cubrían ese pequeño escote, y mangas estrechas con el mismo adorno de volantes en la abertura que apenas dejaba ver la muñeca para mostrar una pulsera etrusca de oro o una cinta de terciopelo. Pero *madame* Olenska, que hacía caso omiso de las tradiciones, llevaba una larga túnica de terciopelo rojo adornada alrededor de la barbilla y abajo en el ruedo con una brillante piel negra. Archer recordó que en su última visita a París vio un retrato hecho por Carolus Duran, un nuevo pintor cuyos cuadros eran la sensación del Salón, en el cual la dama usaba una de esas atrevidas túnicas que semejaban fundas y con esa piel que parecía un nido donde apoyar el

mentón. Había algo perverso y provocador en la idea de usar pieles en la noche dentro de una sala calefaccionada, al igual que en la combinación de un cuello abrigado y brazos desnudos; sin embargo, el efecto era, sin duda alguna, muy agradable.

—¡Cielo santo, tres días enteros en Skuytercliff!, —decía Beaufort con su voz fuerte y sarcástica en el momento en que entraba Archer—. Tendrá que llevar todas sus pieles, y una botella de agua caliente.

—¿Por qué? ¿Es muy helada la casa? —preguntó ella, tendiendo su mano izquierda a Archer con un ademán que sugería encubiertamente que esperaba que se la besara.

—No, pero la dueña de la casa sí —respondió Beaufort, saludando al joven con una venia indiferente.

—Pero a mí me pareció muy amable. Vino en persona a invitarme. Mi abuela dice que debo ir.

—Es lo que dice su abuela. Pero yo digo que es una lástima que se pierda la sopa de ostra que le tengo preparada en el Delmónico el próximo domingo, con Campanini y Scalchi y un numeroso grupo de gente alegre.

Ella miró titubeante al banquero y luego a Archer.

—¡Ah, qué tentación! Aparte del otro día en casa de Mrs. Struthers, no he conocido un solo artista desde que llegué.

—¿Qué clase de artistas? Conozco uno o dos pintores, muy buenos amigos, que podría traerle si me lo permite —intervino Archer, desafiante.

—¿Pintores? ¿Hay pintores en Nueva York? —preguntó Beaufort en un tono que implicaba que no podía haber ninguno ya que él no compraba sus cuadros.

—Me encantaría —dijo *madame* Olenska, dirigiendo una seria sonrisa a Archer—. Pero en realidad estaba pensando en artistas dramáticos, cantantes, actores, músicos. Siempre acudían muchos a la casa de mi marido.

Ella dijo «mi marido» como si no existiera ninguna asociación siniestra entre ellos, en un tono que parecía añorar las perdidas delicias de su vida matrimonial. Archer la miró perplejo, preguntándose si era por ligereza o disimulo que tocaba de manera tan fácil un pasado que justo en ese momento trataba de romper poniendo en riesgo su reputación.

—Pienso —continuó la condesa dirigiéndose a ambos—, que un *imprévu*^[37] ayuda a la diversión. Tal vez sea un error ver todos los días a la misma gente.

—Es lo más aburrido del mundo —se quejó Beaufort—; Nueva York se muere de aburrimiento. Y cuando trato de darle un poco de vida, usted me vuelve la espalda. ¡Vamos, piénselo bien! Este domingo es su última oportunidad, porque Campanini se marcha la semana próxima a Baltimore y Filadelfia. Tengo reservado un salón privado, y un Steinway, y cantarán para mí toda la noche.

—¿Qué maravilla! ¿Puedo pensarlo más y enviarle mi respuesta mañana temprano?

Lo dijo amablemente, aunque con una mínima insinuación de rechazo en su voz. Evidentemente, Beaufort lo captó y, como no estaba acostumbrado a los rechazos, la siguió mirando fijo con una expresión obstinada en sus ojos.

—¿Por qué no ahora?

—Es algo muy serio para decidirlo a estas horas de la noche.

—¿Le parece que es tarde?

Ella le devolvió con frialdad su mirada.

—Sí, porque todavía tengo que hablar un rato de negocios con Mr. Archer.

—¡Ah! —exclamó Beaufort, irritado.

Su voz ya no rogaba; con un estremecimiento recobró su compostura, tomó la mano

de la condesa, la besó como hombre experimentado, y agregó desde el umbral:

—Newland, si la convence para que se quede en la ciudad, lo invitaré también a la comida.

Abandonó la habitación con su pesado paso arrogante.

Por un instante, Archer pensó que Mr. Letterblair la había informado de su venida, pero la irrelevancia de su siguiente comentario lo hizo cambiar de idea.

—¿Así que conoces a algunos pintores? ¿Vives en su *milieu*^[38]? —le preguntó con ojos rebosantes de interés.

—Bueno, no exactamente. No sabía que el arte tuviera un *milieu* aquí, ninguna forma de arte; son más bien una marginalidad apenas establecida.

—Pero ¿eres aficionado a esas cosas?

—Muy aficionado. Cuando voy a París o a Londres no me pierdo ninguna exposición. Me gusta estar al día.

La condesa miró la punta de su pequeño botín de raso que asomaba bajo sus largos ropajes.

—A mí me gustaba muchísimo también, mi vida estaba llena de esas cosas. Pero ahora prefiero no involucrarme en ellas.

—¿Prefieres no involucrarte?

—Sí, quiero borrar mi antigua vida, ser igual que cualquiera otra aquí.

Archer enrojeció.

—Nunca serás semejante a cualquiera otra persona.

Ella levantó un poco sus cejas rectas.

—¡No me lo digas! ¡Supieras lo que odio ser diferente!

Su semblante se oscureció como una máscara trágica. Se inclinó hacia adelante, abrazando las rodillas con sus manos delgadas, y desvió la mirada que tenía posada en el joven para fijarla en algún lugar remoto y sombrío.

—Quiero huir de todo —insistió.

Él esperó un momento, y luego dijo, aclarando la voz:

—Ya lo sé. Me lo dijo Mr. Letterblair.

—¿Ah, sí?

—Por eso estoy aquí. Me pidió que..., bueno, tú sabes que trabajo en la firma.

Ella pareció un tanto sorprendida, pero luego sus ojos brillaron.

—¿Quieres decir que puedes manejar todo esto por mí? ¿Qué puedo hablar contigo en vez de Mr. Letterblair? ¡Oh, será mucho más fácil!

El tono de su voz lo emocionó, y su confianza acrecentó su confianza en sí mismo. Comprendió que había mencionado un asunto de negocios simplemente para deshacerse de Beaufort; y derrotar a Beaufort fue un verdadero triunfo.

—Para eso estoy aquí —repitió.

Ella se sentó en silencio y apoyó la cabeza en el brazo que descansaba en la parte de atrás del sofá. Su cara estaba pálida y apagada, como disminuida por el fuerte color rojo de su traje. Archer se impresionó al verla repentinamente como una figura patética y hasta digna de compasión.

«Ahora debemos enfrentarnos a hechos dolorosos», pensó, consciente de sentir la misma instintiva repugnancia que a menudo había criticado en su madre y en sus contemporáneos. ¡Qué poca práctica tenía para tratar situaciones tan inusuales! Hasta su mismo vocabulario le era desconocido, y parecía pertenecer a la ficción y al escenario. Se sintió torpe y confundido como un niño ante lo que venía.

Luego de una pausa, *madame* Olenska estalló con inesperada violencia, exclamando:

—¡Quiero ser libre, quiero limpiar todo el pasado!

—Lo comprendo.

Su rostro se alegró.

—¿Entonces me vas a ayudar?

—Primero —dijo él vacilando— tal vez deba saber algo más.

Ella pareció sorprendida.

—¿Sabes de mi marido, de mi vida con él?

Archer hizo una señal de asentimiento.

—Bueno, entonces, ¿qué más quieres? ¿Se toleran esas cosas en este país? Soy protestante, nuestra iglesia no prohíbe el divorcio en tales casos.

—Por supuesto que no.

Ambos guardaron silencio nuevamente, y Archer sintió que el espectro de la carta del conde Olenski se interponía entre ellos haciendo espantosas muecas. La carta constaba de una sola página, y era precisamente lo que el joven describió al hablar de ella con Mr. Letterblair: la vaga acometida de un sinvergüenza poseído por la ira. ¿Pero qué había de verdad detrás de ella? Sólo la esposa del conde Olenski podía decirlo.

—Estuve hojeando los papeles que le diste a Mr. Letterblair —dijo Archer finalmente.

—¿Y crees que pueda haber algo más abominable?

—No.

Ella varió ligeramente su postura, protegiendo sus ojos con la mano que tenía levantada.

—Sin duda sabes —continuó Archer— que si tu marido elige pelear el caso, como amenaza hacerlo...

—¿Entonces?

—Puede decir cosas... cosas que puede ser des... que puede ser molesto para ti que se dijeran en público para que se propalaran por todos lados, y que te dañaran incluso si...

—¿Incluso si...?

—Quiero decir que te pueden dañar aun cuando fueran infundadas.

Ella permaneció largo rato en silencio; tan largo rato que, como no quería fijar los ojos en su cara sombría, el joven tuvo tiempo para grabar en su mente la forma exacta de su otra mano, la que estaba sobre la rodilla, y cada detalle de los tres anillos de sus dedos anular y meñique, entre los cuales notó que no había ningún anillo de matrimonio.

—¿Qué daño me podrían hacer aquí tales acusaciones, aun si se hicieran públicamente?

Tuvo en la punta de la lengua exclamar: «¡Pobre inocente, mucho más daño que en cualquier otra parte!». Pero en lugar de eso respondió con una voz que a sus oídos sonó parecida a la de Mr. Letterblair:

—La sociedad de Nueva York es un mundo muy pequeño comparado con el mundo en que tú viviste. Y está gobernada, a pesar de las apariencias, por un pequeño grupo de personas con ideas... diremos, bastante anticuadas.

Ella no dijo nada, y él prosiguió.

—Nuestras ideas acerca del matrimonio y el divorcio son particularmente anticuadas. Nuestra legislación favorece el divorcio, pero las costumbres de nuestra sociedad no lo aceptan.

—¿En ningún caso?

—Bueno, no cuando la mujer, aunque haya sido ultrajada y por irreprochable que sea, tiene en su contra la mínima apariencia de culpabilidad al haberse expuesto por alguna acción inconveniente a... a insinuaciones ofensivas...

Ella inclinó un poco más la cabeza, y él esperó otra vez, con intensa esperanza, un estallido de indignación o, al menos, un grito de protesta. No hubo ninguno de los dos.

El zumbido de un pequeño reloj de viaje marcaba los minutos junto al codo de la condesa, y un tronco se partió en dos y lanzó una lluvia de chispas. Todo ese ambiente quieto y melancólico parecía esperar en silencio junto con Archer.

—Sí —murmuró ella finalmente—, eso es lo que me dice mi familia.

El puso mala cara.

—Es lo natural...

Nuestra familia —se corrigió ella, y Archer se ruborizó—. Porque pronto serás mi primo —agregó ella suavemente.

—Así lo espero.

—¿Y estás de acuerdo con ellos?

Ante esta pregunta, él se levantó, se paseó por la sala, miró con ojos vacíos uno de los cuadros colgados en el viejo damasco rojo, y volvió indeciso a su lado. ¿Cómo podía decirle: «Sí, si lo que tu marido insinúa es cierto, o si no tienes cómo probar lo contrario»?

—Sinceramente —dijo ella cuando él iba a hablar.

Archer miró el fuego.

—Sinceramente, entonces, ¿qué ganarías que compensara la posibilidad, más bien la certeza, de un montón de murmuraciones asquerosas?

—Pero mi libertad, ¿no vale nada?

Cruzó por la mente de Archer en ese instante la idea de que los cargos en la carta eran verdaderos, y que ella quería casarse con su compañero de delito. ¿Cómo podía decirle que, si realmente había urdido tal plan, las leyes del Estado le eran inexorablemente adversas? La sola sospecha de que tuviera aquella idea en su mente lo hizo endurecerse e impacientarse.

—¿Pero no eres libre como el aire? —le replicó—. ¿Quién te puede tocar? Mr. Letterblair me dijo que tu situación financiera había sido arrojada.

—Ah, sí —dijo ella con indiferencia.

—Bueno, entonces, ¿vale la pena arriesgarte a algo que puede ser infinitamente desagradable y doloroso? ¡Piensa en la prensa, en su villanía! Todo es estúpido y estrecho e injusto, pero no podemos rehacer la sociedad.

—No —admitió ella.

Lo dijo en un tono tan apagado y desolado que Archer se arrepintió de inmediato de la dureza de sus propios pensamientos.

—El individuo, en tales casos, es casi siempre sacrificado a lo que se supone ser el interés colectivo; la gente se apega a cualquier convención que mantenga unida la familia, que proteja los hijos, si los hay —divagó Archer, dejando salir en tropel todo el caudal de frases que se agolpaban a sus labios en su intenso deseo de cubrir la fea realidad que su silencio parecía dejar al desnudo.

Ya que ella no quería o no podía decir la única palabra que hubiera limpiado el aire, no deseaba que sintiera que él trataba de investigar sus secretos. Mejor quedarse en la superficie, al prudente estilo neoyorquino, que arriesgarse a abrir una herida que no pudiera sanar.

—Mi deber, ya sabes —prosiguió—, es ayudarte a ver estas cosas como las ve la gente que más te quiere. Los Mingott, los Welland, los Van der Luyden, todos tus amigos y conocidos. Si no te mostrara honestamente cómo juzgan ellos tales cuestiones, no sería correcto de mi parte, ¿no crees?

Habló con insistencia, casi suplicándole en sus ansias por llenar ese silencio abrumador.

—No; no sería correcto —dijo ella lentamente.

El fuego se había ido reduciendo a cenizas grisáceas, y una de las lámparas titilaba como un llamado de atención. *Madame* Olenska se levantó, la apagó y volvió al lado del fuego, pero sin retomar su asiento.

El quedarse de pie significaba que no quedaba nada más que decir, y Archer también se levantó de su sillón.

—Muy bien, haré lo que tú quieras que haga —dijo la condesa abruptamente.

La sangre coloreó el rostro de Archer y, sorprendido por la súbita rendición de la condesa, tomó torpemente sus manos entre las suyas.

—Lo único que quiero es ayudarte —dijo.

Se inclinó y apoyó sus labios en las manos de ella, que estaban frías e inertes. La condesa las retiró, y él se dirigió hacia la puerta, encontró su abrigo y su sombrero a la mortecina luz de la lámpara de gas del vestíbulo, y se sumergió en la noche invernal, estallando en la tardía elocuencia de los seres incapaces de expresarse en el momento oportuno.

Capítulo XIII

EL teatro Wallack estaba repleto esa noche.

Se daba la obra *The Shaughraun*, con Dion Boucicault como protagonista y Harry Montague y Ada Dyas como los amantes. La popularidad de la excelente compañía inglesa estaba en su cúspide, y *El Shaughraun* siempre llenaba la sala. Las galerías explotaban de entusiasmo; en la platea y en los palcos, la gente sonreía discretamente con los trillados diálogos y las inverosímiles situaciones, pero disfrutaba de la obra tanto como la galería.

Había especialmente un episodio que mantenía en ascuas al público; era aquél en que Harry Montague, luego de una triste y casi monosilábica escena de despedida con *Miss* Dyas, decía adiós y se volvía hacia la puerta. La actriz, que se encontraba de pie cerca de la chimenea mirando hacia el fuego, usaba un vestido de casimir gris sin los lazos ni adornos que estaban de moda, moldeado a su alta figura y que caía pesadamente hasta sus pies. Alrededor del cuello llevaba una estrecha cinta de terciopelo negro, cuyas puntas le caían por la espalda.

Cuando el galán se alejaba, ella ponía los brazos sobre la repisa de la chimenea y escondía la cara entre sus manos. Al llegar al umbral, él se detenía y se volvía para mirarla; luego regresaba en puntillas a su lado, levantaba una de las cintas de terciopelo negro, lo besaba, y abandonaba la habitación sin que ella lo oyera ni cambiara de postura. Y en medio de esta silenciosa despedida, caía la cortina.

Era por esa escena en particular que Newland Archer iba siempre a ver *The Shaughraun*. La escena de la despedida de Montague y Ada Dyas le parecía muy superior a la que le viera a Croisette y Bressant en París, o a Madge Robertson y Kendal en Londres;

por su reticencia, por su mudo dolor, lo emocionaban más que las efusiones histriónicas más famosas.

Esa noche la corta escena adquirió un efecto más conmovedor porque le recordaba, no podía decir por qué, su despedida de *madame* Olenska al término de su conversación confidencial unos siete o diez días atrás.

Sería igualmente difícil descubrir alguna semejanza entre las dos situaciones y la apariencia física de los personajes. Newland Archer no podía pretender acercarse a la romántica apostura del actor inglés, y *Miss* Dyas era una pelirroja alta de figura monumental cuya cara pálida y simpáticamente fea era por completo diferente del expresivo semblante de Ellen Olenska. Tampoco eran Archer y *madame* Olenska dos amantes que se separaban en acongojado silencio; ellos eran un abogado y su cliente que se despedían tras una conversación que le había dado al abogado la peor impresión sobre el caso de su cliente. ¿Dónde estaba, entonces, la semejanza que hacía que el corazón del joven latiera con una especie de excitación retrospectiva? Parecía estar en la misteriosa facultad de *madame* Olenska para sugerir posibilidades trágicas y emotivas, ajenas a la experiencia del diario vivir.

No había dicho una sola palabra que produjera aquella impresión, pero era parte de ella, una proyección del ambiente misterioso y extravagante en que vivió, o bien de algo dramático, apasionado y distinto inherente a su personalidad. Archer generalmente se inclinaba a pensar que la suerte y las circunstancias juegan un pequeño papel al momento de moldear el destino de la gente en comparación con su innata tendencia a permitir que le pasen cosas. Esta tendencia la vio desde un principio en *madame* Olenska. La serena y casi pasiva joven lo impresionó por ser exactamente la clase de persona a quien le pasaban cosas, por mucho que ella se echara atrás y se apartara de su camino para evitarlas. Lo apasionante era que ella había vivido en una atmósfera tan cargada de dramatismo que su propia tendencia a provocarlo había pasado inadvertida. Era precisamente su extraña falta de capacidad de asombro lo que le daba a Archer la sensación de que la habían arrancado de un torbellino: las cosas que ella daba por sentadas proporcionaban la medida de aquéllas contra las cuales se había rebelado.

Archer había salido de su casa con la convicción de que la acusación del conde Olenski no era infundada. El misterioso ser que figuraba en el pasado de su esposa como «el secretario» probablemente había sido recompensado por su colaboración en la huida. Las condiciones de las que escapaba eran intolerables, increíbles, indescriptibles; ella era joven, estaba asustada, estaba desesperada, ¿qué cosa más natural que agradecerle a su salvador? La lástima era que su gratitud la había puesto, ante los ojos de la ley del mundo, a la par con su abominable esposo. Archer se lo hizo entender, como era su deber hacerlo; también le hizo entender lo que la bondadosa e ingenua Nueva York, con cuya inagotable caridad ella parecía haber contado, era precisamente el sitio donde menos podía esperar indulgencia.

Fue extremadamente doloroso para Archer tener que dejar este hecho bien en claro para Ellen, así como ser testigo de su resignada aceptación. Se sentía atraído hacia ella por oscuros sentimientos de celos y compasión, como si el error confesado sin palabras la hubiera puesto a su merced, humillándola y sin embargo haciéndosela más querida. Se alegraba de que le hubiera revelado su secreto a él y no ante el frío escrutinio de Mr. Letterblair, ni ante la mirada avergonzada de su familia. Se impuso a sí mismo el deber inmediato de asegurar a ambos que Ellen abandonaba la idea del divorcio, basando su decisión en el hecho de que había entendido la inutilidad de tal procedimiento; y todos, con

infinito alivio, volvieron la espalda a «aquello tan desagradable» que la condesa acababa de evitarles.

—Estaba seguro de que Newland sabría manejarlo —dijo Mrs. Welland, orgullosa de su futuro yerno.

Y la anciana Mrs. Mingott, que lo había convocado para una entrevista confidencial, lo felicitó por su habilidad, y agregó con impaciencia:

—¡Grandísima tonta! Yo misma le dije que era un disparate. ¡Pretendía figurar como Ellen Mingott y como solterona, cuando tiene la suerte de ser una mujer casada y además condesa!

Estos comentarios recordaron a Archer con tal fuerza su última conversación con *madame* Olenska, que cuando cayó la cortina en la despedida de los dos actores, sus ojos se llenaron de lágrimas, y se levantó para abandonar el teatro.

Al hacerlo, se volvió hacia el lado opuesto de la sala, y vio a la dama en quien pensaba sentada en un palco con los Beaufort, Lawrence Lefferts, y un par de caballeros más. No había vuelto a hablar con ella desde aquella noche que estuvieron juntos, y había evitado que lo vieran en su compañía; pero ahora sus ojos se encontraron y como también lo reconocía Mrs. Beaufort y le hacía un lánguido gesto para que se acercara, le fue imposible no entrar en el palco.

Beaufort y Lefferts le dejaron su asiento y, después de unas pocas palabras con Mrs. Beaufort, que siempre prefería ser hermosa y no hablar, Archer se sentó detrás de *madame* Olenska. No había nadie más que Mr. Sillerton Jackson en el palco, que le contaba a Mrs. Beaufort en tono confidencial acerca de la recepción ofrecida el último domingo por Mrs. Lemuel Struthers (de la cual algunas personas informaron que hubo baile). Al abrigo de esta narrativa circunstancial, que Mrs. Beaufort escuchaba con su sonrisa perfecta y su cabeza en el ángulo preciso para que la vieran de perfil desde la platea, *madame* Olenska se volvió y habló en voz baja.

—¿No crees —le preguntó, con una mirada hacia el escenario—, que él le mandará a ella un ramo de rosas amarillas mañana muy temprano?

Archer enrojeció, y su sorprendido corazón dio un vuelco. Había visitado sólo dos veces a *madame* Olenska, y cada vez le había enviado una caja con rosas amarillas, y siempre sin una nota. Nunca antes había hecho alusión a las flores, y él suponía que jamás pensó que era él quien las enviaba. Este súbito reconocimiento del obsequio, y su asociación con la tierna despedida sobre el escenario, lo llenó de emocionado placer.

—Yo también pensaba en eso; me marchaba del teatro para llevarme esa imagen conmigo —dijo.

Se asombró de ver que su rostro se teñía de rubor, y que se acentuaba sin poderlo remediar. Ella miró los gemelos de madreperla que sostenía en sus suaves manos enguantadas y, después de una pausa, dijo:

—¿Qué haces cuando no está May?

—Me dedico a mi trabajo —respondió Archer, un tanto molesto por la pregunta.

Respetando una costumbre establecida hacía mucho tiempo, los Welland habían partido la semana anterior a St. Augustine, donde, por la supuesta susceptibilidad de los bronquios de Mr. Welland, se instalaban a pasar el final del invierno. Mr. Welland era un hombre bondadoso y callado, que no tenía grandes opiniones pero sí muchos hábitos, en los que nadie podía interferir; y uno de ellos era exigir que su esposa y su hija lo acompañaran en su viaje anual al sur. Era imprescindible para su paz mental conservar una absoluta dependencia doméstica, pues no sabía nunca dónde estaban sus cepillos, o cómo comprar

estampillas para sus cartas si no estaba allí Mrs. Welland para decírselo.

Como los miembros de la familia se adoraban el uno al otro, y como Mr. Welland era el objeto central de su idolatría, ni a su esposa ni a May se les ocurría nunca dejarlo ir solo por St. Augustine; y sus hijos, que trabajaban ambos de abogado y no podían salir de Nueva York durante el invierno, siempre se reunían en Pascua y hacían el viaje de vuelta con él.

Archer no tenía posibilidad de discutir la necesidad de que May acompañara a su padre. La reputación del médico de la familia Mingott se basaba especialmente en un ataque de neumonía que Mr. Welland jamás sufrió; por lo tanto, su insistencia en St. Augustine era inflexible. En un comienzo se decidió que el compromiso de May no se anunciara hasta que regresara de Florida, y el hecho de que se hubiera adelantado no podía por ningún motivo alterar los planes de Mr. Welland. A Archer le hubiera gustado acompañar a los viajeros y gozar de unas pocas semanas de sol y paseos en barco con su novia; pero estaba demasiado atado a las costumbres y convenciones. Por livianos que fueran sus deberes profesionales, el clan Mingott en masa lo habría culpado de frivolidad si hubiera sugerido tomar vacaciones a mitad de invierno. Tuvo que aceptar la partida de May con la resignación que ya imaginaba sería uno de los principales componentes de su vida de casado.

Estaba consciente de que *madame* Olenska lo miraba por debajo de sus párpados.

—Hice lo que deseabas, lo que me aconsejaste —dijo ella abruptamente.

—Ah, me alegro —respondió Archer, avergonzado de que ella tocara el tema en un momento como ése.

—Comprendo que tienes razón —prosiguió ella, jadeando un poco—; pero a veces la vida es tan complicada... tan poco clara...

—Lo sé.

—Y quería decirte que me doy cuenta de que tenías razón, y que te lo agradezco —terminó, llevando los gemelos rápidamente a sus ojos al instante en que se abría la puerta del palco y se escuchaba detrás de ellos la resonante voz de Beaufort.

Archer se levantó de su asiento, salió del palco y abandonó el teatro.

El día antes solamente había recibido una carta de May Welland en la que, con su característico candor, le pedía que fuera «amable con la prima Ellen» en su ausencia. «Le agradas y te admira mucho, y tú sabes que, aunque no lo demuestre, todavía está muy sola. No creo que la abuela la entienda, ni el tío Lovell Mingott; ellos la creen mucho más mundana y aficionada a la vida social de lo que realmente es. Y yo entiendo que Nueva York debe parecerle sumamente aburrida, a pesar de que la familia no lo admita. Creo que está acostumbrada a muchas cosas que nosotros no tenemos: linda música, y espectáculos, y celebridades, artistas y autores y toda esa gente inteligente que tú admiras. La abuela no entiende que ella quiera otras cosas que no sean fiestas y vestidos, pero estoy segura de que tú eres la única persona en Nueva York que puede hablarle de lo que realmente le interesa».

¡Qué sabia era su May, cuánto la amó por esa carta! Pero no tenía la menor intención de involucrarse en el asunto. Para comenzar, estaba demasiado ocupado y, además, por estar comprometido, no le interesaba representar con demasiado entusiasmo el papel de defensor de *madame* Olenska. Le parecía que ella sabía cuidarse sola mucho mejor de lo que la ingenua May imaginaba. Tenía a Beaufort a sus pies, a Mr. van der Luyden rondándola como una deidad protectora, y numerosos candidatos (entre ellos Lawrence Lefferts) esperando su oportunidad a media distancia. Y no obstante, cada vez que la veía o conversaba con ella sentía que, después de todo, la ingenuidad de May era casi un don de

adivinación. Ellen Olenska estaba sola y no era feliz.

Capítulo XIV

AL salir al pasillo Archer se encontró con su amigo Ned Winsett, el único entre los que Janey llamaba «su gente inteligente» con quien le interesaba conversar temas de mayor profundidad que las típicas chanzas en el club y en los restaurantes.

Lo había divisado, al otro lado de la sala, con su espalda encorvada y su traje raído, y vio que en un momento sus ojos se volvieron en dirección al palco de los Beaufort.

Ambos jóvenes se estrecharon la mano, y Winsett propuso ir a beber una cerveza a un pequeño *restaurant* alemán a la vuelta de la esquina. Como Archer no estaba de humor para la clase de conversación que seguramente sostendrían allí, declinó la invitación pretextando que tenía trabajo que hacer en casa.

—Bueno, yo también debo trabajar; entonces jugaré a ser un aprendiz laborioso como tú.

Siguieron caminando juntos, y de pronto Winsett dijo:

—Mira, lo que me interesa es el nombre de la señora morena que estaba en tu elegante palco, me pareció que con los Beaufort. Esa que tiene tan enamorado a tu amigo Lefferts.

Archer, sin saber por qué, se sintió un poco molesto. ¿Para qué demonios quería Winsett saber el nombre de Ellen Olenska? Y encima de todo, ¿por qué la emparejaba con Lefferts? No era propio de Winsett manifestar esa clase de curiosidad; pero, no había que olvidar que era periodista.

—Espero que no será para entrevistarla dijo riendo.

—Bueno, no para la prensa, sino para mí —replicó Winsett. Lo que pasa es que es vecina mía, ¡curioso barrio para que tal belleza viva en él!, y ha sido tremendamente cariñosa con mi hijo, que se cayó dentro de su patio persiguiendo a su gatito y se hizo una herida fea. Ella corrió a mi casa, sin sombrero, llevando al niño en brazos y con su rodilla perfectamente vendada. Se mostró tan compasiva y era tan hermosa que mi esposa se deslumbró y no atinó a preguntarle su nombre.

Un calor agradable dilató el corazón de Archer. No había nada de extraordinario en la historia; cualquier mujer habría hecho lo mismo por el hijo del vecino. Pero le pareció que era tan propio de Ellen eso de correr con la cabeza descubierta, llevando al niño en sus brazos, y era natural que la pobre Mrs. Winsett se deslumbrara y hubiera olvidado preguntarle quién era.

—Es la condesa Olenska, nieta de la anciana Mrs. Mingott.

—¡Pfuu, una condesa! —Silbó Ned Winsett—. Bueno, no sabía que las condesas eran tan buenas vecinas. Porque los Mingott no son nada de amables.

—Serían amables, si los dejas.

—Ah, bueno.

Era su vieja e interminable discusión sobre la obstinada resistencia de los «inteligentes» a frecuentar a los elegantes, y ambos sabían que era inútil prolongarla.

—Quisiera saber —prorrumpió Winsett—, por qué a una condesa se le ocurre vivir en nuestros tugurios.

—Porque a ella no le importa ni un comino donde vive, ni ninguno de nuestros

pequeños hitos sociales —dijo Archer, con un secreto orgullo por el cuadro que pintaba de ella.

—Hmmm, habrá estado en lugares más grandes, supongo —comentó el otro—. Bueno, ésta es mi esquina.

Echó a andar por Broadway, con los hombros caídos y arrastrando los pies, y Archer se quedó parado mirándolo y reflexionando en sus últimas palabras.

Ned Winsett tenía esos relumbrones de sagacidad; eran lo más interesante de su personalidad, y siempre obligaban a Archer a preguntarse cómo le permitieron aceptar el fracaso con tanta impasibilidad a una edad en que la mayoría de los hombres todavía se esforzaba por triunfar.

Archer sabía que Winsett tenía esposa y un hijo, pero no los conocía. Se encontraban siempre en el Century, o en alguna guarida de periodistas y gente de teatro, como el *restaurant* donde Winsett le había propuesto ir a beber una cerveza. Le había dado a entender que su esposa era inválida, lo que podía ser verdad, o podía simplemente significar que carecía de los dones sociales o de vestidos de noche, o de ambos. El propio Winsett sentía un odio salvaje por las prácticas sociales. Archer, que se cambiaba traje para la noche porque pensaba que era más limpio y cómodo, y que nunca se detuvo a pensar que la limpieza y la comodidad eran dos de los más costosos gastos en un presupuesto modesto, consideraba la actitud de Winsett como parte de esa aburrida pose bohemía que hacía que la gente de sociedad, que cambia de ropa sin siquiera mencionarlo y que no habla todo el tiempo de la cantidad de criados que tiene, parezca mucho más sencilla y menos tímida que los demás.

Como sea, Winsett siempre lo estimulaba, y dondequiera que divisara el magro rostro barbudo y los ojos melancólicos del periodista, lo hacía salir de su rincón y se lo llevaba a otra parte para conversar con él durante largas horas.

Winsett no era periodista por su gusto. Era realmente un hombre de letras, nacido a destiempo en un mundo que no tenía necesidad de literatura; pero después de publicar un volumen con breves y exquisitas apreciaciones literarias, del que se vendieron ciento veinte ejemplares, se regalaron treinta, y el resto fue seguramente destruido por los editores (de acuerdo con el contrato) para dejar espacio a material más comercial, abandonó su verdadera vocación y aceptó un empleo como subeditor en un semanario femenino, donde los guisos de moda y los moldes de papel alternaban con historias sentimentales de Nueva Inglaterra y avisos de bebidas sin alcohol.

Su aporte al *Hearthfires* (que era el nombre del periódico) era inagotablemente entretenido. Pero bajo sus bromas acechaba la estéril amargura de un hombre, todavía joven, que luchó y se había dado por vencido. Su conversación le daba siempre a Archer la dimensión de su propia vida y lo hacía sentir lo poco que contenía; pero el contenido de Winsett era, después de todo, mucho menos, y a pesar de que el fondo común de sus intereses intelectuales y sus curiosidades hacía que sus largas charlas fueran alegres y les levantaran el ánimo, el intercambio de opiniones habitualmente permanecía dentro de los límites de una meditación de aficionados.

—Lo que pasa es que la vida no ha sido justa con ninguno de los dos —dijo en una ocasión Winsett—. Yo estoy sin un centavo, y no lo puedo remediar. Tengo un único producto que ofrecer, y aquí no hay mercado para él, y nunca lo habrá. Pero tú eres libre y eres rico. ¿Por qué no das la pelea^[39]? Hay un solo camino para lograr éxito: la política.

Archer echó atrás la cabeza y se rió. Al instante se hizo notoria la infranqueable diferencia entre hombres como Winsett y los de la clase de Archer. En los círculos políticos

todo el mundo sabía que, en Estados Unidos, «un caballero no puede meterse en política». Pero como no podía explicárselo a Winsett en esos términos, le dio una respuesta evasiva.

—¡Mira la carrera de los hombres honrados en la política norteamericana! No nos quieren allí, Winsett.

—¿Quiénes son ellos? ¿Por qué no se unen todos ustedes y pasan a ser «ellos»?

La risa de Archer se convirtió en una sonrisa de condescendencia. Era inútil prolongar la discusión; todos conocían el triste destino de los pocos caballeros que arriesgaron su buen nombre en la política estatal o municipal de Nueva York. Había pasado la época en que era posible hacer tales cosas; en el país el poder era para los dirigentes y los emigrantes, la gente decente debía conformarse con los deportes o la cultura.

—¡Cultura! ¡Sí, si la tuviéramos! Pero no hay más que unos pequeños parches locales, muriéndose a nuestro alrededor por falta de... bueno, de cultivo y fecundación cruzada; son los restos que quedan de la antigua tradición europea que trajeron tus antepasados. Pero ustedes son una penosa minoría; no tienen centro, ni competencia, ni audiencia. Son como los cuadros colgados en las paredes de una casa vacía: El retrato de un caballero. Nunca llegarán a ser algo que valga la pena, ninguno de ustedes, hasta que se arremanguen las mangas y se metan en la mugre. Eso, o emigrar... ¡Dios mío! ¡Si yo pudiera emigrar!

Mentalmente Archer se encogió de hombros y retomó la conversación sobre libros, donde Winsett, aunque no supiera mucho, era siempre interesante. ¡Emigrar! ¡Como si un caballero pudiera abandonar su patria! No podía emigrar ni tampoco arremangarse las mangas y revolcarse en el estiércol. Un caballero sencillamente se quedaba en su casa y se abstenía. Pero no se podía pretender que un hombre como Winsett lo comprendiera. Y era por eso que esa Nueva York de clubes literarios y restaurantes exóticos, aunque a la primera mirada pareciera un caleidoscopio, en el fondo era nada más que una caja más pequeña y con dibujos más monótonos que la congregación de átomos de la Quinta Avenida.

A la mañana siguiente, Archer aplanó las calles de la ciudad buscando en vano otro ramo de rosas amarillas. Por este motivo llegó tarde a la oficina, comprobando que su tardanza no le importaba un ardite a nadie, y lo invadió una súbita exasperación contra la complicada futilidad de su vida. ¿Por qué no podía estar en ese momento tendido en la arena en St. Augustine con May Welland? No engañó a nadie con su fingida actividad profesional. En las anticuadas oficinas legales como la que presidía Mr. Letterblair, y que se dedicaban principalmente a la administración de grandes complejos de bienes raíces con inversiones «conservadoras», siempre había dos o tres jóvenes adinerados y sin ambiciones profesionales que, durante algunas horas al día se sentaban en sus escritorios y cumplían tareas triviales, o simplemente leían los periódicos. Aunque se estimaba correcto que tuvieran un empleo, el crudo hecho de ganar dinero aún se miraba despectivamente, y como las leyes eran una profesión, se las consideraba una ocupación más apropiada que los negocios para un caballero. Pero ninguno de estos jóvenes tenía esperanzas de avanzar realmente en su carrera, ni tampoco un serio deseo de lograrlo; y ya se percibía que sobre la mayoría de ellos se cernía el verde espectro de la rutina.

Archer se estremeció al pensar que pudiera extenderse sobre él también. Tenía, naturalmente, otros gustos e intereses; pasaba sus vacaciones viajando por Europa, cultivaba la amistad de los «inteligentes» como los llamaba May, y generalmente trataba de «mantenerse al día», como se lo dijera con cierta añoranza a *madame* Olenska. Pero cuando se casara, ¿qué pasaría con este estrecho margen de vida en que vivía sus reales

experiencias? Había visto a demasiados jóvenes que soñaron el mismo sueño suyo, tal vez con menos ardor, y que gradualmente se sumergieron en la plácida y fastuosa rutina de sus mayores.

Desde la oficina mandó un mensajero con una nota para *madame* Olenska, preguntándole si podía visitarla esa tarde, y rogándole que le permitiera encontrar su respuesta en el club; pero en el club no encontró nada, ni recibió ninguna carta al día siguiente. Este inesperado silencio lo mortificó irracionalmente, y cuando a la mañana siguiente vio un glorioso ramo de rosas amarillas en el escaparate de la florista, lo dejó ahí. Recién durante la tercera mañana recibió unas líneas por correo de la condesa Olenska. Para su sorpresa procedían de Skuytercliff, donde se había refugiado rápidamente luego de dejar al duque a bordo de su barco.

«Me escapé —comenzaba la nota abruptamente, sin los habituales preliminares— al día siguiente que nos vimos en el teatro, y estos amigos tan cariñosos me trajeron aquí. Quería estar tranquila para pensar. Tenías razón cuando me dijiste lo bondadosos que son; me siento tan segura aquí. Me encantaría que estuvieras con nosotros». Terminaba con un convencional «atentamente», sin hacer la menor alusión a la fecha de su regreso.

El tono de la carta lo sorprendió. ¿De qué huía *madame* Olenska, y por qué necesitaba sentirse segura? La primera idea que se le vino a la mente fue alguna oscura amenaza del extranjero; luego pensó que él no conocía su estilo epistolar, y que podría ser exageradamente gráfico. Las mujeres siempre exageran; más aún ella que no dominaba enteramente el inglés y lo hablaba frecuentemente como si tradujera del francés. *Je me suis évadé*⁴⁰¹, entonces, era una frase que sugería de inmediato la posibilidad de que simplemente hubiera querido escapar de algunos compromisos tediosos, lo que se acercaba mucho a la verdad, pues él la juzgaba una mujer caprichosa que se cansaba pronto del placer del momento.

Le hacía gracia pensar que los Van der Luyden la llevaran a Skuytercliff por segunda vez, y ahora por tiempo indefinido. Las puertas de Skuytercliff se abrían rara vez, y a regañadientes, para recibir visitas, y como gran cosa se ofrecía un gélido fin de semana a unos pocos privilegiados. Pero Archer había visto en su último viaje a París la deliciosa obra de Labiche *Le voyage de M. Perrichon*, y recordó el obstinado y tenaz cariño de M. Perrichon por el joven a quien había rescatado del glaciar. Los Van der Luyden habían rescatado a *madame* Olenska de una suerte casi igualmente gélida; y aunque había muchas otras razones para que se sintieran atraídos por ella, Archer sabía que debajo de aquéllas latía la cortés y empecinada determinación de seguir rescatándola.

Sintió una clara desilusión al saber que estaba lejos; y casi al instante recordó que, sólo un día antes, había rechazado una invitación de los Reggie Chivers a pasar el domingo siguiente en su casa a orillas del Hudson, a pocas millas de Skuytercliff.

Hacía mucho tiempo que Archer se había hartado de las ruidosas fiestas de sus amistades en Highbank, del patinaje en hielo, los paseos en trineo, las largas caminatas en la nieve, todo sazonado con insustanciales flirteos y bromas mucho más insustanciales aún.

Acababa de recibir de su librero en Londres una caja de libros recién publicados, y prefería el panorama de un tranquilo domingo en casa con su tesoro. Pero de pronto se dirigió al escritorio del club, escribió un telegrama urgente, y pidió al empleado que lo enviara de inmediato. Sabía que Mrs. Reggie no se molestaba por el repentino cambio de idea de sus invitados, y que siempre había una habitación disponible en esa casa elástica.

Capítulo XV

NEWLAND Archer llegó a casa de los Chivers el viernes al atardecer, y el sábado cumplió a conciencia todos los rituales correspondientes a un fin de semana en Highbank.

En la mañana dio un paseo en trineo con la dueña de casa y algunas de las más arriesgadas invitadas; en la tarde «recorrió la finca» con Reggie, y escuchó, en los establos cuidadosamente instalados, sus largas e impresionantes disquisiciones acerca del caballo; después del té conversó en un rincón del calefaccionado salón con una joven que el día del anuncio de su compromiso había declarado que su corazón estaba destrozado, y que ahora ansiaba hablarle de sus propias esperanzas matrimoniales; y finalmente, cerca de medianoche, ayudó a colocar un pez de colores dentro de la cama de uno de los alojados, se disfrazó de ladrón en la sala de baño de una asustada tía, y vio llegar el amanecer participando en una guerra de almohadones que abarcó desde las habitaciones de los niños hasta el sótano. Pero el domingo después del almuerzo pidió prestado un trineo, y se dirigió a Skuytercliff.

Siempre se dijo que la casa de Skuytercliff era una villa italiana. La gente que no había estado nunca en Italia lo creía; también algunos que habían estado allí. Mr. van der Luyden la había hecho construir en su juventud, al regresar del grand tour y anticipándose a su próximo matrimonio con *Miss* Louisa Dagonet. Era una ancha estructura cuadrada con murallas de madera machihembrada pintadas de verde pálido y de blanco, pórtico corintio, y pilastras acanaladas entre las ventanas. Desde el elevado terreno donde se encontraba la casa descendían una serie de terrazas bordeadas por balaustradas y jarrones al estilo de los grabados en acero hasta un pequeño lago de forma irregular con un borde de asfalto donde colgaban las ramas de unas rarísimas coníferas lloronas. A derecha e izquierda, los famosos céspedes sin maleza tachonados de ejemplares de árboles (cada uno de diferente variedad) se alejaban hacia largos espacios de pasto coronados de elaborados ornamentos de hierro forjado; y abajo, en una hondonada, se situaba la casa de piedra de cuatro habitaciones que construyera el primer Protector en la tierra que recibió en encomienda en 1612.

Teniendo como fondo la capa de nieve y el grisáceo cielo invernal, la villa italiana surgía con un aspecto bastante tétrico; hasta en verano guardaba sus distancias, y los más osados arbustos jamás se aventuraron a acercarse a más de treinta pies de su siniestra fachada. En ese momento, cuando Archer hizo sonar la campana, su largo sonido pareció correr como un eco a través de un mausoleo; y la sorpresa del mayordomo que respondió a la llamada al cabo de un buen rato fue tan profunda como si lo hubieran sacado de su sueño eterno.

Afortunadamente, Archer era de la familia y por lo tanto pudo, a pesar de lo irregular de su llegada, informarse de que la condesa Olenska había salido en coche con Mrs. van der Luyden para asistir al servicio religioso de la tarde hacía exactamente tres cuartos de hora.

—Mr. van der Luyden —continuó el mayordomo— está en casa, señor; pero tengo la impresión de que está tomando su siesta o bien leyendo el *Evening Post* de ayer. Le oí decir, señor, cuando volvió de la iglesia esta mañana, que pensaba hojear el *Evening Post* después del almuerzo; si usted desea, señor, puedo acercarme a la puerta de la biblioteca y escuchar...

Pero Archer le agradeció y dijo que iría al encuentro de las señoras; y el

mayordomo, obviamente aliviado, le cerró la puerta majestuosamente.

Un mozo llevó el trineo a los establos, y Archer se fue cruzando el parque hacia la carretera. El pueblo de Skuytercliff estaba sólo a milla y media de distancia, pero él sabía que Mrs. van der Luyden nunca caminaba, y que debía ir por el camino para encontrarse con el carruaje. Sin embargo, de pronto vio acercarse por un sendero que atravesaba la carretera una esbelta figura bajo una capa roja, con un perro grande que corría adelante. Apresuró el paso, y *madame* Olenska se detuvo en seco con una sonrisa de bienvenida.

—¡Ah, viniste! —dijo, sacando una mano de dentro de su manguito.

La capa roja la hacía ver alegre y vivaz, como la Ellen Mingott de los viejos tiempos; y Archer tomó su mano, riendo.

—Vine a ver de qué huías.

Su rostro se oscureció, pero contestó:

—Ah, está bien, ahora lo verás.

La respuesta lo confundió.

—¿Quieres decir que te atraparon?

Ella se encogió de hombros, como hacía Nastasia, y replicó en tono más liviano:

—¿Quieres que caminemos? Me dio mucho frío después del sermón. ¿Y qué importa, ahora que estás aquí para protegerme?

La sangre subió a las sienes del joven, que asió un pliegue de su capa roja.

—Ellen, ¿qué pasa? Tienes que decírmelo.

—Oh, por ahora mejor corramos una carrera: se me están congelando los pies —gritó ella.

Y levantando su capa se fue corriendo por la nieve, mientras el perro saltaba a su alrededor con ladridos desafiantes. Archer se quedó un instante contemplándola, fascinado por el centellear del meteoro rojo contra la nieve; luego partió tras ella y se encontraron, jadeando y riendo, en la portezuela que conducía al parque.

Ella lo miró sonriendo.

—¡Sabía que vendrías!

—Eso prueba que querías que viniera —replicó él, con una desproporcionada alegría por los disparates que hacían.

El resplandor blanco de los árboles llenaba el aire con su propio brillo misterioso, y a medida que caminaban sobre la nieve el suelo parecía cantar bajo sus pies.

—¿De dónde vienes? —preguntó *madame* Olenska.

Él se lo dijo y agregó:

—Vine porque recibí tu nota.

Luego de una pausa ella dijo, con un imperceptible temblor en la voz:

—May te pidió que me cuidaras.

—No necesitaba pedírmelo.

—¿Piensas que es tan evidente que estoy desvalida e indefensa? ¡Todos me considerarán poca cosa! Pero las mujeres de aquí no parecen... no parecen sentir nunca la necesidad, como los santos en el cielo.

—¿Qué clase de necesidad? —preguntó él bajando la voz.

—¡Ah, no me preguntes nada! Yo no hablo tu idioma —replicó ella en tono petulante.

La respuesta lo aturdió como un golpe, y se detuvo en el sendero mirándola.

—¿Para qué vine, si no hablo tu idioma?

—¡Oh, amigo mío! —suspiró ella y puso delicadamente su mano en el brazo de

Archer.

—Ellen, ¿por qué no quieres contarme lo que pasó? —rogó él directamente.

Ella se estremeció otra vez.

—¿Sucede algo alguna vez en el cielo?

Él guardó silencio, y siguieron caminando unos pasos sin cambiar palabra, hasta que finalmente ella habló.

—Te lo diré, pero ¿dónde, dónde, dónde? ¡No se puede estar ni un minuto a solas en esta casa que parece un enorme seminario, con todas las puertas abiertas de par en par, y donde siempre revolotea una criada ofreciendo el té, o llevando un leño para el fuego, o el periódico! ¿Existe algún lugar en una casa norteamericana donde uno pueda estar sola? Son tan tímidos, y sin embargo tan públicos. Siempre siento como si hubiera vuelto al convento, o como si estuviera en un proscenio ante un público tan tremendamente educado que jamás aplaude.

—¡Ah, no nos quieres! —exclamó Archer.

Caminaban frente a la casa del antiguo Protector, con sus murallas chatas y sus ventanillas cuadradas agrupadas en forma compacta alrededor de una chimenea central. Las persianas estaban abiertas, y a través de una de las ventanas recién lavadas, Archer alcanzó a ver la luz de un fuego.

—¡Mira, la casa está abierta! —dijo.

Ella no se movió.

—No —dijo—, es sólo por hoy. Yo quería verla, y Mr. van der Luyden hizo encender el fuego y abrir las ventanas para que pudiéramos entrar esta mañana al regresar de la iglesia —subió los peldaños y trató de abrir la puerta—. ¡Qué suerte, todavía está sin llave! Entra, aquí podemos conversar tranquilos. Mrs. van der Luyden fue en el coche a visitar a sus tías viejas en Rhinebeck, y nadie nos echará de menos en la casa hasta una hora más.

Archer la siguió por el estrecho pasillo. Su ánimo, decaído con sus últimas palabras, remontó con un ímpetu irracional. La acogedora casita, con sus maderas y sus bronce brillantes a la luz del fuego, parecía creada en forma mágica para recibirlos. Un buen montón de brasas ardía todavía en la chimenea de la cocina, bajo una olla de hierro colgada de un viejo soporte. Algunas sillas enjuncadas colocadas frente a frente rodeaban el hogar de baldosas, y en repisas pegadas a la pared había varias hileras de platos Delft. Archer se inclinó y arrojó un leño sobre las brasas.

Madame Olenska, quitándose la capa, se sentó en una de las sillas. Archer se apoyó en la chimenea y la miró.

—Ahora te ríes, pero cuando me escribiste estabas triste —dijo.

—Sí —repuso ella e hizo una pausa—. Pero no puedo sentirme triste cuando tú estás aquí.

—No me quedaré mucho rato —replicó Archer, apretando los labios con el esfuerzo de decir sólo lo necesario y nada más.

—No, ya lo sé. Pero yo soy imprevisible, vivo el momento cuando soy feliz.

Las palabras se introdujeron en él como una tentación, y para cerrarle los sentidos se apartó de la chimenea y miró hacia afuera, hacia los troncos de los árboles contra la nieve. Pero fue como si ella también cambiara de lugar porque todavía la veía, entre él y los árboles, inclinada sobre el fuego con su sonrisa indolente. El corazón de Archer latía sin que pudiera dominarlo. ¿Y si era de él de quien ella huía, y había esperado para decírselo hasta que estuvieran solos en este cuarto secreto?

—Ellen, si de veras voy a ayudarte, si de veras querías que viniera, cuéntame qué problema tienes, de qué estás huyendo —insistió.

Habló sin cambiar de posición, sin siquiera volverse a mirarla; si las cosas tenían que pasar, preferible que pasaran de esa manera, con todo el ancho de la habitación entre ellos, y mientras él tuviera los ojos fijos en la nieve de afuera.

Ella permaneció callada largo rato; y todo ese tiempo Archer la imaginaba, casi la oía, acercándose furtivamente detrás de él para arrojar sus bellos brazos alrededor de su cuello. Mientras esperaba, cuerpo y alma temblando de emoción por el milagro que iba a ocurrir, sus ojos recibieron mecánicamente la imagen de un hombre enfundado en un grueso abrigo con el cuello de piel levantado que avanzaba por el sendero hacia la casa. Era Julius Beaufort.

—¡Ah! —gritó Archer, echándose a reír a carcajadas.

Madame Olenska se había levantado de un salto y corrió a su lado, deslizando sus manos en las suyas; pero después de lanzar una mirada por la ventana se puso pálida y retrocedió.

—¿Así que esto era? —dijo Archer en tono burlón.

—No sabía que estaba aquí —murmuró *madame* Olenska.

Su mano todavía estaba tomada a la de Archer, pero él la soltó, y atravesando el pasillo abrió la puerta de la casita.

—¡Hola, Beaufort, por aquí! *Madame* Olenska lo estaba esperando —dijo.

Durante su viaje de regreso a Nueva York la mañana siguiente, Archer revivió con tortuosa claridad sus últimos momentos en Skuytercliff.

Beaufort, aunque evidentemente molesto por encontrarlo con *madame* Olenska, manejó la situación con su acostumbrada altanería. Su manera de ignorar a las personas cuya presencia le molestaba les hacía experimentar, si eran sensibles, una sensación de invisibilidad, de no existencia. Archer, mientras atravesaban el parque los tres juntos, estaba consciente de esta extraña sensación de incorporeidad; y, por humillante que fuera para su vanidad, le dio la espectral ventaja de observar sin ser observado.

Beaufort había entrado en la casita con su habitual seguridad en sí mismo; pero no pudo borrar con su sonrisa la línea vertical entre sus ojos. Era absolutamente claro que *madame* Olenska no sabía que vendría, a pesar de que lo que dijo a Archer dejaba abierta la posibilidad; como sea, ella no le dijo dónde iba cuando abandonó Nueva York, y su inexplicable partida lo exasperó. La razón ostensible de su llegada era el descubrimiento, justo la noche antes, de una «casita perfecta» que no estaba en el mercado inmobiliario, que era la casa indicada para ella, pero podrían arrebatarla en un instante si no la tomaba. Hizo toda una comedia de reproches por los problemas que le había causado al escaparse justo cuando acababa de encontrársela.

—Si este nuevo sistema para hablar por un alambre hubiera estado un poco más cercano a la perfección, habría podido decirle todo desde la ciudad, y estaría calentándome los pies ante la chimenea del club en este momento, en vez de vagar detrás de usted por la nieve —refunfuñó, disfrazando una verdadera irritación bajo un pretendido enfado.

Madame Olenska se aprovechó de la oportunidad para cambiar el rumbo de la conversación hacia la fantástica posibilidad que tendrían algún día de poder conversar de calle a calle, o incluso, lo que parecía un sueño increíble, de una ciudad a otra. Esto suscitó en todos ellos unas cuantas alusiones a Edgar Poe y a Jules Verne, y ese tipo de lugares comunes que se le vienen a los labios en forma natural hasta al más inteligente cuando tiene que hablar contra el tiempo, y tratar el asunto de un nuevo invento en que puede parecer

ingenuo creer tan pronto; y el tema del teléfono los condujo sanos y salvos a la mansión.

Mrs. van der Luyden no había regresado todavía. Archer se despidió y salió en busca de su trineo, en tanto Beaufort seguía a la condesa al interior de la casa. Era probable que, con lo poco que le agradaba a los Van der Luyden las visitas inesperadas, lo invitaran a cenar y lo devolvieran a la estación para coger el tren de las nueve; podía estar seguro de que no obtendría más que eso, pues era inconcebible para sus anfitriones que un caballero que viajaba sin equipaje pretendiera pasar allí la noche, y consideraban de mal gusto proponérselo a alguien como Beaufort, con quien tenían lazos de muy limitada cordialidad.

Beaufort sabía todo esto, y debió esperárselo, de modo que hacer aquel largo viaje por tan mínima recompensa daba la medida de su impaciencia. Era indudable que perseguía a la condesa Olenska, y Beaufort tenía un solo objetivo cuando perseguía mujeres hermosas. Hacía tiempo que se había cansado de su aburrido hogar sin hijos; y aparte de otros consuelos más permanentes, siempre estaba a la busca de aventuras amorosas con mujeres de su propio círculo social. Aquél era el hombre de quien *madame* Olenska reconocía huir: el punto era si había escapado porque sus importunidades le desagradaban, o porque no confiaba enteramente en sí misma para resistirse a él; a menos que, en la realidad, todo su cuento de la huida hubiera sido un pretexto, y que su partida no fuera más que una maniobra.

Archer no lo creía así. Por poco que hubiera visto a *madame* Olenska, empezaba a creer que podía leer en su rostro, y si no en su rostro, en su voz; y ambos habían translucido molestia, incluso consternación, ante la súbita aparición de Beaufort. Pero, después de todo, si así fuera, ¿no era mejor eso a que ella hubiera abandonado Nueva York con el expreso propósito de encontrarse con él? Si era eso, entonces dejaba de ser una mujer digna de interés, pasaba a ser una de las tantas y vulgares hipócritas: una mujer que tenía un amorío con Beaufort quedaba irremediabilmente «clasificada».

No, era mil veces peor si, juzgando a Beaufort y probablemente despreciándolo, se sentía atraída por él por todo lo que le daba ventaja sobre los demás hombres que la rodeaban: su conocimiento de dos continentes y dos sociedades, su amistad con artistas y actores y gente conocida por todo el mundo, y su despreocupado desprecio por los prejuicios locales. Beaufort era vulgar, sin educación, orgulloso de su riqueza; pero las circunstancias de su vida, y una cierta natural astucia, lo hacían más atractivo que otros hombres mejores que él moral y socialmente, pero cuyos horizontes limitaban con The Battery y Central Park. ¿Cómo podría alguien proveniente de un mundo más amplio no notar la diferencia y evitar sentirse atraído?

Madame Olenska, en un estallido de enojo, le había dicho a Archer que ellos no hablaban el mismo idioma; y el joven sabía que en cierto punto era verdad. Pero Beaufort comprendía cada giro del dialecto de la condesa, y lo hablaba con fluidez: su visión de la vida, su tono, su actitud, eran simplemente un reflejo más grosero de aquellos revelados en la carta del conde Olenski. Esto podría ser su desventaja ante la esposa del conde Olenski; pero Archer era demasiado inteligente para pensar que una mujer joven como Ellen Olenska rechazara necesariamente todo lo que le recordaba el pasado. Podía creerse en abierta rebelión contra él; pero lo que la había fascinado antes todavía debía fascinarla ahora, aunque fuera contra su voluntad.

De esta manera, con dolorosa imparcialidad, el joven analizó el caso de Beaufort, y el de su víctima. Ansiaba esclarecerle las ideas, y a veces imaginaba que todo lo que ella pedía era que se las esclareciera.

Esa tarde desembaló sus libros de Londres. La caja estaba llena de cosas que había

esperado impacientemente; una nueva obra de Herbert Spencer, otra colección de los brillantes cuentos del prolífico Alphonse Daudet, y una novela llamada *Middlemarch*, de las cuales los críticos escribieron recientemente cosas muy interesantes. Rechazó tres invitaciones a cenar en favor de este festín; pero aunque hojeó las páginas con el sensual gozo de un amante de los libros, no sabía lo que leía, y dejó caer de las manos un libro detrás del otro. De súbito tropezó entre ellos con un pequeño volumen de versos que había pedido porque le gustó el título: *La casa de la vida*. Lo abrió, y se encontró inmerso en una atmósfera distinta a cualquiera otra que hubiera respirado en un libro; tan cálida, tan rica, y sin embargo tan inefablemente tierna, que daba una nueva y obsesionante belleza a la más elemental de las pasiones humanas. Durante toda la noche buscó en esas páginas mágicas la visión de una mujer que tenía la cara de Ellen Olenska; pero cuando despertó a la mañana siguiente y miró las casas de piedra al otro lado de la calle, y pensó en su escritorio en la oficina de Mr. Letterblair, y en el banco familiar en la iglesia de la Gracia, el momento vivido en el parque de Skuytercliff se convirtió en algo tan alejado de los límites de la realidad como sus visiones nocturnas.

—¡Válgame Dios, qué pálido estás, Newland! —comentó Janey mirándolo por encima de las tazas de café del desayuno.

Y su madre agregó:

—Newland querido, he notado últimamente que tienes bastante tos. Espero que no estarás trabajando demasiado.

Porque ambas mujeres estaban convencidas de que, bajo el frío despotismo de sus superiores, el joven derrochaba su vida en las más agotadoras labores profesionales, y jamás juzgó necesario desengañarlas.

Los siguientes dos o tres días se arrastraron con pesadez. El gusto de lo cotidiano sabía a cenizas en su boca, y hubo momentos en que se sintió enterrado vivo bajo el peso de su futuro. No supo nada de la condesa Olenska, ni de la casita perfecta, y aunque se encontró con Beaufort en el club solamente se hicieron una venia a través de las mesas de *whist*^[41]. Por fin la cuarta noche encontró una carta esperándolo en su casa. «Ven mañana, lo más tarde posible. Tengo que explicarme. Ellen». Eran las únicas palabras que contenía la nota.

El joven, que debía cenar fuera, hundió hasta el fondo del bolsillo la carta, sonriendo ligeramente con el afrancesamiento del «explicarme». Después de la cena fue a ver una obra de teatro; y sólo al regresar a su casa, pasada la medianoche, sacó de su bolsillo la misiva de *madame* Olenska y la leyó y releyó lentamente numerosas veces. Había varias maneras de contestarla, y examinó cada una de ellas durante la vigilia de una noche agitada. La que escogió, cuando llegó la mañana, fue poner algo de ropa en un maletín y saltar a bordo de un barco que salía esa misma tarde rumbo a St. Augustine.

Capítulo XVI

CUANDO Archer bajaba por la arenosa calle principal de St. Augustine hacia la casa que se le había indicado como la de Mr. Welland y vio a May Welland bajo un magnolio con el sol iluminando su cabello, se preguntó por qué había tardado tanto en ir.

Aquí estaba la verdad, aquí estaba la realidad, aquí estaba la vida que le pertenecía. ¡Y él, que creía desdeñar las prohibiciones arbitrarias, había temido faltar a su oficina

porque la gente podría pensar que robaba unos días de vacaciones!

—¡Newland! ¿Pasa algo? —Fue lo primero que dijo May.

Archer pensó que habría sido más femenino que ella hubiera leído inmediatamente en sus ojos por qué había venido.

—Sí, pasa que tenía que verte —respondió.

Los sonrojos de felicidad que aparecieron en el rostro de May borraron la frialdad de la sorpresa, y Archer comprendió con qué facilidad se le perdonaba, y lo rápido que hasta la tibia reprobación de Mr. Letterblair sería olvidada con una sonrisa por una familia tolerante.

Por lo temprano de la hora, la calle principal no era el sitio apropiado para saludos que excedieran la formalidad, y Archer ansiaba estar solo con May y dejar fluir toda su ternura y su impaciencia. Todavía faltaba una hora para el tardío desayuno de los Welland, y en vez de invitarlo a su casa, May le propuso que caminaran hasta un viejo naranjal situado a la salida del pueblo. Acababa de dar un paseo en bote por el río y el sol que cubría con una malla de oro las pequeñas olas parecía tenerla envuelta en sus redes. El viento esparcía su cabello brillante como un alambre de plata sobre sus mejillas bronceadas, y también sus ojos parecían más luminosos, casi descoloridos en su limpieza juvenil. Caminando al lado de Archer con su paso cimbreado, su semblante mostraba la inexpresiva serenidad de una joven atleta de mármol.

Para los tensos nervios de Archer esta imagen era tan sedante como el cielo azul y las lentas aguas del río. Se sentaron en un banco bajo los naranjos y él la rodeó con sus brazos y la besó. Era como beber de una vertiente a la que daba el sol; pero al parecer su abrazo fue más vehemente de lo que pensó, porque May se ruborizó y se echó hacia atrás como si la hubiera asustado.

—¿Qué pasa? —preguntó Archer, sonriendo.

—Nada —repuso ella, mirándolo sorprendida. Ambos se sintieron algo turbados, y la mano de May se deslizó de la de Archer. Era la primera vez que la besaba en los labios fuera de su beso furtivo en el invernadero de Beaufort, y se dio cuenta de que ella estaba inquieta, que había perdido su fría compostura juvenil.

—Cuéntame lo que haces todo el día —dijo él, cruzando los brazos y descansando en ellos la cabeza y echándose el sombrero hacia adelante para protegerse del resplandor del sol. Hacerla hablar de cosas familiares y sencillas le pareció el mejor método para seguir el independiente hilo de sus propios pensamientos; y se instaló a escuchar su trivial crónica de baños en el río, paseos en bote y a caballo, intercalando algunos bailes en la antigua hostería cuando arribaba algún barco de guerra. Había un grupo de gente de Filadelfia y Baltimore, todos muy agradables, alojados en la hostería, y los Selfridge Merry habían venido a pasar tres semanas porque Kate había tenido bronquitis. Estaban planeando hacer una cancha de tenis en la arena, pero sólo Kate y May tenían raquetas, y la mayoría de los demás jamás había oído hablar de ese juego.

Todas estas actividades la mantenían muy ocupada y no había tenido tiempo más que de mirar el pequeño libro en papel vitela que le enviara Archer la semana anterior (*Sonetos portugueses*); pero ya se los sabía de memoria *Cómo llevaron las buenas noticias de Ghent a Aix*^[42], porque fue una de las primeras cosas que él le leyó; y le dijo con deleite que Kate Merry nunca había oído nombrar a un poeta llamado Robert Browning.

De súbito se levantó de un salto del banco, diciendo que llegarían tarde al desayuno; y se apresuraron a regresar a la desvencijada casa con su porche despintado y su cerca de plumbago sin podar y geranios rosados donde los Welland se habían instalado a pasar el

invierno. La sensibilidad hogareña de Mr. Welland lo hacía aborrecer las incomodidades del desaseado hotel sureño, por lo que Mrs. Welland se veía obligada, año tras año, a improvisar, con enormes gastos y venciendo dificultades casi insuperables, una servidumbre compuesta en parte por descontentos criados neoyorquinos y en parte por personal negro de la localidad.

—El médico quiere que mi marido esté como en su casa; de otra manera se sentiría tan desdichado que el clima no le haría ningún bien —explicaba todos los inviernos a los compadecidos amigos de Filadelfia y Baltimore.

Y en ese momento Mr. Welland, rebosando alegría ante la mesa de desayuno milagrosamente atestada de las más variadas exquisiteces, decía a Archer:

—Ya ves, querido muchacho, aquí estamos acampando, literalmente acampando. Siempre les digo a mi mujer y a May que así quiero enseñarles a vivir sin tantas comodidades.

La inesperada llegada del joven sorprendió tanto a May como a sus padres; pero él pretextó que se sentía al borde de un molesto resfrío, lo que Mr. Welland consideró una razón suficiente para abandonar cualquier clase de deber.

—Tiene que tener gran cuidado, especialmente al comenzar la primavera —dijo, llenando su plato de pasteles de hojuela^[43] de un color pajizo y bañándolos en un jarabe dorado—. Si yo hubiera sido tan prudente a tu edad, May estaría ahora bailando en las fiestas en lugar de pasar sus inviernos en este desierto con un viejo inválido.

—¡Oh, tú sabes que me encanta estar aquí, papá! Y si Newland se pudiera quedar con nosotros, preferiría mil veces estar aquí que en Nueva York.

—Newland debe quedarse hasta que se mejore bien de su resfrío —dijo Mrs. Welland, complaciente.

Y el joven se echó a reír y dijo que recordaba tener algo así como una profesión.

Pero logró, después de un intercambio de telegramas con su oficina, que su resfrío durara al menos una semana; y la situación tuvo su ángulo irónico cuando supo que la indulgencia de Mr. Letterblair se debió en gran medida a la brillante manera en que su joven colega llevó el problemático caso del divorcio de los Olenski. Mr. Letterblair hizo saber a Mrs. Welland que Mr. Archer había «prestado un valioso servicio» a toda la familia, que la anciana Mrs. Manson Mingott estaba especialmente contenta. Y un día en que May había salido a pasear con su padre en el único vehículo en plaza, Mrs. Welland aprovechó la ocasión para tocar un tema que siempre eludía en presencia de su hija.

—Me temo que las ideas de Ellen son distintas a las nuestras. Apenas tenía dieciocho años cuando Medora Manson se la llevó de regreso a Europa... ¿Recuerdas el revuelo cuando apareció vestida de negro en su baile de presentación en sociedad? Otro capricho de Medora... ¡y esta vez resultó casi profético! Hace unos doce años de eso, y desde entonces Ellen no vivió nunca en Norteamérica, así que no hay que extrañarse de que esté totalmente europeizada.

—Pero la sociedad europea no es muy proclive al divorcio; la condesa Olenska pensó que actuaba conforme a las ideas norteamericanas al pedir su libertad.

Era la primera vez que el joven pronunciaba su nombre desde que salió de Skuytercliff, y sintió que el rubor subía por sus mejillas.

—Ésa es una de las cosas extraordinarias que los extranjeros inventan acerca de nosotros —respondió Mrs. Welland con una sonrisa compasiva—. ¡Creen que comemos a las dos de la tarde y aprobamos el divorcio! Por eso me parece tan tonto festejarlos cuando vienen a Nueva York. Aceptan nuestra hospitalidad y luego se vuelven a casa y repiten las

mismas estupideces.

Archer no hizo ningún comentario, y Mrs. Welland continuó:

—Pero apreciamos enormemente que hayas persuadido a Ellen de que olvidara esa idea. Su abuela y su tío Lovell no pudieron conseguirlo; ambos han escrito diciendo que su cambio de decisión se debe enteramente a tu influencia; de hecho, ella misma se lo dijo a su abuela. Te tiene una admiración sin límites. Pobre Ellen, desde niña siempre fue tan voluntariosa. ¿Cuál irá a ser su destino?

«El que todos contribuyamos a forjarle —hubiera querido responder—. Si ustedes quieren que sea la amante de Beaufort en vez de casarse con cualquier tipo decente, no hay duda que han tomado el mejor camino».

Se preguntaba qué diría Mrs. Welland si hubiera dicho esas palabras en lugar de conformarse con pensarlas. Podía imaginar el súbito cambio en sus serenas facciones, a las que su habitual control ante las pequeñeces otorgaba un aire de artificial autoridad. Todavía tenía su rostro huellas de una fresca belleza semejante a la de su hija, y Archer se preguntó si la cara de May estaba condenada a engordar y convertirse en la misma imagen madura de una invencible inocencia.

¡Ah, no, no quería que May tuviera aquella clase de inocencia, la inocencia que vende la mente contra la imaginación y el corazón contra la experiencia!

—Realmente creo —continuó Mrs. Welland—, que si este horrible asunto hubiera salido en los periódicos, habría sido un golpe mortal para mi esposo. No conozco ningún detalle; lo único que pido es no saber nada, como se lo dije a la pobre Ellen cuando trató de hablar conmigo al respecto. Teniendo que cuidar a un inválido, debo mantener mi mente brillante y alegre. Pero Mr. Welland estuvo sumamente afectado; tuvo un poco de temperatura todas esas mañanas mientras esperábamos saber su decisión. Era el horror de que su hija supiera que tales cosas pueden ocurrir, pero, claro, tú también sentiste lo mismo, querido Newland. Todos sabíamos que estabas pensando en May.

—Siempre estoy pensando en May —replicó el joven, levantándose para cortar la conversación. Pretendió aprovechar la oportunidad de esta conversación privada con Mrs. Welland para insistirle en que adelantaran la fecha del matrimonio. Pero no encontraba argumentos que pudieran convencerla, y con gran sensación de alivio vio a Mr. Welland y a May que llegaban ante la puerta.

Su única esperanza era tratar de convencer a May, y para lograrlo el día antes de su partida salió a caminar con ella por los ruinosos jardines de la misión española. El entorno mismo los llevó a hacer alusiones al panorama europeo, y May, que se veía preciosa bajo un sombrero de ala ancha que le daba una sombra de misterio a sus ojos claros, vibró de impaciencia por conocerlas cuando él habló de Granada y de la Alhambra.

—Podríamos verlas esta primavera, incluso pasar Semana Santa en Sevilla —insistió él, exagerando sus peticiones con la ilusión de una mayor concesión.

—¿Semana Santa en Sevilla? ¡Y la próxima semana empieza la Cuaresma! —exclamó May riendo.

—¿Y por qué no nos podemos casar en Cuaresma? —replicó Archer, pero la vio tan escandalizada que comprendió su error.

—Naturalmente no quería decir eso, querida; pero en cuanto pase Semana Santa, para que podamos embarcarnos a fines de abril. Sé que no tendré problemas en la oficina.

Ella sonrió como si soñara con la posibilidad, pero él se dio cuenta de que le bastaba con soñar. Era como escucharlo leer en voz alta en sus libros de poesía cosas hermosas que jamás podrían suceder en la vida real.

—¡Oh, por favor, sigue, Newland! Me encantan tus descripciones.

—¿Pero por qué quedarnos en descripciones? ¿Por qué no las hacemos realidad?

—Las haremos, querido, por supuesto, el próximo año —su voz era lenta.

—¿No quieres que sean reales más pronto? ¿No puedo persuadirte para que huyamos ahora mismo?

Ella inclinó la cabeza, escondiéndose de sus miradas bajo la complicidad del ala de su sombrero.

—¿Por qué seguir soñando un año más? ¡Mírame, mi amor! ¿No entiendes lo mucho que deseo hacerte mi esposa?

Ella se quedó inmóvil por un momento; después le clavó unos ojos de tan desesperada claridad que Archer aflojó el brazo que ceñía su cintura. Pero repentinamente su mirada cambió y se volvió profundamente inescrutable.

—No estoy segura de entender bien —dijo—. ¿Es porque no estás seguro de que seguirás queriéndome?

Archer saltó de su asiento.

—Dios mío... quizás... no sé —exclamó furioso. May Welland también se puso de pie; cuando se miraron, ella parecía haber crecido en estatura y dignidad femenina. Ambos permanecieron un momento en silencio, como turbados por la inesperada dirección que tomaban sus palabras; luego ella dijo en voz baja:

—¿Hay alguien entre tú y yo?

—¿Alguien entre tú y yo? —repitió Archer lentamente, como si no entendiera bien y quisiera tiempo para repetirse la pregunta a sí mismo.

Ella pareció notar la inseguridad de su voz, pues prosiguió bajando más el tono:

—Hablemos francamente, Newland. A veces siento algo distinto en ti, especialmente desde que anunciamos nuestro compromiso.

—¡Querida, qué locura! —exclamó, ya recuperado.

Ella escuchó su protesta sonriendo.

—Si es así, no te hará daño que lo discutamos —hizo una pausa y agregó, levantando la cabeza con su acostumbrada distinción—: Y aunque sea verdad, ¿por qué no podríamos hablarlo? Es tan fácil que hayas cometido un error.

Él bajó la cabeza, fijando la vista en el negro dibujo que formaban las hojas sobre el soleado sendero que tenían bajo sus pies.

—Siempre es fácil equivocarse; pero si hubiera cometido un error como el que sugieres, ¿es lógico que te esté implorando que adelantemos nuestro matrimonio?

Ella también miró hacia abajo, desarmando el dibujo con la punta de su sombrilla mientras luchaba por encontrar las palabras adecuadas.

—Sí —dijo finalmente—. Tal vez quieras, de una vez por todas, resolver el problema: es una manera. Le sorprendió la serena lucidez de May, pero no se engañó pensando que fuera insensible. Vio bajo el ala de su sombrero la palidez de su perfil, y un tenue temblor de la ventanilla de la nariz sobre sus labios curvados en una mueca de firmeza.

—¿Y bien? —preguntó Archer sentándose en el banco y mirándola con el ceño fruncido que trató de que pareciera alegre.

Ella se dejó caer en su asiento y continuó:

—No pienses que una muchacha sabe tan poco como creen sus padres. Uno escucha y se da cuenta, uno tiene sus sentimientos y sus ideas. Y te aseguro que mucho antes de que me dijeras que me querías yo sabía que había otra que te interesaba; todo el mundo hablaba

de eso dos años atrás en Newport. Y una vez los vi sentados juntos en la galería durante un baile, y cuando ella volvió a la casa su cara estaba triste, y sentí pena por ella; lo recordé más tarde, cuando nos comprometimos.

Su voz era casi un susurro y, sentada en el banco, abría y cerraba las manos alrededor del mango de su sombrilla. El joven puso su mano sobre las suyas con tierna presión; su corazón se ensanchó con indecible alivio.

—Mi niña querida ...¿era eso? ¡Si supieras la verdad!

Ella levantó la cabeza rápidamente.

—¿Entonces hay una verdad que yo no conozco?

Archer no quitó sus manos.

—Quiero decir, la verdad acerca de esa vieja historia que mencionaste.

—Pero si es eso lo que quiero saber, Newland... lo que tengo que saber. No puedo fundar mi felicidad en un daño, una injusticia, a otra persona. Y quisiera creer que piensas lo mismo que yo. ¿Qué clase de vida podríamos construir sobre tales bases?

Su rostro había tomado una expresión de valor tan trágico que él hubiera querido inclinarse ante ella hasta el suelo.

—Había querido decírtelo hace tiempo —prosiguió la joven—. Quería decirte que, cuando dos personas se aman realmente, yo comprendo que pueden haber situaciones que permitirían que ellos actuaran... actuaran en contra de la opinión pública. Y si de algún modo te sientes comprometido... comprometido con la persona de que hablamos, y si hay alguna manera... alguna manera en que puedas cumplir tu compromiso... aunque ella deba pedir el divorcio... Newland, ¡no la abandones por mí!

La sorpresa que le produjo descubrir que sus temores se referían a un episodio tan remoto y completamente pasado como fue su romance con Mrs. Thorley Rushworth cedió paso a la admiración que le causó la generosidad de su criterio. Había algo sobrehumano en una actitud tan valientemente poco ortodoxa, y si otros problemas no lo hubieran presionado, se habría perdido en esa maravilla del prodigio de la hija de los Welland insistiéndole que se casara con su anterior amante. Pero todavía estaba mareado con el atisbo del precipicio que habían bordeado, y se sentía lleno de asombro ante el misterio de la juventud.

No fue capaz de hablar por un rato; luego dijo:

—No existe compromiso, ni ninguna obligación, de la clase que tú imaginas. Esos casos no siempre se presentan de manera tan simple. Pero no importa, adoro tu generosidad, porque siento lo mismo que tú respecto de estas cosas. Pienso que cada caso debe juzgarse individualmente, de acuerdo con sus propios méritos... sin tomar en cuenta las estúpidas conveniencias... quiero decir, el derecho de cada mujer a su libertad...

Se detuvo, asustado del giro que habían tomado sus pensamientos, y continuó, sonriendo al mirarla:

—Ya que entiendes tantas cosas, querida mía, ¿por qué no vas un poquito más lejos y entiendes la inutilidad de que nos sometamos a otra forma de los mismos estúpidos convencionalismos? Si no hay nadie ni nada entre nosotros, ¿no es un buen motivo para casarnos rápidamente, en vez de atrasar tanto nuestro matrimonio?

Ella se sonrojó de dicha y levantó la cara; cuando él se inclinó hacia ella vio sus ojos llenos de lágrimas de felicidad. Pero en un instante May parecía haber descendido de su estatura de mujer para retomar su desamparada y timorata juventud; y él comprendió que tenía valor e iniciativa para defender a otros, y que no tenía nada para defenderse a sí misma. Era evidente que el esfuerzo de hablar había sido mayor de lo que su estudiada

compostura traicionaba, y que a la primera palabra tranquilizadora de su novio volvió a ser la de siempre, como cuando un niño que se ha aventurado lejos busca refugio en los brazos de su madre.

Archer no tuvo corazón para seguir discutiendo con ella; estaba demasiado desilusionado al ver desvanecerse al nuevo ser que le clavara aquella profunda mirada con sus ojos transparentes. May pareció notar su desilusión, pero no supo cómo mitigarla. Y regresaron caminando en silencio.

Capítulo XVII

—TU prima la condesa vino a visitar a mamá cuando estabas fuera —anunció Janey Archer a su hermano la tarde de su regreso.

El joven, que estaba comiendo solo con su madre y hermana, miró sorprendido y vio que Mrs. Archer tenía la vista fija en su plato. Mrs. Archer no consideraba su reclusión del mundo como una razón para que la olvidaran, y Newland adivinó que le había molestado un poco su sorpresa por la visita de *madame* Olenska.

—Llevaba una *polonesa*^[44] de terciopelo negro con botones de azabache, y un gracioso manguito verde; nunca la había visto tan bien vestida —prosiguió Janey—. Vino sola el domingo, a principios de la tarde; por suerte el fuego del salón estaba encendido. Tenía uno de esas carteras modernas. Dijo que quería conocernos porque tú habías sido muy bueno con ella.

Newland se echó a reír.

—*Madame* Olenska siempre dice eso de sus amigos. Está muy contenta de estar otra vez entre su gente.

—Sí, eso nos dijo —repuso Mrs. Archer—. Me pareció que está agradecida de estar aquí.

—Espero que te haya gustado, mamá.

Mrs. Archer frunció los labios.

—Ciertamente hace todo lo posible por agradar, incluso cuando visita a una vieja.

—Mamá no la cree muy sencilla —intercaló Janey, escrutando la cara de su hermano.

—Es sólo mi modo de sentir pasado de moda; mi querida May es mi ideal —dijo Mrs. Archer.

Ah... —dijo su hijo—, no se parecen.

Archer había partido de St. Augustine cargado de mensajes para la anciana Mrs. Mingott, y un par de días después de su regreso a la ciudad fue a visitarla.

Lo recibió con desacostumbrada cordialidad; le estaba muy agradecida por haber convencido a la condesa Olenska de que abandonara su idea de divorciarse; y cuando él le contó que había salido de la oficina sin permiso y corrido a St. Augustine simplemente porque quería ver a May, ella lanzó una adiposa risita y le dio palmaditas en la rodilla con su mano regordeta.

—Ajá, así que te rebelaste ¿eh? Y supongo que Augusta y Welland pusieron cara larga y reaccionaron como si se acercara el fin del mundo. Pero la pequeña May lo comprendió, ¿o me equivoco?

—Espero que sí; pero al final no aceptó lo que fui a pedirle.

—¿No aceptó? ¿Y qué era?

—Quería que me prometiera que nos casaríamos en abril. ¿Para qué vamos a derrochar otro año?

Mrs. Manson Mingott torció burlescamente su pequeña boca en una mueca de mojigatería y lo miró parpadeando con ojos maliciosos.

—«Pregúntale a mamá», me imagino, la típica historia. ¡Ah, estos Mingott, todos iguales! Nacen en un surco y de ahí no los puedes desarraigar. Cuando construí esta casa, se hubiera dicho que me iba a California. Nunca nadie había construido arriba de la calle Cuarenta; no, les dije, ni más allá de Battery tampoco, antes de que Cristóbal Colón descubriera América. No, no, nadie quiere ser diferente; le tienen tanto miedo a la diferencia como a la viruela. Ah, mi querido Archer, agradezco a mi buena estrella de ser solamente una vulgar Spicer; pero ninguno de mis hijos se me parece, aparte de mi pequeña Ellen. —Se detuvo, todavía mirándolo con ojos brillantes, y le preguntó, en el tono casual que suelen tomar los ancianos—: ¿Y por qué diablos no te casaste con mi pequeña Ellen?

Archer se rió.

—Por una razón: ella no estaba aquí para casarse con nadie.

—No, claro que no; ésa es la lástima. Y ahora es demasiado tarde; ella tiene su vida acabada. Habló con la fría complacencia de los viejos cuando echan tierra en la tumba de las nacientes esperanzas.

El joven sintió que se le helaba el corazón, y dijo apresuradamente:

—¿Le puedo rogar que use su influencia con los Welland, Mrs. Mingott? No estoy hecho para noviazgos largos.

La vieja Catherine le sonrió radiante con un gesto de aprobación.

—Sí, ya lo comprendo. ¡Eres bastante vivo! No hay duda de que de niño te gustaba que te sirvieran antes que a nadie. —Echó la cabeza hacia atrás con una risotada que hizo ondular su papada como una ola—. ¡Ah, ahí viene mi Ellen! —exclamó cuando se abrieron las mamparas dándole paso.

Madame Olenska se acercó con una sonrisa. Su semblante se veía vivaz y feliz; tendió su mano alegremente a Archer mientras se inclinaba a besar a su abuela.

—Querida, justamente le preguntaba a este joven por qué no se había casado con mi pequeña Ellen.

Madame Olenska miró a Archer, sonriente.

—¿Y qué respondió?

—¡Oh, querida, eso lo tendrás que descubrir sola! Fue a Florida a visitar a su novia.

—Sí, ya lo sabía —ella seguía mirándolo—. Fui a ver a tu madre, a preguntarle dónde habías ido. Envié una nota que nunca contestaste, y temí que estuvieras enfermo.

Él musitó algo acerca de que partió inesperadamente, con mucha prisa, que trató de escribirle desde St. Augustine.

—¡Y, por supuesto, una vez allá no te acordaste nunca más de mí!

No dejaba de sonreírle con una alegría que podía ser una estudiada pose de indiferencia.

«Si todavía me necesita, está decidida a no hacérmelo saber», pensó Archer, enojado por su conducta. Quería agradecerle la visita a su madre, pero bajo los maliciosos ojos de la abuela se sintió cohibido e incapaz de hablar.

—¡Míralo —dijo Mrs. Manson—, con tan ardiente prisa por casarse que se fue de la oficina a la francesa y corrió a rogar de rodillas a esa niña tonta! Ése sí que es un amante; así fue como el buen mozo Bob Spicer se llevó a mi pobre madre; y luego se cansó de ella

antes de que yo dejara de mamar, ¡aunque sólo faltaban ocho meses! Bueno, pero tú no eres un Spicer, jovencito; una suerte para ti y para May —hizo una breve pausa y luego gritó con desprecio—: Ellen es la única que heredó algo de su perversa sangre; todos los demás son del modelo Mingott.

Archer estaba consciente de que *madame* Olenska, que se había sentado al lado de su abuela, todavía escrutaba su rostro con aire pensativo. Ya se había desvanecido de sus ojos la alegría que mostró al comienzo, y de pronto dijo con gran suavidad:

—No hay duda, abuela, de que entre las dos podemos obtener lo que él tanto desea.

Archer se levantó para marcharse, y cuando estrechó la mano de *madame* Olenska presintió que ella esperaba que él hiciera alguna alusión a su carta sin respuesta.

—¿Cuándo puedo verte? —le preguntó mientras ella lo acompañaba hasta la puerta.

—Cuándo quieras; pero que sea pronto para que puedas ver la casita otra vez, porque me cambio la próxima semana.

Sintió que una corriente eléctrica recorría todo su cuerpo al recordar aquellas horas a la luz de la lámpara en el saloncito de techo bajo. Fueron pocas, pero estaban llenas de recuerdos.

—¿Mañana en la noche?

Ella aprobó con un movimiento de cabeza.

—Sí, mañana, pero temprano. Voy a salir.

El día siguiente era domingo, y si iba a salir en la noche no había duda de que era a casa de Mrs. Lemuel Struthers. Archer sintió una cierta molestia, no tanto porque fuera a ese sitio (porque en el fondo le agradaba que fuera donde quisiera sin importarle la opinión de los Van der Luyden), sino porque era justamente el tipo de casa donde tenía la seguridad de que estaría Beaufort, donde debía saber de antemano que se encontraría con él, y donde iba probablemente con ese propósito.

—Muy bien, mañana en la noche —repetió, internamente resuelto a no ir temprano, porque llegando tarde podría impedir que fuera a casa de Mrs. Struthers, o bien llegar cuando ya se hubiera ido, lo que, dentro de todo, sería sin lugar a duda la solución más simple.

Eran apenas pasadas las ocho y media cuando hizo sonar la campana bajo la glicinia; media hora antes de lo que pretendía, pero un singular desasosiego lo había llevado a su puerta. Reflexionó, sin embargo, que las fiestas dominicales de Mrs. Struthers no eran como un baile, y que los invitados, como para minimizar su sentido de culpabilidad, llegaban habitualmente temprano.

Pero había algo con lo que no contaba: al entrar al vestíbulo de *madame* Olenska vio varios sombreros y abrigos. ¿Para qué lo citó temprano si tenía gente a cenar? Al inspeccionar más de cerca aquellas prendas junto a la cual Nastasia colocaba la suya, su resentimiento dio paso a la curiosidad. Los abrigos eran en realidad los más raros que había visto en una casa decente, y de una mirada se convenció de que ninguno pertenecía a Julius Beaufort. Uno era un gabán suelto color amarillo, notoriamente comprado de segunda mano; el otro, una vieja y roñosa capa con esclavina, parecida a lo que los franceses llaman un Macfarlane. Esta prenda, que parecía hecha para alguien de tamaño prodigioso, había resistido evidentemente un uso fuerte y prolongado, y sus pliegues negroverdosos exhalaban un olor húmedo a aserrín que sugería largas sesiones colgada en las paredes de los bares. Encima de éste había una raída bufanda gris y un extraño sombrero de fieltro de forma semiclerical.

Archer miró a Nastasia enarcando las cejas; ella alzó a su vez las suyas con un

fatalista «¡Giá!» mientras abría de par en par la puerta del salón.

El joven vio de inmediato que la anfitriona no estaba en la habitación; luego descubrió, sorprendido, a otra señora de pie junto al fuego. Esta señora, que era alta, esbelta y desgarbada, llevaba un atavío lleno de intrincados lazos y borlas, con cuadros, franjas y cintas en el mismo color dispuestos en un diseño al que parecía faltarle la idea central. Su pelo, que quiso ser blanco y sólo había logrado un color desvaído, estaba tomado en lo alto con una peineta española y un pañuelo de encaje negro, y unos mitones de seda, con visibles zurcidos, cubrían sus manos reumáticas.

A su lado, entre una nube de humo de cigarro, estaban los dueños de los abrigos, ambos en traje de día que evidentemente no se habían cambiado desde aquella mañana. Archer, sorprendido, reconoció a uno de ellos: Ned Winsett; no conocía en cambio al otro, bastante mayor y cuya talla gigantesca lo delataba como el dueño del Macfarlane; tenía una cabeza algo leonina con el pelo gris y mal cortado, movía los brazos con gestos semejantes a zarpazos, como si distribuyera bendiciones a una muchedumbre arrodillada.

Los tres personajes estaban agrupados junto a la chimenea, con los ojos clavados en un ramo de rosas carmesí de increíble tamaño rodeado de una corona de pensamientos colocado sobre el sofá donde *madame* Olenska acostumbraba sentarse.

—¡Lo que habrá costado, en esta época! Aunque, sin duda, lo que a uno le importa es el sentimiento —decía la dama con un suspiro entrecortado en el momento en que entraba Archer.

Los tres se volvieron a mirarlo, sorprendidos, y la dama avanzó hacia él y le tendió la mano.

—¡Querido Mr. Archer, casi mi primo Newland! —dijo—. Soy la marquesa Manson.

Archer la saludó y ella continuó:

—Mi Ellen me acogió por unos pocos días. Vengo de Cuba, donde paso el invierno con algunos amigos españoles. ¡Qué gente tan encantadora y distinguida es la alta nobleza de la vieja Castilla! Cuánto me gustaría que pudiera conocerlos. Pero nuestro queridísimo amigo, el Dr. Carver, me mandó llamar. ¿Conoce al Dr. Agathon Carver, fundador de la comunidad Valle del Amor?

El Dr. Carver inclinó su cabeza leonina, y la marquesa prosiguió:

—¡Ah, Nueva York, Nueva York, cuán poco le ha llegado de la vida del espíritu! Pero veo que conoce a Mr. Winsett.

—Oh, sí, yo llegué a él hace tiempo, pero no por ese camino —dijo Winsett con una seca sonrisa.

La marquesa movió la cabeza en un gesto de desaprobación.

—¿Cómo sabe usted, Mr. Winsett? El espíritu sopla donde le place.

—¡Donde le place, oh sí, donde le place! —exclamó el Dr. Carver en un estentóreo murmullo.

—Pero, por favor siéntese, Mr. Archer. Hemos disfrutado de una deliciosa cena, y ahora mi niña subió a cambiarse vestido; lo está esperando, bajará dentro de un momento. Admirábamos esas maravillosas flores que la sorprenderán cuando vuelva.

Winsett había permanecido de pie.

—Temo que tendré que marcharme. Le ruego decir a *madame* Olenska que nos sentiremos desolados cuando abandone nuestra calle. Esta casa ha sido un verdadero oasis.

—¡Oh, pero ella no lo abandonará a usted! La poesía y el arte son un soplo de vida para ella. Porque usted escribe poesía, Mr. Winsett, ¿no es así?

—No, pero a veces la leo —repuso Winsett. Incluyó a todo el grupo en un saludo general y salió de la habitación.

—Un espíritu cáustico, *un peu sauvage*^[45], pero tan ingenioso. ¿No le parece, Dr. Carver, que Mr. Winsett es muy ingenioso?

—Nunca me preocupo del ingenio —dijo el Dr. Carver en tono severo.

—¡Ah, nunca se preocupa del ingenio! ¡Qué despiadado es con nosotros, pobres mortales!, ¿no es verdad, Mr. Archer? Pero él vive solamente en la vida del espíritu, y esta noche está preparando mentalmente la conferencia que debe presentar en casa de Mrs. Blenker. Dr. Carver, ¿tendrá un tiempo, antes de que se vaya donde Mrs. Blenker, para explicarle a Mr. Archer su iluminador descubrimiento del Contacto Directo? Parece que no; ya veo que son casi las nueve, y no tenemos derecho a detenerlo cuando tanta gente está esperando que les entregue su mensaje.

El Dr. Carver se sintió un tanto desilusionado con esta conclusión, pero, luego de comparar su pesado reloj de oro con el pequeño reloj de viaje de *madame* Olenska, estiró con evidente fastidio sus vigorosos brazos y piernas preparándose para la partida.

—¿La veré más tarde, querida amiga? —preguntó a la marquesa.

—Iré a reunirme con usted en cuanto llegue el carruaje de Ellen —respondió la marquesa con una sonrisa—. Espero que la conferencia no haya empezado todavía.

El Dr. Carver miró meditabundo a Archer.

—Quizás, si este joven se interese en mis experiencias, Mrs. Blenker le permita llevarlo, marquesa.

—¡Amigo querido!, estoy segura de que a Mrs. Blenker le encantaría, si fuera posible. Pero me temo que Ellen tiene planes con Mr. Archer.

—Es una lástima —dijo el Dr. Carver—, pero aquí tiene mi tarjeta.

Se la pasó a Archer, que leyó lo siguiente, escrito en caracteres góticos:

AGATHON CARVER
EL VALLE DEL AMOR
RITTASQUATTAMN, R. D.

El Dr. Carver se despidió haciendo una reverencia, y Mrs. Manson, con un suspiro que podría haber sido de pesar o de alivio, hizo señas otra vez a Archer para que tomara asiento.

—Ellen bajará en un minuto, y antes de que venga, me alegra tener un momento de tranquilidad a solas con usted.

Archer murmuró lo mucho que le placía estar con ella, y la marquesa continuó, con su voz intercalada de suspiros:

—Lo sé todo, Mr. Archer, mi niña me contó lo que ha hecho por ella. Sus sabios consejos, su valiente firmeza, ¡gracias al cielo que no fue demasiado tarde!

El joven escuchaba bastante turbado. ¿Quedaba alguien, se preguntó, a quien *madame* Olenska no hubiera contado su intervención en sus asuntos privados?

—*Madame* Olenska exagera; yo simplemente le di una opinión legal, como ella me lo pidió.

—Sí, pero al hacerlo... al hacerlo, usted fue el instrumento inconsciente de... de... ¿qué palabra tenemos nosotros los modernos para Providencia, Mr. Archer? —exclamó la dama, ladeando la cabeza y dejando caer los párpados con aire misterioso—. ¡Usted no podía saber que en ese mismo momento a mí me llamaban... más bien dicho, tomaban

contacto conmigo desde el otro lado del Atlántico!

Lanzó una mirada por encima del hombro, como si temiera que alguien la escuchara, y luego, acercando más su silla, y llevando un pequeño abanico de marfil a sus labios, susurró:

—Era el propio conde, mi pobre, loco, tonto Olenski, que lo único que pide es que vuelva, bajo las condiciones que ella quiera.

—¡Santo Dios! —exclamó Archer, levantándose de un salto.

—¿Está horrorizado? Sí, por supuesto, lo comprendo. No defiendo al pobre Stanislas, aunque siempre me consideró su mejor amiga. Él no se defiende a sí mismo, él se pone a sus pies, a través de mi persona —golpeó su pecho enflaquecido—. Aquí tengo su carta.

—¿Una carta? ¿La vio *madame* Olenska? —tartamudeó Archer, sintiendo que su cerebro giraba como un torbellino con el sorpresivo anuncio.

La marquesa Manson movió la cabeza suavemente.

—Tiempo, tiempo; necesito tiempo. Conozco a mi Ellen, altanera, huraña, casi diría que algo rencorosa.

—Pero, por el amor del cielo, perdonar es una cosa, volver a ese infierno...

Ah, sí —asintió la marquesa—. ¡Así lo describe ella, mi niña tan sensitiva! Pero mirándolo por el lado material, Mr. Archer, si uno se detiene a considerar las cosas, ¿sabe usted lo que ella está dejando atrás? Aquellas rosas en el sofá, ¡kilómetros de rosas semejantes, bajo vidrio y al descubierto, en sus inigualables jardines colgantes de Niza! Joyas, alhajas históricas, como las esmeraldas Sobieski, martas cibelinas, pero a ella no le interesa nada de eso. Arte y belleza, eso es lo que le interesa, para eso vive, igual que yo; y también arte y belleza la rodeaban. Cuadros, muebles que no tienen precio, música, conversación brillante... ¡ah, eso, querido joven, si me perdona, es algo de lo que ustedes aquí no tienen idea! Y ella allá lo tenía todo; y el homenaje de los personajes más importantes. Me dijo que en Nueva York no la encontraban hermosa, ¡caramba! Nueve veces han pintado su retrato, los más grandes artistas de Europa imploraron el privilegio de hacerlo. ¿Estas cosas no valen nada? ¿Y el remordimiento de un marido que la adora?

Cuando la marquesa Manson se acercaba a su clímax, su rostro asumió una expresión de extática retrospección que habría provocado la hilaridad de Archer si no estuviera aturdido por el asombro.

Se hubiera reído a gritos si alguien le hubiera predicho que su primera imagen de la pobre Medora Manson sería disfrazada de mensajera de Satán. Pero ahora no tenía ganas de reír, y la mujer le pareció salir directamente del infierno del que Ellen Olenska acababa de escapar.

—¿Ella no sabe nada todavía... de todo esto? —preguntó abruptamente.

Mrs. Manson se llevó un dedo violáceo a los labios.

—Nada directo, pero tal vez sospecha. ¿Quién puede saberlo? La verdad, Mr. Archer, es que yo estaba esperando hablar con usted. Desde que supe la firme posición que había tomado, y la influencia que tiene sobre ella, pensé que podía ser posible contar con su apoyo... convencerla...

—¿De que debe volver? ¡Prefiero verla muerta! —gritó el joven con violencia.

—Ah —murmuró la marquesa, sin demostrar resentimiento.

Permaneció sentada un rato en su sillón, abriendo y cerrando el absurdo abanico de marfil entre sus dedos cubiertos por mitones. Pero de súbito levantó la cabeza y pareció escuchar algo.

—Ya viene —dijo en un rápido susurro, y luego señalando el ramo de rosas, agregó—: ¿Debo entender, Mr. Archer, que usted prefiere eso? Después de todo, un matrimonio es un matrimonio... y mi sobrina todavía está casada...

Capítulo XVIII

—¿QUÉ están complotando^[46] ustedes, tía Medora? —exclamó *madame* Olenska al entrar en la habitación.

Estaba vestida como para un baile. Todo a su alrededor relucía y brillaba suavemente, como si su vestido estuviera hecho con hebras de luz; tenía la cabeza erguida, como una mujer bonita que entra desafiante a un salón lleno de rivales.

—Comentábamos, querida, que aquí te espera una sorpresa muy hermosa —replicó Mrs. Manson, poniéndose de pie y señalando las flores. *Madame* Olenska se detuvo bruscamente y miró el ramo. Su cara no cambió de color, pero una especie de blanco resplandor de ira la cubrió como un relámpago estival.

—¡Ah! —exclamó, con una voz estridente que el joven no le había escuchado antes—, ¿quién puede ser tan ridículo para enviarme un ramillete? ¿Por qué un ramillete? ¿Y por qué esta noche, entre todas las noches? Yo no voy a un baile; no soy una novia. ¡Pero hay gente tan ridícula!

Se volvió hacia la puerta, la abrió y llamó:

—¡Nastasia!

La omnipresente criada apareció de inmediato, y Archer escuchó a *madame* Olenska decirle en un italiano que pronunciaba con intencionada lentitud, al parecer para que él pudiera comprenderlo:

—¡Arroja esto al cubo de basura! —Y, como Nastasia la mirara con expresión de protesta, agregó—: Pero no, las flores no tienen la culpa. Dile al muchacho que las vaya a dejar a una casa tres puertas más allá, la casa de Mr. Winsett, el caballero moreno que cenó aquí. Su esposa está enferma, le darán alegría. ¿No está el muchacho, dices? Entonces, querida mía, anda tú misma. Toma, ponte mi capa y corre. ¡Quiero eso fuera de mi casa en el acto! ¡Y, por lo que más quieras, no le digas que se las envió yo!

Colocó su capa de terciopelo sobre los hombros de la criada y regresó al salón, dando un portazo. Su pecho se levantaba bajo el encaje, y por un momento Archer pensó que iba a llorar, pero en vez de llorar se echó a reír y, mirando a ambos, les preguntó abruptamente:

—Y ustedes, ¿ya se hicieron amigos?

—Que lo diga Mr. Archer, querida; te ha esperado pacientemente mientras te vestías.

—Sí, les di bastante tiempo; mi cabello se puso difícil —dijo *madame* Olenska, llevando la mano a los numerosos rizos que adornaban su *chignon*^[47]—. Pero eso me recuerda que vi marcharse al Dr. Carver, y tú vas a llegar tarde a casa de las Blenker. Mr. Archer, ¿puede acompañar a mi tía al coche?

Siguió a la marquesa hasta el vestíbulo, ayudó a ponerse una diversidad de chanclos, chales y esclavinas, y le gritó desde el umbral:

—¡No te olvides, el coche debe volver a buscarme a las diez!

Después volvió al salón; al regresar Archer, la encontró de pie junto a la chimenea,

mirándose en el espejo. No era corriente en la sociedad neoyorquina llamar a la criada «querida mía» y enviarla con un mensaje envuelta en su propia capa de noche, y Archer, entre sus más profundos sentimientos, saboreó la placentera excitación de estar en un mundo donde la acción sucedía a la emoción a una velocidad olímpica.

Madame Olenska no se movió cuando él se le acercó por detrás, y por un instante sus ojos se encontraron en el espejo; luego ella se volvió, se dejó caer en un rincón del sofá, y suspiró:

—Tenemos tiempo para fumar un cigarrillo.

Él le pasó el paquete y encendió una astilla en el fuego; y cuando la llama iluminó su cara, Ellen lo miró con ojos alegres y le dijo:

—¿Qué piensas de mí cuando me enojo?

Archer guardó silencio un momento; luego respondió con súbita decisión:

—Me hace entender lo que tu tía me dijo de ti.

—Sabía que estaban hablando de mí. ¿Entonces?

—Dijo que estabas acostumbrada a toda clase de cosas, esplendores, diversiones, emociones que no podíamos soñar en ofrecerte aquí.

Madame Olenska esbozó una sonrisa en medio del círculo de humo que rodeaba sus labios.

—Medora es incorregiblemente romántica. ¡Así ha compensado tantas cosas!

Archer vaciló una vez más, y nuevamente se arriesgó:

—¿El romanticismo de tu tía es siempre coherente con la realidad?

—¿Quieres saber si dice la verdad? —Y luego de pensar un momento agrego—: Bueno, te lo diré: en todo lo que habla hay algo de verdad y hay algo de mentira. Pero ¿por qué lo preguntas? ¿Qué te contó?

Él miró el fuego, y después volvió los ojos a la radiante figura de la condesa. Se le oprimió el corazón al pensar que ésa era su última velada con ella junto al fuego, y que de un momento a otro llegaría el coche a llevársela.

—Dijo... afirma que el conde Olenski le pidió que te convenciera para que vuelvas con él.

Madame Olenska no respondió. Quedó inmóvil, sosteniendo el cigarrillo con una mano semilevantada. La expresión de su rostro no había cambiado, y Archer recordó que ya antes había comprobado su aparente incapacidad de asombro.

—¿Lo sabías, entonces? —exclamó el joven.

Ella permaneció largo rato en silencio, tanto que cayó ceniza de su cigarrillo. La sacudió tirándola al suelo.

—Ha insinuado acerca de una carta, la pobrecita. Las insinuaciones de Medora...

—¿Es a petición de tu marido que ella ha venido tan repentinamente?

Madame Olenska pareció meditar también esta pregunta.

—En eso tampoco se puede saber bien. Me dijo que tuvo una «convocatoria espiritual», quién sabe lo que es eso, del Dr. Carver. Me temo que va a casarse con el Dr. Carver... pobre Medora, siempre quiere casarse con alguien. ¡Pero tal vez la gente de Cuba se cansó de ella! Creo que estaba con ellos como una especie de acompañante a sueldo. En realidad, no sé por qué vino.

—¿Pero crees que tenga una carta de tu marido?

Nuevamente *madame* Olenska pareció rumiar la respuesta en silencio; finalmente dijo:

—Después de todo, era de esperar.

El joven se levantó y se acercó otra vez a la chimenea. Una repentina inquietud se apoderaba de él, y sentía su lengua trabada ante la certeza de que tenían los minutos contados, y de que en cualquier momento escucharía el rechinar de las ruedas del vehículo que regresaba.

—¿Sabes que tu tía cree que regresarás?

Madame Olenska levantó vivamente la cabeza. Un profundo rubor tiñó su rostro y se extendió por el cuello y los hombros. Se ruborizaba muy rara vez y le molestaba como el dolor de una quemadura.

—De mí se han creído muchas cosas terribles.

—¡Oh, Ellen, perdóname, soy un idiota y un bruto!

Ella sonrió levemente.

—Estás tremendamente nervioso; tú tienes tus propios problemas. Sé que piensas que los Welland no tienen razón en lo de tu matrimonio, y yo estoy de acuerdo contigo. En Europa la gente no entiende nuestros largos noviazgos, supongo que no tienen tanta paciencia como nosotros.

Pronunció la palabra «nosotros» con un leve énfasis que le dio un tinte irónico.

Archer sintió la ironía pero no se atrevió devolverla. Después de todo, era posible que ella hubiera desviado a propósito la conversación de sus asuntos personales, y viendo el dolor que le habían causado sus últimas palabras, decidió que lo único que podía hacer era seguir su ejemplo. Pero lo desesperaba la sensación de la fugacidad de ese momento; no podía soportar el pensamiento de que, una vez más, una barrera de palabras caería entre ellos.

—Sí —dijo abruptamente—; fui al sur a pedirle a May que se case conmigo después de Pascua. No existe razón que impida que nos casemos en esa fecha.

—Y May te adora, y sin embargo no pudiste convencerla. La creía demasiado inteligente para ser esclava de tan absurdas supersticiones.

—Es demasiado inteligente; no es su esclava.

Madame Olenska lo miró.

—Entonces, no comprendo.

Archer enrojeció y prosiguió apresuradamente.

—Tuvimos una conversación franca, casi la primera. Ella cree que mi impaciencia es un mal signo.

—¡Santo cielo! ¿Un mal signo?

—Cree que significa que no tengo confianza en que la seguiré queriendo. Cree, para resumir, que quiero casarme con ella lo antes posible para escapar de alguien que... me importa más.

Madame Olenska estudió estas palabras con curiosidad.

—Pero si eso es lo que piensa, ¿por qué no tiene ella la misma prisa?

—Porque no es de ese estilo, es mucho más noble. Insiste en el noviazgo largo principalmente para darme tiempo...

—¿Tiempo para dejarla por la otra mujer?

—Si así lo quiero.

Madame Olenska se inclinó hacia el fuego y lo contempló con los ojos fijos. Por la calle en silencio Archer escuchó acercarse el trote de los caballos.

—Es muy noble —dijo ella, con un ligero quiebre en su voz.

—Sí, pero es ridículo.

—¿Ridículo? ¿Porque no quieres a ninguna otra mujer?

—Porque no pienso casarme con nadie más.

—Ah —hubo otro largo intervalo, al cabo del cual lo miró y le preguntó—: Esa otra mujer, ¿te ama?

—No hay otra mujer; es decir, la persona en quien piensa May es... nunca fue...

—¿Entonces, explícame, por qué tienes tanta prisa?

—Llegó tu coche —dijo Archer.

Ella se levantó a medias y miró a su alrededor con mirada ausente. Tomó mecánicamente su abanico y sus guantes que estaban sobre el sofá a su lado.

—Sí; supongo que debo irme.

—¿Vas donde Mrs. Struthers?

—Sí —sonrió y añadió—: Debo ir donde me invitan, o estaría demasiado sola. ¿Por qué no vienes conmigo?

Archer pensó que, a cualquier costo, debía conservarla a su lado, obligarla a darle el resto de su velada. Pasando por alto su pregunta, siguió recostado contra la chimenea, con los ojos fijos en la mano con que ella tomaba sus guantes y abanico, como si quisiera probar que tenía el poder de hacérselos soltar.

—May adivinó la verdad —dijo—. Hay otra mujer, pero no es la que ella cree.

Ellen Olenska no contestó ni se movió. Pasado un momento, él se sentó a su lado y, tomando su mano, la abrió suavemente y los guantes y el abanico cayeron en el sofá entremedio de ellos. Ella se levantó de un salto, y liberándose de él se paró al otro lado de la chimenea.

—¡Ah, no trates de enamorarme! Demasiados hombres lo han hecho —dijo, con el ceño fruncido.

Archer, cambiando de color, se puso también de pie: era el reproche más amargo que podía hacerle.

—Nunca traté de enamorarte —dijo—, y nunca lo haré. Pero eres la mujer con quien me habría casado de no habernos sido imposible a los dos.

—¿Imposible a los dos? —Lo miró con genuino asombro—. ¿Y lo dices tú, que eres el que lo ha hecho imposible?

Él la contempló, inseguro en una oscuridad a través de la cual una sola flecha de luz abría su cegador camino.

—¿Yo lo hice imposible...?

—Tú, tú, tú —gritó ella, con los labios temblorosos de un niño al borde de las lágrimas—. ¿No fuiste tú quien me hizo desechar el divorcio, desecharlo porque me mostraste lo egoísta y perverso que era, que uno debe sacrificarse para preservar la dignidad del matrimonio... y librar a su familia de la publicidad, del escándalo? Y porque mi familia iba a ser la tuya, por el bien de May y el tuyo, hice lo que me dijiste, lo que me probaste que debía hacer. ¡Ah —agregó echándose repentinamente a reír—, yo no oculté que lo hice por ti!

Se hundió otra vez en el sofá, hecha un ovillo entre los alegres pliegues de su vestido como un disfrazado a quien se le ha caído la máscara; y el joven permaneció junto a la chimenea y continuó observándola sin moverse.

—¡Dios mío! —gimió Archer—. Cuando pensé...

—¿Qué pensaste?

—¡Ah, no me preguntes lo que pensé!

Sin dejar de mirarla, vio la misma llama que subía de su cuello hasta la cara. Ella se sentó muy derecha, mirándolo con severa dignidad.

—Te lo pregunto.

—Está bien, entonces: hay algunas cosas en esa carta que me pediste que leyera...

—¿La carta de mi marido?

—Sí.

—¡No tenía nada que temer de esa carta, absolutamente nada! Lo único que temía era acarrear notoriedad, escándalo a la familia, a ti y May.

—¡Dios mío! —gimió nuevamente Archer, enterrando la cara entre sus manos.

El silencio que siguió cayó sobre ellos con el peso de algo final e irrevocable. A Archer le pareció que bajaba sobre él como su propia lápida; nada veía en todo su futuro que pudiera aliviar aquel peso en su corazón. No se movió de su sitio, ni levantó la cabeza de entre las manos; sus ocultas pupilas siguieron mirando fijo hacia la absoluta oscuridad.

—Yo, al menos, te amaba —argumentó.

Al otro extremo de la chimenea, desde el rincón del sofá donde la suponía todavía acurrucada, escuchó un leve llanto ahogado semejante al de un niño. De un salto llegó a su lado.

—¡Ellen! ¡Qué locura! ¿Por qué lloras? No se ha hecho nada que no pueda deshacerse. Yo todavía soy libre, y tú vas a estarlo.

La tenía en sus brazos, su rostro era como una flor empapada bajo sus labios, y todos sus vanos terrores se consumían como fantasmas al amanecer. Lo único que lo sorprendía ahora era que hubiera pasado cinco minutos discutiendo con ella al otro lado de la habitación, cuando bastó tocarla para que todo fuera tan sencillo.

Ella le devolvió todos sus besos, pero al cabo de un momento la sintió tensa en sus brazos, y de pronto lo alejó y se levantó.

—Ah, mi pobre Newland, supongo que esto tenía que suceder. Pero no cambia para nada las cosas —dijo, mirándolo a su vez desde la chimenea.

—A mí me cambia toda la vida.

—No, no, no debe ser así, no es posible. Estás comprometido con May Welland y yo estoy casada.

Él se puso de pie a su vez, encendido y resuelto.

—¡Tonterías! Es demasiado tarde para eso. No tenemos derecho a mentirle a los demás ni a nosotros mismos. No hablaremos de tu matrimonio, pero ¿me ves a mí casándome con May después de esto?

Ella guardó silencio, apoyando sus finos codos en la repisa de la chimenea, su perfil reflejado en el espejo que había tras ella. Se le había soltado uno de los rizos de su *chignon* y colgaba a lo largo del cuello; se veía ojerosa y casi vieja.

—No te veo —dijo finalmente— haciéndole esa pregunta a May. ¿Y tú?

—Es muy tarde para hacer algo —respondió Archer encogiéndose de hombros con indiferencia.

—Lo dices porque es lo más fácil que se puede decir en este momento, no porque sea verdad. En realidad es demasiado tarde para hacer algo que no sea lo que ambos ya decidimos.

—¡No te entiendo!

Ella forzó una lastimosa sonrisa que endureció su cara en vez de suavizarla.

—No entiendes porque todavía no adivinas cuánto has hecho cambiar las cosas para mí. Sí, desde el comienzo, mucho antes de saber todo lo que has hecho.

—¿Todo lo que he hecho?

—Sí. Yo no me daba cuenta al comienzo de que la gente de aquí me tenía miedo, que pensaba que yo era alguien temible. Parece que incluso rehusaron encontrarse conmigo en las fiestas. Lo descubrí más adelante; y también supe que tú llevaste a tu madre a hablar con los Van der Luyden; y que insististe en anunciar tu compromiso en el baile de Beaufort, para que yo tuviera dos familias que me protegieran en lugar de una sola...

Al oírla él rompió en carcajadas.

—Imagínate —prosiguió ella—, lo estúpida y poco observadora que fui. No supe nada de todo esto hasta que un día mi abuela lo soltó sin pensar. Para mí Nueva York sencillamente significaba paz y libertad; yo venía a mi casa. Y estaba tan feliz de estar entre mi propia gente que cada uno que conocía me parecía cariñoso y bueno, y alegre de verme. Pero desde el principio —continuó—, nadie me pareció tan bondadoso como tú; nadie que me diera razones que yo podía entender para hacer lo que a primera vista me parecía tan difícil e innecesario. Los muy buenos no me convencieron; me pareció que nunca habían tenido tentaciones. Pero tú sabías; tú comprendías; tú habías sentido el mundo exterior arrastrarte con sus manos doradas, y sin embargo tú odiabas las cosas que exige a su vez; odiabas esa felicidad comprada con deslealtad y crueldad e indiferencia. Eso era algo que yo nunca había conocido, y es lo mejor de cuanto he conocido.

Hablaba en voz baja y pareja, sin lágrimas ni una visible agitación; y cada palabra que pronunciaba caía en el corazón de Archer como plomo ardiente. El joven estaba sentado con la cabeza entre las manos, mirando fijo la alfombra y la punta del zapato de raso que asomaba bajo el traje de la condesa. De súbito se arrodilló y besó el zapato.

Ella se inclinó hacia él, puso las manos sobre sus hombros y clavó en él una mirada tan profunda que lo inmovilizó.

—¡Ah, no deshagamos lo que has hecho! —gritó la condesa—. No puedo cambiar ahora de forma de pensar. No puedo amarte a menos que renuncie a ti.

Los brazos del joven se tendían ansiosos hacia ella, pero ella se alejó, y quedaron frente a frente, separados por la distancia creada por las palabras de Ellen. Luego, en forma abrupta, Archer dejó estallar su furia.

—¿Y Beaufort? ¿Es él quien me reemplazará?

Al dejar escapar estas palabras estaba preparado para un arrebato de ira, y lo necesitaba para alimentar la suya. Pero *madame* Olenska se limitó a palidecer un poco más y se quedó con los brazos colgando y la cabeza ligeramente inclinada, como acostumbraba cada vez que meditaba una pregunta que se le hacía.

—Te está esperando en casa de Mrs. Struthers, ¿por qué no te vas a la cita? —exclamó Archer lleno de despecho.

Ella se volvió para hacer sonar la campanilla.

—No saldré esta noche; dile al cochero que vaya a recoger a la *signora marchesa* —dijo cuando apareció la criada.

Se cerró nuevamente la puerta y Archer seguía mirándola con ojos llenos de amargura.

—¿Por qué este sacrificio? Ya que dices que te sientes sola, no tengo derecho a alejarte de tus amigos.

Ella sonrió levemente bajo sus pestañas húmedas.

—Ya no estaré sola. Estaba sola, tenía miedo. Pero desaparecieron el vacío y la oscuridad. Cuando vuelvo a mí misma ahora soy como una niña que va en la noche al cuarto donde siempre hay luz.

Su tono y su aspecto todavía la envolvían en una suave inaccesibilidad, y Archer

murmuró otra vez:

—¡No te entiendo!

—¡Y sin embargo entiendes a May!

Él enrojeció ante esta réplica, pero no dejó de mirarla.

—May está dispuesta a renunciar a mí.

—¡Qué dices! ¿Tres días después de que le has implorado de rodillas que adelante el matrimonio?

—Ella se negó; eso me da derecho...

—Ah, tú mismo me enseñaste que ésa es una palabra muy fea —repuso ella.

Archer apartó la mirada con una sensación de extremo cansancio, como si llevara varias horas luchando por trepar un escarpado precipicio, y ahora, cuando conseguía hacerse camino hacia la cima, se había soltado y caía de cabeza al abismo. Si la tuviera en sus brazos nuevamente podría barrer todos sus argumentos; pero todavía lo mantenía a distancia algo inescrutablemente lejano en su mirada y en su actitud, y también la admiración que despertaba en él su sinceridad. Finalmente, comenzó otra vez a rogar.

—Si hacemos esto ahora será peor después, peor para ti y para mí.

—¡No, no, no! —dijo ella casi gritando, como si Archer la asustara.

En ese momento la campanilla llenó la casa con un largo sonido. No se había oído ningún carruaje detenerse ante la puerta; se quedaron inmóviles, mirándose con ojos sorprendidos.

Afuera, los pasos de Nastasia cruzaron el vestíbulo, se abrió la puerta de calle, y momentos después entraba llevando un telegrama que entregó a la condesa Olenska.

—La señora estaba feliz con las flores —dijo Nastasia, alisando su delantal—. Creyó que su signor marido se las enviaba, y lloró un poco y dijo que era una locura.

Su patrona sonrió y tomó el sobre amarillo. Lo abrió y se acercó a la luz de la lámpara; luego, cuando se cerró nuevamente la puerta, le pasó el telegrama a Archer.

Procedía de St. Augustine, dirigido a la condesa Olenska. Decía:

«Telegrama de abuela tuvo éxito. Papá y mamá aceptan matrimonio después Semana Santa. Telegrafando a Newland. No tengo palabras para expresar mi felicidad y te quiero mucho. Tu agradecida May».

Media hora más tarde, cuando Archer abría la puerta de su casa, encontró otro sobre similar en la mesa del vestíbulo, encima de un montón de notas y cartas. El mensaje también era de May Welland y decía lo siguiente:

«Padres consienten matrimonio después Semana Santa a las doce Iglesia de la Gracia ocho damas honor favor hablar Rector. Soy feliz te ama May».

Archer arrugó la hoja amarilla como si ese gesto destruyera las noticias que contenía. Luego sacó de su bolsillo una pequeña libreta y volvió las páginas con dedos temblorosos; pero no encontró lo que quería, y, metiéndose el arrugado telegrama al fondo del bolsillo, subió las escaleras.

Brillaba una luz bajo la puerta de la salita que servía a Janey de vestidor y *boudoir*^[48], y Archer golpeó impaciente. Se abrió la puerta y su hermana apareció ante él envuelta en su inmemorial bata de franela púrpura, con el pelo lleno de horquillas. Estaba pálida e inquieta.

—¡Newland! Espero que ese telegrama no traiga malas noticias. Te esperé a propósito, por si... Ningún asunto de la correspondencia de Archer estaba a salvo de Janey.

Él ignoró su pregunta.

—¿Qué día cae Semana Santa este año?

Ella se escandalizó ante tan poco cristiana ignorancia.

—¿Semana Santa? ¡Newland! Por supuesto que la primera semana de abril. ¿Por qué?

—¿La primera semana? —Revisó las páginas de la agenda, calculando rápido, casi sin aliento—. ¿La primera semana, dijiste? —Echó la cabeza atrás lanzando una sonora carcajada.

—¿Quieres decirme qué es lo que pasa?

—No pasa nada, salvo que me casaré dentro de un mes.

Janey se le lanzó al cuello y lo apretó contra su pecho de franela violeta.

—¡Oh, Newland, es maravilloso! ¡Estoy tan contenta! Pero, hermano querido, ¿por qué sigues riéndote? Cállate o despertarás a mamá.

LIBRO SEGUNDO

Capítulo XIX

El día estaba fresco, con un juguetón viento primaveral que levantaba polvo. Las damas de edad de ambas familias habían sacado sus ajadas martas cibelinas y sus armiños amarillentos, y el olor a alcanfor que salía de los primeros bancos casi cubría el tenue aroma de las azucenas que colmaban el altar.

Newland Archer, a una señal del sacristán, salió de la sacristía y se situó con su padrino en los peldaños del presbiterio de la iglesia de la Gracia.

La señal anunciaba que ya se divisaba la berlina que traía a la novia y a su padre; pero seguramente habría un largo intervalo de arreglos y consultas en el vestíbulo, donde ya las damas de honor revoloteaban como un ramo de flores de Pascua. Durante este inevitable lapso se suponía que el novio, presa de ansiedad, se mostraba solo a las miradas de los asistentes; y Archer había seguido resignadamente esta formalidad así como todas las demás que hacían de una boda de fines del siglo XIX en Nueva York un rito que parecía pertenecer al alba de la historia. Todo era igualmente fácil —o igualmente doloroso, según el criterio de cada cual— en el camino que se había comprometido a seguir, y había obedecido las instrucciones de su nervioso padrino con la misma mansedumbre que otros novios obedecieron al suyo en el día en que lo había guiado por el mismo laberinto.

Hasta aquí estaba razonablemente convencido de haber cumplido todas sus obligaciones. Los ocho ramilletes de lilas y blancos lirios del valle fueron enviados a tiempo, así como los gemelos de oro y zafiro de los ocho pajes de honor y el alfiler de corbata de ojo de gato del padrino. Archer había pasado la mitad de la noche tratando de variar el texto de su agradecimiento para la última partida de regalos recibida de amigos y examores; los honorarios del obispo y del rector se encontraban a salvo en el bolsillo de su padrino; su equipaje ya estaba listo en casa de Mrs. Manson Mingott, donde se realizaría el desayuno de boda, y también lo estaban el traje de viaje que se pondría para partir; y se había reservado un compartimento privado en el tren que llevaría a la joven pareja a su desconocido destino. El secreto sobre el lugar donde pasarían la noche de bodas era uno de los más sagrados tabúes del prehistórico ritual.

—¿Tienes el anillo? —susurró el joven Van der Luyden Newland, que no tenía experiencia en los deberes de un padrino, y estaba agobiado por el peso de su responsabilidad.

Archer hizo el gesto que vio hacer a tantos novios: con su mano derecha desenguantada palpó el bolsillo de su chaqueta gris oscuro, y se aseguró de que la pequeña argolla de oro (grabada en su interior: Newland a May, abril..., 187...) estuviera en su lugar; luego, retomó su actitud anterior, sosteniendo en su mano izquierda el sombrero de copa y los guantes gris perla con puntadas negras, y mirando hacia la puerta de la iglesia.

Arriba, la Marcha de Handel subía pomposamente por la bóveda que imitaba la piedra, llevando en sus notas el descolorido ímpetu de las tantas bodas a las que, con alegre indiferencia, asistió desde esa misma escalinata mirando flotar por la nave otras novias hacia otros novios.

«¡Qué parecido a una noche de gala en la ópera!», pensó, reconociendo las mismas caras en los mismo palcos (no, bancos), y preguntándose si, cuando sonara la última trompeta, Mrs. Selfridge Merry estaría allí con las mismas inmensas plumas de avestruz en su sombrero, y Mrs. Beaufort con los mismos aros de diamante y la misma sonrisa, y si ya habría asientos de proscenio debidamente preparados para ellas en otro mundo.

Después de eso todavía hubo tiempo para revistar, uno por uno, los semblantes familiares de las primeras filas; el de las mujeres perspicaz, curioso y excitado; el de los hombres malhumorados por la obligación de tener que ponerse sus levitas antes del almuerzo y pelear por la comida en el desayuno de boda.

«Lástima que el banquete sea en casa de la vieja Catherine —se imaginaba el novio oír decir a Reggie Chivers—. Pero dicen que Lovell Mingott insistió en que lo cocinara su propio chef, de modo que tendrá que ser bueno si es que uno logra llegar a él».

Y se imaginaba a Sillerton Jackson agregando con autoridad: «Querido muchacho, ¿no supiste? Va a ser servido en pequeñas mesas, a la nueva moda inglesa».

La mirada de Archer se paseó un momento por los bancos de la izquierda, donde su madre, que había entrado a la iglesia del brazo de Mr. Henry van der Luyden, estaba sentada llorando calladamente bajo su *velo Chantilly*, con las manos dentro del manguito de armiño de su abuela.

«¡Pobre Janey! —pensó, mirando a su hermana—, aunque tuerza la cabeza para todos lados sólo puede ver a la gente de los primeros bancos; y son en su mayoría desaliñados Newland y Dagonet».

Dentro del recinto de la cinta blanca que dividía los asientos reservados a la familia, vio a Beaufort, alto y rubicundo, examinando a las mujeres con su mirada arrogante. A su lado se sentaba su esposa, toda en chinchilla plateada y violetas; y al otro lado de la cinta, la cabeza cuidadosamente cepillada de Lawrence Lefferts parecía montarle guardia a la invisible deidad de las «formalidades» que presidía la ceremonia.

Archer se preguntaba cuántos defectos podían descubrir los agudos ojos de Lefferts en el ritual de su divinidad; luego se acordó súbitamente de que él también una vez pensó que tales cosas tenían importancia. Las cosas que habían llenado sus días le parecían ahora como una parodia infantil de la vida, o como esas discusiones de eruditos medievales sobre términos metafísicos que jamás nadie entendió. Una tormentosa disputa acerca de si los regalos de matrimonio deben o no ser «exhibidos» había ensombrecido las últimas horas antes de la boda; a Archer le parecía inconcebible que personas maduras se agitaran de tal manera por esa clase de fruslerías, y que el asunto hubiera sido decidido (negativamente) por Mrs. Welland, diciendo entre lágrimas de indignación: «Antes prefiero soltar a los

reporteros por toda mi casa». Y sin embargo, hubo una época en que Archer tuvo una opinión definida y casi agresiva acerca de estos problemas, cuando todo lo que concernía a los modales y costumbres de su pequeña tribu le parecía cargado de un significado de carácter universal.

«Y mientras tanto —pensó—, supongo que en alguna parte vive gente real, y que le suceden cosas reales...».

—¡Ahí vienen! —susurró el padrino muy excitado. Pero el novio sabía más que él.

La cuidadosa apertura de la puerta de la iglesia significaba solamente que Mr. Brown, el cuidador de la caballeriza (en chaqueta negra para su transitorio papel de sacristán), hacía una revisión preliminar de la escena antes de formar sus fuerzas. La puerta se cerró con suavidad; luego de un nuevo intervalo fue abierta majestuosamente de par en par, y un murmullo corrió por toda la iglesia:

—¡La familia!

Primero venía Mrs. Welland, del brazo de su hijo mayor. Su ancha cara sonrosada tenía la apropiada solemnidad, y su vestido de raso color ciruela con azul pálido en los costados, y plumas de avestruz azules en su pequeño sombrero de raso, recibieron la aprobación general; pero antes de que se instalara con un majestuoso crujir de sedas en el banco al frente de Mrs. Archer, los espectadores volvían sus cuellos para ver quién venía detrás de ella. El día anterior corrieron fuertes rumores de que Mrs. Manson Mingott, a pesar de su invalidez física, había resuelto estar presente en la ceremonia; y la idea calzaba tan bien con su alegre carácter que en los clubes se cruzaban apuestas de que sería capaz de caminar por la nave y acomodarse en un asiento. Se sabía que había insistido en mandar a su propio carpintero a estudiar la posibilidad de quitar el panel lateral del banco frontal, y a medir el espacio entre el asiento y el frente; pero los resultados fueron desilusionantes, y durante todo un día de expectación, la familia la vio meditar un plan que consistía en que la llevaran sobre ruedas por la nave en su enorme silla Bath, donde se quedaría sentada como en un trono al pie del presbiterio.

La idea de que exhibiera su persona de manera tan monstruosa fue a tal grado dolorosa para sus amistades que habrían cubierto de oro al ingenioso personaje que de repente descubrió que la silla era demasiado ancha para pasar entre los hierros que mantenían extendido el toldo desde la puerta de la iglesia hasta la calzada. La idea de quitar el toldo y exponer a la novia a la vista de la muchedumbre de modistillas y reporteros de los periódicos que permanecían afuera luchando por acercarse, excedió incluso el valor de la vieja Catherine, a pesar de que por un momento meditó la posibilidad.

—¡Oh, no, van a tomar fotografías de mi hija y las publicarán en sus periódicos! —exclamó Mrs. Welland cuando le insinuaron el último plan de su madre, y todo el clan retrocedió con un escalofrío ante esta impensable indecencia.

La anciana tuvo que abandonar su proyecto; pero lo aceptó sólo con la promesa de que el banquete matrimonial se realizaría bajo su techo, aunque (como manifestó la parentela de Washington Square) estando la casa de los Welland tan cerca resultaba molesto tener que fijar un precio especial con Brown para que los condujera hasta los quintos infiernos.

Aunque los Jackson informaron ampliamente de todos estos incidentes, una minoría todavía apostaba a que la anciana Catherine aparecería en la iglesia, y hubo una clara baja de los ánimos cuando se supo que sería reemplazada por su nuera. Mrs. Lovell Mingott tenía el rostro encendido y la mirada vidriosa que produce en las damas de su edad y costumbres el esfuerzo de caber en un vestido nuevo. Pero una vez que se aplacó el

desencanto ocasionado por la ausencia de su suegra, todos estuvieron de acuerdo en que su *Chantilly* negro sobre el raso lila, con un sombrero de violetas de Parma, formaba el mejor contraste con el colorido azul y ciruela de Mrs. Welland. Muy diferente fue la impresión causada por la macilenta y remilgosa dama que la seguía del brazo de Mr. Mingott, en un salvaje desorden de bandas y orlas y pañuelos flotantes. Y cuando apareció aquella última pareja, el corazón de Archer se contrajo y cesó de latir.

Contaba con que la marquesa Manson estaba todavía en Washington, a donde se dirigió cuatro semanas atrás con su sobrina, *madame* Olenska. Todos creían que su abrupta partida se debía a que *madame* Olenska deseaba salvar a su tía de la perniciosa elocuencia del Dr. Agathon Carver, que casi logró reclutarla para el Valle del Amor; y en esas circunstancias nadie esperaba que las damas regresaran por una boda.

Por un momento Archer fijó los ojos en la fantástica figura de Medora, esforzándose por ver quién venía tras ella; pero la pequeña procesión había terminado, pues todos los miembros menores de la familia habían tomado sus puestos, y los ocho pajes, reunidos como aves o insectos que preparan una maniobra migratoria, ya se deslizaban por las puertas laterales hacia el vestíbulo.

—¡Newland, ya está aquí! —murmuró su padrino.

Archer volvió en sí sobresaltado. Aparentemente había pasado bastante tiempo desde que su corazón cesara de latir, pues la procesión blanco y rosa ya estaba en realidad a medio camino de la nave, el obispo, el rector y dos asistentes de uniforme blanco rondaban alrededor del altar, y los primeros acordes de la sinfonía de Spohr esparcían sus notas floridas ante la novia.

Archer abrió los ojos (¿era realmente posible que los hubiera cerrado, como imaginaba?), y sintió que su corazón recuperaba su ritmo habitual. La música, el aroma de los lirios sobre el altar, la nube de tules y flores de azahar que flotaban acercándose cada vez más, el rostro de Mrs. Archer súbitamente convulsionado por sollozos de felicidad, el bajo murmullo de la voz del rector dando sus bendiciones, las ordenadas evoluciones de las ocho damas de honor vestidas de rosado y de los ocho pajes de negro: todas aquellas visiones, sonidos y sensaciones, tan familiares en el fondo, tan profundamente extrañas y sin sentido en su nueva relación con ellos, se mezclaban de manera confusa en su mente.

—Dios mío, ¿tendré el anillo? —Y volvió a repetir el gesto convulsivo de todos los novios.

Luego, en un momento, May estaba a su lado, irradiando tanta luz que comunicó un leve calor a su insensibilidad; se enderezó y le sonrió mirándola a los ojos.

—Queridos míos, estamos reunidos aquí —comenzó a decir el rector.

May ya tenía el anillo en su mano, el pastor les había dado su bendición, las damas de honor estaban dispuestas a retomar su lugar en la procesión, y el órgano mostraba los primeros síntomas de explotar con la marcha de Mendelssohn, sin la cual jamás había salido ninguna pareja de recién casados en Nueva York.

—El brazo... ¡dale el brazo! —siseó nervioso el joven Newland.

Y una vez más Archer se dio cuenta de que había andado a la deriva, muy lejos, en un lugar desconocido. ¿Qué lo había mandado ir allá, pensaba? Tal vez divisar en el crucero de la iglesia, entre los anónimos espectadores, un rizo de pelo negro bajo un sombrero que un momento más tarde reveló pertenecer a una mujer desconocida de nariz larga, tan ridículamente diferente de la persona cuya imagen había evocado que se preguntó a sí mismo si era objeto de alucinaciones.

Y ahora él y su esposa caminaban lentamente por la nave, transportados por las

livianas notas de Mendelssohn, el día primaveral los saludaba a través de las puertas abiertas de par en par, y los alazanes de Mrs. Welland, cuyas frentes estaban adornadas con distintivos blancos, corcoveaban y se lucían al otro extremo del túnel de lona.

El lacayo, que tenía un distintivo blanco mucho más grande en su solapa, cubrió a May con la capa blanca, y Archer saltó dentro de la berlina y se sentó a su lado. La joven se volvió hacia él con una sonrisa triunfal y sus manos se estrecharon bajo el velo.

—¡Querida! —dijo Archer.

Y de súbito el mismo negro abismo se abrió inmenso ante él y sintió que se hundía, cada vez más profundamente, mientras su voz seguía hablando, alegre y cálida:

—Sí, claro que pensé que había perdido el anillo; no hay boda completa si el pobre infeliz del novio no pasa por ese trance. ¡Pero tú me hiciste esperar largo rato! Tuve tiempo para pensar en todos los horrores que podían haber pasado.

Ella lo sorprendió al echarle, en plena Quinta Avenida, los brazos al cuello.

—Pero nada podrá pasar ahora mientras estemos los dos juntos, ¿verdad, Newland?

Cada detalle del día había sido tan cuidadosamente preparado que la joven pareja, después del banquete matrimonial, tuvo suficiente tiempo para cambiarse ropa y ponerse su traje de viaje, bajar las amplias escalinatas de la mansión Mingott entre las risueñas damas de honor y los llorosos padres, y subir a la berlina bajo la tradicional lluvia de arroz y zapatillas de raso; y aún quedó media hora para conducirlos a la estación, comprar los últimos semanarios en el puesto de libros como hacen los viajeros habituales, e instalarse en el compartimento reservado donde la doncella de May ya había puesto su capa de viaje color gris pálido y el reluciente maletín recientemente adquirido en Londres.

Las viejas tías Du Lac de Rhinebeck habían puesto su casa a disposición de la pareja, con una rapidez inspirada por la perspectiva de pasar una semana en Nueva York con Mrs. Archer, y Archer, feliz de escapar de la típica «suite matrimonial» en un hotel de Filadelfia o Baltimore, había aceptado con igual presteza.

A May le encantó la idea de ir al campo, y se divertía como un niño con los vanos esfuerzos de las ocho damas de honor por descubrir dónde se situaba el misterioso refugio de los recién casados. Se consideraba «muy inglés» que le prestaran a uno una casa de campo, y este hecho dio el último toque de distinción a la que todo el mundo consideraba la más brillante boda del año; pero nadie debía saber dónde se hallaba la casa, aparte de los padres de los novios, quienes, cuando les pedían contar el secreto, fruncían los labios y decían en tono misterioso: «No nos dijeron nada», lo que era verdad, ya que no había necesidad de hacerlo.

Cuando estuvieron instalados en su compartimento y el tren dejó atrás las interminables casas de madera de la periferia y comenzó a adentrarse en el pálido paisaje primaveral, la conversación fluyó más fácilmente de lo que Archer esperaba. May era todavía, de aspecto y de temperamento, la niña sencilla de siempre, y estaba ansiosa por comentar con él las incidencias de la boda, con la misma imparcialidad de una dama de honor recordando los detalles con un paje de honor. Al principio Archer pensaba que esta indiferencia era un disfraz de su inquietud interna; pero los ojos claros de May revelaban una tranquila inconsciencia. Estaba sola por primera vez con su marido; pero su marido era solamente el encantador camarada de ayer. No había nadie que le gustara tanto, nadie en quien confiara tan plenamente, y la máxima «travesura» de toda aquella deliciosa aventura de compromiso y matrimonio era estar a solas con él en un viaje, como una persona adulta, como una «mujer casada», en buenas cuentas.

Era maravilloso, como Archer aprendiera un día en el jardín de la Misión en St.

Augustine, que pudieran coexistir sentimientos tan profundos con tal falta de imaginación. Pero recordaba que también en esa ocasión ella lo había sorprendido volviendo a su inexpresivo infantilismo tan pronto como liberó su conciencia del peso que la oprimía; y se dio cuenta de que probablemente May iría por la vida enfrentando lo mejor posible cada experiencia que se le presentara, pero nunca se le anticiparía ni siquiera con una mirada furtiva.

Quizás esa facultad de negligencia era lo que les daba transparencia a sus ojos, y a su rostro el arte de representar a un tipo de gente más que a una persona; como si hubiera sido escogida para posar para la Virtud Civil o para una diosa griega. La sangre que corría tan a flor de piel podía ser un líquido que preservara antes que un elemento destructor; sin embargo su imagen de indestructible juventud no la hacía parecer ni dura ni torpe, sino sólo primitiva y pura. En lo más álgido de su meditación, Archer se encontró de súbito mirándola con la mirada asombrada de un extraño, y sumido en la reminiscencia del banquete y de la inmensa y triunfal aparición de Mrs. Mingott.

May disfrutaba francamente del tema.

—Pero me sorprendió, no sé si a ti también, que la tía Medora viniera después de todo. Ellen escribió que ninguna de las dos se sentía bien para el viaje. ¡Hubiera preferido que fuera ella la que se hubiese recuperado! ¿Viste el exquisito encaje antiguo que me envió?

Él sabía que el momento llegaría tarde o temprano, pero en cierto modo esperaba que a fuerza de voluntad lo mantendría alejado.

—Sí... yo... no; sí, era precioso —dijo, mirándola sin verla y preguntándose si cada vez que oyera aquellas dos sílabas, todo el mundo que construyera con tanto cuidado se desplomaría como un castillo de naipes.

—¿Estás cansada? Será agradable tomar una taza de té cuando lleguemos. Estoy seguro de que las tías tienen todo muy bien preparado —dijo precipitadamente, tomando su mano entre las suyas.

Y la mente de May voló al instante hacia el magnífico servicio de té y café de plata de Baltimore que les regalaron los Beaufort, y que «iba» a la perfección con las bandejas y platos del tío Lovell Mingott.

El tren arribó a la estación de Rhinebeck cuando comenzaba el crepúsculo primaveral, y se fueron caminando lentamente por el andén hacia el carruaje que los esperaba.

—Qué amables fueron los Van der Luyden al enviarnos a su cochero desde Skuytercliff para recogernos —exclamó Archer, al acercárseles un respetuoso personaje de librea que tomó las maletas de manos de la doncella de May.

—Siento mucho, señor —dijo el emisario—, el pequeño incidente ocurrido en casa de *Miss* du Lac, una filtración en el estanque de agua. Sucedió ayer, y Mr. van der Luyden, que lo supo esta mañana, envió a una criada en el primer tren para preparar la casa del Protector. Creo que lo encontrará todo a su agrado, señor; y *Miss* du Lac envió a su cocinero, de modo que será igual que si estuvieran en Rhinebeck.

Archer lo miró tan desconcertado, que el cochero repitió, como excusándose:

—Le aseguro, señor, que será exactamente lo mismo.

Rompiendo el embarazoso silencio que se produjo, May exclamó con impaciencia:

—¿Igual que Rhinebeck? ¿La casa del Protector? Pero si será mil veces mejor, ¿no es verdad, Newland? Mr. van der Luyden ha sido sumamente cariñoso y amable al pensar en esta solución.

Y mientras viajaban en el carruaje, con la doncella sentada al lado del cochero y las relucientes maletas nupciales en el asiento delante de ellos, May continuó hablando con gran agitación.

—Imagínate, nunca he estado allí, ¿y tú? Los Van der Luyden la muestran a poquísima gente. Pero se la abrieron a Ellen, y ella me contó que era una casa preciosa; dijo que era la única casa en toda Norteamérica donde ella creía que podría ser perfectamente feliz.

—Bien, eso es lo que seremos nosotros, ¿no? —exclamó su marido alegremente.

Y ella respondió con su sonrisa infantil:

—¡Ah, éste es sólo el comienzo de nuestro futuro, el maravilloso futuro que siempre compartiremos juntos!

Capítulo XX

—POR supuesto que debemos cenar con Mrs. Carfry, querida —dijo Archer.

Con un ceño que denotaba inquietud, su mujer lo miró por encima del monumental servicio Britannia de la mesa de desayuno de la casa de huéspedes.

En todo aquel lluvioso desierto que era Londres en otoño, los Archer conocían sólo a dos personas, a quienes habían evitado cuidadosamente siguiendo la antigua tradición neoyorquina de que no era «digno» imponer su presencia a las amistades en países extranjeros.

En sus visitas a Europa, Mrs. Archer y Janey habían cumplido en forma tan estricta este principio y despreciaron la amistosa acogida de sus compañeros de viaje con un aire de tan impenetrable reserva, que prácticamente lograron el récord de no haber intercambiado una sola palabra con un «extranjero», fuera de los empleados de los hoteles y estaciones de ferrocarril. Trataban a sus mismos compatriotas, salvo aquellos conocidos de antes o adecuadamente presentados, incluso con más pronunciado desdén, de modo que, a menos que se encontraran con un Chivers, un Dagonet o un Mingott, los meses que pasaban en el exterior transcurrían en un ininterrumpido *tête-à-tête*.

Pero a veces las máximas precauciones resultan infructuosas; y una noche en Botzen una de las dos damas inglesas de la habitación al otro lado del pasillo (cuyos nombres, vestidos y situación social Janey ya conocía al dedillo) llamó a la puerta preguntando si Mrs. Archer tenía una botella de linimento. La hermana de la intrusa, Mrs. Carfry, había sufrido un repentino ataque de bronquitis. Y Mrs. Archer, que nunca viajaba sin una completa farmacia familiar, pudo, afortunadamente, aportar el remedio solicitado.

Mrs. Carfry estaba muy enferma, y como ella y su hermana *Miss Harle* viajaban solas, quedaron profundamente agradecidas de las Archer, que las asistieron con ingeniosos métodos de alivio y cuya eficiente doncella ayudó a cuidar a la enferma hasta su recuperación.

Cuando las Archer abandonaron Botzen no pensaban volver a ver a Mrs. Carfry y a *Miss Harle*. Nada podría ser, para la mentalidad de Mrs. Archer, más «indigno» que imponerle un «extranjero» a alguien al que le hizo un servicio ocasional. Pero Mrs. Carfry y su hermana ignoraban este punto de vista, que hubieran considerado absolutamente incomprensible, y se sintieron ligadas por una eterna gratitud a las «encantadoras norteamericanas» que fueron tan amables con ellas en Botzen. Con conmovedora fidelidad

aprovechaban cada oportunidad de encontrarse con Mrs. Archer y Janey durante sus viajes en el continente, y desplegaban una perspicacia sobrenatural para averiguar cuándo pasarían por Londres en su camino hacia o desde los Estados Unidos. La intimidad se hizo indisoluble, y Mrs. Archer y Janey, cada vez que arribaban al Hotel Brown, encontraban dos afectuosas amigas esperándolas, las que, como ellas, cultivaban helechos en grandes macetas, hacían encaje *macramé*, leían las memorias de la baronesa Bunsen y opinaban acerca de los ocupantes de los principales púlpitos londinenses.

Como decía Mrs. Archer, Londres era «otra cosa» después de conocer a Mrs. Carfry y a *Miss Harle*. Y en la época en que Newland se comprometió, el lazo entre ambas familias estaba tan firmemente establecido que se consideró «lo correcto» enviar una invitación a las dos inglesas, que a su vez enviaron un hermoso ramillete de flores alpinas en caja de vidrio. Y en el muelle, cuando Newland y su esposa zarpaban hacia Inglaterra, el último encargo de Mrs. Archer fue:

—Tienes que llevar a May a conocer a Mrs. Carfry.

Newland y su esposa no tenían la menor intención de obedecer esta orden; pero Mrs. Carfry, con su acostumbrada sagacidad, los localizó y los invitó a cenar. Era a causa de esta invitación que May Archer fruncía el ceño mientras tomaban té con panecillos.

—Está muy bien para ti, Newland, que las conoces. Pero yo me voy a sentir intimidada ante un grupo de gente que no he visto en mi vida. ¿Y qué me voy a poner?

Newland se echó hacia atrás en su silla y la miró sonriendo. Estaba más hermosa y más parecida a una Diana que nunca. El húmedo aire inglés parecía haber profundizado el resplandor de sus mejillas y suavizado la leve dureza de sus virginales facciones. O tal vez era simplemente el brillo interno de la felicidad, que relumbraba como una luz bajo el hielo.

—¿Que qué te vas a poner, querida? Me pareció que la semana pasada llegó un baúl de ropa de París.

—Sí, por supuesto. Quiero decir, cuál vestido debo usar —hizo un pequeño puchero—. Nunca he salido a cenar fuera en Londres, y no quiero hacer el ridículo.

Él trató de entender su perplejidad.

—Pero ¿no se visten las inglesas igual que cualquiera otra?

—¡Newland! ¿Cómo haces una pregunta tan absurda? ¡Ellas van al teatro con vestidos de baile anticuados y sin sombrero!

—Bueno, tal vez usan los vestidos de baile nuevos para estar en casa. En todo caso, no creo que Mrs. Carfry y *Miss Harle* lo hagan. Usarán sombreros iguales a los de mi madre, y chales; unos chales muy finos.

—Sí, pero ¿cómo irán vestidas las demás mujeres?

—Nunca tan bien como tú, mi amor —replicó Archer, preguntándose qué habría despertado repentinamente en May ese mórbido interés de Janey por la ropa.

Ella corrió hacia atrás su silla con un suspiro.

—Es encantador de tu parte, Newland, pero no me ayuda mucho.

Él tuvo una inspiración.

—¿Por qué no usas tu traje de novia? Ése nunca está mal, ¿verdad?

—¡Oh, querido! ¡Si lo tuviera aquí! Pero quedó en París para transformarlo para el próximo invierno, y Worth todavía no lo devuelve.

—Lástima —dijo Archer, levantándose—. Mira, se está disipando la neblina. Si corremos hasta la National Gallery alcanzaríamos a dar un vistazo a los cuadros.

Los Archer llegaban de vuelta de un viaje de novios de tres meses que May, al escribir a sus amigas, resumió vagamente como «maravilloso».

No fueron a los lagos italianos. Pensándolo bien, Archer no pudo imaginar a su mujer en ese particular paisaje. Las inclinaciones de May (después de un mes con los modistos de París) eran subir montañas en julio y hacer natación en agosto. Este plan fue cumplido puntualmente, pasando julio en Interlaken y Grindelwald, y agosto en un pequeño sitio llamado Etretat, en la costa de Normandía, que alguien les recomendó por ser pintoresco y tranquilo. Un par de veces, cuando estaban en la montaña, Archer señaló hacia el sur diciendo: «Allí está Italia»; y May, con los pies sobre una mata de genciana, había sonreído alegremente.

—Sería fantástico ir allá el próximo invierno —replicó—. Siempre que no tengas que quedarte en Nueva York.

Pero en realidad viajar le interesaba menos de lo que él esperaba. Lo consideraba simplemente (una vez que había mandado a hacer sus vestidos) como una buena oportunidad para caminar, montar a caballo, nadar, y probar su mano en el fascinante nuevo juego, el *lawn tennis*^[49]; y cuando finalmente volvieron a Londres (donde pasaron una quincena durante la cual él mandó a hacer su ropa), May casi no podía ocultar las ansias con que esperaba el momento de embarcarse de regreso.

En Londres lo único que le interesaba eran los teatros y las tiendas; y los teatros le parecieron menos excitantes que los *cafés chantants* de París donde, bajo los castaños en flor de los Campos Elíseos, vivió la primera experiencia de observar desde la terraza del *restaurant* a un público compuesto por *cocottes*^[50], mientras su marido le traducía lo poco de las canciones que consideraba apropiado a sus oídos de recién casada.

Archer había retomado todas sus viejas ideas heredadas acerca del matrimonio. Vivir conforme a las tradiciones y tratar a May exactamente igual que sus amigos trataban a sus esposas era mucho más cómodo que tratar de poner en práctica las teorías que había elaborado cuando era soltero y plenamente libre. No había motivo para tratar de emancipar a una esposa que no tenía la más remota noción de que no fuera libre; y ya hacía tiempo que había descubierto que el único uso de esa libertad que May suponía poseer sería depositar dicha libertad en el altar de su adoración de esposa. Su innata dignidad siempre le evitaría hacer el don de manera abyecta; e incluso vendría un día (como ya ocurrió una vez) en que encontraría fuerzas para retirarlo si pensaba que lo hacía para el bien de Archer. Pero con una concepción del matrimonio tan poco complicada y tan indiferente como la suya, tal crisis podría provocarla sólo algo visiblemente afrentoso en la conducta de su marido; y la delicadeza de sus sentimientos hacia él lo hacían impensable. Pasara lo que pasara, Archer sabía que ella siempre sería leal, valiente y sin resentimientos. Y eso lo comprometía a practicar las mismas virtudes.

Todo lo cual tendía a llevarlo de vuelta a sus viejos hábitos mentales. Si su simpleza hubiera sido la simplicidad de la mezquindad, se habría enfadado y luego rebelado; pero ya que las líneas de su carácter, aunque tan pocas, eran del mismo fino molde que su rostro, May se convertía en la deidad tutelar de todas las viejas tradiciones y motivos de respeto de su marido.

Tales cualidades no eran las más adecuadas para alentar un viaje al extranjero, aunque la hacían una compañera fácil y agradable; pero Archer vio de inmediato cómo encajarían bien una vez en su propio ambiente. No temía ser oprimido por ella, pues su vida artística e intelectual seguiría igual, como siempre fue, fuera del círculo doméstico; y dentro de éste no habría nada pequeño ni rígido; volver a su esposa jamás sería como entrar en una habitación sofocante después de un paseo al aire libre. Y cuando tuvieran hijos, se llenarían los rincones vacíos de ambas vidas.

Todas estas cosas desfilaban por su mente durante el largo y lento viaje de Mayfair a South Kensington, donde vivían Mrs. Carfry y su hermana. También Archer hubiera preferido evitar la hospitalidad de sus amigas; de acuerdo con la tradición familiar él había viajado siempre como turista y espectador, fingiendo un altivo desprecio por la presencia de sus congéneres. Sólo una vez, justo después de terminar Harvard, pasó unas pocas semanas alegres en Florencia con un grupo de extraños norteamericanos europeizados, bailando toda la noche en palacios de damas con títulos nobiliarios, y jugando gran parte del día con los libertinos y los petimetres del club de moda. Pero, a pesar de ser lo más entretenido del mundo, todo le había parecido irreal como un carnaval. Esas extrañas mujeres cosmopolitas, sumergidas en complicados asuntos amorosos que al parecer necesitaban relatar al primero que encontraban, y aquellos magníficos oficiales jóvenes y los avejentados caballeros de un ingenio de la peor clase que eran los objetos o los depositarios de sus confidencias, eran demasiado diferentes de la gente entre la cual Archer había crecido y demasiado parecidas a las plantas caras y malolientes de los invernaderos exóticos, como para atraer su imaginación por mucho tiempo. No pretendería jamás introducir a su esposa en semejante sociedad; pero durante sus viajes ninguna otra había demostrado interés en su compañía.

Poco después de su llegada a Londres, Archer se encontró con el duque de St. Austrey, quien lo reconoció al instante y lo saludó con gran cordialidad diciendo:

—Me encantaría que fuera a visitarme.

Pero ningún norteamericano hecho y derecho consideraría aceptar una invitación de esa especie, de modo que el encuentro no tuvo secuela. Habían logrado evitar a la tía inglesa de May, la esposa del banquero, que aún vivía en Yorkshire; en realidad, habían pospuesto a propósito el viaje a Londres hasta el otoño de manera que su llegada en plena temporada no pareciera importuna ni esnob a los ojos de esos parientes desconocidos.

—Es probable que no haya nadie en casa de Mrs. Carfry; Londres es un desierto en esta época, y creo que estás demasiado elegante —dijo Archer a May, sentada a su lado en un cabriolé tan perfecta y espléndida en su capa azul cielo bordeada de plumas de cisne que parecía una maldad exponerla a la suciedad londinense.

—No quiero que crean que nos vestimos como salvajes —replicó ella, con un rencor propio de Pocahontas.

Archer se impresionó una vez más de la religiosa reverencia de las mujeres norteamericanas, hasta las menos mundanas, por las ventajas sociales de un vestido.

«Es su armadura —pensó—, su defensa contra lo desconocido, y es su desafío».

Y comprendió por primera vez el ardor con que May, que era incapaz de atar una cinta en su pelo para agradarlo, había realizado el solemne rito de seleccionar y hacer confeccionar su abundantísimo vestuario.

Acertó al pensar que los invitados de Mrs. Carfry serían pocos. Aparte de la anfitriona y su hermana, sólo había en el largo y helado salón otra dama con chal, un afable vicario que resultó ser su marido, un muchacho silencioso a quien Mrs. Carfry presentó como su sobrino, y un caballero moreno, bajo y de ojos vivaces que fue presentado con un nombre francés como su preceptor.

En medio de este grupo cuyas borrosas figuras apenas iluminaba una pálida luz, May Archer flotaba como un cisne a la puesta del sol: se veía más grande, más rubia, y hacía crujir su vestido con un fuerte frufú como Archer nunca antes la viera hacerlo. Comprendió que su aspecto atractivo y el frufú eran señales de una extremada e infantil timidez.

«¿De qué demonios esperarán ellos que yo hable?», imploraban sus ojos desvalidos clavados en Archer justo en el momento en que su esplendorosa aparición provocaba la misma ansiedad en sus amigas. Pero la belleza, aunque desconfíe de sí misma, despierta confianza en el corazón masculino; y el vicario y el preceptor francés muy pronto manifestaron a May su deseo de que se sintiera cómoda.

Sin embargo, a pesar de los grandes esfuerzos de todos, la cena languidecía. Archer notó que la manera que tenía su esposa de mostrarse a gusto entre extranjeros era volverse más intransigentemente localista en sus alusiones, de modo que, a pesar de que su hermosura provocaba admiración, sus réplicas enfriaban la conversación. El vicario pronto abandonó la lucha; pero el preceptor, que hablaba un inglés fluido y perfecto, con gran cortesía prosiguió haciendo gala de él en su honor, hasta que por fin las damas, ante el manifiesto alivio de todos los presentes, subieron al salón.

El vicario, después de beber un vaso de oporto, debió retirarse apresuradamente a una reunión, y el tímido sobrino, que parecía ser inválido, fue llevado a su cama. Pero Archer y el preceptor continuaron sentados bebiendo su vino, y de súbito Archer se encontró hablando como no lo hacía desde su última larga conversación con Ned Winsett. Así supo que el sobrino Carfry estuvo al borde de una tuberculosis y debió abandonar Harrow e irse a Suiza, donde pasó dos años gozando del clima templado del lago Lemán. Como era un joven estudioso, se encargó su educación a M. Rivière, quien lo llevó de regreso a Inglaterra y se quedaría con él hasta que fuera a Oxford la próxima primavera. Y M. Rivière agregó con sencillez que tendría que buscar otro empleo.

A Archer le pareció imposible que tardara en encontrarlo, siendo tan variados sus intereses y tan numerosas sus cualidades. Era un hombre de unos treinta años, de cara delgada y fea (seguramente May habría opinado que era vulgar) a la que la agilidad de su mente daba una intensa expresividad, pero en su viveza no había nada de frívolo ni de mediocre.

Su padre había muerto joven; ejerció un puesto diplomático de poca importancia, y pretendía que el hijo siguiera la misma carrera; pero su insaciable gusto por las letras llevó al joven al periodismo, luego al oficio de escritor (al parecer sin éxito), y a la larga, después de otros experimentos y vicisitudes que le ahorró a su interlocutor, a ser preceptor de jóvenes ingleses en Suiza. Pero antes de eso vivió largo tiempo en París, frecuentó el *Grenier Goncourt*^[51], donde Maupassant le aconsejó que no intentara escribir (¡hasta eso le pareció a Archer un deslumbrante honor!), y había conversado muchas veces con Mérimée en casa de su madre. Era evidente que siempre fue extremadamente pobre y que vivió angustiado (por tener que mantener a su madre y a su hermana soltera), y se veía claramente que sus ambiciones literarias habían fracasado. De hecho, su situación parecía, en el aspecto material, tan obscura como la de Ned Winsett; pero había vivido en un mundo en el cual, según dijo, nadie que ama las ideas padece de hambre mental. Como precisamente de aquel mismo amor moría de hambre el pobre Winsett, Archer miró con una especie de envidia por sus penurias a este afanoso joven indigente a quien le había ido magníficamente bien en su pobreza.

—¿No es cierto, *monsieur*, que el gran valor está en mantener la propia libertad intelectual, en no esclavizar nuestro poder de apreciación, nuestra independencia crítica? Fue por esa razón que abandoné el periodismo y asumí un trabajo mucho más monótono, ser preceptor y secretario privado. Es un trabajo bastante pesado, por supuesto, pero uno conserva su libertad moral, lo que en francés llamamos nuestro *quant á soi*^[52]. Y cuando uno escucha conversaciones interesantes, puede incorporarse a ellas sin comprometer otra

opinión que la propia; o bien puede escuchar y responder mentalmente. Ah, una buena conversación, no hay nada mejor, ¿no es cierto? El aire de las ideas es el único aire que merece respirarse. Por eso nunca me arrepentí de abandonar tanto la diplomacia como el periodismo, dos formas diferentes de la misma autoabdicación.

Fijó sus ojos vivaces en Archer mientras encendía otro cigarrillo.

—*Voyez-vous, monsieur*^[53]!, para poder mirar la vida de frente bien vale la pena vivir en una buhardilla, ¿no cree? Pero, después de todo, uno debe ganar lo suficiente para pagar la buhardilla; y confieso que la idea de envejecer como preceptor privado, o cualquier otra cosa «privada», es para mí tan espeluznante como ser segundo secretario en Bucarest. A veces pienso que debo aventurarme a dar un paso definitivo, un inmenso paso. Por ejemplo, ¿usted cree que habría posibilidad de algún puesto para mí en Estados Unidos, en Nueva York?

Archer lo miró sorprendido. ¡Nueva York, para un joven que ha frecuentado a los Goncourt y a Flaubert, y que piensa que el mundo de las ideas es el único en que se puede vivir! Siguió mirando fijo a M. Rivière, perplejo, preguntándose cómo decirle que su gran superioridad y sus cualidades eran el obstáculo mayor para el éxito.

—Nueva York, Nueva York, pero ¿tiene que ser precisamente Nueva York? —tartamudeó, absolutamente incapaz de imaginar algún empleo lucrativo que su ciudad nativa pudiera ofrecer a un joven para quien una buena conversación parecía ser su única necesidad.

Un repentino rubor tiñó la piel cetrina de M. Rivière.

—Pensé... pensé que era su metrópolis, ¿no es allí más activa la vida intelectual? —replicó; luego, como temiendo dar a su interlocutor la impresión de estar pidiéndole un favor, continuó apresuradamente—: Uno lanza sugerencias al azar, más para sí mismo que para los demás. En realidad, no veo perspectivas inmediatas...

Y levantándose de su asiento, añadió, sin dar muestras de embarazo:

—Pero Mrs. Carfry pensará que es hora de conducirlo al salón.

Mientras regresaban al hotel, Archer meditó profundamente acerca de este episodio. La hora que pasó con M. Rivière llenó de aire nuevo sus pulmones, y su primer impulso fue invitarlo a cenar al día siguiente; pero ya comenzaba a entender por qué los hombres casados no siempre podían ceder a sus primeros impulsos.

—Ese joven preceptor es un tipo interesante; después de la comida tuvimos una conversación sumamente entretenida acerca de libros y otras cosas —dijo, para ver qué pasaba, cuando iban en la berlina.

May despertó de uno de sus soñadores silencios en los que Archer había leído tantos significados antes de que seis meses de matrimonio le dieran la llave de ellos.

—¿El francesito? ¿No te pareció atrocemente vulgar? —preguntó ella con frialdad.

Y él adivinó que May alimentaba un secreto desencanto por haber sido invitada a cenar en Londres sólo para conocer a un clérigo y a un preceptor francés. La desilusión no era causada por el sentimiento que comúnmente se define como esnobismo, sino por el viejo principio neoyorquino sobre el trato que merece un miembro de su sociedad cuando arriesga su dignidad en tierras extranjeras. Si los padres de May hubieran invitado a cenar a las Carfry en la Quinta Avenida, le habrían presentado a alguien más importante que un pastor y un profesor de enseñanza media.

Pero Archer tenía los nervios de punta, y quiso discutir.

—¿Vulgar... vulgar dónde? —inquirió.

Ella replicó con desacostumbrada rapidez:

—Bueno, diría que en cualquier parte menos en su sala de clase. Esa gente siempre se ve rara en sociedad. Pero —agregó, apaciguadora— supongo que no me di cuenta de que era inteligente.

A Archer le disgustó tanto que usara la palabra «inteligente» como que usara la palabra «vulgar»; pero empezaba a temer su propia tendencia a hacer hincapié en las cosas que le disgustaban en ella. Después de todo, la opinión de May había sido siempre la misma. Era la de toda la gente entre quienes él había crecido, y siempre lo había considerado como algo necesario pero sin importancia. Hasta hacía pocos meses nunca había conocido a una mujer «bien» que mirara la vida de un modo diferente; y si un hombre se casa, necesariamente lo hará con alguien «bien».

—¡Ah, entonces no lo invitaré a cenar! —resolvió, riendo.

Y May repitió, espantada:

—¿Qué dices? ¿Invitar al preceptor de las Carfry?

—Bueno, no el mismo día con las Carfry, si lo prefieres. Pero tengo ganas de volver a conversar con él. Está buscando trabajo en Nueva York.

La sorpresa de May aumentó a la par con su indiferencia: Archer llegó a creer que sospechaba que él se hubiera contaminado con «extranjerismo».

—¿Un empleo en Nueva York? ¿Qué clase de empleo? La gente no tiene preceptores franceses; ¿qué quiere hacer él?

—Principalmente, gozar de una buena conversación, me parece —replicó malévolamente su esposo; y ella se echó a reír, festejando la ocurrencia.

—¡Oh, Newland, qué cosa tan divertida! ¿Has visto algo más francés?

En el fondo, Archer quedó contento de que se solucionara el asunto gracias al rechazo de May de tomar en serio su deseo de invitar a M. Rivière. Otra charla después de cenar habría hecho difícil esquivar el asunto de Nueva York; y mientras más lo pensaba, menos conseguía calzar a M. Rivière dentro de la imagen de la Nueva York que él conocía.

Presintió, con un escalofrío interno, que en el futuro muchos problemas le serían resueltos negativamente; pero cuando pagaba el coche de alquiler y seguía la larga cola del traje de su mujer al interior de la casa, se refugió en la cómoda trivialidad que afirma que los seis primeros meses eran siempre los más difíciles del matrimonio.

«Al cabo de ese tiempo, supongo que ya habremos prácticamente terminado de pulir las asperezas de nuestros respectivos ángulos —reflexionó».

Pero lo peor de todo esto era que la presión de May ya estaba pesando precisamente en los ángulos cuya aspereza más le interesaba mantener.

Capítulo XXI

EL pequeño prado se extendía suavemente hacia el mar inmenso y resplandeciente.

El césped estaba bordeado por un cerco de geranios escarlata, y en los jarrones de hierro fundido pintados de color chocolate que estaban colocados a intervalos a lo largo del sinuoso sendero que conducía hasta el mar, guiaban sus guirnaldas las petunias y la hiedra por encima de la gravilla cuidadosamente rastrillada.

A medio camino entre el borde del acantilado y la cuadrada casa de madera (también color chocolate, pero con el techo de latón de la veranda pintado a rayas amarillas y cafés para representar un toldo), habían colocado dos enormes placas para tiro al blanco

contra un fondo de matorrales. Al otro lado del prado, frente a las dianas, se había montado una verdadera tienda, rodeada de bancos y sillas de jardín. Varias damas vestidas de verano y algunos caballeros con chaqueta gris y sombrero de copa conversaban de pie sobre el césped o sentados en los bancos; y de vez en cuando una esbelta joven vestida de muselina almidonada salía de la tienda con un arco en la mano, y lanzaba su saeta a uno de los blancos, mientras los espectadores interrumpían su charla para ver el resultado.

Newland Archer, de pie en la terraza de la casa, miraba con curiosidad la escena. A cada lado de los escalones pintados con colores radiantes, había un enorme florero de porcelana azul sobre un pedestal de porcelana amarilla muy brillante. Todos los floreros tenían una planta verde y espinosa, y bajo la terraza había una hilera de hortensias azules cercadas por más geranios rojos. Detrás de Archer, las puertas-mamparas de los salones por las que había pasado permitían vislumbrar, entre las oscilantes cortinas de encaje, el suelo de *parquet* encerado atiborrado de *poufs*^[54] de Chintz, sillas enanas, mesas con tapete de terciopelo repletas de objetos de plata.

El Club de Arquería de Newport siempre realizaba su reunión del mes de agosto en casa de los Beaufort. El deporte, que hasta aquí no tenía otro rival que el *croquet*, empezaba a ser desplazado en favor del tenis sobre césped; pero este último juego todavía era considerado demasiado rudo y poco elegante para eventos sociales, y como oportunidad para lucir bonitos vestidos y actitudes graciosas, el arco y la flecha no tenían igual.

Archer contempló maravillado el familiar espectáculo. Le sorprendía que la vida continuara su viejo camino cuando sus propias reacciones al respecto habían cambiado de modo tan absoluto. Fue en Newport donde tuvo conciencia por primera vez de la magnitud del cambio. En Nueva York, durante el invierno recién pasado, después de que él y May se instalaran en la nueva casa color verde amarillento con ventanas salientes y el vestíbulo estilo pompeyano, había vuelto con alivio a su vieja rutina de la oficina, y la renovación de esta actividad diaria le sirvió de lazo de unión con su antigua personalidad. Luego se le presentó la agradable emoción de elegir un veloz caballo gris para la berlina de May (los Welland le habían regalado el carruaje), y el absorbente trabajo e interés por arreglar su nueva biblioteca, la que, a pesar de las dudas y la desaprobación de la familia, quedó tal como había soñado: con un papel gofrado de color oscuro, estanterías Eastlake, buenos sillones y mesas. En el Century había vuelto a verse con Winsett, y en el Knickerbocker con los jóvenes elegantes de su propia clase; y entre las horas dedicadas a las leyes y a cenar fuera o a recibir amigos en su casa, alguna noche ocasional en la ópera o a ver una obra de teatro, la vida que estaba viviendo todavía le parecía un asunto claramente real e inevitable.

Pero Newport representaba una escapada del deber hacia una atmósfera exclusivamente dedicada a los veraneantes. Archer había tratado de convencer a May de pasar el verano en una isla remota a gran distancia de la costa de Maine (llamada, muy apropiadamente, Monte Desierto), donde unos pocos y valientes turistas procedentes de Boston y Filadelfia acampaban en cabañas «nativas», y que era alabada por su maravilloso paisaje y la posibilidad de hacer vida al aire libre, casi de trampero, entre bosques y agua.

Pero los Welland siempre iban a Newport, donde poseían una de las casas cuadradas con vista al acantilado, y su yerno no podía aducir ninguna buena razón para que él y May no se les unieran allí. Como indicó Mrs. Welland en tono bastante cáustico, no valdría la pena que May se hubiera cansado probándose vestidos en París si no se le permitía lucirlos; y contra argumentos de esta clase Archer aún no encontraba respuesta.

La misma May no lograba entender su extraña reticencia para aceptar una manera

tan razonable y agradable de pasar el verano. Le recordó que siempre le gustó Newport en su época de soltero, y como no se lo pudo discutir, sólo le quedó manifestar que estaba seguro de que le iba a gustar más que nunca ahora que estaría allí con ella. Pero cuando desde la terraza de los Beaufort miraba hacia el prado lleno de una brillante muchedumbre, presintió con un escalofrío que no le iba a gustar en absoluto.

No era culpa de May, pobrecita. Si a veces no habían ido al mismo paso durante sus viajes, la armonía había vuelto al reencontrarse ella en las condiciones a que estaba acostumbrada. Archer siempre previó que ella no lo desilusionaría; y no se equivocó. Se había casado (como la mayoría de los jóvenes) porque encontró una muchacha absolutamente encantadora en un momento en que terminaban, con prematuro disgusto, una serie de aventuras sentimentales sin objeto; y ella representó la paz, la estabilidad, la camaradería, y el equilibrado sentimiento de un deber ineludible.

No podía decir que su elección había sido un error, ya que ella respondía a lo que él esperaba. Era sin lugar a dudas muy gratificante ser el marido de una de las más hermosas y queridas jóvenes casadas de Nueva York, especialmente cuando era también la esposa de mejor carácter y la más razonable; y Archer nunca fue insensible a tales ventajas. En cuanto a la momentánea locura que lo perturbó la víspera de su matrimonio, se había propuesto considerarlo como el último experimento descartado. La idea de que en algún momento, en su pleno juicio, hubiera soñado con casarse con la condesa Olenska había llegado a parecerle casi impensable; ella permanecía en su memoria simplemente como el más lastimero y conmovedor ejemplar de una dinastía de fantasmas.

Pero todas estas abstracciones y eliminaciones hicieron de su mente un espacio casi vacío, como una cámara de resonancia, y supuso que era una de las razones por las cuales esas personas activas y animadas que colmaban el prado de los Beaufort lo escandalizaban como si fueran niños jugando en un cementerio.

Oyó un murmullo de faldas cerca de él, y la marquesa Manson salió revoloteando por la puerta-mampara del salón. Como de costumbre, iba vestida con muy mal gusto, excesivamente adornada y llena de guirnaldas, con un sombrero Leghorn flexible sujeto con varias capas de gasa descolorida, y un pequeño quitasol de terciopelo negro con cachapa de marfil tallado se balanceaba en forma absurda por encima del ala de su sombrero, que era mucho más grande.

—¡Mi querido Newland! No tenía idea de que tú y May habían llegado. ¿Dices que llegaste recién ayer? Ah, los negocios, los negocios... los deberes profesionales... comprendo. Sé que a muchos maridos les es imposible acompañar hasta aquí a sus esposas, salvo los fines de semana —ladeó la cabeza y le lanzó una mirada lánguida, y prosiguió con expresión de fastidio: Pero el matrimonio es un largo sacrificio, como a menudo le recuerdo a mi Ellen...

El corazón de Archer se detuvo con una extraña convulsión que ya sintiera una vez antes, y que parecía cerrar estrepitosamente una puerta entre él y el mundo exterior; pero esta rotura de la continuidad debió ser uno de los más breves, porque de inmediato escuchó a Medora responderle una pregunta que aparentemente tuvo valor de hacerle.

—No, no estoy alojada aquí, sino con las Blenker en la deliciosa soledad de Portsmouth. Beaufort fue muy amable de enviar a sus famosos *trotones*^[55] a buscarme esta mañana, para que al menos viera algo de una de las fiestas al aire libre de Regina; pero esta tarde vuelvo a la vida rural. Las Blenker, gente adorable y original, arrendaron una vieja granja muy sencilla en Portsmouth donde reúnen a gente importante del lugar —dejó caer un poco el ala protectora de su sombrero y añadió ruborizándose ligeramente—: Esta

semana el Dr. Agathon Carver organiza una serie de encuentros sobre Pensamiento Interior. Realmente un contraste con esta alegre escena de placer mundano, ¡pero yo siempre he vivido de contrastes! Para mí la única muerte es la monotonía. Siempre le digo a Ellen: «cuídate de la monotonía, es la madre de todos los pecados mortales». Pero mi pobre niña atraviesa una fase de exaltación, de aborrecimiento al mundo. Usted sabe, supongo, que declinó muchas invitaciones para venir a Newport, incluso la de su abuela Mingott. Casi no pude persuadirla de venir conmigo donde las Blenker, ¿me podrá creer? La vida que lleva es mórbida, antinatural. Ah, si me hubiera escuchado cuando todavía era posible... Cuando la puerta aún estaba abierta... Pero ¿quiere que bajemos a ver ese fascinante juego? Oí decir que su May está en la competencia.

Saliendo de la tienda, Beaufort avanzó hacia ellos por el prado, alto, lento, con su levita londinense demasiado ajustada, y una de sus propias orquídeas en el ojal. Archer, que no lo veía desde hace dos o tres meses, se impresionó de su cambio. A la cálida luz estival su aspecto rubicundo parecía pesado y abotagado, y si no fuera por su caminar erguido y sus hombros cuadrados habría parecido un anciano sobrealimentado y vestido recargadamente.

Circulaban toda clase de rumores acerca de Beaufort. En la primavera se había ido en un largo crucero a las Indias Occidentales en su nuevo yate a vapor, y se decía que, en varios puertos donde tocó, se le vio en compañía de una dama muy semejante a *Miss Fanny Ring*. Se decía que el yate, construido en el Clyde, y equipado con cuartos de baño embaldosados y otros lujos inauditos, le había costado medio millón: y que el collar de perlas que le había regalado a su esposa a su regreso era tan magnífico como deben ser tales regalos expiatorios. La fortuna de Beaufort era suficientemente sólida como para hacer frente a los gastos; y sin embargo persistían rumores inquietantes, no sólo en la Quinta Avenida sino en Wall Street. Algunos decían que había especulado sin suerte en el negocio ferrocarrilero, otros que lo sangraba una de las más insaciables miembros de la profesión de Fanny; y ante cada informe acusándolo de insolvencia, Beaufort respondía con una nueva extravagancia: la construcción de otra hilera de invernaderos de orquídeas, la compra de una nueva partida de caballos de raza, o de un nuevo *Meissonnier* o de un *Cabanel* para su pinacoteca.

Se acercó a la marquesa y a Newland con su habitual sonrisa burlona.

—¡Hola, Medora! ¿Se portaron bien los *trotones*? Cuarenta minutos, ¿eh? Bueno, no está mal, considerando que había que cuidar tus nervios. —Estrechó la mano de Archer y luego echó a andar con ellos y, dándose vuelta, se colocó al otro lado de Mrs. Manson y dijo, en voz baja, unas palabras que Archer no pudo oír. La marquesa respondió en una de sus raras jergas extranjeras, y un *¿Que voulez-vous?*, que ensombreció el ceño de Beaufort; pero éste logró esbozar una sonrisa de felicitaciones cuando miró a Archer, diciendo:

—Parece que May se llevará el primer premio.

—Ah, entonces queda en la familia —murmuró Medora.

En ese momento llegaban a la tienda y Mrs. Beaufort los recibió en una infantil nube de muselina color malva y velos flotantes. May Welland salía en ese instante de la tienda. Con su traje blanco, una cinta verde pálido alrededor del talle y una guirnalda de hiedra en el sombrero, tenía la misma indiferencia de la diosa Diana que cuando entró al salón de baile de Beaufort la noche de su compromiso. En el intervalo, ningún pensamiento parecía haber cruzado por sus ojos, ni ningún sentimiento por su corazón; y aunque su marido sabía que era capaz de ambos, se maravilló una vez más de la manera en que la experiencia se apartaba de ella sin tocarla.

Llevaba en la mano el arco y la flecha, y colocándose sobre la marca de tiza trazada sobre el césped, levantó el arco hasta el hombro y apuntó. Su actitud estaba tan llena de gracia clásica que un murmullo de admiración acompañó su aparición, y Archer experimentó el entusiasta sentido de propiedad que tan a menudo le tendía la trampa de un momentáneo bienestar. Las rivales de May, Mrs. Reggie Chivers, las hermanas Merry y las sonrosadas niñas Thorley, Dagonet y Mingott, permanecían tras ella formando un encantador y ansioso grupo, cabezas castañas y doradas inclinadas sobre el marcador, y los sombreros de pálidas muselinas y guirnaldas de flores se mezclaban en un tierno arco iris. Todas eran jóvenes y hermosas, y estaban bañadas en fresca estival; pero nadie tenía la soltura de ninfa de su esposa cuando, con los músculos tensos y el semblante alegre, entregaba su alma en alguna competencia física.

—¡Caramba! —Escuchó Archer que exclamaba Lawrence Lefferts—. No hay nadie que sostenga el arco como ella.

Y Beaufort agregó:

—Sí, pero ése es el único blanco al que acertará en su vida.

Archer sintió una furia irracional. El desdeñoso tributo del anfitrión al «encanto» de May era justo lo que un marido desea oír decir de su esposa. El hecho de que un hombre de mente grosera la considerara falta de atractivo era simplemente otra prueba de la calidad de May; sin embargo las palabras hicieron temblar ligeramente su corazón. ¿Qué pasaría si aquel «encanto» llevado a ese grado supremo fuera sólo una negación, la cortina que tapa un vacío? Mirando a May que volvía encendida y tranquila de su último tiro acertado, tuvo la sensación de que todavía no había levantado aquella cortina.

May recibió las felicitaciones de sus rivales y del resto de los asistentes con la simplicidad que era en ella su máxima virtud. Nadie podía estar celoso de sus triunfos porque ella conseguía dar la impresión de que estaría igualmente tranquila si hubiera errado. Pero cuando sus ojos se cruzaron con los de su marido, su rostro se iluminó con el placer que leyó en los suyos.

A la salida los esperaba el coche de mimbre tirado por *ponies* de Mrs. Welland, y se retiraron en medio de los demás coches que se dispersaban; May llevaba las riendas y Archer iba sentado a su lado.

El sol de la tarde todavía iluminaba el reluciente césped y los arbustos, y una doble fila de victorias, coches de dos ruedas, *landós* y *vis-á-vis*, subían y bajaban por Bellevue Avenue, conduciendo a damas y caballeros elegantemente vestidos que regresaban de la fiesta de los Beaufort, o bien a otros que volvían de dar su diario paseo vespertino a lo largo de Ocean Drive.

—¿Vamos a ver a la abuela? —propuso de súbito May—. Me gustaría contarle que gané el premio. Nos queda mucho tiempo todavía antes de la cena.

Archer estuvo de acuerdo, y ella guió a los *ponies* por Narragansett Avenue, cruzaron Spring Street y salieron hacia el apartado páramo rocoso. Fue en aquella región descuidada donde en su juventud esta nueva Catalina la Grande, siempre indiferente a lo establecido y muy ahorrativa con su dinero, construyó un *cottage orné*^[56] puntiagudo de vigas transversales en un pedazo de terreno de mala calidad pero con vista a la bahía. Allí, en una espesura de robles atrofiados, las terrazas de su casa se extendían por encima de las aguas salpicadas de islas. Un sinuoso camino subía entre ciervos de hierro y bolas de cristal azul empotrados en montículos de geranios hasta una puerta principal de madera de nogal con varias capas de barniz bajo un techo pintado a rayas; y más atrás venía un estrecho vestíbulo con suelo de *parquet* en forma de estrellas blanco y negro al que daban cuatro

pequeños cuartos cuadrados con papeles satinados bajo cielos en que un pintor italiano de brocha gorda había reproducido generosamente todas las divinidades del Olimpo. Cuando el peso de sus carnes se le hizo insoportable, Mrs. Mingott convirtió uno de aquellos cuartos en dormitorio, y en la habitación contigua pasaba sus días, entronizada en un amplio sillón entre la puerta y la ventana siempre abiertas, y abanicándose constantemente con un abanico de hojas de palmera que la prodigiosa proyección de su pecho mantenía tan alejado del resto de su persona que el aire que producía al moverlo apenas rozaba el borde de los protectores de los brazos de su sillón.

Desde que contribuyera a adelantar el matrimonio, la anciana Catherine mostraba a Archer la cordialidad que un servicio prestado incita hacia la persona que lo ha recibido. Estaba persuadida de que la causa de la impaciencia del joven había sido su incontrolable pasión; y como era ardiente admiradora de la impulsividad (cuando no conducía a gastar dinero), siempre lo recibía con un jovial guiño de complicidad y algunas alusiones a las que May era, por fortuna, totalmente ajena.

Examinó y evaluó con mucho interés la flecha con punta de diamante que prendieran al pecho de May al término del partido, comentando que en su época se habría considerado suficiente un broche de filigrana, pero que no se podía negar que los Beaufort hacían las cosas en grande.

—Es realmente una joya de familia, querida mía —dijo la anciana con una risita ahogada—. Debes dejarla en herencia a tu hija mayor.

Pellizcó uno de los blancos brazos de May y vio que los colores le subían al rostro.

—Bueno, bueno —continuó—, ¿qué he dicho para que saques bandera roja? ¿No habrá hijas, sólo hijos, eh? ¡Qué divertido, mírala como se ruboriza más todavía! ¿Qué, tampoco puedo decir eso? ¡Por favor, cuando mis hijos me ruegan que borre todos esos dioses y diosas del cielo de la habitación, siempre les contesto que estoy muy agradecida de tener alguien a mi lado que no se escandaliza de nada!

Archer se echó a reír y May lo imitó, roja hasta los ojos.

—Bueno —prosiguió la anciana—, ahora, por favor, cuéntenme todo acerca de la fiesta, hijos queridos, porque nunca le sacaré una palabra a esa tonta de Medora.

—¿La prima Medora? —exclamó May—. Pero yo creía que había regresado a Portsmouth.

—Hacia allá va —repuso Catherine plácidamente—, pero primero vendrá a recoger a Ellen. Ah, ¿no sabías que Ellen vino a pasar el día conmigo? Qué locura que no haya querido venir a pasar el verano; pero ya dejé de discutir con los jóvenes hace unos cincuenta años. ¡Ellen... Eeeellen! —gritó con su vieja voz chillona, tratando de inclinarse hacia adelante lo suficiente para alcanzar a ver algo del prado que se extendía más allá de la terraza.

No hubo respuesta, y Mrs. Mingott golpeó impaciente con su bastón en el reluciente suelo. Una sirvienta mulata de colorido turbante, en respuesta al llamado, informó a su patrona que había visto a «Miss Ellen» bajando por el sendero hacia la playa. Mrs. Mingott se volvió a Archer.

—Baja y tráela, como un buen nieto. Entretanto esta linda dama me describirá la fiesta —dijo. Archer se levantó como en un sueño.

Había escuchado pronunciar muy a menudo el nombre de la condesa Olenska durante el año y medio desde la última vez que se encontraron, y estaba incluso familiarizado con los principales acontecimientos de su vida en aquel intervalo. Sabía que había pasado el verano anterior en Newport, donde aparentemente hizo mucha vida social,

pero que en el otoño había subarrendado repentinamente la «casa perfecta» que Beaufort le buscara con tanto esfuerzo, y decidió establecerse en Washington. Allí, durante el invierno, escuchó decir que brillaba (como siempre se oye decir de las mujeres bonitas en Washington) en la «esplendorosa sociedad diplomática» que supuestamente debía compensar las carencias del Gobierno. Escuchó todos esos relatos, y varias informaciones contradictorias acerca de su apariencia, su conversación, sus puntos de vista y la elección de sus amigos, con la indiferencia con que se escuchan las reminiscencias de alguien muerto hace largo tiempo. Nunca hasta que Medora la nombrara inesperadamente en el certamen de arquería había retomado Ellen Olenska una presencia viva para él. El tonto balbuceo de la marquesa le había hecho tener una visión del pequeño salón a la luz de la chimenea y el sonido de las ruedas del carruaje regresando por la calle desierta. Pensó en una historia que había leído, de unos niños campesinos de Toscana que encendieron una ramilla de paja en una cueva al borde del camino, cuya luz reveló viejas imágenes silenciosas en su tumba pintada...

El camino hacia la playa bajaba desde el terraplén donde estaba encaramada la casa hasta un paseo sobre el agua plantado con sauces llorones. A través de su velo, Archer vio el reflejo de Lime Rock, con su torreón de un blanco deslavado y la diminuta casa en que la heroica cuidadora del faro, Ida Lewis, vivía sus últimos y venerables años. Más allá estaban los llanos y las feas chimeneas gubernamentales de Goat Island, y la bahía que se extendía al norte con un resplandor dorado hacia Prudence Island con sus robles bajos, y las costas de Conanicut se perdían en la brumosa puesta de sol.

Desde el paseo de los sauces se proyectaba un liviano muelle de madera que terminaba en una especie de glorieta en forma de pagoda; y en esa pagoda había una dama apoyada en la barandilla, dando la espalda a la playa. Archer se detuvo al verla como si despertara de un sueño. Esa visión del pasado era un sueño, y la realidad era lo que lo esperaba en la casa del terraplén allá arriba: era los *ponies* del coche de Mrs. Welland dando vueltas alrededor del óvalo frente a la puerta, era May sentada bajo los desvergonzados dioses olímpicos y animada por secretas esperanzas; era la villa de los Welland al final de Bellevue Avenue, y Mr. Welland, ya vestido para cenar, paseándose por el salón, reloj en mano, con impaciencia de dispéptico... pues en esa casa se sabía exactamente lo que sucedería a determinada hora.

«¿Qué soy yo? Un yerno», pensó Archer.

La silueta al final del muelle no se había movido. Durante largo rato el joven permaneció a medio camino de la ribera, contemplando la bahía surcada por el ir y venir de veleros, lanchas, yates, botes pescadores y negras barcazas carboneras arrastradas por ruidosos remolcadores. La dama de la glorieta permanecía absorta en el mismo panorama. Más allá de los grises bastiones de Fort Adams, una prolongada puesta de sol parecía astillarse en mil fuegos, y el resplandor tiñó la vela de un velero de calado liviano que se abría paso a través del canal entre Lime Rock y la playa. Archer, mientras miraba, recordaba la escena en el Shaughraun, y Montague levantando la cinta de Ada Dyas hasta sus labios sin que ella notara que él estaba en la habitación.

—No lo sabe, no lo ha adivinado. ¿Me daría cuenta yo si se acercara por detrás? Quién sabe —musitó; y de súbito se dijo—: Si no se da vuelta antes de que esa vela cruce Lime Rock, volveré a la casa.

La embarcación se deslizaba en la marea baja. Pasó frente a Lime Rock, ocultó la casita de ida Lewis, y cruzó la torre donde estaba colocado el faro. Archer esperó hasta que un amplio espacio de agua centelleó entre el último arrecife de la isla y la popa de la

embarcación; pero la silueta de la glorieta no se movió.

Archer dio media vuelta y subió la colina.

—Siento que no hayas encontrado a Ellen, me hubiera gustado que la vieras de nuevo —dijo May cuando iban en el coche de regreso a casa en medio del crepúsculo—. Pero tal vez a ella no le hubiera importado, está tan cambiada.

—¿Cambiada? —repitió su marido con voz descolorida y los ojos fijos en las orejas erguidas de los *ponies*.

—Quiero decir que está muy indiferente con sus amigos; se aleja de Nueva York, dejó su casa, y pasa el tiempo con gente muy rara. ¡Imagínate lo atrocemente incómoda que estará en casa de las Blenker! Dice que lo hace para que tía Medora no se meta en más líos, para evitar que se case con gente espantosa. Pero a veces pienso que nosotros siempre la aburrimos.

Archer no contestó y ella prosiguió, con un matiz de cierta dureza que él nunca notara antes en su voz fresca y franca:

—Y por último, me pregunto si no sería más feliz con su marido.

Él respondió con una carcajada.

—¡*Sancta simplicitas*¹⁵⁷! —exclamó, y como ella lo mirara con expresión de desconcierto, añadió—: Creo que nunca te oí decir algo tan cruel.

—¿Cruel?

—Bueno, contemplar las contorsiones de los condenados se supone que es uno de los deportes favoritos de los ángeles; pero creo que ni ellos pensarían que la gente es más feliz en el infierno.

—Entonces es una pena que se haya casado en el extranjero —dijo May con el tono plácido con que su madre enfrentaba las extravagancias de Mr. Welland; y Archer se sintió gentilmente relegado a la categoría de maridos irracionales.

Bajaron por Bellevue Avenue y doblaron entre los postes de madera acanalada coronados por faroles de hierro fundido que marcaban la cercanía de la villa de los Welland. Ya se veían por las ventanas las luces encendidas y Archer, una vez que se detuvo el coche, alcanzó a divisar a su suegro, tal como lo había imaginado, paseándose por el salón, reloj en mano y con esa expresión afligida que hacía años descubriera que era mucho más eficaz que la cólera.

Al entrar al vestíbulo detrás de su mujer, el joven notó en sí mismo un curioso cambio de humor. Había algo en el lujo de la casa de los Welland y la densidad de su atmósfera, tan cargada de insignificantes reglas y exigencias, que siempre actuaba como un narcótico en su sistema nervioso. Las pesadas alfombras, los atentos criados, el perpetuo tic recordatorio de los disciplinados relojes de pared, el montón de tarjetas e invitaciones perpetuamente renovadas sobre la mesa del recibidor... Era toda una cadena de naderías tiránicas que enlazando una hora a la siguiente, y cada miembro de la casa a todos los demás, hacía que cualquier existencia menos sistematizada y próspera pareciera irreal y precaria. Pero ahora era la casa de los Welland y la vida que se esperaba que él llevara en ella la que se volvía irreal e irrelevante, y la breve escena de la playa, cuando se quedó indeciso a medio camino de la orilla, le era tan cercana como la sangre de sus venas.

Estuvo despierto toda la noche al lado de May en el enorme dormitorio de *chintz*, mirando la luz de la luna caer en sentido oblicuo sobre la alfombra y pensando en Ellen Olenska regresando a su casa a través de las fulgurantes playas detrás de los *trotones* de Beaufort.

Capítulo XXII

—¿UNA fiesta para las Blenker? ¿Para las Blenker?

Mr. Welland dejó en la mesa su cuchillo y tenedor y dirigió una mirada ansiosa e incrédula a su mujer a través de la mesa; ésta, ajustando sus anteojos de marco de oro, leyó en voz alta, con tono de fina comedia:

El Profesor y Mrs. Emerson Sillerton tienen el agrado de invitar a Mr. y Mrs. Welland a la reunión del Club de los Miércoles Vespertinos el 25 de agosto a las tres en punto, en honor de Mrs. Blenker y las señoritas Blenker.

Red Gables, Catherine Street.

R. S. V. P.

—¡Santo Dios! —exclamó Mr. Welland, boquiabierto, como si necesitara esa segunda lectura para convencerse de tamaño disparate.

—Pobre Amy Sillerton, nunca se puede predecir lo que va a hacer su marido —suspiró Mrs. Welland—. Supongo que acaba de descubrir a las Blenker.

El profesor Emerson Sillerton era una espina clavada en la sociedad de Newport; y una espina imposible de arrancar, pues crecía en un árbol familiar venerable y venerado. Era, al decir de la gente, un hombre que tuvo «todas las ventajas». Su padre era tío de Sillerton Jackson, su madre una Pennilow de Boston; por ambas ramas había riqueza y posición social, y además mutua compatibilidad. Nada, como hacía notar a menudo Mrs. Welland, nada en el mundo obligaba a Emerson Sillerton a ser arqueólogo ni profesor de cualquier cosa, ni a vivir en Newport todo el invierno, ni a hacer ninguna de las cosas revolucionarias que hacía. Pero finalmente, si iba a romper con la tradición y a burlarse de la sociedad en su cara, no tenía necesidad de casarse con la pobre Amy Dagonet, que tenía derecho a esperar «algo diferente» y suficiente dinero para mantener su propio coche.

En la familia Mingott nadie podía entender por qué Amy Sillerton se había sometido tan sumisamente a las excentricidades de un marido que llenaba la casa de hombres de pelo largo y mujeres de pelo corto y que, cuando viajaba, la llevaba a explorar tumbas en Yucatán en lugar de ir a París o a Italia. Pero ahí estaban, firmes en sus hábitos, y al parecer sin percatarse de que eran diferentes del resto de la gente. Y cuando cada año ofrecían una de sus temibles fiestas al aire libre, cada familia de los acantilados, a causa del parentesco Sillerton-Dagonet, se veía obligada a echar suertes y a enviar a un representante contra su voluntad.

—¡Y hay que agradecer —comentó Mrs. Welland que no eligieran el día en que se corre la Copa! ¿Te acuerdas que hace dos años dieron una fiesta en honor de un negro el mismo día del *thé dansant*^[58] de Julia Mingott? Por suerte ahora, que yo sepa, no hay ninguna otra cosa ese día, pues naturalmente alguno de nosotros tendrá que asistir.

Mr. Welland suspiró nervioso.

—Alguno de nosotros, querida, ¿más de uno? Las tres de la tarde es una hora tan incómoda. Yo tengo que estar aquí a las tres y media para tomar mis gotas, porque no vale la pena tratar de seguir el nuevo tratamiento de Bencomb si no lo hago en forma sistemática; y si he de juntarme contigo más tarde, perdería mi paseo en coche.

Al pensar en esto, dejó nuevamente sobre la mesa su cuchillo y tenedor, y un rubor de ansiedad tiñó sus mejillas surcadas por finas arrugas.

—No hay ninguna razón para que vayas, querido —respondió su esposa con un

tono alegre que se había vuelto automático en ella—. Tengo que ir a dejar algunas tarjetas al otro extremo de Bellevue Avenue, de modo que pasará por la fiesta hacia las tres y media y me quedará lo suficiente como para que Amy no sienta que le hacemos un desaire. —Miró vacilante a su hija—. Y si Newland tiene programado algo para la tarde, tal vez May pueda llevarte a pasear para probar los nuevos arneses rojizos de los *ponies*.

Era un principio en la familia Welland que los días y horas de todos debían estar «programados», como decía Mrs. Welland. La melancólica posibilidad de «matar el tiempo» (especialmente para aquellos que no jugaban *whist* o solitarios) era una imagen que la obsesionaba como el espectro del desempleado obsesiona al filántropo. Otro de sus principios era que los padres no debían jamás (al menos notoriamente) interferir con los planes de sus hijos casados; y la dificultad de compatibilizar este respeto por la independencia de May con la satisfacción de las exigencias de Mr. Welland podía superarse sólo ejercitando un ingenio que no dejaba segundo desocupado del «tiempo programado» de Mrs. Welland.

—Claro que puedo salir a pasear con papá, estoy segura de que Newland encontrará algo que hacer —dijo May, recordando gentilmente a su marido, que no había dado una respuesta.

Para Mrs. Welland era una constante causa de angustia el hecho de que su yerno mostrara tan poca previsión en planificar sus días. Ya había sucedido con demasiada frecuencia, durante la quincena que llevaba bajo su techo, que cuando ella le preguntaba en qué pensaba ocupar su tarde, le contestara con una paradoja:

—Oh, creo que, para variar, voy a ahorrármela en vez de ocuparla.

Y una vez, cuando Mrs. Welland y su hija habían ido a hacer una cantidad de visitas postpuestas hacía tiempo, Archer confesó que se había quedado toda la tarde tendido junto a una roca en la playa que había bajo la casa.

—Parece que Newland nunca mira hacia adelante —se aventuró a comentar en una oportunidad Mrs. Welland a su hija.

Pero May contestó tranquilamente:

—No; pero ya ves que no importa, porque cuando no hay nada especial que hacer él lee un libro.

—¡Ah, sí, igual que su padre! —asintió Mrs. Welland, como si aceptara el hecho en calidad de rareza heredada.

Después de eso, se dejó tácitamente de lado la cuestión de la ociosidad de Newland.

No obstante, como se acercaba el día de la recepción de los Sillerton, May comenzó a mostrar una natural solicitud por el bienestar de su marido, y a sugerir un partido de tenis en casa de Chivers, o una salida a navegar en el *cúter*^[59] de Julius Beaufort, como una manera de reparar su temporal deserción.

—Estaré de regreso hacia las seis, querido; tú sabes que papá nunca termina su paseo después de esa hora.

Y no se quedó tranquila hasta que Archer le dijo que pensaba arrendar un coche para ir hasta una granja especializada en crianza caballar en busca de un segundo caballo para la berlina. Hacía tiempo que andaban detrás de aquel caballo, de modo que la sugerencia fue tan aceptable que May miró a su madre como diciendo: «Ya ves que sabe programar su tiempo tan bien como cualquiera de nosotros».

La idea de la granja y del caballo para la berlina de May había germinado en la mente de Archer el mismo día en que se mencionó por primera vez la invitación de Emerson Sillerton; pero la guardó en secreto como si hubiera algo de clandestino en el plan

y que si se descubría algo podría impedir su ejecución. Había, sin embargo, tomado la precaución de contratar con anticipación un coche con un par de viejos *trotones* de la cuadra de caballos de alquiler que todavía podían hacer sus dieciocho millas en caminos planos; y a las dos de la tarde, levantándose apresuradamente de la mesa del almuerzo, saltó dentro del liviano carruaje y partió.

El día era perfecto. La brisa del norte empujaba pequeños pompones de nubes blancas a través de un cielo ultramarino sobre un mar brillante. Bellevue Avenue estaba desierta a esa hora, y después de dejar al mozo de cuadra en la esquina de Mill Street, Archer volvió bridas hacia la vieja carretera de la playa y cruzó la playa Eastman.

Tenía esa sensación de inexplicable excitación con que, en las vacaciones de medio día del colegio, solía lanzarse a lo desconocido. Llevando a sus *trotones* a mediano andar, calculaba llegar a la granja, que no estaba muy lejos de Paradise Rocks, antes de las tres, de modo que después de escoger el caballo (y probarlo si le parecía promisorio) todavía le quedaban cuatro maravillosas horas a su disposición.

En cuanto supo de la fiesta de los Sillerton, se dijo que la marquesa Manson iría con toda seguridad a Newport con las Blenker, y que *madame* Olenska quizás aprovecharía la oportunidad de pasar el día con su abuela. Era, por tanto, probable que la residencia de las Blenker quedara vacía, y él podría, discretamente, satisfacer una vaga curiosidad acerca de la casa. No estaba seguro de querer ver a la condesa Olenska nuevamente; pero a partir del momento en que la viera desde el sendero sobre la bahía había ansiado, de manera irracional e indescriptible, conocer el lugar donde vivía, y seguir los movimientos de esa silueta imaginada cuando miraba a la real en la glorietta. La añoranza lo acompañaba día y noche como un incesante e indefinible deseo, como el súbito antojo de un enfermo por comer o beber algo que alguna vez probó y había olvidado por mucho tiempo. No podía ver nada más allá del deseo, ni imaginar a qué podía conducirle, pues no tenía conciencia de querer hablar con *madame* Olenska o de oír su voz. Simplemente sentía que si podía llevarse la imagen del pedazo de tierra sobre el cual ella caminaba, y la manera en que el cielo y el mar lo circundaban, el resto del mundo podría parecer un poco menos vacío.

Al llegar a la caballeriza, de una sola ojeada advirtió que el caballo no era el que quería; sin embargo dio una vuelta para probarse a sí mismo que no tenía prisa. Pero a las tres soltó riendas a los *trotones* y se internó por los caminos laterales que conducían a Portsmouth. El viento había amainado y una leve bruma en el horizonte presagiaba una neblina acechando para subir a hurtadillas el Saconet al cambio de la marea; pero todo a su alrededor, campos y bosques, estaban empapados de una luz dorada.

Pasó frente a granjas de techos grises rodeadas de huertos, frente a henares y bosquecillos de robles, frente a poblados con blancos campanarios que se elevaban agudos hacia el desteñido cielo; y por último, después de detenerse a preguntar el camino a varios hombres que trabajaban en un campo, bajó por un camino bordeado de altas varas doradas y zarzamoras. Al final del camino se veía el reflejo azul del río; hacia la derecha, frente a un macizo de robles y arces, vio una casa larga y ruinoso, con la pintura blanca desprendida del recubrimiento.

Al borde del camino que enfrentaba la verja de entrada, se levantaba uno de esos cobertizos abiertos en que los granjeros de Nueva Inglaterra guardan sus implementos agrícolas y los visitantes «amarran sus yuntas». Archer saltó del coche, hizo entrar a sus caballos en el cobertizo, y después de amarrarlos a un poste se dirigió hacia la casa. El césped delante de la vivienda se había convertido en un pastizal; pero a la izquierda había numerosas dalias en un recuadro bordeado de un boj demasiado crecido, y algunos

descuidados rosales circundaban una fantasmal glorieta enrejada que fue alguna vez blanca, coronada por un Cupido de madera que había perdido su arco pero seguía apuntando inútilmente.

Archer se apoyó un instante contra la verja. No se veía a nadie, y no salía ningún ruido por las abiertas ventanas de la casa: un terranova canoso dormitaba ante la puerta y parecía ser un guardián tan ineficiente como el Cupido sin arco. Era curioso pensar que ese lugar silencioso y decadente era el hogar de las turbulentas Blenker; sin embargo, Archer estaba seguro de no haberse equivocado.

Permaneció largo rato en la entrada, contentándose con poder abarcar todo el escenario, y cayendo gradualmente bajo su soporífero hechizo; pero al final despertó con la sensación de que el tiempo pasaba. ¿Miraría desde allí hasta hartarse y luego se iría? Dudaba, sintiendo un súbito deseo de ver el interior de la casa para poder imaginar el cuarto donde pasaba su tiempo *madame* Olenska. Nada le impedía ir hasta la puerta y tocar la campanilla; si, como suponía, ella estaba fuera con el resto del grupo, podía fácilmente dar su nombre y pedir autorización para entrar a la sala de estar para escribir un mensaje.

Pero en vez de ello cruzó el césped y dobló hacia el prado de boj; al entrar en él pudo ver algo de colorido brillante en la glorieta.

Resultó ser una sombrilla rosada, que lo atrajo como un imán: estaba seguro de que era de ella. Entró en la glorieta, se sentó en un asiento cojo, tomó la sombrilla de seda y miró su mango tallado, hecho de alguna madera desconocida que exhalaba un olor aromático. Archer acercó el mango a sus labios.

Escuchó un roce de faldas contra el boj y se quedó inmóvil, apoyado en el mango de la sombrilla que apretaba entre sus manos, y dejó que el ruido se acercara sin alzar los ojos. Siempre supo que esto tenía que ocurrir...

—¡Oh, Mr. Archer! —exclamó una voz joven y fuerte.

Levantó la vista y vio ante él a la más joven y más gorda de las señoritas Blenker, rubia y coloradota, con un vestido de muselina bastante sucio. Una mancha roja en una de sus mejillas probaba que había estado recientemente apretada contra una almohada, y sus ojos semidormidos lo contemplaban acogedoramente pero algo confundidos.

—¡Válgame Dios! ¿De dónde sale usted? Debo haberme quedado profundamente dormida en la hamaca. Todas las demás se fueron a Newport. ¿Tocó la campanilla? —preguntó en forma incoherente.

La confusión de Archer era mayor que la suya.

—Yo... no..., quiero decir, iba a hacerlo. Vine a la isla a ver un caballo, y después pensé en que podría tener la oportunidad de encontrar a Mrs. Blenker y a su visitante y me dirigí hacia acá. Pero me pareció que la casa estaba vacía, de modo que me senté a esperar.

Miss Blenker, librándose del sopor del sueño, lo miró con renovado interés.

—La casa está vacía. Mi madre no está aquí, ni la marquesa, ni nadie más que yo —su mirada expresó un reproche—. ¿No sabía que el Profesor y Mrs. Sillerton ofrecen una fiesta al aire libre en honor de mi madre y todos nosotros esta tarde? Por desgracia yo no pude ir porque tengo dolor de garganta y mi madre tuvo miedo de la vuelta a casa de noche. ¿Ha visto algo más decepcionante? Claro que —añadió alegremente—, no me habría importado tanto si hubiera sabido que usted iba a venir.

Aparecían en ella los síntomas de una torpe coquetería, y Archer logró encontrar fuerzas para interrumpirla.

—Pero *madame* Olenska ¿también fue a Newport?

Miss Blenker lo miró sorprendida.

—¿Usted no sabía que la llamaron y tuvo que marcharse?

—¿La llamaron?

—¡Oh, mi mejor sombrilla! Se la presté a esa gansa de Katie porque iba con sus cintas, y la muy descuidada debe haberla dejado aquí. ¡Así somos las Blenker... verdaderas gitanas! —Recuperó el quitasol con mano firme, lo abrió y guareció su cabeza bajo la cúpula rosada—. Sí, a Ellen la llamaron ayer; nos permite llamarla Ellen, ¿qué le parece? Llegó un telegrama de Boston y ella dijo que debía irse por dos días. Me encanta como se peina, ¿y a usted? —continuó cotorreando *Miss Blenker*.

Archer no dejaba de mirar a través de ella como si fuera transparente. Lo único que veía era el ordinario quitasol que formaba un arco rosado por encima de su cara risueña.

Al cabo de un momento, se aventuró a decir:

—¿No sabe por qué iba *madame Olenska* a Boston? Espero que no serían malas noticias.

Miss Blenker lo tomó con alegre incredulidad.

—No, no lo creo. No nos dijo lo que decía el telegrama. Creo que no quería que lo supiera la marquesa. Tiene un aspecto muy romántico, ¿no es cierto? ¿No le recuerda a Mrs. Scott Siddons cuando lee *Lady Gerladine's Courtsbip*? ¿No la ha leído nunca?

Archer trataba apresuradamente de ordenar sus pensamientos. Parecía que todo su futuro se desplegaba súbitamente ante él; y recorriendo su interminable vacío, vio la menguada figura de un hombre al que jamás le sucedería nada. Dio una mirada a su alrededor, el jardín sin podar, la casa desvencijada, y el bosquecillo de robles bajo el cual se concentraba el crepúsculo. Habría sido el lugar exacto en que debería haberse encontrado con *madame Olenska*; y ella estaba lejos, y ni siquiera la sombrilla rosada era suya...

Frunció el ceño y vaciló.

—Usted no puede saber, claro, pero estaré en Boston mañana. Me gustaría poder verla...

Le pareció que *Miss Blenker* perdía interés en él, aunque no su sonrisa.

—¡Oh, por supuesto, qué amable es! Se alojará en Parker House; debe ser atroz Boston en esta época.

Después de eso, Archer sólo tuvo una noción intermitente de las frases que intercambiaron. Sólo recordaba haber rechazado resueltamente su sugerencia de quedarse a esperar el regreso de la familia y tomar un último té con todos antes de volver a su casa. Finalmente, acompañado de su anfitriona, salió fuera del alcance del Cupido de madera, desató sus caballos y se marchó. Al doblar el camino, vio a *Miss Blenker* parada en la verja, agitando la sombrilla rosada.

Capítulo XXIII

LA mañana siguiente, cuando Archer se bajó del tren Fall River, entró al Boston húmedo de pleno verano. Las calles cercanas a la estación estaban impregnadas de olores a cerveza y café y fruta podrida, y un populacho en mangas de camisa se movía entre ellos con el íntimo abandono de los huéspedes de una pensión desfilando por el pasillo rumbo al cuarto de baño.

Archer encontró un coche de alquiler y se dirigió al Club Somerset para desayunar. Incluso los barrios elegantes tenían ese aspecto de indiferente desaseo que ni el exceso de

calor produce en forma tan degradante en las ciudades europeas. Porter vestidos de percal blanco holgazaneaban en los umbrales de las casas de los ricos, y el propio Common parecía un parque de diversiones al día siguiente de un *picnic* masónico. Si Archer hubiera tratado de imaginar a Ellen Olenska en escenarios insólitos, no podía haber encontrado ninguno en que fuera más difícil imaginarla que en este Boston desierto y postrado por el calor.

Desayunó con apetito y metódicamente, comenzando por una rebanada de melón y hojeando un periódico matutino mientras esperaba sus tostadas y huevos revueltos. Se sentía poseído de una nueva sensación de energía y actividad desde la noche anterior, cuando le anunció a May que tenía asuntos que atender en Boston y que tomaría el Fall River esa misma tarde, regresando a Nueva York la noche siguiente. Siempre estuvo claro que regresaría a la ciudad a principios de la semana, y cuando volvió de su expedición a Portsmouth una carta de la oficina, que la suerte colocó en forma muy visible en un rincón de la mesa del vestíbulo, bastó para justificar su repentino cambio de planes. Hasta se avergonzó de la facilidad con que resultó todo, lo que le recordó, haciéndolo sentir incómodo por un instante, las magistrales invenciones de Lawrence Lefferts para asegurar su libertad. Pero no lo perturbó por mucho tiempo, pues no se hallaba de humor para análisis.

Después del desayuno fumó un cigarrillo y echó una mirada al Commercial Advertiser. Mientras se entretenía en eso, entraron dos o tres personas conocidas, e intercambiaron los habituales saludos: era el mismo mundo, después de todo, aunque él tenía una sensación tan rara de haberse escapado de las redes del tiempo y el espacio.

Consultó su reloj, y como eran las nueve y media se levantó y se dirigió a la sala de escritura. Allí escribió unas pocas líneas, y ordenó a un mensajero que tomara un coche de alquiler hasta Parker House y esperara la respuesta. Luego se sentó detrás de otro periódico y trató de calcular cuánto se demoraría un coche en llegar a Parker House.

—La señora había salido, señor —escuchó de súbito la voz del mensajero en su hombro.

—¿Había salido? —tartamudeó, como si fuera una palabra de un idioma extranjero.

Se fue al vestíbulo. Tenía que haber un error: no podía haber salido a esa hora. Enrojeció de rabia de su propia estupidez: ¿por qué no mandó la nota en cuanto llegó?

Tomó su sombrero y bastón y salió a la calle. La ciudad se había vuelto repentinamente extraña y grande y vacía como si fuera un viajero de tierras lejanas. Se quedó parado en el umbral un momento, vacilante; luego decidió ir a Parker House. ¿Y si el mensajero entendió mal y ella estaba todavía allí?

Empezó a caminar por el medio del Common; y en el primer banco, debajo de un árbol, la vio sentada. Se protegía la cabeza con una sombrilla de seda gris... ¿cómo pudo imaginarla alguna vez con una sombrilla rosada? A medida que se acercaba le impresionaba su actitud desganada: estaba sentada allí como si no tuviera nada más que hacer. Vio su perfil inclinado, y el moño atado en la parte baja del cuello bajo su sombrero negro, y el largo guante arrugado en la mano que asía el quitasol. Se acercó un par de pasos, y ella se dio vuelta a mirarlo.

—Oh —exclamó.

Y por primera vez Archer vio una expresión de sorpresa en su rostro, pero que al instante dio paso a una fría sonrisa de curiosidad y agrado.

—Oh —murmuró otra vez, con un tono diferente, mientras él permanecía de pie mirándola; y, sin levantarse, le hizo lugar en el banco a su lado.

—Estoy aquí por negocios... acabo de llegar —explicó Archer; y, sin saber por qué, de repente empezó a fingir asombro de verla—. ¿Pero qué demonios haces tú en este desierto?

No tenía idea de lo que decía; sintió que le gritaba desde distancias interminables y que ella se desvanecería nuevamente antes de que pudiera alcanzarla.

—¿Yo? También vine por negocios —respondió ella, volviendo la cabeza hacia él de modo que quedaron cara a cara.

Archer apenas escuchaba sus palabras: sólo tenía conciencia de su voz y del sorprendente hecho de que no hubiera quedado ni un solo eco de ella en su memoria. Ni siquiera recordaba que su voz era baja, con una ligera aspereza en las consonantes.

—Te peinas diferente —dijo, y su corazón latía como si hubiera pronunciado palabras irrevocables.

—¿Diferente? No, es que tengo que peinarme lo mejor que puedo cuando no tengo a Nastasia.

—¿Nastasia? ¿No está contigo?

—No, estoy sola. Por dos días no valía la pena traerla.

—¿Estás sola... en Parker House?

Ella lo miró con un destello de su antigua malicia.

—¿Te inquieta que pueda ser peligroso?

—No, peligroso no...

—Pero poco convencional, ¿no? Me lo suponía —reflexionó un momento—. No lo había pensado antes, porque acabo de hacer algo mucho menos convencional —el ligero tinte de ironía aún relucía en sus ojos—. Acabo de negarme a recuperar una suma de dinero que me pertenecía.

Archer se levantó de un salto y se alejó unos pasos. Ella había cerrado su quitasol y permanecía sentada con expresión ausente dibujando sobre la grava. Él se acercó y se paró ante ella.

—¿Ha venido alguien a... verte aquí?

—Sí.

—¿Con la oferta?

Ella asintió.

—¿Y rehusaste... por las condiciones?

—La rechacé —replicó ella al cabo de un momento.

Archer se sentó de nuevo a su lado.

—¿Cuáles eran las condiciones?

—Oh, no eran tan molestas: solamente sentarme a la cabecera de su mesa de vez en cuando.

Hubo otro silencio. El corazón de Archer se había cerrado de un portazo de esa manera extraña en que solía hacerlo, y el joven buscaba en vano la palabra adecuada.

—¿Quiere que regreses... a cualquier precio?

—Bueno, a un muy buen precio. Al menos la suma es significativa para mí.

Archer guardó silencio, luchando con la pregunta que creía su deber plantear.

—¿Viniste aquí a encontrarte con él?

Ella lo miró fijo y luego estalló en una carcajada.

—¿Encontrarme con... mi marido? ¿Aquí? En esta época él está siempre en Cowes o en Baden.

—¿Mandó a alguien?

—Sí.

—¿Con una carta?

Ella negó con la cabeza.

—No, sólo un mensaje. El nunca escribe. No creo haber recibido más de una carta
suya.

La alusión coloreó sus mejillas, y se reflejó en el vivo rubor de Archer.

—¿Por qué no escribe nunca?

—¿Por qué tendría que escribir? ¿Para qué están los secretarios?

El rubor del joven se intensificó. Ella había pronunciado la palabra como si no tuviera más significado que cualquiera otra en su vocabulario. Por un momento tuvo en la punta de la lengua preguntarle: «Entonces, ¿envió a su secretario?». Pero el recuerdo de la única carta del conde Olenski a su mujer estaba demasiado presente en su recuerdo. Calló, y luego se lanzó nuevamente al ataque.

—¿Y esa persona...?

—¿El emisario? El emisario —replicó *madame* Olenska, sonriendo todavía—, podría, por lo que a mí respecta, haberse marchado ya; pero insistió en esperar hasta esta noche... en caso que... por si hubiera una posibilidad...

—¿Y viniste a este lugar a reflexionar sobre esa posibilidad?

—Salí a tomar un poco de aire. El hotel es sofocante. Regresaré a Portsmouth en el tren de esta tarde.

Permanecieron sentados en silencio, sin mirarse, contemplando a la gente que pasaba por el sendero. Al cabo de un rato ella volvió los ojos hacia el joven y dijo:

—No has cambiado.

Archer hubiera querido contestarle: «Así era, hasta que te vi de nuevo», pero en su lugar se levantó bruscamente y paseó su mirada por el sucio y caluroso parque.

—Este lugar es horrible. ¿Por qué no vamos un rato a la bahía? Allí hay brisa y estará más fresco. Podemos tomar el vapor hasta Point Arley —ella lo miró vacilante, y él prosiguió—: Un lunes por la mañana no debe haber nadie en el vapor. Mi tren de regreso a Nueva York no sale hasta la noche. ¿Por qué no vamos? —insistió mirándola; y de súbito estalló sin poder contenerse—: ¿No hemos hecho todo lo posible?

—Oh... —murmuró ella nuevamente.

Se paró del asiento y abrió la sombrilla, mirando a su alrededor como si buscara consejo y asegurarse de la imposibilidad de permanecer allí. Después volvió a mirarlo a los ojos.

—No debes decirme esa clase de cosas —dijo.

—Te diré todo lo que quieras; o no diré nada. No abriré mi boca a menos que me lo pidas. ¿Qué daño puede hacerle esto a nadie? Lo único que quiero es escucharte —tartamudeó.

Ella sacó un pequeño reloj que parecía de oro con cadena esmaltada.

—¡No hagas cálculos! —gritó Archer—; ¡regálame el día! Quiero alejarte de ese hombre. ¿A qué horas vendrá?

La condesa se ruborizó más intensamente.

—A las once.

—Entonces tienes que venir de inmediato.

—No debes sentir temor alguno... aunque no vaya.

—Ni tú tampoco, si vienes. Te juro que sólo quiero saber de ti, saber qué has hecho. Hace cien años que no nos vemos... pueden pasar otros cien antes de que nos encontremos

nuevamente.

Ella vacilaba todavía, con sus ojos ansiosos fijos en el rostro del joven.

—¿Por qué no fuiste a la playa a buscarme, ese día que estaba con la abuela? —le preguntó.

—Porque no te diste vuelta, porque no supiste que yo estaba allí. Juré que bajaría a buscarte si te dabas vuelta.

Archer se rió de lo infantil de su confesión.

—Pero yo no me di vuelta a propósito.

—¿A propósito?

—Sabía que estabas ahí; cuando llegaste reconocí los *ponies*. Por eso bajé a la playa.

—¿Para alejarte de mí lo más posible?

Ella repitió en voz baja:

—Para alejarme de ti lo más posible.

Él volvió a reír, esta vez con infantil satisfacción.

—Bueno, ya ves que no sirve. Y te diré —agregó— que el negocio a que vine era justamente encontrarte a ti. Pero, tenemos que irnos o perderemos nuestro barco.

—¿Nuestro barco?, —la condesa lo miró con expresión de perplejidad, y luego sonrió—. Tengo que ir al hotel primero, debo dejar una nota...

—Todas las notas que quieras. Puedes escribir aquí. —Sacó su billetera y una de las nuevas plumas estilográficas—. Hasta tengo un sobre... ¡ya ves que está predestinado! Así, apóyala en tu rodilla, mientras hago funcionar la pluma; tienen que estar de buen humor, espera un poco... —Golpeó la mano que sujetaba la pluma contra el respaldo del banco—. Es como hacer bajar el mercurio de un termómetro; es cuestión de maña. Ahora prueba.

Ella se rió e inclinándose sobre la hoja de papel que Archer pusiera encima de la billetera, comenzó a escribir. Archer se alejó unos pasos, mirando con ojos radiantes y ciegos a los transeúntes que, a su vez, se detenían a contemplar el insólito espectáculo de una mujer elegantemente vestida que escribía una nota sobre su rodilla en un banco del Common.

Madame Olenska colocó la hoja en el sobre, escribió un nombre y lo guardó en su bolsillo. Luego se puso de pie.

Se dirigieron de vuelta a Beacon Street, y cerca del club Archer divisó el *herdic*^[60] que llevara su nota a Parker House, cuyo conductor reposaba de su esfuerzo refrescando su frente en el grifo de la esquina.

—¡Te dije que está todo predestinado! Aquí hay un coche para nosotros. ¡Ya lo ves!

Ambos rieron, asombrados de encontrar un transporte público a esa hora, y en aquel insólito sitio, en una ciudad donde las paradas de coches de alquiler eran todavía una novedad «extranjera». Consultando su reloj, Archer vio que había tiempo para ir hasta Parker House antes de dirigirse al embarcadero. El cochecito se zarandeó por las calurosas calles hasta detenerse ante la puerta del hotel.

Archer extendió la mano hacia la carta.

—¿Quieres que yo la lleve? —preguntó.

Pero *madame Olenska*, moviendo la cabeza, bajó del coche y desapareció entre las puertas de vidrio. Eran apenas las diez y media. Pero ¿y si el emisario, impaciente por recibir la respuesta y sin saber en qué ocupar su tiempo, estuviera ya sentado tomando un refresco entre los viajeros que Archer alcanzó a vislumbrar cuando ella entró?

Esperó, paseándose a grandes zancadas frente al coche. Un joven siciliano con ojos

semejantes a los de Nastasia ofreció lustrar sus botas, y una matrona irlandesa trató de venderle duraznos; y cada cierto tiempo se abrían las puertas para dejar salir hombres acalorados con sombreros de paja echados hacia atrás, que lo miraban al alejarse. Se maravilló de que las puertas se abrieran tan a menudo, y que todas las personas que salían fueran tan parecidas entre ellas, y tan parecidas a los demás hombres acalorados que, a esa hora y a lo largo y lo ancho del país, entraban y salían por las puertas batientes de todos los hoteles.

Y luego, repentinamente, apareció una cara que no pudo relacionar con las demás. Apenas alcanzó a divisarla, pues sus paseos lo habían llevado al punto más alejado de su recorrido, y fue al volver hacia el hotel que vio, en un grupo de semblantes típicos, larguiruchos y cansados, redondos y sorprendidos, desencajados y bondadosos, esta otra cara que era tantas cosas al mismo tiempo, y cosas tan distintas. Era la de un hombre joven, pálido también, y bastante extenuado por el calor o preocupación, o ambos, pero de algún modo más rápido, más vivaz, más consciente; o quizás eso le parecía porque era tan distinto. Archer flotó por un momento en el delgado hilo de la memoria, pero se rompió y siguió flotando con la cara que desaparecía, aparentemente la de algún hombre de negocios extranjero, doblemente rara en tal escenario. Se desvaneció en la corriente de transeúntes, y Archer reanudó su vigilancia.

No le importó que lo vieran desde el hotel con el reloj en la mano, y su inútil cálculo del tiempo transcurrido lo llevó a concluir que si *madame* Olenska tardaba tanto en reaparecer, se debía exclusivamente a que se había encontrado con el emisario y que había caído en su emboscada. Al pensarlo, la aprensión de Archer se convirtió en angustia.

—Si no viene luego, iré a buscarla —dijo.

Se abrieron las puertas una vez más y ella caminó hacia él. Subieron al *herdic*, y mientras viajaban él sacó su reloj y vio que la ausencia de *madame* Olenska había sido sólo de tres minutos. En medio del estrépito de las ventanas abiertas que hacía imposible una conversación, el coche fue dando tumbos sobre los irregulares adoquines hasta el muelle.

Sentados uno al lado del otro en un banco del barco semivacío, comprobaron que casi no tenían nada que decirse, o más bien, para lo que tenían que decirse era más adecuado el bendito silencio de la propia liberación y la propia soledad de ambos.

Cuando las ruedas del vapor comenzaron a girar, y los embarcaderos y los barcos se diluyeron a través del velo del calor, Archer pensó que todo el viejo mundo familiar de las costumbres también se diluía. Ansiaba preguntarle a *madame* Olenska si sentía lo mismo, esa sensación de que partían en un largo viaje del cual quizás nunca regresarían. Pero tenía miedo de decirlo, o decir cualquier cosa que pudiera perturbar el delicado equilibrio de su confianza en él. Realmente no quería traicionar aquella confianza. Hubo días y noches en que el recuerdo de sus besos había quemado y vuelto a quemar los labios de Archer; incluso el día antes, camino a Portsmouth, su imagen ardía en él como si fuera un fuego; pero ahora que ella estaba a su lado, y que navegaban en medio de mundos desconocidos, parecía que hubieran alcanzado esa profunda cercanía que un simple contacto puede separar.

Cuando el barco abandonó la bahía enfilando hacia el mar, sintieron agitarse una brisa en torno a ellos y la bahía se quebró en largas ondulaciones untuosas, luego en olas coronadas de espuma. La bruma causada por el abochornado calor todavía pendía sobre la ciudad, pero hacia adelante se extendía un mundo fresco de aguas agitadas y distantes promontorios con faros que brillaban al sol. *Madame* Olenska, apoyándose en la barandilla, bebía el frescor con los labios entreabiertos. Había atado un largo velo alrededor de su sombrero, pero dejaba su cara descubierta. Archer se sintió impresionado por la serena

alegría de su expresión. Parecía tomar su aventura como algo muy normal, y no temer conflictos inesperados ni (lo que era peor) alegrarle demasiado la posibilidad de que se produjeran.

En el sencillo comedor del *restaurant*, que esperaban tener sólo para ellos, se encontraron con un estridente grupo de jóvenes, hombres y mujeres, de aspecto inocente, profesores de escuela en vacaciones, según les dijo el propietario, y el corazón de Archer dio un vuelco ante la idea de tener que conversar con tanto ruido.

—Es inútil, pediré una habitación privada —dijo. Y *madame* Olenska, sin oponer ninguna objeción, esperó mientras él la pedía.

La habitación daba a una larga terraza de madera desde cuyas ventanas se veía el mar. Era desmantelada y fría, la mesa cubierta por un ordinario mantel a cuadros y adornada con una botella de escabeches y un pastel de frutas bajo campana de vidrio. Jamás una sala privada de aspecto más inocente había ofrecido abrigo a una pareja clandestina: Archer imaginó ver el sentido de su tranquilidad en la sonrisa levemente divertida con que *madame* Olenska se sentó frente a él. Una mujer que ha escapado de su marido, y según se dice con otro hombre, debía dominar el arte de tomar las situaciones como se presentan; pero algo en su serenidad acallaba la ironía de Archer. Al estar tan tranquila, tan poco sorprendida y actuar con tanta sencillez, logró borrar las convenciones y hacerle sentir que el hecho de buscar esta privacidad era la cosa más natural entre dos viejos amigos que tienen tanto que contarse...

Capítulo XXIV

ALMORZARON lentamente, meditabundos, con mudos intervalos entre rápidas conversaciones; pues, una vez roto el hechizo, tenían mucho que decir, y hasta había momentos en que el decir llegaba a ser un mero acompañamiento de largos diálogos de silencio. Archer evitó hablar de sus propios asuntos, sin una intención consciente sino porque no quería perder una palabra de su historia; entonces, apoyada en la mesa, con el mentón entre las manos cerradas, ella le relató el año y medio que había pasado desde la última vez que se vieran.

Se había cansado de lo que la gente llamaba «sociedad»; Nueva York era amable, casi opresivamente hospitalaria; nunca olvidaría cómo la acogieron a su regreso; pero después de pasado el primer impacto de la novedad, se encontró, según sus propias palabras, demasiado «distinta» para interesarse por las cosas que interesaban a Nueva York, de modo que decidió probar con Washington, donde se supone que se puede conocer más variedad de gente y de opiniones. Y en el fondo, probablemente se habría instalado en Washington y habría formado allí un hogar para la pobre Medora, que ya había colmado la paciencia de todas sus amistades justo en los momentos en que más necesitaba de cuidado y de que la protegieran de los peligros matrimoniales.

—Pero el Dr. Carver, ¿no le temes al Dr. Carver? Escuché que está con ustedes en casa de las Blenker.

Ella sonrió.

—Oh, el peligro Carver se terminó. Él es un hombre muy inteligente. Busca una esposa rica para que financie sus planes, y Medora es simplemente una buena propaganda como conversa.

—¿Conversa a qué?

—A toda clase de novedosos y locos esquemas sociales. Pero, créeme que a mí me interesan más que la ciega conformidad con la tradición, la tradición de otros, que advierto entre nuestros amigos. Parece estúpido haber descubierto América sólo para hacer de ella una copia de otro país —le sonrió por sobre la mesa—. ¿Crees que Cristóbal Colón se hubiera tomado toda aquella molestia nada más que para ir a la ópera con los Selfridge Merry?

Archer cambió de color.

—Y Beaufort, ¿le dices estas cosas a Beaufort? —preguntó en tono brusco.

—Hace mucho tiempo que no lo veo. Pero lo hacía, y él lo comprende.

—Ah, es lo que siempre te he dicho: no te agradamos. Y te gusta Beaufort porque no es como nosotros. —Paseó su mirada por el cuarto vacío y hacia afuera, a la playa desierta y a la hilera de austeras casas blancas que se alineaban a lo largo de la costa—. Somos tremendamente aburridos. No tenemos carácter, ni color, ni variedad. No entiendo —estalló— por qué no regresas.

Los ojos de la condesa se obscurecieron y Archer esperó una réplica indignada. Pero ella se sentó en silencio, como meditando las palabras escuchadas, y él temió que le contestara que tampoco ella entendía.

Por fin, la condesa dijo:

—Creo que es por ti.

Era imposible hacer esta confesión en forma más desapasionada, o en un tono menos alentador para la vanidad de la persona a quien iba dirigida. Archer enrojeció hasta las orejas, pero no se atrevió a moverse ni a hablar: era como si las palabras de la condesa fueran una rara mariposa que el menor movimiento podría hacer huir batiendo sus asustadas alas, pero que podría atraer a una bandada si no la molestaban.

—Al menos —prosiguió la condesa—, fuiste tú quien me hizo entender que bajo la monotonía había cosas tan hermosas y sensibles y delicadas que hasta las que más me interesaban en mi anterior vida resultaban poca cosa en comparación. No sé cómo explicarlo —levantó las cejas en un gesto de inquietud—, pero es como si nunca antes hubiera comprendido cuán difícil y mezquino y vil es el precio que se debe pagar por los placeres más exquisitos.

«¡Placeres exquisitos, ya es bastante haberlos gustado!», hubiera querido contestar; pero la súplica que vio en sus ojos lo hizo guardar silencio.

—Quiero —continuó ella— ser absolutamente honrada contigo, y conmigo misma. Por mucho tiempo esperé que esta ocasión llegara: que pudiera decirte cuánto me ayudaste, lo que hiciste de mí...

Archer seguía sentado mirándola con el ceño fruncido. La interrumpió con una risa.

—¿Y qué crees que hiciste tú de mí?

Ella palideció un poco.

—¿De ti?

—Sí. Porque yo soy tu obra, mucho más que tú obra mía. Soy el hombre que se casó con una mujer porque otra le dijo que lo hiciera.

Su palidez se convirtió en un fugitivo rubor.

—Pensé... me prometiste... hoy no debes decir esas cosas.

—¡Ah, muy propio de mujeres! Ninguna de ustedes llega al fondo de un asunto desagradable.

Ella bajó la voz.

—¿Es un asunto desagradable... para May?

Él se paró junto a la ventana, tamborileando en el marco levantado y sintiendo en todas sus fibras la melancólica ternura con que ella pronunció el nombre de su prima.

—Porque en eso debemos pensar siempre, ¿no es así?, según tus propios principios —insistió ella.

—¡Mis propios principios! —repitió Archer como un eco, sus ojos inexpresivos fijos en el mar.

—O si no —continuó ella, siguiendo sus pensamientos con penoso esfuerzo—, si no vale la pena haber renunciado, haber perdido tantas cosas, para que otros puedan salvarse de la desilusión y la tristeza... entonces todo aquello por lo que volví, todo lo que hacía ver mi anterior vida en comparación a ésta tan inferior y tan pobre porque allá nadie les daba importancia a los demás... todas esas cosas son una farsa o un sueño...

Archer se dio vuelta sin moverse de su sitio.

—Y en ese caso, no hay ninguna razón en el mundo por la cual no debas regresar, ¿no es eso? —concluyó por ella.

Los ojos de la condesa se aferraban a él con desesperación.

—Oh, ¿no hay ninguna razón?

—No, si te lo juegas todo al éxito de mi matrimonio. Mi matrimonio —dijo rabioso—, no será un espectáculo que te haga quedarte. —Ella no respondió y él prosiguió—: ¿De qué sirve? Me diste el primer atisbo de una vida verdadera, y al mismo momento me pediste que siguiera con una vida ficticia. Está más allá de la tolerancia humana, eso es todo.

—¡Oh, no digas eso, cuando yo lo estoy soportando! —prorrumpió ella con los ojos llenos de lágrimas.

Sus brazos habían caído a lo largo de la mesa, y se sentó con el rostro a la merced de la mirada de Archer, como indiferente ante un grave peligro. Su cara la exponía mucho más que si hubiera sido toda su persona, desnudando su alma. Archer permanecía mudo, abrumado por lo que esta alma repentinamente le decía.

—¿También tú... oh, todo este tiempo, también tú?

En respuesta, ella dejó fluir las lágrimas, que fueron cayendo lentamente.

Todavía los separaba la mitad del ancho de la habitación, y ninguno dio señas de querer moverse. Archer tenía conciencia de una curiosa indiferencia por su presencia física: casi no la habría notado si una de las manos que ella apoyaba en la mesa no hubiera atraído su mirada como cuando, en la casita de la calle Veintitrés, clavara la mirada en ella con el fin de no mirar su rostro. Ahora su imaginación giraba en torno a la mano como al borde de un torbellino; pero aun así no hizo ningún esfuerzo por acercarse. Había conocido el amor que se alimenta con caricias y que alimenta las caricias; pero esta pasión que sentía más adentro que sus propios huesos no podía ser satisfecha de manera superficial. Su gran terror era hacer cualquier cosa que pudiera borrar el sonido y la impresión de las palabras de la condesa; su único pensamiento era que nunca más volvería a sentirse completamente solo.

Pero al cabo de un momento, lo venció la sensación de estar desperdiciando y arruinando algo. Allí estaban, tan cerca uno del otro, confinados a ese cuarto, a salvo, y sin embargo tan encadenados a sus respectivos destinos que bien podrían estar separados por el mundo entero.

—¿Cuál es el objeto, si te vas a ir? —explotó, con un enorme y desesperanzado «¿Qué puedo hacer para que te quedes conmigo?» gritando detrás de sus palabras.

Ella continuó sentada inmóvil, con los párpados bajos.

—¡Oh, todavía no me iré!
—¿Todavía no? ¿Queda algún tiempo, entonces? ¿Algún tiempo que ya tienes previsto?

Al escucharlo ella levantó sus ojos claros.

—Te prometo que no me iré mientras tú resistas. No mientras podamos mirarnos derecho a la cara como ahora.

Archer se dejó caer en su silla. Lo que decía en el fondo la respuesta de la condesa era: «Si levantas un dedo me harás alejarme de ti, volveré a todas las abominaciones que tú sabes, y a todas las tentaciones que adivinas a medias». Archer lo entendió tan claramente como si hubiera pronunciado esas palabras, y esta idea lo mantuvo anclado al otro lado de la mesa con una especie de conmovedora y sagrada sumisión.

—¡Qué vida sería ésa para ti! —gimió.

—Oh... mientras sea parte de la tuya...

—¿Y la mía parte de la tuya?

Ella asintió.

—¿Y eso ha de ser todo, para ambos?

—Bueno, es todo, ¿no es así?

Al oír esto, Archer se puso de pie de un salto, olvidando todo lo que no fuera la dulzura de su rostro. Ella también se levantó, no con intención de ir a su encuentro ni de escapar de él, sino con inmensa serenidad como si lo peor del trabajo ya estuviera hecho y sólo le quedara esperar; tan serenamente que, cuando él se acercó, sus manos tendidas no eran un freno sino una guía. Cayeron entre las suyas, mientras sus brazos, extendidos pero sin rigidez, lo mantenían alejado, tanto como para dejar que su rostro rendido dijera lo demás.

Tal vez permanecieron así largo rato, o sólo unos instantes; pero fue bastante para que el silencio de la condesa expresara todo lo que tenía que decir, y para que Archer sintiera que una sola cosa importaba. No debía hacer nada para que ese encuentro fuera el último; debía dejar el futuro de ambos en las manos de ella, y pedirle únicamente que lo mantuviera bien asido.

—No te entristezcas —dijo la condesa con la voz quebrada, retirando las manos.

—¿No te irás... no te irás? —contestó Archer, como si fuera la única posibilidad que no podía soportar.

—No me iré —murmuró ella.

Y volviéndose, abrió la puerta y salió delante de él hacia el comedor público.

Los ruidosos profesores recogían ya sus pertenencias, preparándose para una desordenada carrera hacia el muelle; al otro lado de la playa esperaba el vaporcito blanco atado al malecón; y sobre las aguas soleadas, Boston se perfilaba en medio de la bruma.

Capítulo XXV

UNA vez de regreso en el barco, y en presencia de extraños, Archer sintió una tranquilidad de espíritu que lo sorprendía a la vez que lo confortaba.

El día, de acuerdo con cualquier evaluación normal, había sido más bien un ridículo fracaso; ni siquiera había tocado con sus labios la mano de *madame* Olenska, ni le había sacado una palabra que le diera una promesa de futuras oportunidades. No obstante, para un

hombre que sufre de un amor insatisfecho y que se aleja por un período indefinido del objeto de su pasión, se sentía casi humillantemente sereno y confortado. Era el equilibrio perfecto que la condesa había logrado entre la lealtad de ambos hacia los demás y la honestidad con ellos mismos que tanto lo había perturbado pero que a la vez lo tranquilizaba; un equilibrio que no fue calculado artificialmente, como demostraron sus lágrimas y vacilaciones que provenían en forma natural de su imperturbable sinceridad. Esto lo llenaba de tierno asombro, ahora que el peligro había pasado, y agradecía al destino porque ninguna vanidad personal, ninguna sensación de jugar un papel delante de testigos sofisticados lo indujeron a seducirla. Incluso después de que se estrecharan las manos despidiéndose en la estación de Fall River, y que él se alejara solo, en su interior permanecía la convicción de que en la entrevista había salvado más de lo que sacrificó.

Se fue caminando hasta el club, donde se instaló en la desierta biblioteca, dando vueltas y más vueltas en su mente cada segundo de las horas que pasaron juntos. Tenía claro, y más se aclaraba cuando más lo escrutaba, que si ella decidía finalmente volver a Europa, volver a su esposo, no sería porque su antigua vida la tentara, ni siquiera en los nuevos términos ofrecidos. No, ella se iría sólo si se daba cuenta de que era una tentación para él, una tentación de apartarse de la regla que ambos habían instituido. Ella escogió estar cerca de él mientras él no le pidiera que se acercara más; y dependía de él mantenerla justo allí, a salvo pero alejada.

Estos pensamientos lo acompañaban todavía en el tren. Lo encerraban en una especie de ofuscamiento dorado, a través del cual los rostros que lo rodeaban parecían remotos y borrosos; creía que si hablaba con sus compañeros de viaje no entenderían lo que les decía. En este estado de abstracción se encontraba a la mañana siguiente, despertando a la realidad de un sofocante día de septiembre en Nueva York. En el largo tren las caras marchitas por el calor se sucedían frente a él y los seguía mirando a través del mismo vaho dorado; pero de pronto, cuando se alejaba de la estación, una de las caras se separó, se acercó y se impuso a su conciencia. Era, como recordó al instante, la cara del joven que había visto el día anterior saliendo de Parker House, al que había calificado como diferente al prototipo, como una cara que no pertenecía a un hotel norteamericano.

Esta vez tuvo la misma impresión; y nuevamente tuvo conciencia de una borrosa sensación de antiguos recuerdos. El joven permaneció un rato mirando a su alrededor con el aire desconcertado del extranjero abandonado a la áspera suerte de un viajero en Norteamérica; luego se dirigió hacia Archer, levantó su sombrero y dijo en inglés:

—¿No nos hemos conocido en Londres, *monsieur*?

—¡Ah, por supuesto, en Londres! —Archer estrechó su mano con curiosidad y simpatía, y exclamó mirando con ojos inquisitivos el semblante astuto y macilento del tutor francés del joven Carfry—. ¡Así que llegó aquí, finalmente!

—Oh, sí... llegué aquí. —M. Rivière sonrió frunciendo los labios—. Pero no por mucho tiempo, regreso pasado mañana.

Permaneció de pie haciendo su liviana maleta, con una mano enfundada en un fino guante, y mirando ansiosamente a Archer a la cara, con expresión de perplejidad, casi suplicante.

—Me pregunto, *monsieur*, ya que tuve la buena suerte de encontrarme con usted, si fuera posible...

—Justamente se lo iba a sugerir. ¿Por qué no viene a almorzar conmigo? En el centro, me refiero; si viene a buscarme a mi oficina lo llevaré a un *restaurant* bastante agradable en el mismo barrio.

M. Rivière estaba visiblemente conmovido y sorprendido.

—Es demasiada bondad de su parte. Pero yo solamente le iba a pedir que me dijera cómo llegar a algún tipo de transporte. No hay maleteros, y nadie parece escuchar...

—Entiendo, las estaciones americanas le deben de sorprender. Cuando usted pide un maletero le dan goma de mascar. Pero si viene conmigo yo lo sacaré de este enredo; y tenemos que almorzar juntos, recuérdelo.

El joven, después de una vacilación casi imperceptible, respondió, en medio de innumerables agradecimientos y en un tono no demasiado convencido, que ya tenía un compromiso; pero cuando llegaron a la relativa seguridad de la calle, le preguntó si podía ir a visitarlo esa tarde.

Archer, liberado de horarios en su oficina gracias al ocio veraniego, fijó una hora y garabateó su dirección en una tarjeta, que el francés puso en su bolsillo con nuevos y reiterados agradecimientos y un amplio saludo con su sombrero. Subió a un coche, y Archer se fue caminando.

Con gran puntualidad, a la hora exacta, M. Rivière se presentó afeitado, peinado, pero todavía inequívocamente tenso y serio. Archer estaba solo en su oficina, y el joven, antes de aceptar el asiento, dijo en forma abrupta:

—Creo que lo vi ayer, señor, en Boston.

La afirmación era muy insignificante, y Archer empezaba a asentir cuando sus palabras fueron cortadas en seco por algo misterioso, aunque luminoso, en la insistente mirada de su visitante.

—Es extraordinario, muy extraordinario —continuó M. Rivière— que nos hayamos encontrado en las circunstancias en que me hallo.

—¿Qué circunstancias? —inquirió Archer, preguntándose con cierta crudeza si necesitaría dinero.

M. Rivière siguió estudiándolo con mirada atenta.

—Vine, no a buscar empleo, como dije que lo haría la última vez que nos vimos, sino en una misión especial...

—¡Ah! —exclamó Archer.

Como un relámpago, ambos encuentros se conectaron en su mente.

Se detuvo para meditar la situación que repentinamente se aclaraba ante él, y M. Rivière también guardó silencio, como consciente de que había dicho lo suficiente.

—Una misión especial —repitió lentamente Archer. El joven francés, abriendo las palmas, las levantó ligeramente, y los dos hombres siguieron mirándose uno a otro a través del escritorio hasta que Archer se levantó para decir:

—Siéntese, por favor.

M. Rivière se inclinó, se sentó en una silla distante, y esperó.

—¿Es acerca de esa misión que quería consultarme? —preguntó por fin Archer.

M. Rivière ladeó la cabeza.

—No en nombre mío; este tema ya... lo he discutido mucho conmigo mismo. Quisiera hablarle, si es posible, de la condesa Olenska.

Archer intuía en los últimos minutos que oiría esas palabras; pero al escucharlas, la sangre afluyó a sus sienes, como si las hubiera rozado una rama colgante en un matorral.

—¿Y a beneficio de quién queréis hacer esto? —dijo.

M. Rivière recibió la pregunta con insolencia.

—Bueno... yo diría que de parte de ella, si no pareciera que me tomo una libertad. ¿Será mejor decir: en nombre de una justicia abstracta?

Archer lo observó con expresión irónica.

—En otras palabras: ¿es usted el mensajero del conde Olenski?

Vio su propio rubor reflejado en el semblante cetrino de M. Rivière.

—No ante usted, *monsieur*. Si acudo a usted es por otras razones muy diferentes.

—¿Qué derecho tiene usted, en estas circunstancias, a manifestar cualquier otro tipo de razones? —replicó Archer—. Si es un emisario, es un emisario.

El joven reflexionó.

—Mi misión está cumplida; en lo que respecta a la condesa Olenska ha fracasado.

—No puedo evitarlo —replicó Archer con la misma nota de ironía.

—No, pero puede ayudar.

M. Rivière hizo una pausa, dio vuelta con mucho cuidado su sombrero con sus manos todavía enguantadas, examinó el forro, y luego volvió a mirar a Archer.

—Estoy convencido de que usted puede ayudar, *monsieur*, para que fracase igualmente con su familia.

Archer empujó su silla hacia atrás y se puso de pie.

—¡Muy bien... y por Dios que lo haré! —exclamó.

Se quedó parado con las manos en los bolsillos, mirando hacia abajo, furioso, al pequeño francés, cuya cara, a pesar de que también se había puesto de pie, quedaba a más de un par de pulgadas por debajo de la línea visual de Archer.

M. Rivière palideció hasta recuperar su matiz normal: era difícil que su cutis fuera capaz de palidecer aún más.

—¿Por qué demonios —continuó Archer explosivamente— pensó usted, ya que supongo que me lo está pidiendo basándose en mi parentesco con *madame* Olenska, que yo tomaría una posición contraria a la del resto de la familia?

Por un momento, la única respuesta de M. Rivière fue el cambio en la expresión de su rostro. Su aspecto varió de la timidez a la absoluta congoja. Habría sido imposible para un joven que generalmente demostraba ser listo, adoptar un aire más desarmado y sin defensa.

—Oh, *monsieur*...

—No puedo imaginarme —prosiguió Archer— por qué ha acudido a mí, habiendo otros tanto más cercanos a la condesa; y menos, por qué pensó que yo debía ser más accesible a los argumentos con que supongo que lo enviaron.

M. Rivière tomó su embestida con una humildad desconcertante.

—Los argumentos que quiero presentarle, *monsieur*, son sólo míos y no son aquéllos con que me enviaron.

—Entonces veo todavía menos razones para escucharlos.

M. Rivière miró nuevamente el interior de su sombrero, como pensando si estas últimas palabras no serían una insinuación lo suficientemente clara como para ponérselo y marcharse. Luego habló con súbita decisión.

—*Monsieur*, ¿me puede decir algo? ¿Es mi derecho a estar aquí lo que usted cuestiona? ¿O tal vez cree que todo este asunto ya está cerrado?

Su calmada insistencia hizo que Archer comprendiera la torpeza de su propia bravata. M. Rivière había logrado imponerse; Archer, enrojando ligeramente, se dejó caer de nuevo en su silla, indicando al joven que se sentara.

—Disculpe, pero ¿por qué no está cerrado el asunto?

M. Rivière le dirigió una mirada angustiada.

—¿Entonces, usted está de acuerdo con el resto de la familia en que, según las

nuevas propuestas que he traído, es casi imposible que la condesa Olenska no regrese junto a su esposo?

—¡Santo Dios! —exclamó Archer.

Y su visitante dejó oír un bajo murmullo de confirmación.

—Antes de verla, visité, a petición del conde Olenski, a Mr. Lovell Mingott, con quien tuve varias conversaciones antes de ir a Boston. Entiendo que representa la posición de su madre; y que la influencia de Mrs. Manson Mingott es enorme en toda la familia.

Archer guardaba silencio, con la sensación de colgar del borde de un resbaladizo precipicio. El descubrimiento de que había sido excluido de participar en estas negociaciones, y no saber siquiera que estaban en marcha, le causó una sorpresa apenas opacada por el agudo asombro que le causaba lo que estaba escuchando. Comprendió en un instante que si la familia había dejado de consultarlo era porque algún profundo instinto tribal les previno que ya no estaba del lado de ellos; y recordó, entendiéndolo ahora, un comentario de May durante el viaje de regreso de casa de Mrs. Manson Mingott el día del certamen de arquería: «Quizás, después de todo, Ellen sería más feliz con su marido».

Incluso en el tumulto de los nuevos descubrimientos, Archer recordó su indignada reacción, y el hecho de que desde entonces su mujer nunca más nombró a *madame* Olenska. La descuidada alusión de May fue sin duda la paja levantada para ver de qué lado soplaba el viento; el resultado fue informado a la familia, y desde entonces Archer fue tácitamente omitido de sus conciliábulos. Admiró la disciplina tribal que hizo a May inclinarse a esta decisión. No lo habría hecho, él lo sabía, si su conciencia hubiera protestado; pero probablemente compartía la opinión familiar de que *madame* Olenska sería más feliz como esposa desgraciada que como mujer separada, y que era inútil discutir el caso con Newland, que tenía una curiosa manera de no tomar como lógicas las cosas más fundamentales.

Archer levantó la vista y se encontró con la ansiosa mirada de su visitante.

—¿No sabe usted, *monsieur* (no puedo creer posible que no lo sepa), que la familia empieza a dudar si tiene derecho a aconsejar a la condesa que rechace las últimas propuestas de su marido?

—¿Las propuestas que usted trajo?

—Las propuestas que yo traje.

Archer tuvo al borde de los labios exclamar que lo que él supiera o dejara de saber no concernía en lo absoluto a M. Rivière: pero algo en la humilde aunque valiente tenacidad de la mirada de M. Rivière lo hizo rechazar tal idea, y contestó la pregunta del joven con otra pregunta.

—¿Con qué fin me habla usted de todo esto?

No tuvo que esperar ni un segundo la respuesta.

—Para suplicarle, *monsieur*, para suplicarle con todas las fuerzas de que soy capaz, que no la deje regresar. ¡Por favor, no la deje regresar! —exclamó M. Rivière.

Archer lo miró con acrecentado asombro. No había duda acerca de la sinceridad de su angustia o de la fuerza de su determinación: era evidente que había resuelto echar todo por la borda ante la suprema necesidad de manifestar así sus sentimientos. Archer reflexionó.

—¿Puedo preguntarle —dijo al cabo de un momento— si ésta es la estrategia que siguió con la condesa Olenska?

M. Rivière enrojeció, pero sus ojos no vacilaron.

—No, *monsieur*, yo acepté esta misión de buena fe. Creí realmente, por razones que

no necesito aburrirlo explicándoselas, que sería mejor para *madame* Olenska recuperar su situación, su fortuna, la consideración social que le da la posición de su marido.

—Por lo tanto, supongo que de otra manera usted no habría aceptado tal misión.

—No la habría aceptado.

—¿Y entonces?

Archer se quedó en silencio otra vez, y los ojos de ambos se encontraron en otro prolongado escrutinio.

—Ah, *monsieur*, después de ver a la condesa Olenska, después de escucharla, supe que ella estaba mucho mejor aquí.

—¿Usted sabía...?

—*Monsieur*, yo realicé mi misión fielmente: presenté los argumentos del conde, sus ofrecimientos sin agregar ningún comentario personal. La condesa tuvo la gentileza de escuchar pacientemente; su gentileza llegó al extremo de recibirme dos veces; escuchó imparcialmente todo lo que vine a decirle. Y fue en curso de estas dos conversaciones que cambié de opinión, que comencé a ver las cosas de manera diferente.

—¿Puedo saber qué produjo ese cambio?

—Simplemente ver el cambio de ella —repuso M. Rivière.

—¿El cambio de ella? ¿De modo que la conocía de antes?

Subieron una vez más los colores en el rostro del joven.

—Solía verla en casa de su esposo. Conozco al conde Olenski hace muchos años. Usted comprenderá que no iba a mandar a un desconocido en una misión así.

La mirada de Archer, desviada hacia las murallas desnudas de la oficina, se detuvieron en un calendario colgante coronado por las austeras facciones del presidente de los Estados Unidos. Que esta conversación transcurriera en algún lugar dentro de los millones de millas cuadradas sujetas a su gobierno, parecía algo tan extraño como cualquier cosa que la imaginación pudiera inventar.

—El cambio, ¿qué clase de cambio?

—¡Ah, *monsieur*, cómo poder explicárselo! —M. Rivière guardó silencio un momento—. *Tenez*^[61]... descubrir, supongo, algo que nunca pensé antes: que ella es norteamericana. Y que si uno es un norteamericano de la clase de ella, y de la suya, cosas que son aceptadas en algunas otras sociedades, o al menos consideradas generalmente como convenientes concesiones mutuas, aquí son impensables, simplemente impensables. Si los parientes de *madame* Olenska entendieran lo que son estas cosas, no hay duda de que su oposición a su regreso sería tan incondicional como la de ella. Pero parece que ellos consideran el deseo de su marido de tenerla de vuelta como una prueba de una irresistible añoranza por la vida hogareña. —Se detuvo, y luego agregó—: Como sea, está lejos de ser tan simple como parece.

Archer volvió a mirar al presidente de los Estados Unidos, y después miró su escritorio y los papeles diseminados en él. Por unos segundos no tuvo confianza en su voz para poder hablar. Durante este intervalo oyó que M. Rivière echaba hacia atrás su silla, y se dio cuenta de que el joven se había puesto de pie. Cuando volvió a levantar los ojos, vio que su visitante estaba tan conmovido como él.

—Gracias —dijo Archer simplemente.

—No tiene nada que agradecerme, *monsieur*; más bien soy yo... —M. Rivière se interrumpió, como si también le costara hablar—. Sin embargo, me gustaría —continuó con voz más firme— agregar una cosa. Me preguntó si trabajaba para el conde Olenski. Por el momento sí; volví a él, hace algunos meses, por razones de necesidad como le puede

sucedier a cualquiera que tenga personas enfermas y ancianas que dependen de él. Pero desde que di el paso de venir aquí a decirle estas cosas, me considero despedido, y así se lo diré al conde a mi vuelta, y le daré las razones. Eso es todo, *monsieur*.

M. Rivière hizo una reverencia y retrocedió un paso.

—Gracias —dijo Archer nuevamente, mientras estrechaba su mano.

Capítulo XXVI

EL quince de octubre de cada año la Quinta Avenida abría sus persianas, desplegaba sus alfombras y colgaba la triple capa de cortinas en las ventanas.

El primero de noviembre este ritual doméstico ya estaba terminado, y la sociedad había comenzado a mirar a su alrededor y a evaluarse a sí misma. Ya el día quince la temporada estaba en su apogeo, la ópera y los teatros estrenaban sus nuevas atracciones, se acumulaban las invitaciones a cenar, y se fijaban las fechas de los bailes. Y puntualmente en esta época, Mrs. Archer decía que Nueva York había cambiado mucho.

Observándola desde el altivo punto de vista del que no participa, era capaz, con la ayuda de Mr. Sillerton Jackson y *Miss Sophy*, de descubrir cada nueva resquebrajadura en su superficie, y todas las extrañas hierbas que brotaban entre las ordenadas hileras de vegetales sociales. Una de los entretenimientos de Archer en su juventud era esperar este pronunciamiento anual de su madre, y escucharla enumerar los mínimos signos de desintegración que su descuidada mirada había pasado por alto. Pues en la mente de Mrs. Archer, Nueva York nunca cambiaba sin cambiar para peor; y *Miss Sophy Jackson* compartía de todo corazón esta opinión.

Mr. Sillerton Jackson, como todo hombre de mundo, no expresaba su juicio y escuchaba divertido y con imparcialidad las lamentaciones de las damas. Pero ni siquiera él negaba que Nueva York había cambiado; y Newland Archer, en el invierno de su segundo año de matrimonio, se sintió obligado a admitir que si todavía no había cambiado, en realidad estaba cambiando.

Estas ideas habían salido a la luz, como era habitual, en la cena de Acción de Gracias de Mrs. Archer. En la fecha en que oficialmente estaba empeñada en agradecer las bendiciones del año, tenía la costumbre de hacer un recuento sombrío pero nunca amargo de su mundo, y preguntarse de qué había que dar gracias.

En todo caso, no del estado de la sociedad; la sociedad, si se pudiera decir que existía, era más bien un espectáculo al que habría que reconvenir con imprecaciones bíblicas... Y en realidad, todos sabían lo que el Reverendo Dr. Ashmore quiso decir al elegir un texto de Jeremías (Cap. II, vers. 25) para su sermón de Acción de Gracias. El Dr. Ashmore, nuevo Rector de St. Matthew, fue nombrado porque era muy «avanzado»: sus sermones se consideraban audaces en los planteamientos y novedosos en el lenguaje. Cuando fulminaba a la sociedad elegante, siempre mencionaba su «tendencia»; y para Mrs. Archer era aterrador a la vez que fascinante sentirse parte de una comunidad que tendía a algo.

—No hay duda de que el Dr. Ashmore tiene razón: hay una marcada tendencia —dijo, como si fuera algo visible y mensurable, como una grieta en la casa.

—Fue bastante raro, sin embargo, predicar sobre eso en un día de Acción de Gracias —opinó *Miss Jackson*.

Su anfitriona repuso con tono seco:

—Oh, él quiere que demos gracias por lo que nos resta.

Archer tenía la costumbre de sonreír ante estos vaticinios anuales de su madre; pero este año hasta él se sintió obligado a reconocer, cuando escuchó enumerar los cambios, que la «tendencia» era visible.

—La extravagancia en el vestir..., —comenzó *Miss Jackson*—. Sillerton me llevó a la primera noche de ópera, y sólo puedo decirles que el vestido de Jane Merry era el único que reconocí del año pasado; y hasta a ese vestido le habían cambiado la parte delantera. Y yo sé que se lo mandaron de Worth hace sólo dos años, porque mi costurera siempre le adapta los vestidos llegados de París antes de que los use.

—Ah, y Jane Merry es una de nosotros —dijo Mrs. Archer.

Y suspiró como si no fuera nada de envidiable estar en una época en que las damas empezaban a lucir sus vestidos parisenses en cuanto los sacaban de la Aduana, en lugar de dejarlos madurar bajo siete llaves, como hacían sus contemporáneas.

—Sí, ella es una de las pocas. En mi juventud —replicó *Miss Jackson*—, se consideraba vulgar vestirse con la última moda; y Amy Sillerton siempre me dijo que en Boston la regla era guardar los vestidos franceses durante dos años. La anciana Mrs. Baxter Pennilow, que todo lo hacía con elegancia, solía importar doce vestidos al año, dos de terciopelo, dos de raso, dos de seda, y los otros seis de popelina y del casimir más fino. Era un encargo permanente, y como estuvo enferma dos años antes de morir, se encontraron cuarenta y ocho vestidos de Worth que nunca se sacaron de sus cajas; y cuando las hijas se quitaron el luto, pudieron usar el primer lote en los conciertos sinfónicos sin verse adelantadas a la moda.

—Ah, bueno, Boston es más conservador que Nueva York; pero siempre pienso que es una ley más segura para una dama guardar sus vestidos franceses durante una temporada —concedió Mrs. Archer.

—Fue Beaufort quien comenzó la nueva moda obligando a su mujer que se pusiera sus vestidos nuevos en cuanto llegaban: debo decir que a veces se requiere toda la distinción de Regina para no verse como... como... —*Miss Jackson* miró alrededor de la mesa, se cruzó con los ojos saltones de Janey, y se refugió en un inteligible murmullo.

—Como sus rivales —dijo Mr. Sillerton Jackson, con el aire de quien inventa un epigrama.

—Oh —murmuraron las señoras. Y Mrs. Archer agregó, más bien para distraer la atención de su hija de temas prohibidos:

—¡Pobre Regina! Me temo que su día de Acción de Gracias no ha sido muy alegre. ¿Ha escuchado rumores acerca de las especulaciones de Beaufort, Sillerton?

Mr. Jackson asintió con indiferencia. Todos habían escuchado los rumores en cuestión, y odiaba confirmar un chisme que ya era de conocimiento público.

Un sombrío silencio cayó sobre el grupo. A nadie le gustaba realmente Beaufort, y no era del todo desagradable pensar lo peor de su vida privada; pero la idea de que trajera deshonor financiero a la familia de su esposa era demasiado espantosa como para ser celebrada ni siquiera por sus enemigos. Esa Nueva York de Archer toleraba la hipocresía en las relaciones privadas, pero en asuntos de negocios exigía una honestidad límpida e impecable. Había pasado mucho tiempo desde que un banquero conocido cayera en el descrédito, pero todos recordaban cómo se extinguieron socialmente las cabezas de la empresa cuando ocurrió el último hecho de esa clase. Podría pasar lo mismo con los Beaufort, a pesar de su poder y de lo estimada que era su esposa. Ni siquiera toda la fuerza

coaligada de la familia Dallas podría salvar a la pobre Regina si resultaban verdaderos los informes sobre las ilegales especulaciones de su marido.

La conversación buscó refugio en temas menos ominosos; pero todos los que trataron parecían confirmar la sensación que comentara Mrs. Archer acerca de una tendencia acelerada.

—Ya te imaginarás, Newland, que supe que dejaste ir a May a casa de Mrs. Struthers a una de sus recepciones dominicales... —comenzó a decir. Pero May la interrumpió alegremente.

—Oh, pero es que ahora todo el mundo va a casa de Mrs. Struthers; hasta invitó a mi abuela a la última recepción.

Así era, reflexionó Archer, como Nueva York manejaba sus transiciones: conspirando por ignorarlas hasta que estuvieran bien instaladas, y entonces, de toda buena fe, imaginar que se habían producido en una época anterior. Siempre había un traidor en la ciudadela y después de que él (o, generalmente, ella) hubiera entregado las llaves, ¿qué se ganaba con pretender que era inexpugnable? Una vez que la gente había gustado de la hospitalidad de los relajados domingos de Mrs. Struthers, nadie quería quedarse en casa recordando que lo que bebían era betún de zapatos transformado en *champagne*.

—Ya lo sé, querida, ya lo sé —suspiró Mrs. Archer—. Supongo que tendrán que suceder estas cosas porque lo único que busca la gente en sus salidas es diversión; pero nunca le perdonaré a tu prima *madame* Olenska que fue la primera persona que aprobó a Mrs. Struthers.

Un repentino rubor subió por el rostro de la joven Mrs. Archer, sorprendiendo a su marido y a los demás invitados a lo largo de la mesa.

—Oh, Ellen... —murmuró, en el mismo tono de acusación y de disculpa a la vez con que sus padres dirían: «Oh, las Blenker».

Era la nota que tañía la familia cada vez que se mencionaba el nombre de la condesa Olenska, pues ésta los sorprendió y los molestó al permanecer insensible a las propuestas de su esposo; pero oírla en los labios de May daba qué pensar, y Archer la miró con la sensación de extrañeza que a veces lo invadía cuando ella hacía eco del ambiente que la rodeaba.

Mrs. Archer, demostrando menos sensibilidad de la habitual en ella para captar ciertas situaciones, siguió insistiendo.

—Siempre he pensado que gente como la condesa Olenska, que ha vivido en sociedades aristocráticas, debería ayudarnos a mantener nuestras distinciones sociales en lugar de ignorarlas.

May continuaba ruborizada; su rubor parecía tener un significado que iba más allá del que implicaba el reconocimiento de la mala fe social de *madame* Olenska.

—No me cabe duda de que a los extranjeros les parecemos todos iguales —dijo *Miss* Jackson en tono agrio.

—No creo que a Ellen le interese la sociedad; pero nadie sabe exactamente qué le interesa —insinuó May, como buscando una evasiva.

—Así es —suspiró Mrs. Archer nuevamente.

Todos sabían que la condesa Olenska no estaba en buenos términos con su familia. Ni su devota defensora, la anciana Mrs. Manson Mingott, fue capaz de defender su posición al rehusarse a regresar con su marido. Los Mingott no proclamaban en voz alta su desaprobación, pues su sentido de solidaridad era demasiado fuerte. Lo que hicieron fue, simplemente, lo que dijo Mrs. Welland: «dejar que la pobre Ellen encuentre su sitio en la

sociedad», y aquél, mortificante e incomprensiblemente, estaba en las oscuras profundidades donde triunfaban las Blenker, y donde la «gente que escribe» celebraba sus desaseados ritos. Era increíble, pero era un hecho, que Ellen, a pesar de todas sus oportunidades y sus privilegios, se había transformado en una simple «bohemia». Este hecho reforzaba la opinión acerca de que había cometido un error fatal al no regresar con el conde Olenski. Después de todo, el lugar de una mujer joven es bajo el techo de su marido, especialmente cuando ella lo dejó en circunstancias que... bueno... si uno se diera el trabajo de examinarlas...

—*Madame* Olenska es muy admirada por los caballeros —dijo *Miss Sophy*, como si quisiera poner algo conciliatorio donde bien sabía que asestaba un dardo.

—Ah, ése es el peligro a que se expone una mujer joven como *madame* Olenska —corroboró en tono dolido Mrs. Archer.

Y las señoras, después de esta conclusión, tomaron la cola de sus trajes para irse en busca de las suaves luces del salón, mientras Archer y Mr. Sillerton Jackson se retiraban a la biblioteca gótica. Una vez instalado frente a la chimenea, y consolándose de la insuficiencia de la comida con la perfección de un cigarro, Mr. Jackson tomó un aire profético y comunicativo (pero de noticias de mal agüero).

—Si se produce la quiebra de Beaufort —anunció—, se revelarán algunos secretos.

Archer levantó la cabeza rápidamente. No podía oír ese nombre sin recordar la nítida visión de la pesada figura de Beaufort, cubierta de opulentas pieles y calzado fino, avanzando por la nieve en Skuytercliff.

—Tendrá que ser —continuó Mr. Jackson— la más sucia de las limpiezas. Beaufort no ha gastado todo su dinero sólo en Regina.

—Bueno, pero eso se da por descontado, ¿no? Mi opinión es que saldrá adelante —dijo el joven, con ganas de cambiar de tema.

—Quizás, quizás. Sé que debía ver a gente influyente hoy día. Por supuesto —concedió Mr. Jackson de mala gana—, se espera que le ayuden a salir del apuro, por esta vez que sea. No me gustaría pensar en la pobre Regina pasando el resto de su vida en el extranjero, en algún miserable balneario para gente arruinada.

Archer no dijo nada. Le parecía tan natural, aunque trágico, que el dinero mal habido fuera cruelmente expiado, que su mente, que apenas se detuvo un instante en la suerte de Mrs. Beaufort, vagara hacia cosas más contingentes. ¿Qué significaba el rubor de May cuando se mencionó a la condesa Olenska?

Habían pasado cuatro meses desde ese día de verano que estuviera junto a *madame* Olenska; y desde entonces no la veía. Sabía que había vuelto a Washington, a la casita que alquilaran ella y Medora. Le escribió una vez, unas pocas palabras para preguntarle cuándo se encontrarían de nuevo, y ella respondió más brevemente aún: «Todavía no».

Desde entonces no hubo más comunicación entre ellos, y él había construido dentro de sí una especie de santuario donde ella reinaba entre sus pensamientos secretos y sus añoranzas. Poco a poco se convirtió en el escenario de su verdadera vida, en su única actividad racional; allá llevaba los libros que leía, las ideas y pensamientos que lo alimentaban, sus decisiones y sus fantasías. Fuera de allí, en el escenario de su vida diaria, se movía con un creciente sentido de irrealidad e insuficiencia, chocando con los prejuicios familiares y los puntos de vista tradicionales como un hombre distraído tropieza con los muebles de su propio dormitorio. Ausente, eso es lo que era: tan ausente de todo lo que era densamente real y cercano a los seres que lo rodeaban que a veces se sorprendía al notar que ellos aún creían que estaba allí.

Se dio cuenta de que Mr. Jackson aclaraba su garganta preparándose para nuevas revelaciones.

—No sé, por cierto, hasta qué punto está enterada la familia de su esposa de lo que la gente dice de... bueno, del rechazo de *madame* Olenska ante la última oferta de su marido.

Archer no respondió, y Mr. Jackson prosiguió hablando en forma ambigua.

—Es una lástima, realmente una lástima, que la rechazara.

—¿Una lástima? ¿Por qué, en nombre de Dios?

Mr. Jackson contempló su pierna desde la rodilla hasta el impecable calcetín que la unía al lustroso escaquin.

—Bueno... para ponerlo en términos más vulgares... ¿de qué va a vivir ahora?

—¿Ahora...?

—Si Beaufort...

Archer se levantó de un salto, y dio un puñetazo en el negro borde de caoba de la mesa-escritorio. Los vasos del doble tintero de bronce bailaron en sus cuencas.

—¿Qué diablos quiere decir, señor?

Mr. Jackson, incorporándose ligeramente en su silla, clavó una tranquila mirada en la ardiente cara del joven.

—Bueno... sé de muy buena fuente... en realidad, de la propia Catherine... que la familia redujo en forma considerable la asignación de la condesa Olenska cuando rechazó definitivamente regresar junto a su esposo; y como, debido a este mismo rechazo, también pierde el derecho al dinero que aportó al casarse, y que Olenski estaba dispuesto a devolverle si regresaba, entonces, ¿qué demonios quieres decir tú, querido muchacho, al preguntarme lo que yo quiero decir? —Fue la respuesta de Mr. Jackson, de muy buen humor.

Archer caminó hacia la repisa de la chimenea y se inclinó a remover las cenizas.

—No conozco los asuntos privados de *madame* Olenska, pero no necesito saberlos para estar seguro de que lo que usted insinúa...

—Oh, no soy yo quien lo dice, es Lefferts, entre otros —interrumpió Mr. Jackson.

—¡Lefferts, que la cortejó y se ganó un *desaire* por hacerlo! —exclamó Archer desdeñosamente.

—Ah... ¿lo hizo? —dijo con brusquedad Mr. Jackson, como si fuera exactamente el hecho que esperaba saber por medio de la trampa que tendiera.

Seguía sentado al lado del fuego, de modo que su dura mirada gastada abarcó el rostro de Archer como en un resorte de acero.

—Bueno, bueno, es una lástima que no quisiera regresar antes del colapso de Beaufort —repitió—. Si se va ahora, y si él fracasa, servirá para confirmar la impresión general, que no pertenece de manera alguna únicamente a Lefferts, para que sepas.

—¡Oh, ella no regresará ahora, menos que nunca!

No acababa de decir esto Archer cuando tuvo otra vez la certeza de que era exactamente lo que Mr. Jackson estaba esperando oír.

El anciano caballero lo contempló atentamente.

—Ésa es tu opinión, ¿eh? Bueno, sin duda tú sabes lo que dices. Pero todos te dirán que los pocos peniques que le quedaban a Medora Manson están todos en las manos de Beaufort; y no me imagino cómo estas dos mujeres mantendrán sus cabezas fuera del agua a menos que él logre salvarse. Por supuesto, *madame* Olenska todavía puede ablandar a la anciana Catherine, que se ha opuesto inexorablemente a que permanezca aquí; y la vieja

Catherine podría darle la asignación que se le antoje. Pero todos sabemos que odia separarse del buen dinero; y el resto de la familia no tiene ningún interés particular en mantener a *madame* Olenska aquí.

Archer se percató de que Mr. Jackson estaba extrañado por el hecho de que él ignorara las diferencias de *madame* Olenska con su abuela y otros familiares, y que el anciano había sacado sus propias conclusiones respecto a las razones de la exclusión de Archer de los consejos de familia. Este hecho le advirtió a Archer que se fuera con cautela, pero las insinuaciones acerca de Beaufort lo hacían actuar imprudentemente. Tenía claro, sin embargo, si no su propio peligro, al menos el hecho de que Mr. Jackson estuviera bajo el techo de su madre, y por consiguiente fuera su invitado. La vieja Nueva York observaba escrupulosamente la etiqueta de la hospitalidad, y no se permitía que ningún cambio de opiniones con un invitado degenerara en una discusión.

—¿Qué le parece si subimos a reunirnos con mi madre? —sugirió fríamente, cuando el último cono de cenizas de Mr. Jackson caía dentro del cenicero de bronce que tenía al lado de su codo.

En el camino a casa, May iba extrañamente silenciosa; a través de la oscuridad, Archer la sintió todavía envuelta en su amenazante rubor. No podía adivinar el significado de esta amenaza, pero ya estaba suficientemente advertido por el hecho de que lo había provocado el nombre de *madame* Olenska.

Fueron al piso de arriba y él entró en la biblioteca. Habitualmente ella lo seguía, pero la oyó caminar por el pasillo hacia su dormitorio.

—¡May! —gritó con impaciencia.

Ella regresó, con una mirada de leve sorpresa.

—Esta lámpara está humeando otra vez; creí que los sirvientes se preocuparían de mantenerla adecuadamente nivelada —gruñó, nervioso.

—Lo siento, no volverá a suceder —respondió ella.

Empleaba el tono firmemente claro que había aprendido de su madre; y Archer se exasperaba al sentir que ella ya empezaba a seguirle la corriente como a un nuevo Mr. Welland. May se inclinó para bajar la mecha, y cuando la luz iluminó sus blancos hombros y las claras curvas de su rostro, Archer pensó: «¡Qué joven es! ¡Cuántos años interminables tendrá que durar esta vida!».

Sintió, con una especie de horror, la fuerza de su propia juventud y de la sangre que hervía en sus venas.

—Mira —dijo de súbito—, tendré que ir a Washington por unos pocos días, pronto, quizás la próxima semana.

Ella tenía todavía la mano sobre el regulador de la lámpara cuando se volvió lentamente hacia él. El calor de la llama devolvió el color subido a sus mejillas, pero volvió a palidecer a medida que levantaba la vista.

—¿Por negocios? —preguntó.

Su tono implicaba que no había otra razón imaginable, y que hizo la pregunta en forma automática, como para redondear su propia frase.

—Por negocios, naturalmente. Hay un caso de patentes que se verá ante la Corte Suprema...

Dio el nombre del inventor y continuó proporcionando detalles con una locuacidad digna de Lawrence Lefferts, mientras ella escuchaba atentamente, diciendo a intervalos: «Ya, entiendo».

—El cambio te hará bien —dijo May simplemente, cuando él finalizó su

discurso—; y no dejes de ir a ver a Ellen —agregó mirándolo derecho a los ojos con su sonrisa límpida, en el tono que hubiera empleado para pedirle que no olvidara algún fastidioso deber familiar.

Fueron las únicas palabras que intercambiaron respecto del tema; pero en el código en que ambos habían sido entrenados, esto quería decir: «Por supuesto que entiendes que sé todo lo que la gente ha dicho sobre Ellen, y simpatizo de todo corazón con mi familia en sus esfuerzos por lograr que regrese junto a su esposo. También sé que, por alguna razón que no has tenido a bien comunicarme, tú le has aconsejado que no siga la senda que los hombres mayores de la familia y también nuestra abuela aprueban; y que gracias a tu apoyo Ellen nos desafía a todos, y se expone a esa clase de críticas que probablemente Sillerton Jackson te ha dado a conocer esta tarde, la insinuación que te ha puesto tan irritable... No han faltado insinuaciones, es cierto; pero ya que al parecer tú no estás dispuesto a recibirlas de otros, te ofrezco yo misma una, de la única manera en que la gente bien nacida de nuestra clase puede comunicar a otra las cosas desagradables: haciéndote entender que sé que piensas ver a Ellen cuando vayas a Washington, y que tal vez vas allá expresamente con ese propósito; y que, ya que estás seguro de verla, deseo que lo hagas con mi entera y explícita aprobación; y que aproveches la ocasión para darle a conocer dónde puede conducirla la línea de conducta que le aconsejaste seguir».

Su mano seguía girando la manilla de la lámpara cuando Archer recibió la última palabra de este mudo mensaje. May bajó la mecha, levantó el globo, y sopló la rebelde llama.

—Dan menos olor si se las apaga soplando —explicó May, con su aire de brillante dueña de casa. Se detuvo en el umbral esperando que él la besara.

Capítulo XXVII

AL día siguiente, Wall Street tenía informaciones más tranquilizadoras sobre la situación de Beaufort. No eran definitivas, pero eran esperanzadoras. Todos tenían la idea de que podía apelar a poderosas influencias en caso de emergencia, y que lo había hecho con éxito; y esa noche en la ópera, cuando Mrs. Beaufort apareció sonriendo como siempre y luciendo un nuevo collar de esmeraldas, la sociedad respiró aliviada.

Nueva York era inexorable para condenar las irregularidades financieras. Hasta el momento nunca hubo excepción a la tácita regla de que aquellos que quebrantaban la ley de la probidad debían pagar; y todos sabían que hasta Beaufort y su esposa serían sacrificados sin concesiones a este principio. Pero verse obligados a sacrificarlos no sólo sería doloroso sino también inconveniente. La desaparición de los Beaufort dejaría un enorme vacío en su pequeño círculo; y los que eran demasiado ignorantes o demasiado indiferentes como para estremecerse ante la catástrofe moral, deploraban desde ya la pérdida del mejor salón de baile de Nueva York.

Archer había resuelto definitivamente ir a Washington. Sólo esperaba la apertura del proceso que había mencionado a May, para que esa fecha coincidiera con la de su visita; pero el martes siguiente supo por Mr. Letterblair que el caso podría postergarse por varias semanas. No obstante, se fue a casa esa tarde decidido a partir de todas maneras la noche siguiente. Lo más probable era que May, que no sabía nada de su vida profesional y jamás mostró interés en ella, no supiera de la postergación, si es que se realizaba, ni recordara los

nombres de los litigantes si se les mencionaba en su presencia. Y, como fuera, él no podía aplazar más su visita a *madame* Olenska. Había demasiadas cosas que debía decirle.

En la mañana del miércoles, al llegar a su oficina, Mr. Letterblair fue a hablarle con grandes muestras de turbación. Beaufort, finalmente, no logró salir del apuro; pero, esparciendo el rumor de que lo había hecho, tranquilizó a sus depositantes, y gruesas sumas de pagos llegaron a destajo al banco hasta la noche anterior, cuando principiaron a predominar nuevamente los rumores inquietantes. En consecuencia, comenzó una corrida de capitales, y era probable que cerrara sus puertas antes de que terminara el día. Se decían las cosas más feas sobre la vil maniobra de Beaufort, y su caída prometía ser una de las más desacreditadas en la historia de Wall Street.

La magnitud de la calamidad tenía a Mr. Letterblair pálido y desconcertado.

—He visto cosas terribles en mi época, pero nada tan terrible como esto. Todos nuestros conocidos serán afectados, de algún modo u otro. Y ¿qué se hará con Mrs. Beaufort? ¿Qué puede hacerse por ella? Me da lástima Mrs. Mingott Manson más que nadie: a su edad, no se sabe el efecto que este asunto pueda tener en ella. Siempre creyó en Beaufort... ¡se hizo amiga suya! Y está toda la parentela Dallas: la pobre Mrs. Beaufort está relacionada con todos ustedes. Su única oportunidad sería abandonar a su marido, y sin embargo, ¿cómo decirle algo así? Su deber está a su lado; y por suerte al parecer fue siempre ciega en lo que respecta a las debilidades privadas de Beaufort.

Golpearon la puerta, y Mr. Letterblair volvió la cabeza vivamente.

—¿Qué pasa? No quiero que me molesten.

Un empleado entregó una carta a Archer y se retiró. Reconociendo la letra de su mujer, el joven abrió el sobre y leyó: «¿Puedes venir, por favor, al barrio residencial lo antes posible? La abuela ha tenido un leve ataque anoche. De alguna manera misteriosa se enteró antes que nadie de las atroces noticias acerca del banco. El tío Lovell está ausente, cazando, y la idea de la deshonra ha puesto tan nervioso a papá que está con fiebre y no puede salir de su habitación. Mamá te necesita urgentemente, así que espero que puedas salir de inmediato e irte directamente a casa de la abuela».

Archer pasó la nota a su socio, y minutos más tarde iba en un repleto tranvía tirado por caballos que se arrastraba lentamente hacia el norte; cambió este vehículo en la Calle Catorce por uno de aquellos altos y tambaleantes buses de la línea de la Quinta Avenida. Era pasadas las doce horas cuando su esforzado vehículo lo dejó en casa de la anciana Catherine. Por la ventana de la sala de estar del piso bajo, donde habitualmente ella se instalaba en su trono, se asomaba ahora la inapropiada figura de su hija, Mrs. Welland, quien, levantando sus ojos ojerosos, hizo un gesto de bienvenida a Archer cuando lo vio aparecer; y May salió a recibirlo a la puerta. El vestíbulo tenía esa apariencia antinatural tan peculiar en casas bien cuidadas cuando son invadidas súbitamente por una enfermedad: bufandas y pieles amontonadas sobre las sillas, el maletín y el abrigo de un médico encima de la mesa, y a su lado cartas y tarjetas que se apilaban sin que nadie les prestara atención.

May estaba pálida pero sonriente, pues el Dr. Bencomb, que acababa de llegar por segunda vez, tenía un diagnóstico más esperanzador, y la animosa determinación de Mrs. Mingott de vivir y sanar ya hacía su efecto en la familia. May condujo a Archer a la sala de estar de la anciana, donde las puertas corredizas que abrían hacia el dormitorio habían sido cerradas y se había dejado caer sobre ellas las pesadas *portières*^[62] de damasco amarillo; y allí Mrs. Welland le comunicó en horrorizada voz baja los detalles de la catástrofe. Al parecer, la noche anterior había ocurrido algo terrible y misterioso. Hacia las ocho de la noche, cuando Mrs. Mingott terminaba su solitario que siempre jugaba después de cenar,

sonó la campanilla de la puerta, y una dama cubierta de un velo tan tupido que los sirvientes no pudieron reconocerla de inmediato solicitó ser recibida.

El mayordomo, al escuchar una voz familiar, abrió de par en par la puerta de la sala de estar y anunció: «Mrs. Julius Beaufort», y la volvió a cerrar. Las señoras deben haber estado juntas, le parecía, cerca de una hora. Cuando Mrs. Mingott llamó, Mrs. Beaufort se había escabullido sin que nadie la viera, y la anciana, pálida, inmensa y terrible, estaba sola sentada en su gran sillón, y hacía señas al mayordomo para que la ayudara a ir a su dormitorio. En ese momento, aunque obviamente afligida, parecía tener completo control de su cuerpo y de su mente. La criada mulata la acostó, le llevó su habitual taza de té, ordenó toda la habitación, y se marchó: pero a las tres de la madrugada la campanilla volvió a sonar, y las dos criadas, que acudieron corriendo ante esta convocatoria desacostumbrada (pues Catherine dormía generalmente como un niño), encontraron a su ama sentada y apoyada contra las almohadas, con una sonrisa torcida en su cara y una mano que colgaba flácida de su gigantesco brazo.

Era claro que el ataque había sido suave, ya que podía articular y hacerse entender; y muy poco después de la primera visita del médico comenzó a recuperar el control de sus músculos faciales. Pero la alarma fue grande; y proporcionalmente grande era la indignación cuando se recogieron de labios de Mrs. Mingott frases fragmentarias diciendo que Regina Beaufort había acudido a ella para pedirle —¡increíble afrenta!— que respaldara a su marido, que lo ayudara a salir del apuro, que no lo desamparara según sus propias palabras, en resumen que indujera a toda la familia a cubrir y condonar su monstruoso deshonor.

—Yo le dije: «el honor siempre ha sido honor, y la honestidad, honestidad en la casa Manson Mingott, y así será hasta que me saquen de aquí con los pies hacia adelante» —había balbuceado la anciana en el oído de su hija, con la voz gruesa de los enfermos parcialmente paralizados—. Y cuando ella dijo: «Pero mi nombre, abuelita, es Regina Dallas», yo le dije: «Era Beaufort cuando él te cubría de joyas, y debe seguir siendo Beaufort ahora que te cubre de vergüenza».

Todo esto relató Mrs. Welland, descolorida y demolida por la desusada obligación de tener finalmente que fijar sus ojos en lo desagradable y lo deshonesto.

—Si al menos pudiera ocultárselo a tu suegro; siempre me dice: «Augusta, te lo imploro, no destruyas mis últimas ilusiones». ¿Y cómo voy a evitar que se entere de estos horrores? —Y la pobre Mrs. Welland rompió en sollozos.

—Después de todo, mamá, él no los ha visto —sugirió su hija.

Y Mrs. Welland suspiró.

—Ah, no; gracias al cielo está a salvo en su cama. Y el Dr. Bencomb prometió mantenerlo ahí hasta que mi pobre madre esté mejor, y que Regina se haya marchado a alguna parte.

Archer se había sentado cerca de la ventana y miraba sin ver la desierta carretera. Era evidente que lo habían hecho ir más como apoyo moral de las conmovidas damas que por la ayuda específica que pudiera prestarles. Se había teleografiado a Mr. Lovell Mingott y despachado mensajes por mano a los miembros de la familia que vivían en Nueva York; entretanto no había nada más que hacer sino discutir con calma las consecuencias del deshonor de Beaufort y la injustificable actitud de su esposa.

Mrs. Lovell Mingott, que estaba en otra sala escribiendo notas, reapareció y agregó su voz a la conversación. En sus días —coincidían las señoras mayores—, la esposa de un hombre que había sido deshonesto en los negocios sólo tenía una salida: borrarse,

desaparecer junto con él.

—Ahí tienen el caso de la pobre abuela Spicer, tu bisabuela, May —dijo Mrs. Welland y se apresuró a agregar—: Naturalmente, las dificultades económicas de tu bisabuelo eran privadas, pérdidas a las cartas o firmas de avales, nunca lo supe bien porque mamá jamás habló de ello. Pero ella creció en el campo porque su madre tuvo que abandonar Nueva York después de la deshonra, cualquiera que fuera; vivieron solos Hudson arriba, invierno y verano, hasta que mamá cumplió dieciséis años. Jamás se le hubiera ocurrido a la abuela Spicer pedir que la familia la apoyara, como entiendo que lo llama Regina; sin embargo, una deshonra privada no es nada comparada con el escándalo de arruinar a cientos de personas inocentes.

—Sí, sería más decoroso de parte de Regina que escondiera la cara en vez de pedir el apoyo de los demás —asintió Mrs. Lovell Mingott. Entiendo que el collar de esmeraldas que usó en la ópera el viernes pasado había sido enviado a prueba por Ball & Black esa misma tarde. Me pregunto si lo recuperarán algún día.

Archer escuchaba impasible el implacable coro. La idea de absoluta probidad financiera como primera ley en el código de un caballero estaba demasiado profundamente arraigada en él como para que consideraciones sentimentales la debilitaran. Un aventurero como Lemuel Struthers podía amasar una fortuna de millones con su betún para zapatos gracias a una serie de operaciones dudosas; pero la honestidad inmaculada era la *noblesse oblige*^[63] de la vieja Nueva York financiera. Tampoco lo emocionaba mayormente el destino de Beaufort. Sentía, sin duda, más lástima por ella que sus indignados familiares; pero le parecía que el lazo entre marido y mujer, aunque se puede romper en la prosperidad, debe ser indisoluble en la desgracia. Como decía Mr. Letterblair, el lugar de una esposa está al lado de su marido al momento de las dificultades; pero la posición de la sociedad no era la de Mr. Letterblair, y la impúdica pretensión de Mrs. Beaufort de que así fuera casi constituía una prueba de su complicidad. La sola imagen de una mujer apelando a su familia para encubrir la deshonra financiera de su marido era inadmisibles, ya que era lo único que la Familia, como institución, no podía hacer.

La criada mulata llamó a Mrs. Lovell Mingott al vestíbulo, y ésta regresó al instante con el ceño fruncido.

—Quiere que telegrafíe a Ellen Olenska. Ya le escribí, naturalmente, lo mismo a Medora; pero ahora parece que no es suficiente. Debo telegrafiarle inmediatamente, y decirle que debe venir sola.

El anuncio fue recibido en silencio. Mrs. Welland suspiró resignadamente, y May se levantó de su asiento y fue a recoger unos periódicos que estaban desparramados en el suelo.

—Supongo que hay que hacerlo —continuó Mrs. Lovell Mingott, como esperando ser contradicha. May volvió al medio de la habitación.

—Por supuesto que hay que hacerlo —dijo—. La abuela sabe lo que quiere, y debemos cumplir todos sus deseos. ¿Quieres que escriba ese telegrama, tía? Si se despacha de inmediato, probablemente Ellen podrá alcanzar a tomar el tren de mañana. Pronunció las sílabas del nombre con peculiar claridad, como si golpeará dos campanas de plata.

—Bueno, no puede salir de inmediato. Jasper y el mozo salieron con notas y telegramas.

May se volvió hacia su marido con una sonrisa.

—Pero aquí está Newland, dispuesto a ayudar en cualquier cosa. ¿Podrías llevar el mensaje, Newland? Queda tiempo antes del almuerzo.

Archer se levantó murmurando que estaba de acuerdo, y May se sentó en el *bonheur du jour*^[64] de palo de rosa de Catherine, y escribió el mensaje con su letra ancha e inmadura. Cuando hubo escrito, lo dobló cuidadosamente y se lo pasó a Archer.

—¡Qué pena —le dijo— que tú y Ellen vayan a cruzarse en el camino! Newland —agregó volviéndose hacia su madre y su tía—, tiene que ir a Washington por un caso de patentes que se abre ante la Corte Suprema. Supongo que el tío Lovell regresará mañana por la noche, y como la abuela está tanto mejor, no me parece correcto pedirle a Newland que deseche un compromiso importante con la firma, ¿no es cierto?

Hizo una pausa, como esperando respuesta, y Mrs. Welland declaró apresuradamente:

—Por supuesto que no, querida. Tu abuela es la última persona que lo desearía.

Cuando Archer salía de la habitación con el telegrama, escuchó la voz de su suegra que añadía, presumiblemente para Mrs. Lovell Mingott:

—¿Pero para qué diablos te hace telegrafiar a Ellen Olenska...?

Y la voz clara de May replicó:

—Quizás sea para hacerle ver nuevamente que, después de todo, su deber está al lado de su esposo.

La puerta de calle se cerró tras Archer, que se alejó caminando apresuradamente hacia la oficina del telégrafo.

Capítulo XXVIII

—OL... ol... ¿cómo se escribe esto tan raro? —preguntó en tono agrio la joven a quien Archer entregara el telegrama de su esposa por la ventanilla de la oficina de la Western Union.

—Olenska, O-1-e-n-s-k-a —repitió, recogiendo el mensaje para escribir en mayúscula las sílabas del nombre extranjero encima de la irregular escritura de May.

—Es un nombre muy difícil para una oficina de telégrafo de Nueva York, por lo menos en este barrio —observó una voz inesperada.

Y al volverse, Archer vio a Lawrence Lefferts pegado a su codo, atusando su impecable bigote mientras fingía no mirar el mensaje.

—Hola, Newland, pensé que te encontraría aquí. Acabo de saber del ataque de Mrs. Mingott e iba camino a su casa cuando te vi doblar por esta calle y corrí detrás de ti. Supongo que vienes de allá.

Archer asintió con la cabeza, y empujó nuevamente su telegrama por la ventanilla.

—Muy mal, ¿eh? —continuó Lefferts—. Telegrafiendo a la familia, supongo. Me imagino que será muy grave cuando están incluyendo a la condesa Olenska.

Archer apretó los labios; sintió un impulso salvaje de darle un puñetazo a esa cara hermosa, larga y presumida que tenía a su lado.

—¿Por qué? —preguntó.

Lefferts, que era conocido por rehuir las discusiones, levantó las cejas con una mueca irónica para advertir a Archer que la muchacha de la ventanilla los observaba. Esa mirada le recordó a Archer que nada podía ir más en contra de las formalidades que cualquier muestra de malhumor en un lugar público, jamás le había importado menos a Archer los requerimientos de las formalidades; pero su impulso de golpear físicamente a

Lefferts fue sólo momentáneo. No podía aceptar la idea de que el nombre de Ellen Olenska estuviera en los labios de ese hombre en tal momento, y que diera pábulo a cualquiera provocación. Pagó el telegrama y ambos jóvenes salieron juntos a la calle. Allí Archer, habiendo recuperado el control de sí mismo, prosiguió:

—Mrs. Mingott está mucho mejor y el doctor ya no está preocupado por ella.

Lefferts, con exagerada expresión de alivio por su mejoría, le preguntó si sabía que nuevamente circulaban espantosos rumores acerca de Beaufort...

Esa tarde, la noticia de la caída de Beaufort estaba en todos los periódicos. Eclipsó las informaciones sobre el ataque de Mrs. Manson Mingott, y sólo los pocos que conocieron la misteriosa conexión entre ambos eventos pensaron en atribuir la enfermedad de Catherine a cualquier cosa menos a la acumulación de carne y años.

Toda Nueva York se entristeció con la historia del deshonor de Beaufort. No tenía recuerdo, decía Mr. Letterblair, de un caso peor, ni tampoco había sucedido algo así en la época del remoto Letterblair que había dado su nombre a la firma. El banco siguió recibiendo dinero durante un día entero sabiendo que su quiebra era inevitable; y como muchos de sus clientes pertenecían a uno u otro de los clanes principales, la hipocresía de Beaufort parecía doblemente cínica. Si Mrs. Beaufort no hubiera tomado la actitud de que tales infortunios (según sus propias palabras) eran «la prueba de la amistad», habría inspirado una compasión que hubiera calmado la indignación generalizada contra su marido. Pero, y especialmente después de que se conoció el motivo de su visita nocturna a Mrs. Manson Mingott, se consideró que su cinismo excedía al de Beaufort; y ella no tuvo excusa, como tampoco tuvieron satisfacción sus detractores, de argumentar que era «una extranjera». Proporcionaba cierto alivio (a aquéllos cuyos dineros no corrían peligro) recordar que Beaufort sí lo era; pero, después de todo, si una Dallas de Carolina del Sur compartía la posición de Beaufort sobre el caso, y hablaba con toda soltura de que éste pronto estaría «nuevamente de pie», el argumento perdía fuerza y sólo restaba asumir esa atroz evidencia de la indisolubilidad matrimonial. La sociedad debía encontrar la manera de seguir existiendo sin los Beaufort, y sanseacabó... excepto, por supuesto, para las desventuradas víctimas del desastre como Medora Manson, la pobre anciana *Miss* Lannings, y muchas otras mal aconsejadas damas de buena familia que, si hubieran escuchado a Mr. Henry van der Luyden...

—Lo mejor que pueden hacer los Beaufort —dijo Mrs. Archer, resumiendo el asunto como si hiciera un diagnóstico y prescribiera el tratamiento—, es irse a vivir a la casita de Regina en Carolina del Norte. Beaufort siempre ha tenido allí una caballeriza con caballos de carrera y debería dedicarse más bien a criar *trotones*. Me atrevería a decir que tiene todas las cualidades de un exitoso vendedor de caballos.

Todos estuvieron de acuerdo con ella, pero nadie se dignó preguntar qué pensaban hacer realmente los Beaufort.

Al día siguiente Mrs. Manson Mingott estaba mucho mejor; recuperó lo suficiente la voz para ordenar que nunca más se debía mencionar a los Beaufort en su presencia, y, cuando apareció el Dr. Bencomb, preguntó por qué diablos su familia hacía semejante alboroto por su salud.

—Si una persona de mi edad come ensalada de pollo en la noche, ¿qué debe esperar? —inquirió. Y como el médico modificara su dieta, la apoplejía se convirtió en un ataque de indigestión.

Pero a pesar de su tono firme, la anciana Catherine no recuperó totalmente su antigua actitud ante la vida. La creciente lejanía en el tiempo o espacio que produce la

vejez, aunque no disminuía su curiosidad por los que la rodeaban, había adormecido su compasión, que nunca fue demasiado intensa, por sus problemas; y al parecer no tuvo dificultad para borrar de su mente el desastre de los Beaufort. Y por primera vez se absorbió en sus propios síntomas, y comenzó a sentir un interés sentimental por ciertos miembros de la familia con los cuales había sido hasta entonces desdeñosamente indiferente.

Mr. Welland, en particular, tuvo el privilegio de atraer su atención. Era el yerno al que con mayor persistencia había ignorado; y todos los esfuerzos de su esposa por presentarlo como hombre de fuerte carácter y marcada habilidad intelectual (si él hubiera «querido») habían sido recibidos con una burlona risita disimulada. Pero su eminencia como hombre enfermizo lo hacía ahora objeto de fascinante interés, y Mrs. Mingott emitió una orden imperial invitándolo a visitarla para comparar dietas en cuanto su fiebre lo permitiera. Pues la anciana Catherine era ahora la primera en reconocer que se debía tener sumo cuidado con la fiebre.

Veinticuatro horas después de la orden enviada a *madame* Olenska, un telegrama anunciaba que llegaría de Washington al día siguiente por la noche. En casa de los Welland, donde por casualidad los Newland Archer estaban almorzando, se presentó inmediatamente el problema de quién iría a buscarla a Jersey City; y las dificultades materiales entre las que debatía la familia, como si fuera un fuerte fronterizo, dieron animación al debate. Se acordó que Mrs. Welland no podía ir a Jersey City porque esa tarde debía acompañar a su marido a casa de Catherine, y no se podía contar con el coche ya que, si Mr. Welland se sentía mal al ver por primera vez a su suegra después del ataque, tendría que ser llevado a su casa a toda prisa. Los hijos Welland se encontrarían, por supuesto, en el centro, Mr. Lovell Mingott estaría recién llegando de su cacería, y el carruaje Mingott se ocuparía de ir a buscarlo; y no se podía pedir a May, a fines de una tarde invernal, que sola en el transbordador se dirigiera a Jersey City, aunque fuera en su propio coche. Sin embargo, podría parecer falta de hospitalidad, y contrariar los expresos deseos de la anciana Catherine, permitir que *madame* Olenska llegara sin que hubiera ningún miembro de la familia para recibirla. Típico de Ellen, daba a entender la voz cansada de Mrs. Welland, poner a toda la familia en tal dilema.

—Siempre viene una cosa detrás de la otra —se quejó la pobre mujer, en una de sus escasas rebeliones contra el destino—; lo único que me hace pensar que mamá está menos bien de lo que admite el Dr. Bencomb, es este mórbido deseo de hacer venir a Ellen con tanta urgencia, a pesar de lo molesto que es ir a buscarla.

Dijo esto sin pensarlo, como suelen hacerse tantos gestos de impaciencia; y Mr. Welland se lanzó inesperadamente a la palestra.

—Augusta —dijo palideciendo y dejando caer su tenedor—, ¿tienes otras razones para pensar que Bencomb es menos de fiar que antes? ¿Has notado que ha sido menos meticuloso que de costumbre en el tratamiento de mi caso o en el de tu madre?

Ahora le tocó a Mrs. Welland palidecer mientras las interminables consecuencias de su desacierto desfilaban ante ella; pero consiguió reír y servirse un segundo plato de ostras gratinadas antes de decir, batallando dentro de su vieja armadura de alegría:

—Querido, ¿cómo puedes imaginar algo así? Sólo quise decir que, después de la decidida posición que tomó mamá afirmando que era el deber de Ellen regresar junto a su marido, parece raro este súbito capricho por verla, cuando hay otra media docena de nietos a quienes podría haber llamado. Pero no debemos olvidar jamás que mamá, a pesar de su maravillosa vitalidad, es una mujer muy anciana.

No se desarrugó el ceño de Mr. Welland, y era evidente que su perturbada imaginación se había clavado al instante en su última observación.

—Sí, tu madre es una mujer muy anciana; y por lo que sabemos, puede que el Dr. Bencomb no tenga éxito con la gente tan vieja. Como dices, querida, viene una cosa tras otra; y en unos diez o quince años más supongo que tendré el grato deber de buscar un nuevo médico. Siempre es mejor hacer esta clase de cambios antes de que sea absolutamente necesario.

Y habiendo tomado esta espartana decisión, Mr. Welland levantó con firmeza su tenedor.

—Pero volviendo al tema —recomenzó Mrs. Welland, levantándose de la mesa y guiando a los comensales hacia la mezcolanza de raso morado y malaquita que recibía el nombre de salón de atrás—, no veo cómo llegará aquí Ellen mañana en la tarde; y a mí me gusta tener las cosas en orden por lo menos veinticuatro horas antes.

Archer volvió de la fascinante contemplación de un pequeño cuadro dentro de un marco de ébano octogonal adornado con medallones de ónix, que representaba a dos cardenales emborrachándose.

—¿Quieren que vaya yo a buscarla? —propuso—. Puedo salir fácilmente de la oficina a tiempo para tomar el coche en el transbordador, si May lo envía allá.

Su corazón latía excitado mientras hablaba. Mrs. Welland exhaló un suspiro de gratitud, y May, que se había acercado a la ventana, se volvió para regalarle una brillante mirada de aprobación.

—Ya ves, mamá, todo estará en orden con veinticuatro horas de anticipación —dijo—, inclinándose para besar la preocupada frente de su madre.

La berlina de May la esperaba a la puerta, y ella conduciría a Archer a Union Square, donde podía coger un tranvía de Broadway para llevarlo a la oficina. Cuando se acomodaba en su rincón, May dijo:

—No quise molestar a mamá con nuevos obstáculos, pero ¿cómo podrás ir a buscar a Ellen mañana y traerla de vuelta a Nueva York si te vas a Washington?

—No voy a Washington —repuso Archer.

—¿No vas? ¿Por qué, qué ha pasado? —Su voz era clara como una campana, y vibraba en ella su solicitud de esposa.

—El caso está cerrado... aplazado.

—¿Aplazado? ¡Qué raro! Vi esta mañana una nota de Mr. Letterblair a mamá diciendo que se iba a Washington mañana por el importante caso de patentes que debía defender ante la Corte Suprema. Dijiste que era un caso de patentes, ¿no es así?

—Bueno... claro que sí, pero no puede ir toda la oficina. Letterblair decidió esta mañana que iría él.

—¿Entonces no está aplazado? —prosiguió ella, con una insistencia tan poco suya que Archer sintió que le subía la sangre a la cara, como si se ruborizara por el inesperado traspie de su mujer respecto de la delicadeza tradicional.

—No, lo que se aplazó fue mi participación —respondió Archer, maldiciendo las innecesarias explicaciones que diera cuando anunció su intención de ir a Washington, y se preguntó dónde había leído que los mentirosos inteligentes dan detalles, pero que los más inteligentes no los dan. Mentirle a May le dolía muchísimo menos que verla fingir que no lo había descubierto.

—No iré hasta más adelante, lo que es una suerte para tu familia —continuó, buscando el vil refugio del sarcasmo.

Mientras hablaba, sintió que ella lo miraba, y volvió los ojos hacia los suyos para no parecer que los esquivaba. Sus miradas se cruzaron por un segundo, y esto quizás les permitió penetrar en sus pensamientos más profundamente de lo que ninguno deseaba.

—Sí, es una gran suerte —asintió May en tono alegre— que puedas ir a recibir a Ellen después de todo; ya viste lo mucho que mamá agradeció tu cooperación.

—Oh, iré encantado.

El carruaje se detuvo, y cuando Archer se bajaba, May se inclinó hacia él y puso su mano sobre la suya.

—Adiós, mi amor —dijo, y sus ojos eran tan azules que él se preguntó después si brillaban entre lágrimas.

Archer cruzó apresuradamente Union Square, repitiéndose en una especie de cántico interior:

—Hay dos horas desde Jersey City hasta la casa de la vieja Catherine. Dos horas completas... y tal vez mucho más.

Capítulo XXIX

LA berlina azul oscuro de su mujer (que todavía conservaba el barniz de la boda) esperaba a Archer en el transbordador, y lo condujo con gran pompa al terminal Pennsylvania en Jersey City.

Era una tarde sombría, caía la nieve, y estaban encendidas todas las lámparas a gas de la inmensa estación en que retumbaba el ruido. Mientras se paseaba por el andén esperando el expreso de Washington, recordó que había quienes pensaban que algún día habría un túnel bajo el Hudson por el cual los trenes del ferrocarril de Pennsylvania podrían correr directamente hacia Nueva York. Eran de la raza de los visionarios que igualmente predecían la construcción de barcos que podrían cruzar el Atlántico en cinco días, la invención de una máquina voladora, de la iluminación por electricidad, de las comunicaciones telefónicas sin cables, y otras maravillas de *Las mil y una noches*.

«No me interesa cuál de sus visiones se hará realidad —reflexionó Archer—, siempre que no construyan el túnel todavía».

En su infantil e insensata felicidad, se imaginaba a *madame* Olenska descendiendo del tren, a él descubriéndola a lo lejos entre la muchedumbre de caras sin interés, la sentía colgarse a su brazo mientras él la conducía al coche, veía cómo se acercaban lentamente al muelle entre caballos, carros cargados, carreteros vociferantes, y luego la sorprendente quietud del barquito, donde se sentarían juntos bajo la nieve en el carro inmóvil, mientras la tierra parecía deslizarse bajo ellos, girando hacia el otro lado del sol. Era increíble la cantidad de cosas que tenía que decirle, y el orden elocuente con que se formaban en sus labios...

El tren se acercó entre estrépitos y quejidos, y entró tambaleante a la estación como un monstruo cargado con sus víctimas penetra en su guarida.

Archer se lanzó hacia adelante abriéndose paso a codazos entre la multitud, y mirando engeguado ventana tras ventana de los altos vagones. Y de pronto vio muy cerca la cara pálida y sorprendida de *madame* Olenska, y una vez más tuvo la mortificante sensación de haber olvidado sus rasgos.

Se encontraron, sus manos se unieron, y Archer la tomó del brazo.

—Por aquí... tengo un coche —dijo.

Después de eso, todo sucedió como lo había soñado. La ayudó a subir a la berlina con sus valijas, y más tarde tuvo un vago recuerdo de haberle dado adecuadamente buenas noticias acerca de su abuela y un resumen de la situación de los Beaufort (lo conmovió la suavidad de su voz al decir: «¡Pobre Regina!»). Entretanto el carruaje había iniciado su camino para salir de la aglomeración en torno a la estación y bajaban por la resbaladiza rampa que conducía al muelle, amenazados por cimbreados carretes carboneros, caballos asustados, desvencijados vagones del tren expreso, y una carroza fúnebre vacía... ¡ah, esa carroza! Ella cerró los ojos cuando pasaba frente a ellos y estrechó la mano de Archer.

—Ojalá no signifique... ¡pobre abuelita!

—No, no... ella está mucho mejor... está realmente bien. ¡Ya pasó la carroza!
—exclamó Archer, como si eso cambiara las cosas.

La mano de la condesa permanecía en la suya, y cuando el coche atravesaba dando tumbos la pasarela hacia el transbordador, Archer se inclinó, desabotonó el apretado guante marrón de Ellen, y besó su palma como si besara una reliquia. Ella soltó la mano con una tenue sonrisa, y él preguntó:

—¿No esperabas verme hoy?

—Oh, no.

—Pensaba ir a Washington a verte. Había hecho todos los arreglos, casi nos cruzamos en el tren.

—Oh —exclamó ella, al parecer aterrada ante lo poco que faltó para que se frustrara el encuentro.

—¿Sabes que apenas te recordaba?

—¿Apenas me recordabas?

—Quiero decir... ¿cómo te lo explico? Siempre me pasa lo mismo. Cada vez sucedes de nuevo para mí.

—¡Sí, lo sé, lo sé!

—¿A ti... también te pasa lo mismo conmigo? —insistió Archer.

Ella asintió, mirando por la ventana.

—¡Ellen... Ellen... Ellen!

No respondió, y él se sentó en silencio, contemplando su perfil que se desdibujaba contra el crepúsculo jaspeado de nieve que se apreciaba por la ventana. Se preguntó qué había hecho en aquellos largos cuatro meses. ¡Qué poco sabían uno del otro, después de todo! Los preciosos minutos se escapaban, pero Archer había olvidado todo lo que quería decirle y sólo lograba cavilar desesperanzado sobre el misterio de la lejanía y la proximidad de ambos, que parecía estar simbolizado en el hecho actual de estar sentados muy juntos, y no obstante no poder ver sus rostros.

—¡Qué bonito coche! ¿Es de May? —preguntó ella de súbito volviendo la cara.

—Sí.

—¿Entonces fue May quien te envió a buscarme? ¡Qué amable de su parte!

Archer no respondió de inmediato; luego dijo en tono airado y brusco:

—El secretario de tu marido vino a verme al día siguiente que nos encontramos en Boston.

En la breve carta que le enviara no había hecho alusión a la visita de M. Rivière, y tenía la intención de enterrar el incidente en su pecho. Pero al recordarle ella que estaban en el coche de su esposa provocó en él un impulso de venganza. ¡Quería ver si le gustaba su referencia de Rivière tanto como a él le gustó la suya de May! Como en otra ocasión en que

pretendió sacudirla de su habitual calma, la condesa no exteriorizó el menor signo de sorpresa, por lo cual Archer sacó la inmediata conclusión: «Entonces él le escribe».

—¿M. Rivière fue a visitarte?

—Sí, ¿no lo sabías?

—No —contestó ella simplemente.

—¿Y no te sorprende?

Vaciló.

—¿Por qué debería sorprenderme? En Boston me dijo que te conocía, que se habían encontrado en Inglaterra, me parece.

—Ellen, debo preguntarte algo. —Sí.

—Quise preguntártelo después de hablar con él, pero no podía hacerlo por carta. ¿Fue Rivière quien te ayudó a huir... cuando abandonaste a tu marido?

El corazón le latía hasta asfixiarlo. ¿Tomaría esta pregunta con la misma serenidad?

—Sí, le debo una inmensa gratitud —respondió sin el menor temblor en su voz serena.

Su tono era tan natural, casi indiferente, que la agitación de Archer se aquietó. Una vez más ella había logrado, por su transparente simplicidad, hacerlo sentir estúpidamente convencional justo cuando pensaba que arrojaba las convenciones a los aires.

—¡Creo que eres la mujer más sincera que he conocido! —exclamó.

—Oh, no, pero soy probablemente una de las menos melindrosas —replicó la condesa, con una sonrisa en la voz.

—Llámalo como quieras; tú ves las cosas como son.

—Ah... he tenido que hacerlo. He tenido que mirar a la Gorgona.

—Bueno... ¡no te ha cegado! Viste que era únicamente un viejo demonio igual a todos los otros.

—No ciega, pero seca las lágrimas.

La respuesta frenó el alegato en los labios de Archer; parecía emerger de las profundidades de una experiencia que estaba fuera de su alcance. Había cesado el lento avance del transbordador, y la proa dio contra los pilotes del embarcadero con tal violencia que hizo tambalear la berlina, y lanzó a Archer encima de *madame* Olenska. El joven, temblando, sintió la presión de su hombro, y la abrazó.

—Si no estás ciega, entonces debes ver que esto no puede seguir así.

—¿Qué no puede seguir así?

—Esto de estar juntos... y no estar juntos.

—No. No debías haber venido hoy —dijo ella con voz alterada.

Y de súbito se volvió, le echó los brazos al cuello y apretó sus labios contra los de Archer. En ese momento el coche empezó a moverse y una lámpara a gas colocada en el extremo superior del embarcadero fulguró lanzando su luz por la ventana. Ella se retiró, y se sentaron en silencio y sin moverse mientras la berlina luchaba entre la congestión de carruajes en los alrededores del lugar de desembarque. Cuando llegaron a la calle, Archer comenzó a hablar apresuradamente.

—No tengas miedo de mí; no hay necesidad de que te acurruques en un rincón de esa manera. No quiero un beso robado. Mira, no trato de tocar la manga de tu chaqueta. No creas que no entiendo tus razones para no querer dejar que este sentimiento entre nosotros se rebaje a un vulgar amorío clandestino. Ayer no podría haber hablado así, porque cuando estamos separados y trato de verte, todo pensamiento se quema en una gran llama. Pero llegas, y eres tanto más de lo que recordaba, y lo que quiero de ti es muchísimo más que

una hora o dos de vez en cuando, con desiertos de sed esperando entre medio, que puedo sentarme perfectamente a tu lado, como ahora, con esa otra visión en mi mente, confiando con toda tranquilidad en que se convertirá en realidad.

Pasó un momento antes de que ella respondiera y luego preguntó, casi en un susurro:

—¿Qué significa que confías en que esto sea realidad?

—Bueno... tú sabes que lo será, ¿no es así?

—¿Tu visión de nosotros, tú y yo juntos? —Rompió en una repentina risa áspera—. ¡Buen sitio escoges para decírmelo!

—¿Te refieres a que estamos en el coche de mi esposa? ¿Quieres que bajemos y caminemos, entonces? No creo que te importe un poco de nieve.

Ella volvió a reír, con más suavidad.

—No, no voy a bajar ni a caminar, porque mi deber es llegar a casa de la abuela lo más rápido que pueda. Y tú te sentarás a mi lado, y miraremos, no visiones sino realidades.

—No sé qué entiendes por realidades. Para mí la única realidad es ésta.

A estas palabras la condesa guardó un largo silencio, durante el cual el vehículo rodó por una oscura calle lateral y luego dobló hacia la minuciosa iluminación de la Quinta Avenida.

—¿Entonces tu idea es que debiera vivir contigo como tu amante, ya que no puedo ser tu esposa? —preguntó.

La crudeza de la pregunta sobresaltó a Archer: era una palabra a la que todas las mujeres de su clase temían, incluso cuando su conversación revoloteaba muy cerca del tema. El joven notó que *madame* Olenska la pronunciaba como si estuviera en un lugar conocido en su vocabulario, y se preguntó si se usaría familiarmente delante de ella en esa horrible vida de la que había escapado. La pregunta de la condesa lo estremeció, y perdió el hilo de su argumentación.

—Quiero... quiero de algún modo irme contigo a un mundo donde palabras como esa... categorías como esa... no existan. Donde seamos simplemente dos seres humanos que se aman, que son la vida entera el uno para el otro; y donde nada más en la tierra importe.

Ella lanzó un hondo suspiro que terminó en otra risa.

—Oh, amor mío, ¿dónde está ese país? ¿Has estado allí? —preguntó, y como él se quedara mudo y taciturno, continuó—: Sé de muchos que trataron de encontrarlo y, créeme, todos llegaron por error a regiones intermedias: lugares como Boulogne, o Pisa, o Montecarlo; y no eran en absoluto diferentes del viejo mundo que habían dejado atrás, sólo más pequeñas y más sucias y más promiscuas.

Nunca la había oído hablar en ese tono, y recordó la frase que ella usara poco antes.

—Sí, la Gorgona secó tus lágrimas —dijo.

—Pero también abrió mis ojos. Es un engaño decir que ciega a la gente. Lo que hace es justamente lo contrario: le cose los párpados abiertos, para que nunca más estén en la bendita oscuridad. ¿No hay una tortura china parecida a eso? Debería haber. ¡Ah, créeme, es un mundo pequeño y miserable!

El coche había cruzado la calle Cuarenta y Dos; el robusto caballo del coche de May los conducía hacia el norte como si fuera un *trotón* de Kentucky. Archer se ahogaba con la sensación de tantos minutos perdidos y palabras vanas.

—Entonces, ¿cuál es exactamente tu plan para nosotros? —preguntó.

—¿Para nosotros? ¡Pero si no hay nosotros en ese sentido! Estamos cerca solamente

si estamos separados. Entonces podemos ser nosotros mismos. De otra manera somos nada más que Newland Archer, el marido de la prima de Ellen Olenska, y Ellen Olenska, la prima de la mujer de Newland Archer, que tratan de ser felices a las espaldas de la gente que confía en ellos.

—¡Ah, yo estoy por encima de eso! —gruñó Archer.

—¡No, no lo estás! Nunca has estado por encima. Y yo sí —dijo ella con una voz extraña—, y sé lo que es eso.

Él guardó silencio, aturdido por un mudo dolor. Luego buscó a tientas en la oscuridad del coche la campanilla que daba órdenes al cochero.

Recordó que May tocaba dos veces cuando deseaba que se detuviera. Presionó el timbre y la berlina se detuvo al lado del *guardacantón*^[65].

—¿Por qué nos detenemos? Ésta no es la casa de la abuela —exclamó *madame* Olenska.

—No. Yo descenderé aquí —balbuceó el joven, bajando la voz para que el cochero no lo escuchara.

A la luz de una farola veía la cara perpleja de ella, y el movimiento instintivo que hacía para detenerlo. Él cerró la puerta, y se inclinó un momento hacia la ventana.

—Tienes razón; no tenía que haber ido a buscarte —dijo, bajando la voz para no ser oído por el cochero.

Ella se inclinó hacia adelante, y pareció querer decir algo; pero él ya había dado orden de seguir el viaje, y el carruaje se alejó mientras él permanecía en la esquina. Había dejado de nevar, y se levantaba un viento estimulante que le azotó la cara mientras permanecía parado con la mirada fija. De pronto sintió algo tieso y helado en sus pestañas, y se dio cuenta de que había llorado y que el viento había congelado sus lágrimas.

Hundió las manos en sus bolsillos y caminó a paso largo por la Quinta Avenida hacia su casa.

Capítulo XXX

ESA noche, cuando Archer bajó antes de la cena, encontró el comedor vacío.

Iba a cenar solo con May, ya que todos los compromisos familiares se habían postergado desde la enfermedad de Mrs. Manson Mingott; y como May era la más puntual de los dos, le sorprendió que no lo hubiera precedido. Sabía que estaba en casa, pues mientras se vestía la oyó moverse en su dormitorio. Se preguntaba qué la habría retrasado.

Había caído en la costumbre de plantearse conjeturas como un medio de lograr que sus pensamientos se ataran a la realidad. A veces sentía como si hubiera encontrado la clave del ensimismamiento de su suegro en trivialidades; quizás hasta Mr. Welland, desde hacía tiempo, había tenido escapadas y visiones, y había conjurado a todas las huestes domésticas para defenderlo contra ellos.

Cuando al fin apareció May, notó que se veía cansada. Tenía puesto el traje de noche con escote bajo y estrecho encaje que el ceremonial Mingott exigía en las ocasiones más informales, y había peinado su cabello claro en sus acostumbrados rizos; pero su rostro, en contraste con el resto, estaba pálido y marchito. Sin embargo, le sonrió con su habitual ternura, y sus ojos aún guardaban el resplandor azul del día anterior.

—¿Qué te ha pasado, querido? —preguntó May. Estaba esperando en casa de la

abuela, y Ellen llegó sola y dijo que te había dejado a mitad de camino porque tenías algo urgente que hacer. ¿Nada malo, espero?

—Sólo unas cartas que había olvidado y que quise despachar antes de la cena.

—Ah... —dijo ella, y un momento después agregó—: Siento que no hayas ido a saludar a la abuela, a menos que las cartas fueran muy urgentes.

—Lo eran —replicó Archer, sorprendido por su insistencia—. Además, no veo para qué tenía que ir a casa de tu abuela. Yo no sabía dónde estabas.

Ella se volvió y se dirigió hacia el espejo sobre la chimenea. Viéndola parada allí, con su largo brazo levantado para afirmar un mechón que se escurría fuera de su lugar en el intrincado peinado. Archer se sorprendió al advertir algo lánguido y poco elástico en su actitud, y se preguntó si la monotonía de sus vidas pesaba también sobre ella. Luego recordó que, al salir esa mañana de la casa, le había gritado desde lo alto de la escala que lo esperaba donde su abuela para volver juntos a casa. Él había contestado con un alegre «¡Sí!», y luego, absorbido en otras visiones, olvidó su promesa. Ahora se sentía mortificado por el remordimiento, aunque le irritaba que una omisión tan banal le fuera echada en cara después de casi dos años de matrimonio. Estaba cansado de vivir en una perpetua y tibia luna de miel, sin el calor de la pasión pero con todas sus exigencias. Si May hubiera expuesto abiertamente sus motivos de queja (sospechaba que tenía muchos) él hubiera podido borrarlos en medio de risas; pero ella había sido educada para esconder sus heridas imaginarias bajo una sonrisa espartana.

Para disfrazar su propio fastidio, le preguntó por la salud de su abuela, a lo que respondió que Mrs. Mingott iba mejorando, pero que se había sentido muy afectada por las últimas novedades acerca de los Beaufort.

—¿Cuáles novedades?

—Parece que van a quedarse en Nueva York. Creo que él entrará en un negocio de seguros, o algo así. Están buscando una casa más pequeña.

Lo descabellado del caso estaba fuera de discusión, y se fueron a cenar sin mayor comentario. Durante la cena la conversación giró entorno a su acostumbrado y limitado círculo; pero Archer notó que su mujer no hacía alusión a *madame* Olenska, ni a la recepción que le brindara Catherine. Se lo agradeció, sin dejar de sentir que el hecho era bastante inquietante.

Subieron a la biblioteca a tomar el café, y Archer encendió un cigarro y tomó un volumen de Michelet. Había elegido leer historia en las noches desde que May desarrollara una tendencia a pedirle que leyera en voz alta en cuanto lo veía tomar un libro de poesía; no era que le disgustara el sonido de su propia voz, sino que los comentarios de May eran absolutamente previsibles. En la época de su noviazgo ella simplemente hacía eco de lo que él le decía (ahora se daba cuenta); pero desde que él cesó de abastecerla con opiniones, ella empezó a aventurar las propias, con resultados destructivos para el goce que su marido disfrutaba de las obras comentadas.

Al ver que Archer escogía leer historia, ella llevó su canasto de labores, acercó un sillón a la luz de la lámpara de lectura con pantalla verde, y sacó un cojín que estaba bordando para el sofá de su marido. No era muy hábil para coser; sus manos anchas estaban hechas para la equitación, el remo y todas las demás actividades al aire libre; pero ya que otras esposas bordaban cojines para sus maridos, no quiso omitir este último eslabón de su devoción.

Estaba tan bien situada, que, con sólo alzar la vista, Archer podía verla inclinada sobre el bastidor, con mangas hasta el codo que caían en volantes por los brazos firmes y

redondos; en su mano izquierda brillaba el zafiro de compromiso sobre el ancho anillo de oro, y la mano derecha clavaba diligentemente la aguja en la tela. Sentada así, con la despejada frente iluminada por la luz de la lámpara, Archer se dijo con íntimo secreto desaliento que siempre sabría los pensamientos que había dentro de ella, que nunca, en todos los años venideros, lo sorprendería con un inesperado estado de ánimo, con una idea nueva, una debilidad, una crueldad o una emoción. Ella había gastado toda su poesía y su romance durante el corto noviazgo; la función estaba agotada porque había pasado la necesidad. Ahora ella simplemente maduraba como una copia de su madre y, en forma misteriosa dentro de su propio proceso, trataba de convertirlo a él en otro Mr. Welland. Dejó su libro y se levantó impaciente; y de inmediato ella alzó la cabeza.

—¿Qué sucede?

—Esta habitación está sofocante, necesito un poco de aire.

Había insistido en que las cortinas de la biblioteca debían deslizarse de un lado al otro en una barra, de modo que pudieran cerrarse de noche en vez de permanecer clavadas a una cornisa dorada, e inamoviblemente enlazadas sobre visillos de encaje, igual que en el salón; las corrió y empujó el marco de la ventana, inclinándose hacia afuera, hacia la noche helada.

El simple hecho de no ver a May sentada junto a la mesa, bajo la lámpara, el hecho de ver otras casas, techos, chimeneas, de sentir otras vidas aparte de la suya, otras ciudades más allá de Nueva York, y un mundo entero más allá de su mundo, le limpió la mente y le ayudó a respirar con mayor facilidad.

Después de estar asomado en la oscuridad durante algunos minutos, la escuchó decir:

—¡Newland! Por favor cierra la ventana. Te vas a morir de frío.

Cerró la ventana y se volvió a ella.

—¡Me voy a morir! —repitió, y sintió ganas de agregar: «Pero si ya me morí. Estoy muerto, morí hace meses y meses».

Y de súbito el juego de palabras le inspiró una bárbara sugerencia. ¡Y si fuera ella la muerta! ¡Si llegara a morir —a morir pronto— y lo dejara libre! La sensación de estar allí, en esa acogedora habitación familiar, y mirarla y desear su muerte, era tan extraña, tan fascinante y subyugadora, que no se dio cuenta de inmediato de toda su enormidad. Sencillamente sintió que la suerte le daba una nueva posibilidad a la que debería abrazarse su alma enferma. Sí, May podía morir... todos lo hacen, jóvenes, sanos como ella; ella podía morir y dejarlo inmediatamente libre.

May levantó la vista, y al ver sus ojos desorbitados comprendió que debía haber algo muy extraño en los suyos.

—¡Newland! ¿Estás enfermo?

Él negó con la cabeza y se dirigió a su sillón. Ella se inclinó nuevamente sobre su bastidor, y al pasar a su lado él apoyó la mano sobre su cabello.

—¡Pobre May! —dijo.

—¿Pobre? ¿Por qué pobre? —repitió May con una risa forzada.

—Porque nunca podré abrir una ventana sin preocuparte —replicó, riendo a su vez.

Ella se quedó callada un momento; luego dijo en voz muy baja, con la cabeza inclinada sobre su labor:

—Nunca me preocuparé si eres feliz.

—¡Ah, querida, y yo nunca seré feliz a menos que pueda abrir las ventanas!

—¿Con este frío? —protestó May.

Y con un suspiro, Archer enterró la cabeza en su libro.

Pasaron seis o siete días. Archer no supo nada de *madame* Olenska, y comprendió que ningún miembro de la familia pronunciaría su nombre delante de él. No intentó verla; hacerlo mientras estuviera al lado de la custodiada cama de Catherine era casi imposible. Se dejó arrastrar por la incertidumbre de la situación, consciente, pero en una capa inferior a la superficie de sus pensamientos, de haber tomado una resolución que se le viniera a la mente cuando estaba asomado por la ventana de la biblioteca respirando la gélida noche. La fuerza de aquella resolución hizo más fácil esperar sin tomar la iniciativa.

Pero un día May le dijo que Mrs. Manson Mingott quería verlo. No era una solicitud muy sorprendente, pues la anciana se recobraba a pasos agigantados y siempre había declarado abiertamente que prefería a Archer a cualquiera de los otros maridos de sus nietas. May transmitió el mensaje con evidente placer: estaba orgullosa de la opinión que su abuela tenía sobre su esposo.

Hubo un corto silencio, y luego Archer juzgó adecuado decir:

—Muy bien. ¿Iremos esta tarde? La cara de su mujer se iluminó, pero al instante contestó:

—Oh, es mejor que vayas solo. A la abuela le aburre ver a la misma gente con demasiada frecuencia.

El corazón de Archer latía violentamente cuando llamó a la puerta de Mrs. Mingott. Había deseado intensamente ir solo, porque estaba seguro de que la visita le daría una ocasión de decirle alguna palabra en privado a la condesa Olenska. Había decidido esperar hasta que se presentara la ocasión en forma natural; y aquí estaba, y aquí estaba él subiendo los escalones de la puerta. Detrás de esa puerta, detrás de la pieza con cortinas de damasco amarillo, seguramente ella lo esperaba; dentro de un instante la vería, y podría hablarle antes de que lo condujera al dormitorio de la enferma.

Sólo quería hacerle una pregunta, y después el camino que debería seguir sería muy claro. Lo que quería preguntarle era simplemente la fecha de su regreso a Washington, y eso era algo que difícilmente rehusaría responder.

Pero en la salita amarilla lo esperaba solamente la criada mulata. Sus dientes blancos relucían como el teclado de un piano; empujó las puertas corredizas y lo condujo ante Catherine.

La anciana estaba sentada cerca de la cama en un amplio sillón parecido a un trono. A su lado había un pie de caoba que sujetaba una gran lámpara de bronce con un globo cincelado, encima del cual se equilibraba una pantalla de papel verde. No se veía ningún libro ni periódico, ni la menor evidencia de labores femeninas: la conversación fue siempre la única diversión de Mrs. Mingott, y no se habría dignado fingir interés en labores domésticas.

Archer no notó la menor huella de la ligera distorsión que dejara la apoplejía. Únicamente se veía más pálida, con sombras más oscuras en los pliegues y huecos de su obesidad; y, con la cofia ondeada atada por un lazo almidonado entre las dos primeras barbillas, y la pañoleta de muselina atravesada encima de su bata de cama color violeta y llena de volantes, parecía una astuta y bondadosa antepasada de sí misma que hubiera gozado con demasiada liberalidad de los placeres de la mesa.

Catherine alargó una de sus pequeñas manos anidadas en un hueco de su colosal regazo como animales regalones, y llamó a la criada.

—No dejes entrar a nadie más. Si vienen mis hijas, di que estoy durmiendo.

Desapareció la criada, y la anciana se volvió hacia su nieto.

—Dime, querido, ¿estoy muy horrible? —le preguntó alegremente, emprendiendo con una mano la difícil tarea de buscar los pliegues de muselina en su inaccesible pecho—. Mis hijas dicen que no importa a mi edad... ¡como si la fealdad no importara más cuando más difícil se hace ocultarla!

—¡Querida mía, está más bonita que nunca! —replicó Archer en el mismo tono.

Ella echó la cabeza atrás y rió.

—Ah, pero no tan bonita como Ellen —dijo con voz entrecortada, pestañeándole maliciosamente; y antes de que pudiera responder, agregó—: ¿Estaba tan increíblemente bonita el día que la trajiste en el transbordador?

Él se rió y ella prosiguió:

—¿Fue porque tú se lo dijiste por lo que tuvo que apartarte de ella? ¡En mi juventud los jóvenes no se alejaban de las mujeres bonitas a menos que los obligaran! —Lanzó otra risita, que interrumpió para decir casi quejumbrosamente—: Es una lástima que no se haya casado contigo; siempre se lo dije. Me habría evitado todas estas preocupaciones. Pero ¿quién piensa alguna vez en evitarle problemas a su abuela?

Archer se preguntó si su enfermedad habría alterado sus facultades mentales; pero súbitamente ella exclamó:

—¡Bueno, de todos modos, ya está arreglado: se va a quedar conmigo, diga lo que diga el resto de la familia! No había pasado ni cinco minutos aquí cuando ya me habría puesto de rodillas para retenerla... ¡si en estos últimos veinte años hubiera sido capaz de ver dónde está el suelo!

Archer escuchaba en silencio, y ella prosiguió:

—Me habían metido cosas en la cabeza, como seguramente lo sabes: me persuadieron, Lovell, y Letterblair, y Augusta Welland, y todos los demás, que debía amenazarla con cortar su asignación, hasta que comprendiera que era su deber volver con Olenski. Pensaron que me habían convencido cuando el secretario, o quienquiera que fuera, trajo las últimas proposiciones: confieso que eran hermosas proposiciones. Después de todo, un matrimonio es un matrimonio, y el dinero es el dinero, ambas cosas muy útiles a su manera... y no sabía qué responder... —calló y respiró hondo, como si hablar le resultara un esfuerzo—. Pero en cuanto puse mis ojos en ella, dije: «¡Tú, dulce pajarito! ¿Encerrarte en esa jaula de nuevo? ¡Jamás!». Y ahora está decidido que Ellen se quedará aquí para cuidar a su abuela mientras haya abuela que cuidar. No es un futuro muy alegre, pero a ella no le importa; y, por supuesto, le dije a Letterblair que debe asignarle una adecuada renta.

El joven la escuchó sintiendo que la sangre hervía en sus venas; pero estaba tan confundido que casi no sabía si estas noticias le traían alegría o pena. Tenía tan decidido el camino que quería seguir que por ahora no podía readaptar sus ideas. Pero gradualmente se introdujo a hurtadillas en su mente la deliciosa sensación de dificultades aplazadas y oportunidades que se le ofrecían milagrosamente. Si Ellen había consentido en vivir con su abuela, era seguramente porque había reconocido la imposibilidad de renunciar a él. Ésta era la respuesta a su última súplica del otro día; si no daba el paso extremo que le había pedido, al menos cedía a una solución a medias. Se sumergió en este pensamiento con el involuntario alivio de un hombre que ha estado al borde de arriesgarlo todo y que, de súbito, saborea la peligrosa dulzura de la seguridad.

—¡No podía regresar, era imposible! —exclamó.

—Ah, querido mío, siempre supe que estabas de su lado; y es por eso que te hice venir hoy, y por eso le dije a tu linda mujer, cuando quiso acompañarte: «No, querida, me

muerdo por ver a Newland, y no quiero que nadie más comparta nuestros transportes». Porque vas a ver, hijo —echó la cabeza hacia atrás, hasta donde se lo permitían sus trabadas barbillas, y lo miró directo a los ojos—, vas a ver que tenemos una batalla por delante todavía. La familia no la quiere aquí, y dirán que es porque he estado enferma, porque soy una mujer débil y vieja, que ella me ha persuadido. Aún no estoy lo suficientemente bien como para pelear con cada uno de ellos, y tendrás que hacerlo por mí.

—¿Yo? —tartamudeó Archer.

—Tú. ¿Por qué no? —Se volvió bruscamente hacia él, sus ojos redondos se pusieron repentinamente afilados como navajas. Su mano aleteó en el brazo del sillón y se posó en la de Archer como una garra de pequeñas uñas pálidas semejantes a las de un pájaro—. ¿Por qué no? —repitió, escrutando su rostro.

Archer, expuesto a su mirada, había recuperado el dominio de sí mismo.

—Oh, pero yo no cuento, soy demasiado insignificante.

—Eres socio de Letterblair, ¿no es así? Tienes que tratar de influir en ellos por medio de Letterblair, a menos que tengas una razón —insistió.

—Oh, caramba, creo que usted puede defender lo suyo contra todos ellos sin mi ayuda; pero la tendrá si la necesita —dijo tranquilizándola.

—¡Entonces estamos salvados! —suspiró ella; y sonriéndole con toda su antigua astucia agregó, volviendo a poner la cabeza entre los cojines—: Siempre supe que nos apoyarías, porque nunca te mencionan cuando hablan de que el deber de Ellen es regresar a su hogar.

Archer sintió un ligero sobresalto por su terrorífica perspicacia, y quiso preguntarle: «¿Y mencionan la opinión de May?». Pero juzgó más prudente invertir la pregunta.

—¿Y *madame* Olenska? ¿Cuándo podré verla?

La anciana rió entre dientes, apretó los párpados, y representó toda una pantomima socarrona.

—Hoy no. Una cosa a la vez, por favor. *Madame* Olenska ha salido.

La desilusión hizo enrojecer a Archer, y ella continuó:

—Salió, hijo mío; fue en mi coche a ver a Regina Beaufort.

Hizo una pausa para que este anuncio produjera su efecto.

—A esto me tiene reducida. Al día siguiente que llegó aquí, se puso su mejor sombrero y me dijo, fresca como un pepino, que iba a visitar a Regina Beaufort. «No la conozco, ¿quién es?», dije. «Es tu sobrina nieta, y una mujer que sufre mucho», dijo ella. «Es la esposa de un sinvergüenza», contesté. «Bueno», dijo, «igual que yo, y toda mi familia quiere que vuelva con él». Qué quieres que te diga, eso me tiró al suelo, y la dejé ir; y después un día dijo que llovía demasiado fuerte para salir a pie, y me pidió que le prestara el coche. «¿Para qué?», le pregunté; y ella dijo: «Para ir a ver a la prima Regina». ¡Prima! Entonces, querido mío, miré por la ventana y vi que no caía una gota de lluvia; pero la comprendí, y le presté el coche... Después de todo, Regina es una mujer valiente, y también lo es Ellen; y siempre he admirado el coraje por encima de todo lo demás.

Archer se inclinó y estampó un beso en la pequeña mano que todavía estaba posada en la suya.

—¡Eh... eh... eh! ¿Qué mano pensaste que besabas, jovencito... la de tu mujer, espero? —dijo en forma brusca la anciana en medio de su risita burlona; y cuando él se levantó para retirarse, le gritó—: Dale los cariños de su abuela; pero mejor no le digas nada acerca de nuestra conversación.

Capítulo XXXI

ARCHER quedó pasmado con las noticias de Catherine. Era muy natural que *madame* Olenska se hubiera apresurado a dejar Washington en respuesta a la llamada de su abuela; pero que hubiera decidido quedarse bajo su techo, especialmente ahora que Mrs. Mingott estaba prácticamente recuperada, era más difícil de explicar.

Archer estaba seguro de que la decisión de *madame* Olenska no había sido influenciada por el cambio de su situación financiera. Conocía exactamente la cifra de la pequeña cantidad que le había asignado su marido después de la separación. Sin el refuerzo de la asignación de su abuela le habría sido muy difícil vivir, en cualquiera acepción del vocabulario Mingott; y ahora que Medora Manson, que compartía su vida con ella, se había arruinado, esa mensualidad miserable escasamente habría servido para vestir y alimentar a las dos mujeres. Y así y todo, Archer estaba convencido de que *madame* Olenska no había aceptado la oferta de su abuela por motivos económicos.

Poseía la descuidada generosidad y la asombrosa extravagancia de las personas acostumbradas a tener gran fortuna y a ser indiferentes al dinero; pero podía vivir sin muchas cosas que su familia consideraba indispensables, y se escuchaba frecuentemente a Mrs. Lovell Mingott y a Mrs. Welland deplorar que a alguien que había disfrutado del lujo cosmopolita en las mansiones del conde Olenski le importara tan poco el «cómo se hacen las cosas». Por otra parte, Archer lo sabía bien, ya hacía muchos meses que se le había cortado su asignación; sin embargo, en el intervalo, ella no hizo ningún esfuerzo por volver a ganar el favor de su abuela. Por lo tanto, si había cambiado de actitud debía ser por una razón muy distinta.

No tenía que buscar muy lejos aquella razón. Después del viaje en el transbordador ella dijo que debían permanecer alejados; pero lo dijo con la cabeza apoyada en su pecho. Sabía que no había una coquetería calculada en sus palabras; ella estaba luchando contra su sino como él había luchado con el suyo, y se asía desesperada a su resolución de no traicionar la fe de quienes confiaban en ellos. Pero durante los diez días transcurridos desde su retorno a Nueva York, tal vez adivinó en el silencio de Archer y en el hecho de que no hizo nada por verla, que meditaba un paso decisivo, un paso del que no habría vuelta atrás. Al pensar esto, quizás se adueñó de ella un súbito miedo de su propia debilidad, y pensó que, después de todo, era mejor aceptar el compromiso habitual en tales casos, y seguir la línea de menor resistencia.

Una hora antes, cuando tocaba a la puerta de Mrs. Mingott, Archer se imaginaba que el camino estaba despejado para él. Deseaba hablar en privado con *madame* Olenska, y si no era posible, saber por su abuela qué día y en qué tren regresaría ella a Washington. En aquel tren pretendía juntarse con ella y viajar juntos a Washington, o mucho más lejos si ella lo aceptaba. Pensaba dejar una nota a May que imposibilitara cualquier otra alternativa.

Se había imaginado a sí mismo no sólo nervioso por este paso que pensaba dar, sino ansioso por darlo; no obstante, su primer sentimiento al escuchar que había cambiado el rumbo de los acontecimientos, fue de alivio. Pero ahora, caminando hacia su casa de regreso de la de Mrs. Mingott, tuvo conciencia de un creciente disgusto por la situación que se abría delante de él. No había nada desconocido ni nuevo en el camino que presumiblemente debería recorrer; pero cuando lo había pisado antes, fue como hombre libre, que no respondía a nadie por sus acciones y podía prestarse con alegre despreocupación al juego de precauciones y transgresiones, disimulos y complicidades que

el caso requería. Este proceder se llamaba «defender el honor de una mujer»; y las mejores novelas, combinadas con las conversaciones de sobremesa con sus mayores, lo iniciaron en todos los detalles del código que lo rige.

Ahora veía el asunto con una nueva luz, y el papel que jugaría le parecía singularmente disminuido. Era en realidad el que, con secreta fatuidad, había observado representar a Mrs. Thorley Rushworth con un marido cariñoso y descuidado: una mentira sonriente, burlona, bromista, vigilante e incesante. Una mentira de día, una mentira de noche, una mentira en cada roce de la mano y en cada mirada; una mentira en cada caricia y cada disputa; una mentira en cada palabra y en cada silencio.

Representar ese papel con su marido era más fácil para la mujer, y definitivamente menos vil. Se considera tácitamente que el nivel de sinceridad de una mujer es bastante bajo; era la criatura sometida, versada en los artes de la esclavitud. Entonces siempre puede culpar a su estado de ánimo y a sus nervios, y al derecho de no ser juzgada con demasiada estrictez; e incluso en las sociedades más mojigatas, la burla caía siempre sobre el marido.

Pero en el pequeño mundo de Archer nadie se burlaba de una esposa engañada, y se despreciaba en cierta medida a los hombres que seguían teniendo amoríos después de casados. En la rotación de las cosechas había cierta temporada para sembrar avena, pero no debía sembrarse más de una vez.

Archer siempre compartió esta opinión; en su corazón pensaba que Lefferts era despreciable. Pero amar a Ellen Olenska no era transformarse en un hombre como Lefferts; por primera vez Archer se encontraba cara a cara con el temible argumento del caso individual. Ellen Olenska no era como las demás mujeres, él no era como los demás hombres: su situación, por lo tanto, no se parecía a ninguna otra, y no tenían que responder ante ningún tribunal sino al de su propio juicio.

Sí, pero en diez minutos más subiría los peldaños de su hogar; y allí estaba May, y la costumbre, y el honor, y todas las antiguas normas de decencia en que él y su gente siempre creyeron...

Vaciló, acorralado, y luego se alejó caminando por la Quinta Avenida.

Delante de él, en la noche invernal, se vislumbraba una gran casa en sombras. A medida que se acercaba pensaba cuántas veces la viera resplandeciente de luces, su escalinata alfombrada y bajo toldos, y los carruajes esperando en doble fila para acercarse a la acera. Fue en el invernadero, que alargaba su masa negrísima por la calle lateral, que le dio el primer beso a May; y fue bajo las incontables luces del salón de baile que la vio aparecer, alta, reluciente y plateada como una joven Diana.

Ahora la casa estaba oscura como una tumba, excepto un tenue fulgor de gas en el sótano, y una luz en uno de los cuartos del piso alto donde todavía no había sido bajada la persiana. Cuando se cercaba a la esquina, Archer vio que el carruaje estacionado ante la puerta era el de Mrs. Manson Mingott. ¡Qué ocasión para Sillerton Jackson, si acertaba a pasar! Archer se había conmovido profundamente cuando Catherine le contó la actitud de *madame* Olenska hacia Mrs. Beaufort; hacía que la virtuosa desaprobación de Nueva York pareciera una frivolidad. Pero él sabía demasiado bien la interpretación que tanto en los clubes como en los salones se daría a las visitas de Ellen Olenska a su prima.

Se detuvo y miró la ventana iluminada. Sin duda las dos mujeres estaban sentadas en aquella habitación. Probablemente, Beaufort había buscado consuelo en otra parte. Se rumoreaba que se había marchado de Nueva York con Fanny Ring; pero la actitud de Mrs. Beaufort hacía poco probable esta información.

Archer tenía la perspectiva nocturna de la Quinta Avenida casi sólo para él. A esa

hora mucha gente estaba en casa, vistiéndose para cenar; y se alegró en su fuero interno de que la salida de Ellen posiblemente pasaría inadvertida. Mientras cruzaban por su mente estos pensamientos, se abrió la puerta, y ella salió. A su espalda había una tenue luz, que alguien debió llevar por la escala para alumbrarle el camino. Se volvió para decir algo a alguien; después, se cerró la puerta y ella bajó los peldaños de la entrada.

—Ellen —dijo Archer en voz baja cuando ella llegó a la acera.

Se detuvo con un ligero sobresalto, y justo en ese instante Archer vio a dos jóvenes de aspecto elegante que se aproximaban. Había algo familiar en sus abrigos y en la manera en que sus impecables bufandas negras tapaban sus blancas corbatas; y se preguntó por qué jóvenes de su calidad estarían cenando a tan temprana hora. Entonces recordó que los Reggie Chivers, cuya residencia estaba a pocas puertas más arriba, llevaban esa noche a numerosos amigos a ver a Adelaide Neilson en Romeo y Julieta, y pensó que esos dos eran del grupo. Pasaron bajo un farol, y reconoció a Lawrence Lefferts y al joven Chivers.

Su cobarde deseo de que *madame* Olenska no fuera vista ante la puerta de los Beaufort se desvaneció cuando sintió el penetrante calor de su mano.

—Ahora te veré... estaremos juntos —exclamó sorprendidamente, casi sin saber lo que decía.

—Ah —respondió ella—, ¿la abuela te lo dijo? Mientras la miraba, Archer estaba consciente de que Lefferts y Chivers, al llegar al lado más apartado de la esquina, habían cruzado discretamente la Quinta Avenida. Era la solidaridad masculina que él había practicado frecuentemente; ahora le daba asco su connivencia. ¿Pensaba Ellen realmente que ambos podrían vivir así? Y si no lo pensaba, ¿qué otra cosa imaginaba?

—Debo verte mañana... en alguna parte en que podamos estar solos —dijo Archer, en un tono de voz que sonó casi enojado a sus propios oídos.

Ella titubeó, y dio un paso hacia el carruaje.

—Pero si estaré en casa de la abuela... al menos por ahora —agregó, como si comprendiera que su cambio de planes requería de una explicación.

—Un lugar donde podamos estar solos —insistió Archer.

Ella lanzó una tenue risa que lo irritó.

—¿En Nueva York? Pero si no hay iglesias... ni monumentos.

—Está el Museo de Arte... en el Parque —dijo él y ella lo miró asombrada—. A las dos y media. Estaré en la puerta...

La condesa se dio vuelta sin responder y se subió rápidamente al vehículo. Cuando éste se puso en marcha, se inclinó hacia adelante, y Archer pensó que lo saludaba con la mano en la oscuridad. Se quedó mirándola en medio de un torbellino de sentimientos contradictorios. Le parecía que no había hablado con la mujer que amaba sino con otra, con una mujer con quien estaba en deuda por placeres que ya lo hastiaban: era abominable verse prisionero de aquel trillado vocabulario.

—¡Vendrá! —se dijo, casi con desdén.

Evitando la popular «colección Wolfe», cuyas telas anecdóticas llenaban una de las principales galerías de la curiosa selva de fundición y azulejos pintados con la técnica encáustica que se conocía como el Museo Metropolitano, cruzaron un pasillo hacia la sala donde las antigüedades de Cesnola se desmoronaban en aquella soledad a la que no llegaban visitantes.

Tenían este melancólico refugio para ellos solos y, sentados en el diván que rodeaba el radiador central de vapor, contemplaban en silencio las vitrinas montadas en madera de ébano que contenían los fragmentos recuperados de Ilium.

—Es curioso —dijo *madame* Olenska—, nunca estuve aquí antes.

—Ah, bueno... Algún día, supongo, será un gran museo.

—Sí —asintió ella, distraída.

Se levantó y caminó por la sala. Archer se quedó sentado, mirando los ligeros movimientos de su cuerpo, tan de niña hasta bajo las pesadas pieles, el ala de garza coquetamente prendida en su gorro de piel, y la forma en que un rizo oscuro caía en espiral como una enredadera en cada mejilla sobre la oreja. La mente del joven, como sucedía siempre en los primeros momentos de sus encuentros, estaba totalmente absorta en los deliciosos detalles que la hacían ser quien era y no otra. Se levantó también y se aproximó a la vitrina ante la cual se había detenido la condesa. Sus estantes de cristal estaban repletos de pequeños objetos quebrados, objetos domésticos casi irreconocibles, ornamentos y bagatelas personales, fabricados en cristal, arcilla, bronce descolorido y otras sustancias borrosas por su antigüedad.

—Parece cruel —dijo la condesa— que después de todo nada importe... tal como estos pequeños objetos, que fueron necesarios e importantes para gente olvidada, y ahora hay que adivinarlos bajo un vidrio de aumento y leer la etiqueta: «Uso desconocido».

—Sí; pero entretanto...

—Ah, entretanto...

Parada allí, con su largo abrigo de piel de foca, sus manos escondidas en un manguito redondo, con el velo bajado como una máscara transparente hasta la punta de la nariz, y el ramo de violetas que él le llevara moviéndose con su agitada respiración, parecía increíble que tanta pureza de armonía y color debiera sufrir algún día la estúpida ley del cambio.

—Entretanto, todo importa... todo lo que te concierne a ti —dijo Archer.

Ella lo miró pensativa, y volvió a sentarse en el diván. Él se instaló a su lado y esperó; pero de pronto escuchó unos pasos resonando a lo lejos por las salas vacías, y sintió la presión de los minutos que pasaban.

—¿Qué querías decirme? —preguntó la condesa, como si hubiera recibido la misma advertencia.

—¿Qué quería decirte? —replicó él—. Bueno, que creo que viniste a Nueva York porque tenías miedo.

—¿Miedo?

—De que yo fuera a Washington.

Ella miró su manguito, y Archer vio que sus manos se movían inquietas.

—¿Y bien...?

—Y bien... sí —dijo la condesa.

—¿Tenías miedo? ¿Sabías...?

—Sí; sabía.

—Y, ¿entonces? —insistió el joven.

—Bueno, entonces: es mejor, ¿no es cierto? —respondió con un largo suspiro inquisitivo.

—¿Mejor...?

—Heriremos menos a los demás. ¿No es eso, después de todo, lo que siempre quisiste?

—¿Quieres decir, tenerte aquí, cerca y sin embargo lejos? ¿Verte de esta manera, a escondidas? Es exactamente lo contrario de lo que quiero. El otro día te dije lo que quiero.

Ella vaciló.

—¿Y todavía piensas que esto es... peor?

—¡Mil veces! —Hizo una pausa—. Sería fácil mentirte; pero la verdad es que me parece detestable.

—¡Oh, a mí también! —gritó *madame* Olenska con un profundo suspiro de alivio.

Él se levantó de un salto, impaciente.

—Bien, entonces... es mi turno de hacer preguntas: ¿qué es, en nombre de Dios, lo que crees mejor?

Ella bajó la cabeza y siguió abriendo y cerrando las manos dentro de su manguito. Los pasos se acercaron, y un guardián con gorra que lucía sus galones caminó desganado por la sala como un fantasma merodeando por una necrópolis. Ambos fijaron al mismo tiempo los ojos en la vitrina frente a ellos, y cuando la silueta del guardia desaparecía detrás de una perspectiva de momias y sarcófagos, Archer dijo nuevamente:

—¿Qué crees mejor?

En lugar de responder, ella murmuró:

—Le prometí a la abuela quedarme con ella porque me pareció que aquí estaría más a salvo.

—¿De mí?

Ella inclinó la cabeza ligeramente, sin mirarlo.

—¿Más a salvo de amarme?

Su perfil permaneció inmóvil, pero Archer vio que una lágrima brotaba de sus pestañas y quedaba prendida en la malla de su velo.

—A salvo de hacer un daño irreparable. ¡No seamos como los otros! —protestó ella.

—¿Qué otros? No pretendo ser diferente a los de mi especie. Me consumen los mismos deseos y las mismas ansias.

Ella lo miró como horrorizada, y él vio que un tenue rubor aparecía en sus mejillas.

—¿Quieres que... sea tuya una vez, y después me vaya a casa? —aventuró la condesa en una voz baja y clara.

La sangre se agolpó en la frente del joven.

—¡Mi amor! —dijo, sin moverse.

Parecía tener el corazón en sus manos, como una copa llena a la que el menor movimiento haría derramarse.

Entonces su última frase golpeó su oído y su rostro se ensombreció.

—¿A casa? ¿Qué quieres decir por irte a casa?

—Regresar con mi marido.

—¿Y esperas que te diga sí a eso?

Madame Olenska levantó sus ojos turbados y lo miró.

—¿Qué más me queda? No puedo permanecer aquí y mentirle a la gente que ha sido bondadosa conmigo.

—¡Pero ésa es la mismísima razón por la que te pido que te vengas conmigo!

—¿Y destruir sus vidas, cuando me ayudaron a rehacer la mía?

Archer se levantó de un brinco y la miró con muda desesperación. Habría sido fácil decir: «Sí, se mía, se mía por una vez». Sabía el poder que ella pondría en sus manos si consentía; no habría dificultad alguna para persuadirla a no regresar con su marido.

Pero algo silenciaba la palabra en sus labios. Una suerte de honradez apasionada que había en ella hacía inconcebible que él tratara de llevarla a esa conocida trampa. «Si permito que sea mía», se dijo, «tendré que dejarla partir nuevamente». Y eso era algo que

no podía soportar.

Pero vio la sombra de las pestañas sobre sus mejillas húmedas, y titubeó.

—Después de todo —comenzó a decir nuevamente—, tenemos vidas propias... Es inútil pretender lo imposible. Tú tienes pocos prejuicios para algunas cosas, estás tan acostumbrada, como tú misma dices, a mirar la Gorgona, que no sé por qué tienes miedo de enfrentar nuestro caso, y verlo como es en realidad... a menos que pienses que el sacrificio no vale la pena.

Ella se levantó a su vez, con los labios apretados y el ceño fruncido.

—Llámalo así, entonces... debo irme —dijo sacando un pequeño reloj del pecho.

Salió de la sala, y él la siguió y la tomó por la muñeca.

—Bien, entonces: sé mía una sola vez —dijo, mientras la cabeza le daba vueltas ante la idea de perderla; y por un par de segundos se miraron como enemigos.

—¿Cuándo? —insistió—. ¿Mañana? Ella dudó.

—Pasado mañana.

—¡Amor mío! —repitió Archer.

Ella había liberado su muñeca; pero por un momento siguieron mirándose a los ojos, y el joven vio que su rostro, que se había puesto muy pálido, se iluminaba con un profundo brillo interior.

Su corazón latía temeroso: sintió que nunca antes había contemplado el amor de manera visible.

—Oh, llegaré tarde... adiós. No, no te acerques un paso más —gritó la condesa, atravesando apresuradamente la inmensa sala, como si el brillo reflejado en los ojos de Archer la hubiera asustado. Cuando llegó a la puerta, se volvió un momento para hacer un rápido gesto de despedida.

Archer regresó caminando solo. Caía la oscuridad cuando entró a su casa, y recorrió con la mirada los objetos familiares del vestíbulo, como si los viera desde el otro lado de la tumba.

La mucama, al oír sus pasos, corrió escala arriba para encender el gas en el piso superior.

—¿Está Mrs. Archer?

—No, señor; Mrs. Archer salió en el coche después del almuerzo, y todavía no ha regresado.

Se fue a la biblioteca con una sensación de alivio y se hundió en su sillón. La mucama entró detrás de él, llevando la lámpara de lectura y agregó algunos carbones al fuego casi apagado. Cuando se retiró, Archer siguió sentado inmóvil, con los codos sobre las rodillas, la barbilla apoyada en las manos entrelazadas, los ojos fijos en la roja parrilla.

Allí permaneció, sin pensamientos conscientes, sin sensación del correr del tiempo, en un profundo y solemne asombro que parecía suspender la vida más que apresurarla. «Esto es lo que tenía que ser, entonces..., esto es lo que tenía que ser», se repetía una y otra vez, como si estuviera preso en las garras del destino. Lo que había soñado era tan diferente que producía un mortal escalofrío a su arrobamiento.

Se abrió la puerta y entró May.

—Estoy tremendamente atrasada... ¿estabas preocupado? —preguntó, apoyando la cabeza en el hombro de Archer en una de sus escasas caricias.

Él la miró asombrado.

—¿Es tarde?

—Pasadas las siete. ¡Creo que te dormiste!

Se echó a reír, y sacando los alfileres de su sombrero de terciopelo lo arrojó sobre el sofá. Estaba más pálida que de costumbre, pero irradiaba una inaudita animación.

—Fui a ver a la abuelita, y justo cuando me venía llegó Ellen de vuelta de un paseo; de modo que me quedé y tuve una larga conversación con ella. Hacía años que no teníamos una verdadera conversación...

Se había dejado caer en su sillón preferido, frente a Archer, y pasaba los dedos entremedio de su cabello desgreñado. El joven pensó que esperaba que él dijera algo.

—Una muy buena charla —continuó May, sonriendo con lo que a Archer le pareció una viveza poco natural—. Fue tan amable, la misma Ellen de antes. Temo que no fui justa con ella últimamente. A veces pensé...

Archer se puso de pie y se apoyó en la repisa de la chimenea, fuera del resplandor de la lámpara.

—¿Pensaste...? —repitió al ver que callaba.

—Bueno, quizás no la juzgué correctamente. Es tan distinta... al menos en apariencia. Se junta con gente tan rara, parece que le gusta llamar la atención. Supongo que se debe a la vida que llevó en esa disipada sociedad europea; no hay duda de que nos considera horriblemente aburridos. Pero no quiero juzgarla mal.

Calló nuevamente, casi sin aliento por el desacostumbrado largo de su discurso, y se sentó con los labios ligeramente separados y un fuerte rubor en las mejillas.

Al mirarla, Archer recordó cómo brillaba su rostro en el jardín de la Misión en St. Augustine. Percibió en ella el mismo esfuerzo oscuro, la misma ansia por algo que sobrepasaba su campo visual.

«Odia a Ellen —pensó—, y trata de sobreponerse a ese sentimiento, y quiere obligarme a que la ayude a superarlo».

La idea lo conmovió, y por un momento estuvo a punto de romper el silencio y ponerse en sus manos.

—Supongo que entiendes —continuó May— por qué la familia se ha molestado tantas veces. Todos hicimos lo más que pudimos por ella al comienzo; pero no dio señas de comprenderlo. ¡Y ahora esta idea de ir a visitar a Mrs. Beaufort, en el coche de mi propia abuela! Me temo que se ha enemistado con los Van der Luyden...

—Ah —dijo Archer, con una risa impaciente. Se había vuelto a cerrar la puerta entre ellos—. Es hora de vestirse; cenamos afuera, ¿no es así? —preguntó, retirándose del fuego.

May se levantó también, pero se quedó junto a la chimenea. Cuando Archer pasó a su lado, se adelantó impulsivamente, como queriendo detenerlo; sus miradas se cruzaron, y él vio que sus ojos eran del mismo azul húmedo de lágrimas del día que fue a Jersey City.

May le echó los brazos al cuello y lo besó.

—No me habías besado hoy —dijo en un murmullo; y Archer la sintió temblar en sus brazos.

Capítulo XXXII

—EN la corte de las Tullerías —decía Mr. Sillerton Jackson con una sonrisa de reminiscencia—, estas cosas eran abiertamente toleradas.

El escenario era el comedor de nogal oscuro de los Van der Luyden en Madison

Avenue, y la hora, la noche siguiente a la visita de Newland Archer al Museo de Arte. Mr. y Mrs. van der Luyden habían llegado desde Skuytercliff, a donde huyeron precipitadamente al conocer la noticia de la quiebra de Beaufort. Pero se les hizo ver que la confusión en que caería la sociedad por este deplorable asunto hacía más necesaria que nunca su presencia en la ciudad. Era una de las ocasiones en que, como dijo Mrs. Archer, ellos «tenían el deber social» de mostrarse en la ópera, e incluso de abrir las puertas de su casa.

—No hay que permitir por ningún motivo, mi querida Louisa, que gente como Mrs. Lemuel Struthers crea que puede ocupar el lugar de Regina. Es justamente en estas ocasiones cuando la gente nueva empuja y consigue una posición. Recuerden que debido a la epidemia de varicela en Nueva York del invierno pasado, cuando apareció Mrs. Struthers, los hombres casados se iban a su casa mientras sus esposas estaban hospitalizadas. Tú, Louisa, y mi querido Henry, deben estar en la brecha como siempre lo hicieron.

Mr. y Mrs. van der Luyden no podían permanecer sordos a una petición como aquélla, y a regañadientes pero heroicamente, viajaron a la ciudad, abrieron su casa, y mandaron invitaciones para dos cenas y una recepción nocturna.

Para aquella recepción invitaron a Sillerton Jackson, Mrs. Archer y Newland y su mujer, para ir luego con ellos a la ópera. Se cantaba Fausto por primera vez en la temporada. Bajo el techo de los Van der Luyden nada se hacía sin ceremonia, y aunque no había más que cuatro invitados, la comida se inició a las siete en punto, de manera que se pudieran servir los diversos platos con la apropiada secuencia y sin apresuramiento antes de que los caballeros se instalaran a fumar sus cigarros.

Archer no había visto a su mujer desde la tarde anterior. Había salido temprano de casa hacia la oficina, donde se sumergió en una serie de asuntos sin importancia. En la tarde, uno de los socios principales le había hecho una inesperada visita, de modo que llegó a su hogar tan tarde que May ya se había ido a casa de los Van der Luyden, desde donde le envió a buscar con el coche.

Ahora, por encima de los claveles de Skuytercliff y la platería maciza, le sorprendió su palidez y su aire lánguido: pero sus ojos brillaban, y hablaba con exagerada animación.

El tema que motivara el comentario favorito de Mr. Sillerton Jackson, fue puesto en el tapete (Mrs. Archer pensaba que no sin intención) por la anfitriona. La quiebra de los Beaufort, o más bien la actitud de los Beaufort desde la quiebra, era todavía un tema fructífero para un moralista de salón; y después de examinarlo minuciosamente y de condenarlo, Mrs. van der Luyden volvió sus ojos escrupulosos hacia May Archer.

—¿Es posible, querida, que lo que escuché sea verdad? Me dijeron que el carruaje de tu abuela Mingott fue visto estacionado a la puerta de Mrs. Beaufort.

Era digno de destacar el hecho de que ella ya no llamaba más por su nombre a la delincuente. A May se le subieron los colores, y Mrs. Archer respondió rápidamente:

—Si lo fuera, estoy convencida de que se hizo sin el conocimiento de Mrs. Mingott.

—Ah, ¿tú crees...? —Mrs. van der Luyden hizo una pausa, suspiró, y miró a su marido.

—Me temo —dijo Mr. van der Luyden—, que el bondadoso corazón de *madame* Olenska puede haberla impulsado a la imprudencia de visitar a Mrs. Beaufort.

—O su gusto por la gente extraña —intercaló Mrs. Archer en tono seco, mientras sus ojos se posaban inocentemente en los de su hijo.

—Me duele pensar una cosa así de *madame* Olenska —dijo Mrs. van der Luyden. Y

Mrs. Archer murmuró:

—¡Ah, querida mía, y después de que la tuviste dos veces en Skuytercliff!

Mr. Jackson Sillerton aprovechó la oportunidad para hacer su alusión favorita.

—En las Tullerías —repitió, viendo que los ojos de los asistentes se volvían expectantes hacia él—, el nivel de las costumbres era excesivamente relajado en algunos aspectos; ¡y no pregunten de dónde vino el dinero de Morny...! O quién pagó las deudas de algunas de las beldades de la Corte...

—Espero, querido Sillerton —dijo Mrs. Archer—, que no sugerirás que deberíamos adoptar semejantes reglas morales.

—Jamás sugiero nada —repuso Mr. Jackson imperturbable—. Pero la educación extranjera de *madame* Olenska podría hacerla menos particular...

—Ah —suspiraron las dos damas mayores.

—¡Así y todo, estacionar el carruaje de su abuela ante la casa de un desfalcador! —protestó Mr. van der Luyden.

Y Archer pensó que estaba recordando, con resentimiento, los cestos llenos de claveles que enviara a la casita de la calle Veintitrés.

—Yo siempre dije que ella ve las cosas de un modo absolutamente diferente al nuestro —resumió Mrs. Archer.

May volvió a ruborizarse. Miró por encima de la mesa a su marido, y dijo precipitadamente:

—Estoy segura de que Ellen lo hizo por bondad.

—La gente imprudente a menudo es bondadosa —dijo Mrs. Archer, como si el hecho no fuera un atenuante.

Mrs. van der Luyden murmuró:

—Si al menos hubiera consultado con alguien...

—¡Ah, eso no lo hace nunca! —replicó Mrs. Archer.

A este punto, Mr. van der Luyden miró a su esposa, que inclinó ligeramente la cabeza en dirección a Mrs. Archer; y las tres damas abandonaron la habitación barriendo el piso con las relumbrantes colas de sus trajes, y dejaron solos a los caballeros para que fumarán sus cigarros. En las noches de ópera, Mr. van der Luyden ofrecía cigarros cortos, pero tan buenos que sus invitados deploraban su inexorable puntualidad.

Terminado el primer acto, Archer se separó del grupo y se instaló al fondo del palco del club. Desde allí, por encima de los hombros de varios Chivers, Mingott y Rushworth, revivió la misma escena que presenciara dos años atrás, la noche de su primer encuentro con Ellen Olenska. Abrigaba la ligera esperanza de verla aparecer nuevamente en el palco de Mrs. Manson Mingott, pero éste permanecía desocupado; y se sentó inmóvil, los ojos clavados en él, hasta que de súbito la pura voz de soprano de *madame* Nilsson rompió a cantar *Mama, non mama...*

Archer volvió la vista al escenario, donde, en el típico decorado de inmensas rosas y pensamientos de papel, la misma víctima gorda y rubia sucumbía a los encantos del mismo seductor pequeño y moreno.

Del escenario sus ojos vagaron hasta el punto de la herradura donde se sentaba May entre las dos señoras mayores, tal como, en aquella otra noche, se sentara entre Mrs. Lovell Mingott y su prima «extranjera» recién llegada. Como en esa ocasión, estaba vestida enteramente de blanco; y Archer, que no se había fijado en su traje, reconoció el raso blanco azulado y el encaje antiguo de su vestido de novia.

Era costumbre en la Nueva York de antaño, que las novias usaran su costoso vestido

durante los dos primeros años de matrimonio; Archer sabía que su madre guardaba el suyo en papel de seda con la esperanza de que Janey pudiera usarlo algún día, a pesar de que la pobre Janey estaba llegando a una edad en que la popelina gris perla y sin damas de honor se consideraría más «apropiado».

A Archer le llamaba la atención que May, desde que volvieran de Europa, usara muy pocas veces su vestido de novia, y la sorpresa de verla lucirlo lo hizo comparar su aspecto con el de la joven que había contemplado arrobado dos años atrás.

Aunque la silueta de May estaba ligeramente más pesada, como lo predijo su porte de diosa, su atlético andar erguido y la infantil transparencia de su expresión no habían cambiado; si no fuera por la ligera languidez que Archer notaba en ella recientemente, sería la imagen exacta de la niña que jugaba con el ramillete de lirios silvestres la noche de sus esponsales. Parecía una llamada más a la compasión de su marido; tanta inocencia era tan conmovedora como el abandono confiado de un niño. Luego recordó la apasionada generosidad latente bajo aquella calma indiferente. Recordó su mirada de comprensión cuando le pidió que anunciaran su compromiso en el baile de los Beaufort; escuchó el tono de su voz cuando le dijo en el jardín de la Misión: «No podría construir mi felicidad en el daño... el daño a otra persona». Y lo dominó una incontrolable ansia por decirle la verdad, por entregarse a su generosidad, y pedirle la libertad que una vez él rechazara.

Newland Archer era un joven tranquilo y con gran dominio de sí. La conformidad a la disciplina de una pequeña sociedad había llegado a ser casi su segunda naturaleza. Le parecía de pésimo gusto hacer algo melodramático y que llamara la atención, algo que Mr. van der Luyden desaprobaba y que el palco del club condenaba como contrario a las formalidades. Pero repentinamente se olvidó del palco del club, de Mr. van der Luyden, de todo aquello que durante tanto tiempo encerrara al cálido abrigo de la costumbre. Caminó por el pasillo semicircular en la parte de atrás del teatro, y abrió la puerta del palco de Mrs. van der Luyden, como si fuera una puerta a lo desconocido.

«¡Mama!» cantaba triunfante Margarita; y los ocupantes del palco miraron sorprendidos la entrada de Archer. Había roto una de las reglas de su mundo, que prohibía entrar en un palco durante un aria.

Deslizándose entre Mr. van der Luyden y Sillerton Jackson, se inclinó hacia su esposa.

—Tengo un espantoso dolor de cabeza; no le digas a nadie, pero volvamos a casa, ¿quieres? —susurró.

May le lanzó una mirada de comprensión, y la vio susurrar algo a su madre, que asintió compasiva; después murmuró una excusa en el oído de Mrs. van der Luyden y se levantó de su asiento, justo cuando Margarita caía en los brazos de Fausto. Archer, al ayudarla a ponerse la capa de noche, captó el intercambio de significativas sonrisas entre las dos damas mayores.

Cuando se alejaban en el coche, May puso tímidamente su mano sobre la de Archer.

—Lamento que no te sientas bien. Temo que te han recargado de trabajo en la oficina.

—No, no es eso. ¿Te molesta si abro la ventana? —contestó confundido, bajando el vidrio de su lado.

Se puso a mirar hacia la calle, sintiendo junto a él a su mujer como una interrogación muda y vigilante, y mantuvo los ojos fijos en las casas que pasaban ante su vista. Al llegar frente a la puerta de su casa, la falda de May quedó atrapada en el escalón del carruaje, y la hizo caer encima de él.

—¿Te hiciste daño? —le preguntó, sosteniéndola con el brazo.

—No, pero ¡pobre vestido, mira cómo lo desgarré! —exclamó May.

Se inclinó a recoger un trozo de tela embarrada, y subió tras él las gradas hacia el vestíbulo. Los sirvientes no los esperaban tan pronto, y sólo se vislumbraba un resplandor tenue de gas en el último descansillo.

Archer subió, encendió la luz, y acercó un fósforo a los apliques colocados a cada lado de la chimenea de la biblioteca. Las cortinas estaban corridas, y el cálido aspecto acogedor del cuarto le dio la impresión de encontrar una cara familiar en medio de una situación inconfesable.

Notó que su mujer estaba muy pálida, y le preguntó si quería tomar un poco de coñac.

—Oh, no —exclamó con un momentáneo rubor, mientras se quitaba la capa, y agregó—: Pero ¿no será mejor que te acuestes de inmediato?

Archer abrió una caja de plata colocada sobre la mesa, y sacó un cigarrillo.

Pronto lo apagó y se dirigió a su puesto habitual junto al fuego.

—No, mi cabeza no está tan mal como para eso —respondió él. Hizo una pausa y continuó—: Y hay algo que quiero decirte; algo importante, que debo decirte ahora mismo.

Ella se había instalado en un sillón y levantó la vista cuando él habló.

—¿Sí, querido? —replicó, de modo tan gentil que Archer se admiró de la falta de sorpresa con que recibía este preámbulo.

—May..., —comenzó, parado a pocos pasos de su sillón y mirándola como si la ligera distancia entre ellos fuera un abismo infranqueable. El sonido de su voz hizo un eco misterioso a través de la quietud hogareña, y repitió—: Tengo que decirte algo... acerca de mí.

Ella lo miraba en silencio, sin un movimiento ni un temblor de sus pestañas. Todavía estaba extremadamente pálida, pero su rostro tenía una curiosa expresión de calma que parecía provenir de alguna secreta fuerza interna.

Archer contuvo las frases convencionales que acudían a sus labios. Estaba decidido a exponer el caso con sencillez, sin vanas recriminaciones ni excusas.

—*Madame Olenska...* —dijo.

Pero al escuchar el nombre su mujer levantó la mano para pedirle que callara. Al hacer este ademán la luz de gas hizo brillar el oro de su anillo de matrimonio.

—Oh, ¿para qué hablar de Ellen esta noche? —preguntó, frunciendo los labios con impaciencia.

—Porque debí hablar antes.

May permaneció serena.

—¿Vale realmente la pena, querido? Ya sé que a veces he sido injusta con ella, tal vez todos lo hemos sido. Tú la entendiste, sin duda, más que nosotros; siempre fuiste muy amable con ella. ¿Pero qué importa ahora que todo ha terminado?

Archer la miró sin comprender. ¿Era posible que la sensación de irrealidad en que él se sentía aprisionado se hubiera traspasado a su mujer?

—¿Todo terminado? ¿Qué quieres decir? —preguntó en un confuso balbuceo.

May continuaba mirándolo con sus ojos transparentes.

—Pero si se vuelve a Europa muy pronto; ya que la abuela lo aprueba y lo entiende, y la ha hecho independiente de su marido...

Se interrumpió, y Archer, con una mano convulsa aferrada al borde de la repisa de la chimenea y apoyado en ésta, hizo un vano esfuerzo por extender el mismo control a sus

arremolinados pensamientos.

—Suponía —escuchó que la firme voz de su esposa continuaba diciendo— que te habías quedado hasta tarde en la oficina para arreglar esos asuntos. Creo que se decidió esta mañana.

May bajó los ojos ante su mirada ciega, y un nuevo rubor fugitivo coloreó su rostro.

Archer, comprendiendo que sus ojos debían serle insoportables, se volvió, apoyó el codo en la chimenea y se cubrió la cara. Algo martillaba y retumbaba furiosamente en sus oídos; no podía decir si era la sangre en sus venas, o el tictac del reloj en la repisa.

May se quedó sentada sin moverse ni hablar mientras el reloj contaba lentamente cinco minutos. Un tizón cayó en la parrilla, y al oír la levantarse a empujarlo hacia adentro, Archer por fin se volvió a mirarla a la cara.

—Es imposible —exclamó.

—¿Imposible...?

—¿Cómo supiste lo que acabas de decirme?

—Estuve ayer con Ellen. Te dije que la vi en casa de la abuela.

—¿Fue entonces que te lo dijo?

—No, recibí una nota suya esta tarde. ¿Quieres verla?

Archer no pudo recuperar la voz, y ella salió de la habitación y regresó casi de inmediato.

—Creí que lo sabías —dijo simplemente.

Puso una hoja de papel sobre la mesa, y Archer extendió la mano y la tomó. La carta contenía sólo unas pocas líneas.

«May querida: Al fin logré que la abuela entendiera que mi visita no podía durar más que cualquiera visita; y ha sido bondadosa y generosa como siempre. Ahora comprende que si vuelvo a Europa debo vivir sola, o más bien con la pobre tía Medora, que se va conmigo. Regreso rápidamente a Washington a empacar, y nos embarcamos la próxima semana. Debes ser muy buena con la abuela cuando me haya ido, tan buena como siempre fuiste conmigo. Si algunos de nuestros amigos desean convencerme de que cambie de opinión, por favor díles que sería absolutamente inútil. Ellen».

Archer leyó la carta dos o tres veces; luego la dejó caer y rompió en carcajadas.

El sonido de su risa lo asustó. Le recordó el espanto que tuvo Janey la noche en que lo encontró riendo a carcajadas con el telegrama de May en que anunciaba que se había adelantado la fecha de su matrimonio.

—¿Por qué escribió esto? —preguntó, calmando su risa con un esfuerzo supremo.

May tomó la pregunta con su candor inmutable.

—Supongo que porque ayer hablamos de muchas cosas...

—¿Qué cosas?

—Le dije que temía no haber sido justa con ella, que no siempre entendí lo duro que ha de haber sido para ella estar aquí, sola entre tanta gente que eran sus parientes pero a la vez unos desconocidos; que se sentían con derecho a criticar y no siempre conocían las circunstancias —guardó silencio un instante—. Sabía que tú habías sido el único amigo en quien ella podía confiar; y quería que supiera que tú y yo éramos iguales... en todos nuestros sentimientos.

Vaciló, como esperando que él hablara, y luego agregó lentamente:

—Ella entendió mi deseo de hablarle de esto. Creo que ella entiende todo.

Se acercó a Archer, y tomando una de las heladas manos del joven, la apretó rápidamente contra su mejilla.

—Me duele la cabeza a mí también; buenas noches, querido —dijo.

Se dirigió hacia la puerta, arrastrando tras ella por toda la habitación su destrozado y embarrado vestido de novia.

Capítulo XXXIII

COMO dijo sonriendo Mrs. Archer a Mrs. Welland, era un gran acontecimiento para una pareja joven ofrecer su primera cena de importancia.

Los Newland Archer, desde que instalaran su casa, habían recibido gran cantidad de amigos en cenas informales. Archer era aficionado a invitar a tres o cuatro amigos a cenar, y May los acogía con la alegre destreza que le había enseñado su madre con su ejemplo en los asuntos conyugales. Su marido se preguntaba si, por ella, hubiera alguna vez convidado a alguien a su casa; pero hacía tiempo que había dejado de tratar de desprender su verdadera personalidad del marco en que la tradición y la enseñanza la habían moldeado. Se esperaba que las jóvenes parejas adineradas de Nueva York organizaran una buena cantidad de fiestas informales, y una Welland casada con un Archer estaba doblemente comprometida con la tradición.

Pero una gran cena, con un chef contratado más dos mozos, con ponche a la romana, rosas de Henderson, y el menú en tarjetones de canto dorado, era un asunto muy diferente, y no se podía tomar a la ligera. Como hizo notar Mrs. Archer, el ponche a la romana le daba toda la diferencia; no en sí mismo sino por sus múltiples implicancias, ya que exigía pato silvestre o tortuga de agua fresca, dos sopas, un postre caliente y otro frío, chaquetas con *decolletage*^[66] total y mangas cortas, e invitados de la debida importancia.

Siempre era una ocasión interesante cuando una pareja joven enviaba sus primeras invitaciones en tercera persona, y rara vez eran rehusadas ni siquiera por los más sociables y solicitados. Y sin embargo se consideró un triunfo que los Van der Luyden, a solicitud de May, se hubieran quedado para estar presentes en la cena que ofrecería para despedir a la condesa Olenska.

Ambas suegras se instalaron en el salón de May la tarde del gran día, Mrs. Archer escribiendo los menús en el papel bristol de canto dorado más grueso de Tiffany, Mrs. Welland vigilando la instalación de las hojas de palma y de las lámparas.

Archer, al llegar bastante tarde de su oficina, las encontró todavía allí. Mrs. Archer estaba ahora dedicada a las tarjetas con los nombres para la mesa, y Mrs. Welland meditaba sobre la posibilidad de mover un poco más hacia adelante el enorme sofá dorado, para crear otro «rincón» entre el piano y la ventana.

Le dijeron que May estaba en el comedor inspeccionando el arreglo de rosas Jacqueminot y cilandrillo en el centro de la larga mesa, y la colocación de los bombones Maillard en canastitos de filigrana de plata entre los candelabros. Sobre el piano había un enorme canastillo de orquídeas que Mr. van der Luyden le había enviado de Skuytercliff. En resumen, todo estaba como debía estar ante la inminencia de un evento tan importante.

Mrs. Archer revisó pensativa la lista, marcando cada nombre con su afilada pluma de plata.

—Henry van der Luyden, Louisa, los Lovell Mingott, los Reggie Chivers, Lawrence Lefferts y Gertrude (sí, supongo que May hizo bien en invitarlos), los Selfridge Merry, Sillerton Jackson, Van Newland y su mujer (¡cómo pasa el tiempo! Parece que fue ayer

cuando te sirvió de padrino, Newland), y la condesa Olenska, sí creo que eso es todo...

Mrs. Welland miró cariñosamente a su yerno y le dijo:

—Nadie podrá decir, Newland, que tú y May no le dan a Ellen una estupenda despedida.

—Bueno —dijo Mrs. Archer—, comprendo el deseo de May de que su prima diga a la gente en el extranjero que no somos unos bárbaros.

—Estoy segura de que Ellen lo apreciará. Llegará esta mañana, me parece. Será para ella el más encantador de sus últimos recuerdos. La noche antes de embarcar es casi siempre muy triste —dijo animadamente Mrs. Archer.

Archer se volvió hacia la puerta, y su suegra le gritó:

—Por favor, anda a dar una mirada a la mesa. Y no dejes que May se canse demasiado.

Pero él fingió no oírla y subió a grandes zancadas a la biblioteca. La habitación lo miró con un semblante extraño haciéndole una mueca de cortesía; se dio cuenta de que había sido «ordenada» metódicamente y sin piedad, preparándola por medio de una juiciosa distribución de ceniceros y cajas de madera de cedro para que los caballeros disfrutaran fumando.

«Bueno —pensó—; no es por mucho tiempo», y se fue a su cuarto de vestir.

Habían pasado diez días de la partida de *madame* Olenska de Nueva York. Durante aquellos diez días, Archer no había tenido noticias de ella fuera de la devolución de una llave envuelta en papel de seda, que fuera enviada a su oficina en un sobre sellado escrito con la letra de Ellen. Esta respuesta a su última petición podía interpretarse como un movimiento clásico en un juego conocido; pero el joven prefirió darle un significado diferente. Ella luchaba todavía contra su destino; se iba a Europa, pero no volvía con su marido. Por lo tanto, nada le impedía seguirla; y cuando hubiera dado el paso irrevocable, y le hubiera probado que era irrevocable, creía que ella no lo rechazaría.

Esta confianza en el futuro lo calmó lo suficiente para jugar su papel actual. Lo hizo abstenerse de escribirle, o de traicionar con cualquier gesto o actitud su sufrimiento y su mortificación. Le parecía que en aquel juego mortal y silencioso que se desarrollaba entre ambos, las cartas de triunfo estaban aún en sus manos; y esperaba.

Hubo, no obstante, momentos sumamente difíciles de vivir. Como cuando Mr. Letterblair, un día después de la partida de *madame* Olenska, lo mandó llamar para revisar los detalles del fideicomiso que Mrs. Manson Mingott deseaba crear para su nieta. Durante un par de horas, Archer examinó con su colega los términos de la escritura, y sintió todo el tiempo, en forma confusa, que si se le había consultado era por alguna razón muy distinta a la obvia de su parentesco; y que el cierre de la conferencia lo revelaría.

—Bueno, la condesa no puede negar que es un acuerdo muy positivo —resumió Mr. Letterblair, luego de mascullar una recapitulación del arreglo—. En realidad, me veo obligado a decir que todos la han tratado con mucha generosidad.

—¿Todos? —repitió Archer con dejo de burla—. ¿Se refiere a la propuesta del marido de devolverle su propio dinero?

Las pobladas cejas de Mr. Letterblair se alzaron una fracción de pulgada.

—Mi querido señor, la ley es la ley; y la prima de su esposa se ha casado bajo la ley francesa. Es de presumir que ella sabía lo que eso significaba.

—Aunque lo supiera, lo que pasó después...

Pero Archer se detuvo. Mr. Letterblair había apoyado el mango de la pluma contra su enorme nariz arrugada, y lo miraba desdeñosamente con la expresión que asumen los

virtuosos caballeros de edad cuando desean que los jóvenes entiendan que virtud no es sinónimo de ignorancia.

—Mi querido señor, no deseo atenuar las transgresiones del Conde; pero... pero por otro lado... no pondría mi mano al fuego... bueno..., que no se haya dado al inexperto paladín un pago equivalente al servicio prestado —nervioso, Mr. Letterblair abrió un cajón y le pasó a Archer un papel doblado—. Este informe es el resultado de una discreta investigación...

Y como Archer no hizo ningún esfuerzo por dar un vistazo al papel o repudiar la sugerencia, el abogado continuó, en tono un tanto monótono:

—No digo que sea concluyente, fíjese bien; leed de eso. Pero cuando el río suena... y, en conclusión, es eminentemente satisfactorio para todas las partes que se haya alcanzado esta digna solución.

—Oh, eminentemente —asintió Archer, devolviendo el papel.

Un par de días después, respondiendo a un llamado de Mrs. Manson Mingott, su alma sufrió una prueba mucho más profunda.

Encontró a la anciana deprimida y quejumbrosa.

—¿Sabes que me ha abandonado? —Comenzó de inmediato; y sin esperar su respuesta agregó—: ¡Oh, no me preguntes por qué! Me dio tantas razones que las olvidé todas. Mi opinión personal es que no pudo enfrentar el aburrimiento. Al menos es lo que piensan Augusta y mis nueras. Y no sé si echarle a ella toda la culpa. Olenski es un maldito sinvergüenza; pero la vida con él debe haber sido muchísimo más alegre que en la Quinta Avenida. Claro que la familia no lo admite; todos piensan que la Quinta Avenida es el cielo con la rue de la Paix de regalo. Y; por supuesto, mi pobre Ellen no pretende volver con su marido. Se mantuvo más firme que nunca en este punto. Así que se instalará en París con esa loca de Medora... Bueno, París es París; y puedes mantener un coche casi por nada. Pero era alegre como un pájaro, y la echaré de menos.

Dos lágrimas, las reseca lágrimas de los viejos, rodaron por sus mejillas hinchadas y se perdieron en los abismos de su pecho.

—Lo único que pido —terminó— es que no me molesten más. Tengo derecho a llorar mi derrota... —Y parpadeó melancólicamente mirando a Archer.

Fue esa tarde, al regresar a casa, que May anunció su intención de dar una cena de despedida a su prima. El nombre de *madame* Olenska no se pronunciaba entre ellos desde la noche del viaje de la condesa a Washington; y Archer miró sorprendido a su esposa.

—¿Una cena... por qué? —preguntó.

May se ruborizó.

—Pero a ti te gusta Ellen, pensé que estarías contento.

—Es una gran delicadeza de tu parte... presentarlo de esa manera. Pero realmente no veo...

—Quiero hacerlo, Newland —dijo ella, levantándose con calma y dirigiéndose a su escritorio—. Aquí están las invitaciones ya escritas. Mamá me ayudó; está de acuerdo en que debemos hacerlo.

Guardó silencio, turbada pero sin dejar de sonreír, y Archer vio de súbito ante sí la encarnación de la imagen de la Familia.

—Oh, de acuerdo —dijo, mirando sin ver la lista de invitados que ella había puesto en su mano.

Cuando entró al salón antes de la cena, May estaba inclinada frente al fuego y trataba de obligar a los troncos a que ardieran en una desacostumbrada posición sobre

inmaculadas baldosas.

Las lámparas altas estaban todas encendidas, y las orquídeas de Mr. van der Luyden habían sido dispuestas notoriamente en varios receptáculos de porcelana moderna y plata cincelada. Todo el mundo comentó que el salón de Mrs. Newland Archer era un rotundo éxito. Una *jardinière* de bambú dorado, en que prímulas y cinerarias se renovaban puntualmente, cerraba el acceso a la ventana saliente (donde los pasados de moda preferirían colocar una miniatura en bronce de la Venus de Milo); los sofás y sillones de brocado pálido estaban hábilmente agrupados alrededor de pequeñas mesas con tapetes de felpa y adornadas con cantidades de juguetes de plata, animales de porcelana y marcos floreados para fotografías; y algunas lámparas altas de pantalla rosada sobresalían como flores tropicales entre las hojas de palma.

—No creo que Ellen haya visto esta habitación enteramente iluminada —dijo May, levantándose enrojecida por su batalla con el fuego, y paseando la mirada a su alrededor con comprensible orgullo.

Las tenazas de bronce que dejara apoyadas contra un costado de la chimenea cayeron con tal estrépito que ahogaron la respuesta de su marido; y antes de que Archer pudiera arreglarlas, se anunció la llegada de Mr. y Mrs. van der Luyden. Rápidamente los siguieron los demás invitados, pues era sabido que a los Van der Luyden les gustaba cenar puntualmente. La habitación estaba casi llena, y Archer se ocupó de mostrarle a Mrs. Selfridge Merry un pequeño y bien barnizado Verbeckhoven, Estudio de una Oveja, que Mr. Welland le regalara a May para Navidad, cuando vio a *madame* Olenska a su lado.

Estaba excesivamente pálida, y su palidez hacía que su pelo oscuro se viera más espeso y más pesado que nunca. Quizás eso, o el hecho de que había enrollado varias hileras de cuentas de ámbar alrededor de su cuello, le recordó repentinamente a la pequeña Ellen Mingott con quien bailara en las fiestas infantiles, la primera vez que Medora Manson la llevó a Nueva York.

Las cuentas de ámbar no hacían juego con su piel, o bien su vestido le sentaba mal; su rostro se veía sin brillo y casi feo, y nunca la había amado tanto como en ese minuto. Sus manos se encontraron, y le pareció oírle decir:

—Sí, nos embarcamos mañana en el Rusia...

Y después de una pausa, la voz de May:

—¡Newland! La comida está servida, ¿quieres hacer el favor de acompañar a Ellen?

Madame Olenska puso su mano en el brazo de Archer, quien se dio cuenta de que la mano no tenía guante, y recordó cuando fijó sus ojos en esa mano la noche que estuvo sentado junto a ella en el saloncito de la Calle Veintitrés. Toda la belleza que había abandonado su cara parecía haberse refugiado en los largos dedos pálidos con pequeños hoyuelos en los nudillos que descansaban en su manga, y se dijo: «La seguiría aunque sólo fuera por volver a ver su mano...».

Sólo por tratarse de una fiesta ostensiblemente dedicada a una «visita extranjera», Mrs. van der Luyden soportó verse sentada a la izquierda de la anfitriona. El hecho de que *madame* Olenska era «extranjera» difícilmente habría podido ser tan bien destacado que por este homenaje de despedida; y Mrs. van der Luyden aceptó su desplazamiento con una afabilidad que no permitió dudar de su aprobación. Había ciertas cosas que debían hacerse, y ya que se hacían, hacerlas con excelencia y cabalmente; y una de ellas, en el código de la vieja Nueva York, era la reunión tribal alrededor de un pariente que va a ser eliminado de la tribu. No había nada en el mundo que los Welland y los Mingott no hubieran hecho por proclamar su inalterable afecto por la condesa Olenska ahora que estaba asegurado su viaje

a Europa; y Archer, a la cabecera de la mesa, se maravillaba de la silenciosa e infatigable actividad con que se le devolvía su popularidad, cómo se silenciaban los motivos de queja en su contra, cómo se toleraba su pasado, y cómo toda la familia aprobaba su presente. Mrs. van der Luyden le sonrió con la mortecina benevolencia que era en ella lo más próximo a la cordialidad, y Mr. van der Luyden, desde su asiento a la derecha de May, le lanzaba por encima de la mesa miradas claramente destinadas a justificar todos los claveles que le enviara de Skuytercliff.

Archer, que parecía estar asistiendo a la escena en un estado de curiosa incorporeidad, como si flotara entre los candelabros y el techo, no se preocupaba de nada más que de su propio papel en la acción. Cuando su mirada vagaba de una cara plácida y bien alimentada a otra, vio a toda esa gente de apariencia inofensiva concentrada en el pato silvestre de May como una banda de mudos conspiradores, y a sí mismo y a la mujer pálida de su derecha como el centro de esa conspiración. Y entonces vino a su mente, en un enorme destello compuesto de múltiples chispazos rotos, la idea de que para todas esas personas él y *madame* Olenska eran amantes, amantes en el extremo sentido de los vocabularios «extranjeros». Adivinó que fue, durante meses, el centro de incontables y observadores ojos silenciosos y pacientes oídos atentos; comprendió que, por medios que aún le eran desconocidos, se había logrado la separación entre él y la compañera de su culpa, y que ahora la tribu entera se juntaba en torno a su esposa en la tácita suposición de que nadie sabía nada, ni se había imaginado jamás nada, y que la causa de la fiesta era simplemente el deseo natural de May Archer de despedirse cariñosamente de su amiga y prima.

En la vieja Nueva York, ésa era la manera de quitar la vida «sin derramamiento de sangre»: la manera de hacerlo de esa gente que tenía más horror al escándalo que a cualquiera enfermedad, que ponía la decencia por encima del valor, y que consideraba que nada era de peor educación que «las escenas», excepto el comportamiento de quienes las provocan.

A medida que estos pensamientos se sucedían en su mente, Archer se sintió como un prisionero en el centro de un campamento armado. Su mirada recorrió la mesa, y presintió la inexorabilidad de sus captores por el tono con que, comiendo sus espárragos de Florida, trataban el caso de Beaufort y su esposa. «Es para enseñarme», pensó, «lo que me pasaría a mí...», y una mortal sensación de la superioridad de la consecuencia y analogía sobre la acción directa, y del silencio sobre las palabras imprudentes, se abatió sobre él como las puertas de la cripta familiar.

Se echó a reír, y se encontró con los ojos sorprendidos de Mrs. van der Luyden.

—¿Usted cree que es digno de risa? —dijo ella con una sonrisa contraída—. Es cierto que la idea de la pobre Regina de quedarse en Nueva York tiene su lado ridículo, supongo.

Y Archer murmuró:

—Es cierto.

A este punto, se dio cuenta que el otro vecino de *madame* Olenska hacía rato había entablado conversación con la dama de su derecha. Al mismo tiempo vio que May, serenamente sentada como en un trono entre Mr. van der Luyden y Mr. Selfridge Merry, lanzaba una rápida mirada a lo largo de la mesa. Era evidente que el anfitrión y la dama a su derecha no podían seguir en silencio durante toda la cena. Archer se volvió a *madame* Olenska, y ella le devolvió su pálida sonrisa. «Oh, soportémoslo hasta el fin», pareció decirle.

—¿Fue muy cansador el viaje? —le preguntó Archer con una voz que lo sorprendió por su naturalidad.

Ella contestó que, al contrario, pocas veces había viajado con tanta comodidad.

—Excepto por el horrible calor en el tren —agregó.

Archer hizo notar que no sufrirá esos contratiempos en el país a donde se dirigía.

—Yo nunca —declaró con firmeza— estuve más cerca de morir congelado que una vez, en abril, en el tren entre Calais y París.

Ella repuso que no le extrañaba, pero insistió en que, después de todo, siempre se puede llevar una manta de más, y que cualquier forma de transporte tiene sus problemas; a lo que él abruptamente replicó que nada tenía importancia comparado con la dicha de poder marcharse. Ella cambió de color, y él agregó, con voz que repentinamente subía de tono:

—Pienso viajar bastante dentro de poco.

Un estremecimiento cruzó la cara de la condesa; inclinándose hacia Reggie Chivers, Archer gritó:

—Oye, Reggie, ¿qué te parece un viaje alrededor del mundo, luego quiero decir, el mes próximo? Si tú te animas, yo voy.

Al escuchar estas palabras, Mrs. Reggie levantó la voz diciendo que ella no pensaba dejar que Reggie viajara antes del Baile Martha Washington que estaba organizando en beneficio del Asilo de Ciegos durante Semana Santa; y su marido observó plácidamente que en esos días debía hacer sus prácticas para el encuentro internacional de polo.

Pero Mr. Selfridge Merry había captado la frase «alrededor del mundo» y, como una vez había circundado el globo en su yate a vapor, aprovechó la oportunidad para dar a conocer a todos algunos datos impresionantes respecto a la profundidad de los puertos mediterráneos. Aunque después de todo, añadió, no tenía importancia, pues cuando has visto Atenas y Esmirna y Constantinopla, ¿qué más te queda por ver? Y Mrs. Merry dijo que nunca terminaría de agradecer al Dr. Bencomb por haberlos hecho prometer que no irían a Nápoles a causa de la fiebre.

—Pero tienen que dedicar tres semanas para recorrer India como es debido —concedió su marido, ansioso de que entendieran que él no era un frívolo trotamundos.

Y en este punto de la charla, las damas subieron al salón.

En la biblioteca, a pesar de que había otras figuras de más peso, Lawrence Lefferts era quien llevaba la voz mandante.

La conversación, como era habitual, versaba acerca de los Beaufort, y hasta Mr. van der Luyden y Mr. Selfridge Merry, instalados en los sillones de honor tácitamente reservados para ellos, callaron para escuchar la filípica del joven.

Nunca había abundado tanto Lefferts en los sentimientos que adornan al hombre cristiano ni exaltado tanto la santidad del hogar. La indignación le inspiró una mordaz elocuencia, y estaba claro que si los demás hubieran seguido su ejemplo, y actuado como él decía, la sociedad nunca habría sido tan débil como para recibir a un extranjero advenedizo como Beaufort; no, señor, ni aunque se hubiera casado con una van der Luyden o una Lanning en lugar de una Dallas. ¿Y qué ocasión hubiera tenido, se preguntaba Lefferts indignado, de casarse con alguien de una familia como los Dallas, si antes no se hubiera abierto camino arrastrándose como un gusano hasta ciertas casas, igual que gente como Mrs. Lemuel Struthers se lo abrió siguiendo su estela? Si la sociedad optaba por abrir sus puertas a mujeres vulgares el daño no sería excesivo, aunque el beneficio fuera dudoso; pero cuando empezaba a tolerar a hombres de origen oscuro y riqueza mal habida, el resultado era la total desintegración, y a una fecha no lejana.

—Si las cosas siguen a este ritmo —tronó Lefferts, semejante a un joven profeta vestido por Poole, y a quien jamás habían apedreado—, veremos a nuestros hijos peleándose por ser invitados a casas de estafadores, y casándose con los bastardos de Beaufort.

—¡Oye, por favor, modérate!, —protestaron Reggie Chivers y el joven Newland, mientras Mr. Selfridge Merry lo miraba realmente alarmado, y una expresión de dolor y disgusto se dibujaba en el sensitivo rostro de Mr. van der Luyden.

—¿Tiene algún bastardo? —gritó Mr. Sillerton Jackson, aguzando el oído.

Y en tanto Lefferts trataba de dar vuelta la pregunta con una risa, el anciano caballero le susurró a Archer en el oído con su voz cascada:

—Curiosos esos muchachos que siempre quieren poner las cosas en su lugar. El que tiene los peores cocineros siempre dice que lo envenenan cuando come fuera. Pero dicen que hay razones apremiantes que justifican la diatriba de nuestro amigo Lawrence: esta vez se trata de una mecanógrafa, me parece...

La conversación pasaba por el lado de Archer como un río sin rumbo que corre y corre porque no sabe bien cómo parar. Veía, en las caras que lo rodeaban, expresiones de interés, de diversión y hasta de júbilo. Escuchaba la risa de los más jóvenes, y las alabanzas al Madeira de los Archer, que Mr. van der Luyden y Mr. Merry celebraban con aire pensativo. En medio de todo eso, estaba nebulosamente consciente de una actitud generalizada de cordialidad hacia él, como si la guardia del prisionero que él sentía ser estuviera tratando de suavizar su cautiverio; y la percepción aumentó su apasionada determinación de ser libre.

Al llegar al salón a reunirse con las señoras, su mirada se cruzó con los ojos triunfantes de May, en los que leyó la convicción de que todo había resultado a las mil maravillas. Se levantó de su asiento al lado de *madame* Olenska, y de inmediato Mrs. van der Luyden hizo señas a la condesa para que se sentara en un sofá dorado donde ella estaba instalada.

Mrs. Selfridge Merry cruzó ostentosamente la sala para reunirse con ellas, y a Archer le quedó claro que también aquí se tramaba una conspiración de rehabilitación y olvido de culpas. La silenciosa organización que mantenía unido a su pequeño mundo, estaba determinada a demostrar que jamás, ni por un momento, cuestionó la corrección de la conducta de *madame* Olenska, como tampoco la felicidad conyugal de Archer. Todas esas personas amables pero inexorables estaban resueltamente empeñadas en aparentar, unos a otros, que nunca escucharon, sospecharon, o siquiera concibieron como una posibilidad, la menor insinuación en sentido contrario; y de este tejido de elaborado disimulo mutuo, una vez más Archer concluyó que Nueva York creía que él era amante de *madame* Olenska. Captó el brillo de victoria en los ojos de su mujer, y por primera vez comprendió que ella compartía tal creencia. El descubrimiento provocó la carcajada de sus demonios internos, la que retumbó a pesar de todos sus esfuerzos por conversar del Baile Martha Washington con Mrs. Reggie Chivers y la joven Mrs. Newland. Y así transcurrió la noche, deslizándose como un río que ha perdido su rumbo y no sabe cómo parar...

A la distancia vio que *madame* Olenska se había levantado y se despedía. Se dio cuenta de que en un momento más se habría ido, y trató de recordar qué le había dicho durante la cena; pero no pudo acordarse de una sola palabra de la conversación que sostuvieron.

Ella se dirigió hacia May, con el resto de la concurrencia haciendo un círculo a su alrededor a medida que avanzaba. Las dos jóvenes se estrecharon las manos, luego May se

inclinó hacia adelante y besó a su prima.

—No hay duda de que nuestra anfitriona es la más hermosa de las dos —oyó Archer que Reggie Chivers decía en tono bajo a Mrs. Newland; y recordó la vulgar mofa que hiciera Beaufort acerca de la inútil belleza de May.

Minutos después Archer estaba en el vestíbulo, poniendo la capa de *madame Olenska* en sus hombros.

En medio de toda su confusión mental, había adoptado la resolución de no decir nada que pudiera asustarla o molestarla. Convencido de que ningún poder podría ahora desviarlo de su propósito, encontró fuerzas para dejar que los acontecimientos tomaran su propio camino. Pero cuando seguía a *madame Olenska* al vestíbulo, pensó con súbita ansia en poder estar un momento a solas con ella en la puerta de su carruaje.

—¿Tu coche está aquí? —le preguntó.

Y en ese momento Mrs. van der Luyden, a quien ayudaban a ponerse sus majestuosas martas cibelinas, dijo amablemente:

—Nosotros conduciremos a Ellen a su casa.

El corazón de Archer dio un brinco, y *madame Olenska*, sujetando su capa y su abanico con una mano, extendió la otra al joven.

—Adiós —le dijo.

—Adiós... aunque te veré pronto en París —contestó Archer en voz alta, hasta le pareció que había gritado.

—Oh —murmuró la condesa—, ¡qué alegría que tú y May pudieran venir...!

Mr. van der Luyden se acercó a darle su brazo, y Archer se volvió hacia Mrs. van der Luyden. Por un instante, en la densa oscuridad que reinaba dentro del enorme *landó*, alcanzó a vislumbrar el difuso óvalo de una cara, unos ojos fijos que brillaban... y la condesa desapareció.

Cuando subía los escalones se cruzó con Lawrence Lefferts que bajaba con su esposa. Lefferts tomó a Archer por la manga y lo apartó para dejar pasar a Gertrude.

—Oye, viejo, ¿te importaría insinuar solamente que mañana en la noche cenó contigo en el club? ¡Un millón de gracias, eres un buen amigo! Buenas noches.

—Salió todo fantásticamente bien, ¿no es cierto? —preguntó May desde el umbral de la biblioteca.

Archer se levantó sobresaltado. En cuanto se hubo alejado el último carruaje, subió a la biblioteca y se encerró allí, con la esperanza de que su mujer, que todavía se paseaba abajo, se fuese directamente a su cuarto. Pero allí estaba, pálida y fatigada, pero irradiando la ficticia energía de quien se ha sobrepuesto al cansancio.

—¿Puedo entrar a hablarlo contigo?

—Por supuesto, si así lo quieres. Pero debes tener tanto sueño...

—No, no tengo sueño. Me gustaría quedarme aquí contigo un rato.

—Muy bien —respondió el joven, colocando una silla para ella cerca del fuego.

May se sentó y él volvió a su sillón; pero ninguno habló durante largo tiempo. Finalmente, Archer dijo en tono brusco:

—Ya que no estás cansada y quieres conversar, hay algo que debo decirte. Lo intenté la otra noche...

Ella volvió rápidamente la mirada hacia él.

—Sí, querido. ¿Algo personal?

—Algo personal. Dices que no estás cansada; bueno, yo sí. Horriblemente cansado...

En un instante, ella era toda ansiedad y ternura.

—¡Oh, yo lo veía venir, Newland! ¡Has estado trabajando excesivamente!

—Tal vez sea eso. De todas maneras, quiero hacer un cambio.

—¿Un cambio? ¿Piensas abandonar las leyes?

—Pienso irme, como sea, de inmediato. En un viaje largo, lo más lejos posible... lejos de todo...

Calló, consciente de haber fallado en su intento de hablar con la indiferencia del hombre que ansía un cambio, y sin embargo está demasiado cansado para disfrutarlo. Por mucho que se esforzara, siempre vibraba la cuerda de la vehemencia.

—Lejos de todo... —repetió.

—¿Muy lejos? ¿A dónde, por ejemplo? —preguntó May.

—Oh, no sé. India, o Japón.

Ella permaneció de pie, y cuando Archer se sentó con la cabeza baja y el mentón apoyado en sus manos, sintió el cálido y fragante aliento de May junto a él.

—¿Tan lejos? Pero me temo que no podrás, querido —le dijo con voz insegura—, a menos que me lleves contigo. —Y entonces, como Archer seguía en silencio, May continuó, en tono tan claro, tranquilo y agudo que cada sílaba separada golpeó como un pequeño martillo en el cerebro de su marido—: Siempre que los médicos me dejen viajar..., pero creo que no lo harán. Porque, Newland, esta mañana confirmé algo que esperaba y ansiaba desde hace tanto tiempo...

Él la contempló con una mirada dolorosa, y ella se desarmó, toda inocencia y rosas, y escondió la cara en las rodillas de su esposo.

—¡Oh, querida mía! —dijo el joven, acercándola a él mientras dejaba caer una mano fría sobre los cabellos de May.

Hubo una larga pausa, llenada por la estridente carcajada de los demonios internos; luego May se liberó de sus brazos y se puso de pie.

—¿No adivinabas...?

—Sí... es decir... no. Claro que lo esperaba...

Se miraron uno al otro durante un instante y nuevamente guardaron silencio; luego, mirándola a los ojos, Archer le preguntó abruptamente:

—¿Se lo dijiste a alguien más?

—Sólo a mamá, y a tu madre —calló, y luego agregó apresuradamente, mientras un fuerte rubor se extendía por todo su rostro—: Y también... a Ellen. Recordarás que te dije que una tarde tuvimos una larga conversación... y ella fue tan cariñosa conmigo.

—Ah —dijo Archer, sintiendo que su corazón dejaba de latir.

Advirtió que su mujer lo miraba con ansiedad.

—¿Te importa que se lo haya dicho a ella primero, Newland?

—¿Importarme? ¿Por qué debería importarme? —Hizo el último esfuerzo por reponerse—. Pero eso fue hace unos quince días, ¿no es así? Me parece que dijiste que sólo hoy tuviste la certeza.

El rubor de May se volvió más intenso, pero le sostuvo la mirada.

—No; todavía no estaba segura ese día, pero le dije que lo estaba. ¡Y ya ves que tenía razón! —exclamó, con los ojos azules húmedos de victoria.

Capítulo XXXIV

NEWLAND Archer estaba sentado ante el escritorio de su biblioteca en la calle Treinta y Nueve Este. Acababa de regresar de una importante recepción oficial por la inauguración de las nuevas galerías del Museo Metropolitano, y el espectáculo de aquellos dos grandes espacios en que se almacenaba el botín de todas las épocas, donde una multitud elegante circulaba a través de una serie de tesoros científicamente catalogados, oprimió de pronto un enmohecido resorte de su memoria.

—Pero si esto solía ser una de las viejas salas de Cesnola —oyó decir a alguien.

Y al instante todo se desvaneció a su alrededor, y se encontró sentado solo en un duro diván de cuero, apoyado contra un radiador, mientras una delgada figura envuelta en un largo abrigo de piel de foca se alejaba por la pobremente alhajada sala del viejo museo.

La imagen despertó un sinnúmero de otras asociaciones, y miró con nuevos ojos la biblioteca que, por más de treinta años, había sido el escenario de sus solitarias meditaciones y de las confabulaciones de toda la familia.

Era el lugar donde sucedieron la mayoría de las cosas reales de su vida. Ahí su mujer, cerca de veintiséis años atrás, le había comunicado, con un ruborizado circunloquio que haría sonreír a las jóvenes de la nueva generación, la noticia de que tendría un hijo; y allí su hijo mayor, Dallas, demasiado frágil para llevarlo a la iglesia a mediados de invierno, había sido bautizado por el viejo amigo de la familia, el obispo de Nueva York, el grandote, magnífico e irremplazable obispo, orgullo y ornamento de su diócesis por largo tiempo. Allí Dallas caminó tambaleante por el suelo gritando «papá», mientras May y la niñera reían detrás de la puerta; allí su segunda hija, Mary (que era igual a su madre), anunció su compromiso con el más aburrido y fiable de los numerosos hijos de Reggie Chivers; y allí Archer la besó a través de los velos de su traje de novia antes de dirigirse al auto que los llevaría a la Iglesia de la Gracia, porque en un mundo donde todo lo demás había tambaleado en sus bases, «la boda en la Iglesia de la Gracia» seguía siendo una institución inamovible.

Era en la biblioteca donde conversaba con May acerca del futuro de sus hijos: los estudios de Dallas y de su hermano menor, Bill, la incurable indiferencia de Mary por el «intelecto», y su pasión por el deporte y la filantropía, y la vaga inclinación hacia el «arte» que a la postre hizo aterrizar al inquieto y curioso Dallas en la oficina de un prometedor arquitecto de Nueva York.

Los jóvenes de la época se emancipaban del Derecho y los negocios para emprender toda suerte de cosas nuevas. Si no los absorbía la política estatal o la reforma municipal, tenían la oportunidad de dedicarse a la arqueología centroamericana, a la arquitectura o a la decoración, interesarse con entusiasmo y cultura por los edificios de su propio país construidos antes de la Revolución, estudiar y adaptar los estilos Georgian, y protestar contra el uso sin sentido de la palabra «colonial». En esos días nadie tenía casas «coloniales», excepto los millonarios abasteros de los suburbios.

Pero por encima de todo (a veces Archer lo ponía por encima de todo) fue en esa biblioteca donde el Gobernador de Nueva York, una noche en que, de regreso de Albany, llegó a cenar y a pasar la noche en la casa, miró a su anfitrión y le dijo, golpeando violentamente con el puño apretado sobre la mesa y sosteniendo sus anteojos entre los dientes:

—¡Al diablo los políticos profesionales! Tú eres la clase de hombre que el país

necesita, Archer. Si hay que limpiar el establo, son los hombres como tú los que tienen que dar una mano en la limpieza.

«¡Hombres como tú!», la frase hizo enrojecer a Archer. ¡Con cuánta ansiedad respondió a la llamada! Era un eco de aquella vieja petición de Ned Winsett para que se arremangara las mangas y se metiera en la mugre; pero esta vez se lo decía un hombre que había dado el ejemplo, y cuyo llamamiento a seguirlo era irresistible.

Archer, mirando hacia atrás, no estaba seguro de que hombres como él fueran lo que su país necesitaba, al menos en el servicio activo al que Theodore Roosevelt apuntaba; de hecho, tenía motivos para pensar que no era así, pues después de un año en la Asamblea del Estado no había sido reelecto, y se había retirado muy agradecido al obscuro aunque útil trabajo municipal, y de ahí había pasado a la redacción ocasional de artículos en uno de los semanarios reformistas que trataban de sacar al país de su apatía. Detrás quedaba bien poca cosa para recordar; pero cuando recordaba las aspiraciones de los jóvenes de su generación y de su clase —ganar dinero, hacer deportes y vida social, mezquinos hábitos que limitaban su estrecha visión de la vida—, aun su pequeña contribución al nuevo estado de cosas le pareció válida, así como cada ladrillo cuenta en una muralla bien construida. Había actuado poco en la vida pública; siempre sería por naturaleza un hombre contemplativo y un diletante, gracias a que tuvo grandes cosas que contemplar, grandes cosas en qué deleitarse; y la amistad de un gran hombre que era su fuerza y su orgullo.

Había sido, en resumen, lo que la gente empezaba a llamar «un buen ciudadano». En Nueva York, a lo largo de muchos años, todo nuevo movimiento filantrópico, municipal o artístico, tomó en cuenta su opinión y buscó su apoyo. La gente decía: «Pregúntenle a Archer» cuando se trataba de hacer funcionar la primera escuela para niños inválidos, reorganizar el Museo de Arte, fundar el Club Grolier, inaugurar la nueva Biblioteca, o poner en marcha una nueva sociedad de música de cámara. Tenía los días llenos, y llenados decentemente. Pensaba que eso era todo lo que un hombre debía pedir.

Había algo que sabía perdido: la flor de la vida. Pero lo consideraba como algo tan inalcanzable e improbable, que lamentarse ahora habría sido como desesperarse porque uno no se sacó el primer premio de la lotería. Cien millones de boletos en «su» lotería, y un solo premio; la suerte le había sido decididamente adversa. Cuando pensaba en Ellen Olenska, lo hacía en forma abstracta, serena, como se puede pensar en algún amor imaginario de un libro o de un cuadro: ella había llegado a ser la imagen que abarcaba todo lo que él había perdido. Esa imagen, indefinida y tenue como era, le había impedido pensar en otras mujeres. Había sido lo que se llama un marido fiel; y cuando May murió repentinamente de una neumonía infecciosa que le contagiara el menor de sus hijos, la lloró sinceramente. Los largos años juntos le mostraron que no importa mucho si el matrimonio es un deber monótono, siempre que conserve la dignidad de un deber: sin eso se convierte en una simple batalla de innobles apetitos. Mirando a su alrededor, rindió homenaje a su pasado, y lloró por él. Al fin y al cabo, había cosas buenas en las antiguas costumbres.

Al recorrer con la mirada la habitación, redecorada por Dallas con grabados ingleses, vitrinas Chippendale, piezas escogidas de porcelana y lámparas eléctricas que daban una agradable luz, sus ojos se posaron sobre el viejo escritorio Eastlake del que nunca quiso desprenderse, sobre la primera fotografía de May, que todavía permanecía en su lugar al lado del tintero.

Allí estaba, alta, con su pecho redondo y esbelto, con su vestido de muselina almidonada y su sombrero de paja que se movía con el viento, tal como la vio bajo los naranjos en el jardín de la Misión. Y tal como la viera ese día permaneció ella siempre;

nunca exactamente a la misma altura, pero nunca más abajo: generosa, leal, incansable; pero sin una gota de imaginación, tan incapaz de crecer que el mundo de su juventud cayó en pedazos y se reconstruyó a sí mismo sin que ella hubiera tenido noción del cambio. Esta resistente y brillante ceguera guardó su horizonte inmediato aparentemente sin alteración. Su incapacidad para reconocer los cambios hizo que sus hijos le ocultaran sus ideas, tal como Archer le ocultaba las suyas; siempre hubo, desde el comienzo, una solidaria simulación de igualdad, una especie de inocente hipocresía familiar, a la que padre e hijos colaboraron inconscientemente. Y ella murió pensando que el mundo era un buen lugar, lleno de amor y de familias cariñosas y armoniosas como la suya, y se resignó a dejarlo porque estaba convencida de que, pasara lo que pasara, Newland seguiría inculcando a Dallas los mismos principios y prejuicios que habían moldeado las vidas de sus padres, y que Dallas a su vez (cuando Newland la siguiera) transmitiría el sagrado legado al pequeño Bill. Y a propósito de Mary, estaba tan segura de ella como de sí misma. De manera que, habiendo salvado a Bill de la muerte arriesgando su propia vida, se fue tranquila a ocupar su lugar en la cripta de los Archer en St. Mark, donde Mrs. Archer yacía liberada de la aterradora «tendencia» de la que su nuera jamás tuvo conciencia.

Frente al retrato de May había uno de su hija. Mary Chivers era tan alta y rubia como su madre, pero de talle largo, pecho plano, y ligeramente encorvada, como requería la nueva moda. Mary Chivers no hubiera podido realizar sus extraordinarias proezas atléticas con la cintura de veinte pulgadas que la cinta azul claro de May Archer rodeaba con tanta facilidad. Y la diferencia parecía simbólica; la vida de la madre fue tan estrechamente ceñida como su figura. Mary, que no era menos convencional que ella, ni más inteligente, vivía sin embargo una vida más libre y tenía ideas más tolerantes. También había cosas buenas en el nuevo orden.

Sonó el teléfono y Archer, apartando la mirada de las fotografías, descolgó el auricular que estaba al alcance de su mano. ¡Qué lejos estaban los días cuando las piernas del mensajero con botones de bronce eran el único medio de comunicación en Nueva York!

—Llaman de Chicago.

Ah, debía ser una llamada de larga distancia de Dallas, a quien su firma enviara a Chicago para discutir el plan del palacio de Lakeside que iban a construir por orden de un joven millonario lleno de ideas. La firma siempre encargaba a Dallas tales comisiones.

—Hola, papá. Sí, soy Dallas. Mira, ¿qué te parecería embarcarte el miércoles? En el Mauritania, sí, el miércoles que viene. Nuestro cliente quiere que vea algunos jardines italianos antes de tomar una determinación, y me ha pedido que me suba de inmediato en el próximo barco. Tengo que estar de vuelta el primero de junio...

La voz fue interrumpida por una alegre carcajada.

—... Así que tenemos que movernos rápido. Papá, necesito tu ayuda, por favor ven.

Parecía que Dallas hablara en el mismo cuarto: la voz se oía tan cercana y natural como si estuviera echado en su sillón favorito frente al fuego.

El hecho no habría sorprendido a Archer, pues la telefonía a larga distancia había llegado a ser algo tan corriente como la luz eléctrica y los viajes de cinco días para atravesar el Atlántico. Pero la risa sí lo sobresaltó; todavía le parecía maravilloso que a través de todos aquellos miles de kilómetros del país, bosques, ríos, montañas, praderas, ciudades ruidosas y millones de seres ocupados e indiferentes, la risa de Dallas pudiera significar: «Por supuesto, pase lo que pase, debo regresar el primero, porque Fanny Beaufort y yo nos casaremos el cinco».

Volvió a escuchar la voz.

—¿Que lo vas a pensar? No, señor, ni un minuto. Tienes que decir sí ahora. ¿Por qué no, me gustaría saber? Si puedes dar una sola razón... No, ya lo sabía. Entonces estamos de acuerdo, ¿eh? Porque cuento contigo para tocar el timbre en la oficina de los Cunard a primera hora de mañana; y es mejor que reserves el regreso en un barco que salga de Marsella. Papá, será la última vez que estemos juntos, de esta manera... ¡Bien, bien! Ya sabía que podrías acompañarme.

Chicago cortó, y Archer se levantó y comenzó a pasearse por el cuarto.

Sería la última vez que estuvieran juntos de aquella manera: el muchacho tenía razón. Tendrían muchos otros «momentos» después del matrimonio de Dallas, a su padre no le cabía duda, pues ambos habían sido siempre buenos camaradas, y Fanny Beaufort, a pesar de lo que se pudiera pensar de ella, no parecía querer interferir en la intimidad entre padre e hijo. Al contrario, por lo que había visto de ella, pensaba que sería fácil incluirla en el clan. Sin embargo, un cambio es un cambio, y las diferencias son las diferencias, y aunque se sentía muy inclinado hacia su futura nuera, era tentador aprovechar esta última ocasión de estar solo con su hijo.

No tenía ningún motivo para no hacerlo, salvo la profunda razón de que había perdido la costumbre de viajar. A May no le gustaba moverse más que por razones muy válidas, como llevar a los niños a la playa o a la montaña; no podía imaginar otro motivo para dejar su casa de la calle Treinta y Nueve, o su confortable alojamiento en la residencia de los Welland en Newport. Después que Dallas se graduó, ella pensó que era su deber viajar por tres meses; y toda la familia hizo el anticuado recorrido por Inglaterra, Suiza e Italia. Como tenían el tiempo limitado (nadie supo por qué) omitieron Francia. Archer recordaba la rabia de Dallas cuando le dijeron que contemplara el Mont Blanc en vez de Rheims y Chartres. Pero Mary y Bill quería escalar montañas, y ya habían bostezado como locos en las visitas de Dallas a las catedrales inglesas; y May, siempre justa con sus hijos, insistió en el equilibrio entre sus gustos atléticos y artísticos. En realidad propuso que su marido fuera a París por unos quince días, y se juntara con ellos en los lagos italianos después que ellos «hubieran hecho». Suiza; pero Archer no aceptó.

—Seguiremos juntos —dijo.

Y la cara de May se iluminó al escucharlo dar tan buen ejemplo a Dallas.

Desde su muerte, casi dos años atrás, no tuvo motivos para continuar con la misma rutina. Sus hijos lo habían impulsado a viajar; Mary Chivers estaba segura de que le haría bien ir al extranjero y «ver las galerías». Lo profundamente misterioso de aquella cura la hacía confiar más en su eficacia. Pero Archer se había dado cuenta de que estaba atrapado por la costumbre, los recuerdos, y por un repentino miedo a las cosas nuevas.

Ahora, revisando el pasado, vio el profundo abismo en que había caído. Lo malo de cumplir con el deber era que éste aparentemente te imposibilitaba para hacer otra cosa. Al menos esa era la postura que los hombres de su generación habían adoptado. Las claras divisiones entre lo correcto y lo incorrecto, honesto y deshonesto, respetable y lo contrario, dejaban muy poco espacio para lo imprevisto. Hay momentos en que la imaginación de un hombre, tan fácilmente sojuzgada a lo que es su vida, súbitamente se alza por encima de su nivel cotidiano, y escruta las largas sinuosidades del destino. La de Archer se alzó también, y se hizo algunas preguntas...

¿Qué quedaba del pequeño mundo en que había crecido y cuyas reglas lo obligaron a bajar la cabeza y dejarse atar? Recordó una burlona profecía del pobre Lawrence Lefferts expresada hacía años en esa misma habitación: «Si las cosas siguen a este ritmo, nuestros hijos se casarán con los bastardos de Beaufort».

Era justamente lo que el hijo mayor de Archer, el orgullo de su vida, iba a hacer, y nadie se extrañaba ni lo reprobaba. La propia Janey, tía del muchacho, que estaba igual a lo que fuera en su avejentada juventud, sacó las esmeraldas y perlitas de su madre del rosado envoltorio en que estaban cuidadosamente guardadas, y las llevó en sus manos torcidas a la futura novia; y Fanny Beaufort, en lugar de parecer desilusionada porque no recibía un «juego» de algún joyero de París, había prorrumplido en exclamaciones por su anticuada belleza, y declaró que cuando las usara se sentiría una miniatura de Isabey.

Fanny Beaufort, que apareció en Nueva York a los dieciocho años, después de la muerte de sus padres, se ganó el corazón de muchos, como *madame* Olenska lo hiciera treinta años atrás; sólo que en vez de desconfiar de ella y tenerle miedo, la sociedad la acogió alegremente como algo muy normal. Era bonita, simpática e instruida: ¿qué más se podía pedir? Nadie fue lo suficientemente estrecho de criterio como para remover en su contra los ya olvidados hechos del pasado de su padre y de su origen. Sólo la gente mayor recordaba aquel hecho tan obscuro en la vida de los negocios de Nueva York como fue la caída de Beaufort, o el hecho de que después de la muerte de su esposa se hubiera casado calladamente con la mal afamada Fanny Ring y que hubiera dejado el país con su nueva esposa y una niña que heredó la belleza de su madre. Más tarde se oyó hablar de él en Constantinopla, luego en Rusia; y unos doce años más tarde, atendía generosamente a los viajeros norteamericanos en Buenos Aires, donde representaba a una importante agencia de seguros. Él y su mujer murieron allá en medio de la prosperidad; y un día su hija huérfana apareció en Nueva York a cargo de la cuñada de May Archer, Mrs. Jack Welland, cuyo marido había sido nombrado tutor de la niña. El hecho le dio calidad de parentesco, casi como una prima, con los hijos de Newland Archer, y nadie se sorprendió cuando se anunció su compromiso con Dallas.

Nada podía dar más claramente la medida de la distancia que había recorrido el mundo. La gente de ahora estaba demasiado ocupada —ocupada con reformas y «movimientos», con los caprichos de la moda y los fetiches y las frivolidades— para molestarse por sus vecinos. ¿Y qué importaba el pasado de alguien, en el inmenso caleidoscopio donde todos los átomos sociales giraban en el mismo plano?

Newland Archer miró por la ventana del hotel hacia la imponente alegría de las calles de París, y sintió que su corazón latía con la confusión y la ansiedad de la juventud.

Hacía tiempo que no se agitaba ni se encabritaba así bajo su amplia chaqueta, dejándolo al minuto siguiente con el pecho vacío y la frente ardiente. Se preguntaba si fue así como se condujo el de su hijo en presencia de *Miss* Fanny Beaufort, y decidió que no. «Funciona con la misma actividad, sin duda, pero el ritmo es diferente», reflexionó, recordando la fría calma con que el joven había anunciado su compromiso, tomando como un hecho que su familia lo aprobaría.

«La diferencia es que los jóvenes de hoy dan por seguro que van a obtener todo lo que quieren, y que nosotros dábamos casi por seguro que no lo lograríamos. Sólo que, no sé si aquello de estar tan seguro de antemano, ¿podrá de verdad hacer latir el corazón tan locamente?», pensó.

Era el día siguiente a su llegada a París, y el sol primaveral mantenía a Archer asomado a su ventana abierta, que daba al plateado panorama de la Place Vendôme. Una de las cosas que estipulara, casi la única, cuando aceptó viajar con Dallas, fue que, en París, no lo harían ir a ninguno de esos modernos hoteles «palacios».

—Ah, muy bien, por supuesto —dijo Dallas de buen grado—. Te llevaré a algún lugar anticuado pero sumamente alegre, como el Bristol, por ejemplo.

Su padre quedó sin habla al escuchar que el que fuera durante siglos hogar de reyes y emperadores, era ahora considerado como una anticuada posada, donde se iba por sus pintorescas incomodidades y nostálgico sabor local.

Archer se imaginó muy a menudo, durante los primeros e impacientes años, la escena de su regreso a París; luego la imagen personal se había desvanecido, y simplemente trató de ver la ciudad como el entorno de la vida de *madame* Olenska. En las noches que permanecía solo en su biblioteca, después que la familia se había ido a dormir, evocaba el radiante estallido de la primavera en las avenidas con los castaños de Indias, las flores y estatuas en los jardines públicos, el fugaz aroma de las lilas en los carretones con flores, el majestuoso fluir del río bajo los enormes puentes, y la vida de arte y estudios y placeres que llenaba a reventar cada arteria importante. Ahora tenía ante él el espectáculo en toda su gloria, y mientras lo contemplaba se sintió tímido, pasado de moda, inadecuado: una mísera partícula gris de hombre comparado con el insensible y magnífico individuo que soñó ser... La mano de Dallas se apoyó cariñosamente en su hombro.

—Hola, padre; esto es algo maravilloso, ¿no es verdad?

Permanecieron un rato en silencio disfrutando de la vista, y luego el joven continuó:

—A propósito, tengo un mensaje para ti: la condesa Olenska nos espera a ambos a las cinco y media.

Lo dijo como al pasar, sin darle importancia, como quien comunica una información cualquiera, como la hora en que saldría su tren hacia Florencia la noche siguiente. Archer lo miró y creyó ver en sus alegres ojos jóvenes un destello de la malicia de su bisabuela Mingott.

—Ah, ¿no te lo había dicho? —prosiguió Dallas—. Fanny me hizo jurar que haría tres cosas en París: conseguirle la partitura de las últimas canciones de Debussy, ir al Grand Guignol y visitar a *madame* Olenska. Ella fue muy buena con Fanny cuando Mr. Beaufort la mandó desde Buenos Aires a La Asunción. Fanny no tenía ningún amigo en París, y *madame* Olenska fue cariñosa con ella y la sacaba a pasear en coche los días de fiesta. Me parece que fue gran amiga de la primera Mrs. Beaufort. Y es prima tuya, además. De modo que la llamé en la mañana, antes de salir, y le dije que estábamos aquí por un par de días y que queríamos verla.

Archer seguía mirándolo fijo.

—¿Le dijiste que yo estaba aquí?

—Por supuesto, ¿por qué no?

Dallas enarcó las cejas con expresión de extrañeza. Luego, al no obtener respuesta, tomó a su padre del brazo, y apretándolo le dijo en tono confidencial:

—Dime, papá, ¿cómo era?

Archer se sintió enrojecer bajo la abierta mirada de su hijo.

—Vamos, confiésalo: ustedes fueron grandes amigos, ¿no es cierto? ¿Verdad que era increíblemente bonita?

—¿Bonita? No sé. Era diferente.

—¡Ah, ahí tienes! Eso es lo que sucede siempre, ¿no es así? Cuando aparece, es diferente, y no sabes por qué. Es exactamente lo que siento por Fanny.

Su padre retrocedió un paso, y se soltó de su brazo.

—¿Lo que sientes por Fanny? Pero, querido muchacho, ¡así lo espero! Sólo que no veo...

—¡Déjate de cosas, papá, no seas prehistórico! ¿No fue ella... una vez... tu Fanny?

Dallas pertenecía en cuerpo y alma a la nueva generación. Era el primer hijo de

Newland y May Archer, sin embargo nunca fue posible inculcarle ni la más mínima reserva.

«¿Para qué tanto misterio? Lo único que se logra es que la gente quiera descubrirlo», objetaba cada vez que le imponían discreción.

Pero Archer, mirándolo a los ojos, vio el cariño filial bajo su tono burlón.

—¿Mi Fanny...?

—Bueno, la mujer por quien hubieras echado todo por la borda; sólo que no lo hiciste —continuó su sorprendente hijo.

—No lo hice —repitió Archer con cierta solemnidad.

—No: fuiste muy anticuado, mi viejo querido. Pero mamá me dijo...

—¿Tu madre?

—Sí, el día antes de morir. Fue cuando me mandó llamar a mí solo, ¿te acuerdas? Dijo que ella sabía que estábamos seguros contigo, y que siempre sería así, porque una vez, cuando ella te lo pidió, tú renunciaste a lo que más querías.

Archer recibió esta extraña información en silencio. Sus ojos ennegrecidos seguían fijos en la soleada plaza bajo la ventana. Al cabo de un rato, dijo en voz baja:

—Nunca me lo pidió.

—No, me había olvidado que ustedes nunca se pidieron nada uno al otro, ¿no es verdad? Y tampoco se contaron nada. Simplemente se sentaban y se miraban, y adivinaban lo que pasaba en su interior. ¡Realmente un asilo de sordomudos! Bueno, aplaudo a tu generación por haber conocido más los pensamientos privados del otro, ya que nosotros no tenemos tiempo para descubrir ni siquiera lo que hay dentro de nosotros mismos. Oye, papá —exclamó Dallas—, ¿estás enojado conmigo? Si es así, vamos a almorzar al Henri para reconciliarnos.

Archer no acompañó a su hijo a Versalles. Prefería pasar la tarde solo, vagando por París. Tenía que enfrentarse de inmediato con los remordimientos acumulados y los recuerdos borrados de una vida de silencio.

Pronto dejó de lamentar la indiscreción de Dallas. Sintió que le quitaban una atadura de acero del corazón al saber que, después de todo, alguien había adivinado y le había tenido compasión... Y que ese alguien hubiera sido su mujer, lo conmovió de manera indescriptible. Dallas, con toda su cariñosa perspicacia, jamás lo hubiera entendido. No había duda de que para el joven el episodio era sólo un hecho patético de vana frustración, de esfuerzos malgastados. Pero ¿fue sólo eso? Archer se quedó largo rato sentado en un banco en los Campos Elíseos, reflexionando, en tanto el torbellino de la vida seguía girando...

Unas pocas calles más allá, a unas pocas horas de distancia, Ellen Olenska esperaba. Nunca volvió con su marido y cuando éste murió, hacía algunos años, no cambió su manera de vivir. Ahora no había nada que separara a Archer de ella, y esa tarde iba a verla.

Se levantó y caminó por la Plaza de la Concordia y los jardines de las Tullerías rumbo al Louvre. La condesa le dijo una vez que iba mucho a ese lugar, y tuvo el capricho de pasar el tiempo de espera en un sitio donde pudiera pensar que ella había estado recientemente. Durante más de una hora vagabundeo de galería en galería en medio de la deslumbrante luz de la tarde, y uno a uno los cuadros se le presentaban en todo su casi olvidado esplendor, llenando su alma con los profundos ecos de la belleza. Después de todo, su vida había estado tan privada de amor...

De súbito, ante un fulgurante Tiziano, se encontró diciendo:

—¡Pero si sólo tengo cincuenta y siete!

Y entonces se dio media vuelta y se fue. Era demasiado tarde para aquellos sueños de verano; pero ciertamente no para una serena cosecha de amistad, de camaradería, en la bendita quietud de su cercanía.

Regresó al hotel, donde debía encontrarse con Dallas; y juntos volvieron a atravesar la Plaza de la Concordia y a cruzar el puente que conduce a la Cámara de Diputados.

Dallas, sin tener idea de lo que pasaba por la mente de su padre, charlaba con excitación y detalladamente acerca de Versalles. Sólo había tenido el primer atisbo del lugar, durante un viaje de vacaciones en que trató de acumular todos los paisajes de que tuvo que privarse cuando debió ir con la familia a Suiza; y un tumultuoso entusiasmo unido a un criticismo bastante engreído tropezaban uno con otro en sus labios.

Escuchándolo, Archer sintió que aumentaba en él su sensación de falta de adaptación y de expresividad. El muchacho era sensible, lo sabía; pero tenía la facilidad y la confianza en sí mismo proveniente de mirar al destino no como a un amo sino como a un igual. «Eso es: se sienten iguales a las cosas, saben como manejarlas», reflexionó, pensando en su hijo como el portavoz de la nueva generación que había barrido con todas las viejas marcas, arrasando también con los postes señalizadores y los signos de peligro.

De repente Dallas se detuvo en seco, apretando el brazo de su padre.

—¡Oh, por Júpiter! —exclamó.

Habían salido a la gran explanada plantada de árboles frente a los Inválidos. La cúpula de Mansart parecía flotar etérea sobre las copas de los árboles y el largo frente gris de los edificios; atrayendo hacia ella todos los rayos de luz de la tarde, colgaba allí como el símbolo visible de la gloria de la raza.

Archer sabía que *madame* Olenska vivía en una plaza cerca de una de las avenidas que nacían como rayos de los Inválidos; y había imaginado un barrio quieto y algo oscuro, olvidando el resplandor central que lo iluminaba. Ahora, por un curioso proceso de asociaciones, esa luz dorada fue para él la grandiosa iluminación en que ella vivía. Por cerca de treinta años, la vida de la condesa —de la cual, extrañamente, él sabía tan poco— había transcurrido en esta rica atmósfera que Archer ya sentía como demasiado densa y no obstante demasiado estimulante para sus pulmones. Pensó en los teatros a que habría ido, los cuadros que habría observado, las sobrias y espléndidas casas antiguas que habría frecuentado, la gente con la que habría conversado, el incesante movimiento de ideas, curiosidades, imágenes y asociaciones planteadas por la intensidad de una estirpe intensamente social dentro de un marco de costumbres inmemoriales; e inesperadamente recordó al joven francés que una vez le dijera: «Ah, una buena conversación, ¿hay algo mejor?».

Archer no volvió a ver a M. Rivière, ni oyó hablar de él, por cerca de treinta años; y ese hecho daba la medida de su ignorancia acerca de la existencia de *madame* Olenska. Más de la mitad de la vida los separaba, y ella había pasado ese intervalo entre gente que él no conocía, en una sociedad que apenas intuía, en condiciones que nunca podría comprender enteramente. Durante aquel tiempo, él vivió con su juvenil recuerdo de ella; pero ella sin duda tuvo otra compañía más tangible. Quizás también guardó su recuerdo como algo especial: pero si lo hizo, debió ser como una reliquia dentro de una pequeña capilla oscura, donde no había tiempo para rezar todos los días...

Habían atravesado la Plaza de los Inválidos, y caminaban por una calle muy transitada que bordeaba el edificio. Era un barrio tranquilo, después de todo, a pesar de su esplendor y su historia; y ese hecho daba una idea de las riquezas a que París podía recurrir, ya que escenas como aquella estaban reservadas a la minoría y al insignificante.

El día se desvanecía en una suave y vaga resolana, agujereada aquí y allá por una amarillenta luz eléctrica, y había pocos transeúntes en la pequeña plaza a que habían llegado. Dallas se detuvo otra vez, y miró hacia arriba.

—Debe ser ahí —dijo, deslizando su brazo por debajo del de su padre, con un ademán que la timidez de Archer no pudo rechazar; y permanecieron ambos de pie mirando hacia la casa.

Era un edificio moderno, sin carácter distintivo, pero con muchas ventanas, y con agradables balcones en su amplio frente color crema. En uno de los balcones de más arriba, que colgaba por encima de las copas redondeadas de los castaños de Indias de la plaza, los toldillos aún estaban bajos, como si el sol acabara de abandonarlo.

—¿Cuál piso será...? —Conjeturó Dallas; y acercándose a la *porte-cochère*^[67] metió la cabeza dentro de la ventanilla del portero, y volvió diciendo—: El quinto. Debe ser el del toldo.

Archer se quedó inmóvil, contemplando las ventanas de arriba como si hubiera alcanzado el final de su peregrinaje.

—Sabes, son cerca de las seis —le recordó al cabo de unos minutos su hijo.

El padre miró un banco vacío bajo los árboles.

—Creo que me sentaré allí un momento —dijo.

—¿Por qué? ¿No te sientes bien? —exclamó su hijo.

—Oh, perfectamente bien. Pero quisiera que subieras sin mí, por favor.

Dallas se paró frente a él, visiblemente sorprendido.

—Pero, papá, ¿esto significa que no quieres subir?

—No lo sé —dijo Archer lentamente.

—Si no subes, ella no lo entenderá.

—Anda, hijo mío; tal vez te siga.

Dallas le clavó una larga mirada a través de la luz del crepúsculo.

—¿Pero qué diablos le voy a decir?

—Hijo, tú siempre sabes qué decir —replicó su padre con una sonrisa.

—Está bien. Le diré que eres un anticuado, que prefiere subir cinco pisos a pie porque no te gustan los ascensores.

Su padre volvió a sonreír.

—Dile que soy anticuado, con eso basta.

Dallas volvió a mirarlo, y luego, con un gesto de incredulidad, desapareció de su vista bajo el abovedado portal.

Archer se sentó en el banco y siguió mirando el balcón del toldillo. Calculó el tiempo que demoraría su hijo en llegar al quinto piso en el ascensor, tocar el timbre, y ser introducido al vestíbulo, y luego escoltado hasta el salón. Se imaginó a Dallas entrando en ese cuarto con su paso rápido y seguro y con su encantadora sonrisa; y se preguntó si la gente tenía razón cuando decía que su hijo «había salido a él».

Después trató de ver a las personas ya en el salón —porque probablemente a esa hora en que se recibían visitas debía haber más de una— y entre ellas a una dama morena, pálida, de pelo negro, que lo miraría vivamente, casi levantada de su asiento, y extendería una mano larga y fina con tres anillos en sus dedos... Pensó que estaría sentada en un sofá junto al fuego, y tras ella una mesa con un gran ramo de azaleas.

—Es más real para mí desde aquí que si hubiera subido —se oyó decir de súbito.

Y el miedo de que aquella última sombra de realidad perdiera su contorno, lo mantuvo pegado a su asiento a medida que los minutos pasaban uno tras otro.

Permaneció así mucho tiempo mientras el crepúsculo se hacía más denso, sin quitar los ojos del balcón. Hasta que brilló una luz a través de las ventanas, y un momento después un sirviente salió al balcón, levantó el toldillo, y cerró los postigos.

Entonces, como si hubiera sido la señal que esperaba, Newland Archer se levantó lentamente y regresó caminando, solo, a su hotel.

FIN

Notas

^[1] *landó*: Carruaje cubierto de cuatro ruedas tirado por caballos. (N. del Ed.) <<

^[2] *florones*: Un florón es un adorno hecho a modo de flor muy grande que es utilizado en pintura y arquitectura; o bien un ornato esculpido que representa una hoja o una flor, particularmente en el estilo gótico; es el motivo ornamental que decora los remates de los gabletes, los piñones, los doseletes, etc. (N. del Ed.) <<

^[3] *croquet*: juego que puede ser un pasatiempo o un deporte de competencia. Consiste en golpear bolas de madera o plástico con un mazo, a través de pequeños arcos de metal enterrados en el campo de juego. (N. del Ed.) <<

^[4] *Prenda de abrigo hecha de lana gruesa y que se pone encima de la media o el calcetín para abrigar los pies.* (N. del Ed.) <<

^[5] *double entendre*: Doble sentido. (N. del Ed.) <<

^[6] *droit de cité*: derecho de ciudadanía. (N. del Ed.) <<

^[7] *premunido*: llevando consigo. (N. del Ed.) <<

^[8] *coiffées*: Peinadas. (N. del Ed.) <<

^[9] *bouton d'or*: dorado, color de la flor botón de oro. (N. del Ed.) <<

^[10] *aigrettes*: adornos de plumas de aves, de gran elegancia. (N. del Ed.) <<

^[11] *coiffures*: Tocados, peinados, sombreros. (N. del Ed.) <<

^[12] *novela de Nathaniel Hawthorne.* (N. del Ed.) <<

^[13] *gotoso*: el que padece gota, artritis dolorosas. Ocurre cuando se acumula demasiado ácido úrico en el cuerpo. (N. del Ed.) <<

^[14] *macramé*: Tejido de hilos y cuerdas entrelazados con nudos de varios tipos. (N. del Ed.) <<

^[15] *Thackeray*: William Makepeace Thackeray (Alipur, Calcuta, India, 18 de julio de 1811 - Londres, Inglaterra, 24 de diciembre de 1863) fue un novelista inglés del realismo. (N. del Ed.) <<

^[16] *embonpoint*: obesidad. (N. del Ed.) <<

^[17] *nuances*: matices. (N. del Ed.) <<

^[18] *esprit de corps*: sentido de solidaridad. (N. del Ed.) <<

^[19] *callampa*: sinónimo de seta. (N. del Ed.) <<

^[20] *cuisine prima*. (N. del Ed.) <<

^[21] *está grande*: es mayor. (N. del Ed.) <<

^[22] *chintz*: tejido estampado de origen indio con diseños que ofrecen flores y otros patrones de diferentes colores, por lo general sobre un fondo liso luz. Desde el siglo 19, el término también se ha utilizado para el estilo de la decoración floral desarrollada en los textiles de percal. (N. del Ed.) <<

^[23] *Idilios del Rey*: conjunto de doce poemas narrativos escrito por el poeta inglés Lord Alfred Tennyson (1809-1892). (N. del Ed.) <<

^[24] *Ulises*: poema en verso blanco del poeta británico victoriano Alfred Tennyson (1809-1892). (N. del Ed.) <<

^[25] *Indolentes*: poema de Paul Verlaine (1844-1896). (N. del Ed.) <<

^[26] *reps*: es una tejedura especial donde los hilos de trama, normalmente de diámetro inferior a aquellos de la urdimbre, son batidos totalmente y unidos entre sí. No hay luz entre las mallas, sino sólo un paso transversal en correspondencia de la alternancia de los hilos de trama. Las telas reps se utilizan casi exclusivamente para filtración, especialmente cuando se requiere un tejido muy rígido. Las telas de tejido reps pueden suministrarse en rollos de varias alturas y longitudes y en paneles chatos conformados en diferentes formas geométricas. (N. del Ed.) <<

^[27] *hauteur*: Arrogancia. (N. del Ed.) <<

^[28] *La señora ha salido, pero vendrá pronto*. (N. del Ed.) <<

^[29] *vendrá..., vendrá*. (N. del Ed.) <<

^[30] *quartiers excentriques*: Barrio excéntrico, bohemio, original. (N. del Ed.) <<

^[31] *in extremis*: locución latina de uso actual que significa «en el último momento». (N. del Ed.) <<

^[32] *dénouement*: Desenlace. (N. del Ed.) <<

^[33] *hacer la cimarra*: hacer campana; hacer novillos. (N. del Ed.) <<

^[34] *trousseau*: Ajuar de novia. (N. del Ed.) <<

^[35] *remecer*: agitar. (N. del Ed.) <<

^[36] *Cartas a un desconocido*. (N. del Ed.) <<

^[37] *imprévu*: imprevisto, inesperado (N. del Ed.) <<

^[38] *milieu*: ambiente, medio. (N. del Ed.) <<

^[39] *luchar, tirar para adelante*. (N. del Ed.) <<

^[40] *Je me suis évadé*: Me escapé, huí. (N. del Ed.) <<

^[41] *whist*: juego de naipes en el que se utiliza la baraja francesa de 52 naipes y se juega en parejas. (N. del Ed.) <<

^[42] poema del poeta inglés Robert Browning (1812-1889), esposo de Elizabeth Barrett y uno de los autores más destacados del período victoriano. (N. del Ed.) <<

^[43] *hojuela*: Porción de masa de harina que se fríe y se suele comer con azúcar o miel. (N. del Ed.) <<

^[44] *polonesa*: Prenda femenina usada en el siglo XVIII entre los años 1770 y 1780. También se denominó con este nombre a un estilo similar en boga hacia 1880 inspirado en los trajes nacionales de Polonia. (N. del Ed.) <<

^[45] *un poco salvaje, rudo*. (N. del Ed.) <<

^[46] *complotar*: tramar, confabular. (N. del Ed.) <<

^[47] *chignon*: moño. (N. del Ed.) <<

^[48] *boudoir*: Tocador, saloncito. (N. del Ed.) <<

^[49] *lawn tennis*: Tenis sobre hierba. (N. del Ed.) <<

^[50] *cocottes*: Mujeres que vestían descocadamente y llamativamente; mujeres provocativas; mujeres de vida alegre. (N. del Ed.) <<

^[51] *Grenier Goncourt*: Se refiere al estudio, círculo o salón de los hermanos Jules y Edmond Goncourt, escritores franceses cuya obra marcó una etapa importante en la literatura francesa del siglo XIX. (N. del Ed.) <<

^[52] *quant á soi*: En cuanto a uno mismo. (N. del Ed.) <<

^[53] *¡vea usted señor!* (N. del Ed.) <<

^[54] *poufs*: puf, asiento compuesto de un relleno de material blando cubierto por una tela rígida que puede ser de diferentes materiales: cuero, tela, plástico, etc. El interior está relleno lo que lo hace adaptable a diferentes espacios y usos. Es un mueble versátil que puede usarse para sentarse, apoyarse, tumbarse o reposar los pies. (N. del Ed.) <<

^[55] *trotón*: raza de caballo americano. (N. del Ed.) <<

^[56] *cottage orné*: casa de campo decorada, un estilo de casas rústicas estilizadas que se puso de moda a finales del siglo XVIII y principios del XIX. Fue durante esta moda romántica, cuando algunos trataron de descubrir una forma más «natural» de la vida en contraposición a la formalidad de los estilos arquitectónicos anteriores (barroco y neoclásico). A menudo cuentan con techos de paja y estructura de madera. Estos edificios fueron construidos generalmente por personas adineradas, ya sea como retiros rústicos para sí mismos o como adornos para sus fincas. (N. del Ed.) <<

^[57] *¡Sancta simplicitas!*: Literalmente: ¡Santa ingenuidad!, fue, según la leyenda, la última frase pronunciada por Jan Hus (1369-1415), cuando estaba ya en el martirio de la hoguera, a la que se le había condenado por hereje, y se fijó en cómo una viejecilla, movida por su celo religioso, arrojaba más leña a las llamas en las que aquél ardía. (N. del Ed.) <<

^[58] *thé dansant*: literalmente «baile del té». En 1858 era una fiesta de baile en la que tradicionalmente se servía té. En 1864 ya se le caracterizaba por ser una fiesta de baile que comenzaba temprano y que en francés se la llamaba *danza-après midi*. (N. del Ed.) <<

^[59] *cúter*: Embarcación para navegar. (N. del Ed.) <<

^[60] *herdic*: pequeño coche de asientos laterales forrados en felpa, muy popular en Estados Unidos a fines del siglo XIX. (N. del Ed.) <<

^[61] *Tenez!*: ¡Mire, vea usted! (N. del Ed.) <<

^[62] *portières*: cortinas. (N. del Ed.) <<

^[63] *noblesse oblige*: quien se clame a sí mismo como noble, debe conducirse como un/una noble. (N. del Ed.) <<

^[64] *bonheur du jour*: Escritorio, secreter. (N. del Ed.) <<

^[65] *guardacantón*: Guardacantón, postes de piedra que servían para resguardar de los carruajes las esquinas de los edificios. Los guardacantones se colocaban a los lados de los paseos y caminos para que no se salieran de ellos los carruajes. (N. del Ed.) <<

^[66] *decolletage*: escote. (N. del Ed.) <<

^[67] *porte-cochère*: es la expresión arquitectónica de una estructura de porche o pórtico similar a una entrada principal o secundario a un edificio a través del cual un caballo y un carro (o vehículo de motor) pueden pasar para que los ocupantes a fuego bajo techo, protegido de la intemperie. (N. del Ed.) <<